
Juré protegerla.
Rompí todas las reglas
para tenerla.
El
JURAMENTO
del Sicario
ARIANA COOPER

EL JURAMENTO DEL SICARIO

ARIANA COOPER

Copyright © 2025 por Ariana Cooper

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

ÍNDICE

Sinopsis

1. Zoya
2. Maksim
3. Zoya
4. Maksim
5. Zoya
6. Maksim
7. Zoya
8. Maksim
9. Zoya
10. Maksim
11. Zoya
12. Maksim
13. Zoya
14. Maksim
15. Zoya
16. Maksim
17. Zoya
18. Maksim
19. Zoya
20. Maksim
21. Zoya
22. Maksim
23. Zoya
24. Maksim
25. Zoya
26. Maksim
27. Zoya
28. Maksim
29. Zoya
30. Maksim

31. Zoya
32. Maksim
33. Epílogo

SINOPSIS

«Juré protegerla. Rompí todas las reglas para tenerla».

¿Qué pasa cuando seduces al diablo
para salvar a la única familia que te queda?

Mi hermano desapareció en las sombras de Moscú.
Solo tenía un plan: acercarme a Maksim Vetrov,
usar su obsesión en su contra.

Creía que podía controlar al ejecutor
con sus fríos ojos avellana y sus manos llenas de cicatrices.
Me equivocaba.

Me toma como mata:
Despiadado. Implacable. Devastador.

Cada beso era su trampa.
Cada caricia se adueñaba de otro trozo de mi alma.
Cada noche en su cama me hundía más.

«No te fíes de ellos. Consigue lo que puedas».
La advertencia de Damir resuena mientras descubro
que estoy embarazada del bebé del monstruo.

La sangre bajo sus uñas
podría ser la de mi hermano.
El hombre que me hace gritar su nombre
podría ser el verdugo de mi familia.

Creía que estaba jugando con él.
Él me estaba destruyendo.

Ahora soy su esposa, estoy esperando a su hijo
y vivo en su jaula de oro y mentiras.
El juramento del ejecutor nunca fue sobre protección;
fue sobre posesión.

Lo que yo no sabía…
es que no ha hecho más que empezar.

Nota de la autora: *El juramento del Sicario* es el segundo libro de la serie *Las crónicas de los Vetrov*. Disfrutarás leyendo esta serie compuesta por cinco hombres Vetrov que romperán todas las reglas, aplastarán imperios y quemarán el mundo para reclamar lo que es suyo.

Uno la dejó embarazada y se marchó.
Uno juró protegerla—y rompió todas las leyes para no perderla.
Uno la sujeta con riendas de lujuria y orgullo.
Uno hizo una apuesta con el diablo—y perdió su alma por ella.
Uno le robó la corona… y luego el alma.

Sus historias se desarrollan en:

Libro 1- *Atada a la Bratva*
Libro 2 - *El Juramento del Sicario*
Libro 3 - *Apuesta de Pecado*
Libro 4 - *Apuesta de Pecado*
Libro 5 - Imperio Robado

Oscuro. Sucio. Demoledor.

Estos hombres no se enamoran—se *apoderan* del amor.

1

ZOYA

El último boleto de apuesta se arruga entre mis dedos mientras lo introduzco en la máquina contadora. Otro boleto perdedor de la séptima carrera de esta noche; el papel, ablandado por las manos nerviosas que lo aferraron a lo largo de mil seiscientos metros de falsas esperanzas. La máquina zumba y hace clic, procesando la recaudación de la noche de la ventanilla doce mientras anoto los totales en mi libro de contabilidad.

El hipódromo de Podsolnukh se vacía lentamente tras la última carrera. Las voces resuenan desde la tribuna mientras los clientes se dirigen a las salidas, con sus conversaciones siendo una mezcla de celebración y decepción. Los ganadores comentan sus sistemas y estrategias. Los perdedores maldicen a los jockeys y las probabilidades. Los sonidos familiares del final de una noche de carreras se cuelan por las paredes de la oficina de apuestas donde trabajo.

Mi puesto da a la ventana que tiene vistas a la zona del paddock. Durante las horas de carreras, observo cómo llevan y traen a los caballos de sus cuadras mientras proceso apuestas y pagos. Ahora la zona está vacía, a excepción de unos pocos trabajadores de mantenimiento que limpian las pasarelas con mangueras. Los focos

lo bañan todo de una luz blanca y cruda, convirtiendo el hormigón mojado en un espejo que refleja el cielo nocturno.

Yana Volkova está sentada en el puesto de al lado; sus uñas rojas repiquetean contra el teclado mientras introduce las últimas cifras. Lleva más tiempo que nadie trabajando aquí, tanto como para recordar cuándo el hipódromo albergaba carreras internacionales y atraía a multitudes que llenaban todos los asientos. Ahora tenemos suerte si llegamos a la mitad del aforo en las noches de fin de semana.

—Vaya noche más muerta —dice sin apartar la vista de la pantalla—. Apenas hemos cubierto el mínimo en las primeras carreras.

Asiento con la cabeza, pero no respondo. La conversación durante las tareas de cierre llama la atención de los supervisores de planta, y la atención en este negocio significa un escrutinio de tus cuentas. La dirección espera que sus empleados sean eficientes, precisos e invisibles.

Las luces parpadean una vez y luego se estabilizan. La instalación eléctrica del edificio muestra su edad en pequeños detalles: puertas que se atascan, una calefacción que calienta demasiado o demasiado poco, fluorescentes que zumban con la persistencia de insectos furiosos. Pero las cámaras de seguridad nunca fallan y las máquinas contadoras nunca se saltan una transacción.

Cuadro la última columna de cifras y guardo mi libro de contabilidad en el cajón del escritorio con llave. La recaudación de la noche ha sido la habitual para un jueves: suficiente para mantener a la dirección satisfecha, pero no para generar entusiasmo. Cifras rutinarias para un turno rutinario.

Un alboroto estalla en algún lugar del edificio. Gritos, pasos apresurados, el agudo silbato que señala una emergencia. A través de la ventana, veo gente congregándose cerca de la entrada principal, con la cara vuelta hacia algo que no puedo ver desde este ángulo.

—¿A qué viene eso? —Yana abandona su puesto y se acerca a la ventana a mi lado.

Más gente corre hacia el tumulto. Aparece la seguridad del hipódromo, con las radios crepitando con comunicaciones urgentes. Alguien agita la mano frenéticamente hacia el aparcamiento y oigo el lejano ulular de sirenas que se acercan.

—Parece grave. —Yana pega la cara al cristal—. Es mucho jaleo para la hora de cerrar.

Las sirenas suenan cada vez más fuerte. Una ambulancia aparece a la vista, seguida de otra. Los sanitarios se bajan corriendo de sus vehículos con equipamiento y urgencia. La multitud se hace más densa a medida que más empleados del hipódromo salen de varias oficinas.

—Deberíamos ir a ver qué ha pasado. —Yana se dirige hacia la puerta.

—No. —La palabra sale brusca, pero sé que no debo meter las narices donde no me llaman—. Primero terminamos nuestros recuentos.

Se detiene y se vuelve hacia mí, con las cejas arqueadas.

—Puede que alguien necesite ayuda.

—Los sanitarios ya están aquí. No podemos ayudar y dejar nuestros puestos durante el cierre crea problemas con la dirección. —Me centro en organizar mi papeleo, aunque me tiemblan las manos—. Termina tu trabajo.

Yana me mira fijamente durante un largo momento, luego se encoge de hombros y vuelve a su puesto. Los sonidos del exterior continúan: más sirenas, más voces, el pitido mecánico del equipo médico. A través de la ventana, observo a los sanitarios trabajar mientras empiezan a llegar agentes de policía.

Mi móvil vibra sobre el escritorio. Echo un vistazo a la pantalla y veo mensajes de Damir.

DAMIR: 23:47: Ha pasado algo en el hipódromo esta noche.

DAMIR: 23:47: No hagas preguntas al respecto.

DAMIR: 23:48: Ven a mi casa. Ahora.

Me quedo mirando las palabras, leyéndolas dos veces. Damir nunca contacta conmigo en el trabajo. Conoce los riesgos, sabe que la dirección vigila las comunicaciones. Que rompa el protocolo significa que hay una crisis.

Los vehículos de emergencia en el exterior se multiplican. Llegan coches de policía, sus luces rojas y azules pintan el edificio con colores alternos. Salen detectives con trajes oscuros, junto con técnicos de la escena del crimen que llevan maletines de equipo.

Escena del crimen. Las palabras se forman en mi mente sin que yo las llame. Lo que sea que haya ocurrido fuera ha pasado de ser una emergencia médica a territorio de investigación.

Cojo el abrigo y el bolso con movimientos automáticos. Cada gesto parece deliberado mientras mi mente repasa a toda velocidad las posibilidades. Los mensajes de Damir. La respuesta de emergencia. La coincidencia de ambos acontecimientos, creando una conexión que no quiero reconocer.

—¿Ya te vas? —Yana me observa mientras me preparo para irme —. ¿No quieres ver lo que ha pasado?

—Ya lo leeré mañana. —Me pongo el abrigo y me dirijo a la puerta—. Nos vemos el lunes.

El pasillo que lleva a la salida de empleados me aleja del caos que se está desarrollando cerca de la entrada principal. Pero todavía puedo oír el alboroto a través de las paredes: voces, radios, el ajetreo organizado de los agentes que toman el control.

El aparcamiento de empleados se encuentra detrás del edificio principal, separado del incidente por muros de hormigón y distancia. Arranco el motor y conduzco hacia la salida trasera, tomando la ruta que evita por completo la entrada principal. El guardia de seguridad me deja pasar sin hacer preguntas, con la atención centrada en otra parte.

El trayecto en coche a través de Moscú hasta el apartamento de Damir dura cuarenta minutos por calles resbaladizas por la lluvia de la tarde. Agarro el volante y vuelvo a leer sus mensajes, su tono urgente resonando en mi mente. Sabía que algo iba a pasar en el hipódromo esta noche. Me advirtió que no hiciera preguntas y que fuera de inmediato.

El edificio de Damir se agazapa en una esquina de Sokolniki, con su fachada gris marcada por años de intemperie y abandono. Aparco en la calle y subo en el ascensor hasta el séptimo piso; cada

campanilleo es una cuenta atrás para la crisis que me espera detrás de su puerta.

Llamo dos veces, hago una pausa y vuelvo a llamar una vez más: nuestro código de la infancia, de los años en que necesitábamos identificarnos antes de que nuestra madre abriera la puerta.

La puerta se abre de inmediato. Los ojos de Damir pasan de mí para escudriñar el pasillo antes de agarrarme del brazo. Tiene un aspecto terrible. Su pelo oscuro le cae lacio sobre la frente y una barba incipiente ensombrece su mandíbula, normalmente bien afeitada. Me mete dentro y cierra la puerta con llave a nuestras espaldas, con movimientos bruscos, cargados de una energía apenas contenida.

—¿No te han seguido? —pregunta con un tono en la voz que no le oía desde que éramos niños.

—No. —Dejo el abrigo en la silla junto a la puerta y le estudio la cara—. ¿Qué ha pasado en el hipódromo?

—Alguien ha muerto. —Se acerca a la ventana y mira a través de las persianas la calle de abajo—. Una mala muerte. Pública. Del tipo que atrae investigaciones.

Se me encoge el estómago.

—¿Quién?

—Un soldado de la Bratva. Alexei Petrov. —Damir se aparta de la ventana y empieza a pasearse por el salón. Su apartamento refleja su necesidad de control: todo está limpio, organizado, colocado con intención—. Lo encontraron convulsionando cerca de la entrada sobre las diez y media. Murió antes de que llegara la ambulancia.

El nombre no me dice nada, pero las implicaciones son claras. Un soldado de la Bratva muriendo en el hipódromo donde trabajo crea problemas para todos los que están conectados con el lugar.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque se suponía que iba a reunirme con él esta noche. —Damir deja de pasearse y me clava una mirada que me hiela la sangre—. Una reunión de negocios. Nunca apareció.

Negocios. La palabra tiene peso entre nosotros. Los negocios de Damir operan en las sombras de las empresas legítimas, proporcionando servicios y productos que la dirección finge no ver.

—¿Qué tipo de negocios?

—Del tipo que ahora es una prueba en una investigación de asesinato. —Su voz se vuelve plana—. Uno de nuestros cargamentos salió mal, Zoya. Alguien murió por un producto que yo suministré.

La habitación da vueltas a mi alrededor. Me hundo en su sofá, con las piernas de repente inestables.

—¿Le vendiste drogas?

—Llevo años vendiendo a los clientes del hipódromo. Lo sabes. Es parte de cómo sobrevivimos. —Damir reanuda su paseo, con movimientos agitados—. Pero esto no fue culpa mía. Alguien contaminó el lote. Alguien lo cortó con veneno.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo pruebo todo antes de distribuirlo. Siempre. El producto estaba limpio cuando salió de mis manos. —Se detiene y se vuelve para mirarme—. Alguien quería a Petrov muerto o querían inculparme a mí de haberlo matado. De cualquier manera, yo soy el que va a cargar con la culpa.

Las palabras caen con fría certeza. La Bratva no investiga los crímenes: asigna culpas y aplica castigos. Si creen que Damir suministró drogas contaminadas que mataron a uno de sus soldados, lo cazarán hasta encontrarlo.

—¿Estás seguro de que fue deliberado?

—La cocaína pura no se mezcla accidentalmente con fentanilo. Alguien hizo esto a propósito. —Su risa no tiene ni pizca de humor—. La cuestión es si querían a Petrov muerto o a mí destrozado. Podrían ser ambas cosas.

—¿Quién querría cualquiera de las dos cosas?

—Demasiadas posibilidades. Competidores que quieren mi territorio. Familias de la Bratva que piensan que me estoy volviendo demasiado independiente. Policías que quieren convertirme en un soplón. —Damir se encoge de hombros—. La lista es larga y los motivos son todos sólidos.

Proceso esta información mientras lo observo pasear. Mi hermano siempre ha operado en los límites de un territorio peligroso, pero ha sido cuidadoso, inteligente, cauto con los riesgos que corre. Que

alguien haya conseguido tenderle una trampa significa que conoce sus métodos, sus proveedores, sus rutinas.

—¿Qué vas a hacer?

—Huir. Esconderme. Intentar averiguar quién hizo esto antes de que terminen de destruirme. —Se dirige al armario y saca una bolsa de lona, ya hecha—. Podría llevar días. Podría llevar semanas.

La realidad se me viene encima. Damir, mi única familia, mi protector desde que nuestro padre desapareció, está a punto de desvanecerse en la red clandestina que sea que acoge a la gente que se ha cruzado con la Bratva.

—Llévame contigo.

—No. —Su respuesta es inmediata—. Tú te quedas aquí. Sigue trabajando. Actúa con normalidad.

—Acabarán relacionándome contigo. Soy tu hermana. Trabajo en el hipódromo donde ocurrió todo.

—No si te mantienes callada y no les das motivos para mirar más de cerca. —Mete la mano en su chaqueta y saca un pequeño teléfono negro—. Es un móvil desechable y está limpio. Úsalo si necesitas contactar conmigo. No me llames más desde tu teléfono habitual.

Cojo el dispositivo, notando su peso desconocido.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—El tiempo que haga falta para limpiar mi nombre o identificar quién está tratando de destruirme. —Se cuelga la bolsa al hombro y se acerca a donde estoy sentada—. Zoya, escúchame. Esto pasará. No tuve nada que ver con la muerte de Petrov. Alguien me tendió una trampa y voy a demostrarlo.

La convicción en su voz debería ser tranquilizadora, pero el miedo ya ha echado raíces en mi pecho. La Bratva no espera pruebas antes de actuar por una sospecha.

—¿Y si no puedes demostrarlo?

—Entonces desaparezco para siempre y tú finges que nunca tuviste un hermano. —Sus manos enmarcan mi cara, sus dedos ásperos contra mis mejillas—. Pero no se llegará a eso. Soy inocente y la inocencia tiene una forma de salir a la luz con el tiempo.

Inocente. La palabra suena extraña aplicada a las actividades de Damir, pero entiendo lo que quiere decir. Él no mató a Petrov. No contaminó su propio producto. Alguien más orquestó los acontecimientos de esta noche y él se ha convertido en su chivo expiatorio.

—Necesito más información. Necesito saber quiénes son tus enemigos, quién tuvo acceso a tu suministro, quién se beneficia de tu destrucción.

—Tú necesitas mantenerte completamente al margen de esto. —Su voz se endurece—. Vete a casa. Ve a trabajar el lunes. Cuenta dinero y cuadra los libros. Actúa con normalidad.

—La normalidad ya no existe. No después de esta noche.

—Tiene que existir. Tu seguridad depende de ello. —Se dirige a la puerta, nuestra conversación ha concluido—. Sigue mis instrucciones o te arriesgarás a empeorar todo.

Alarga la mano hacia el pomo de la puerta y sé que, una vez que se vaya, puede que no vuelva a verlo nunca más. Esa idea me impulsa a actuar. Me levanto y le agarro del brazo.

—No me dejes a oscuras con esto.

Por un momento, su expresión se suaviza. Me mira como solía hacerlo cuando éramos niños, cuando prometía que nuestra madre dejaría de beber y que nuestro padre volvería a casa.

Se inclina y presiona sus labios contra mi frente: un beso suave que parece más una despedida que un consuelo.

—Te quiero, hermanita. Recuérdalo.

Y entonces se va; la puerta se cierra tras él con rotundidad. Oigo cómo se echa el cerrojo y luego sus pasos que se alejan por el pasillo hacia el ascensor.

Me quedo de pie en su salón, rodeada del cuidadoso orden que ha construido a su alrededor. El móvil desechable yace en mi palma, su pantalla negra reflejando mi cara en miniatura.

Pasa una hora. Luego otra. Me siento en su sofá y espero, con la esperanza de que regrese con mejores explicaciones o planes más claros. Pero la puerta no se abre y el apartamento se enfría a medida que el sistema de calefacción se apaga.

Finalmente, cojo mi abrigo y salgo, cerrando la puerta con la llave de repuesto que guarda escondida sobre el marco. El pasillo se siente diferente ahora: cargado de amenazas potenciales, pesado por un peligro tácito.

El camino a casa pasa en un borrón de neón y ansiedad. Agarro el móvil desechable y repito nuestra conversación, buscando detalles que puedan importar más tarde. Pero Damir solo reveló fragmentos, guardándose para sí mismo la información crucial.

Mi apartamento me recibe con una oscuridad familiar. No enciendo las luces mientras recorro las habitaciones, comprobando las cerraduras de ventanas y puertas. Todo parece normal, pero la normalidad ha adquirido un nuevo significado en el lapso de una sola noche.

Preparo café y me siento en la mesa de mi cocina con el ordenador portátil. Las webs de noticias se cargan lentamente, cada página revela detalles preliminares sobre el incidente en el hipódromo de Podsolnukh. Alexei Petrov, veintiocho años, encontrado muerto cerca de la entrada principal. Causa de la muerte pendiente de investigación.

Las noticias de la mañana traerán más información. La investigación seguirá todas las pistas. Y en algún punto de esa investigación, rastrearán la conexión hasta Damir.

Mi teléfono, mi teléfono de verdad, permanece en silencio sobre la mesa. No hay mensajes de mi hermano. No hay llamadas del trabajo. Ninguna indicación de que nadie más sepa de nuestra conversación o de la bolsa que llevaba cuando salió por la puerta.

Pero lo sabrán. Con el tiempo, rastrearán las conexiones y harán las preguntas que conducen a respuestas incómodas.

Cuando eso ocurra, necesitaré algo más que su instrucción de «actuar con normalidad».

Necesitaré mis propias respuestas.

2

MAKSIM

La llamada llega a las siete de la mañana y me arranca del sueño con la vibración de mi móvil contra la mesilla de noche. El nombre de Rolan brilla en la pantalla.

—Maksim —dice en cuanto contesto—. Vístete. Al cuartel general. Una hora.

—¿Qué ha ocurrido?

—Si pudiera esperar, no le estaría llamando.

Cuelga sin decir una palabra más. Sin explicaciones, sin detalles; solo la expectativa de que obedeceré, como he hecho durante años.

Me arrastro fuera de la cama y sigo mi rutina. Ducha. Afeitado. Traje negro, camisa limpia: el uniforme. Termino de vestirme y compruebo la línea del cuello de la camisa con un rápido gesto de los dedos. Aún tengo los nudillos marcados del último trabajo, sutiles recordatorios de lo que hago y de lo que soy.

El tráfico de Moscú se mueve con lentitud por el centro de la ciudad, pero llego al cuartel general de los Vetrov con minutos de sobra. El edificio se asienta en la calle Tverskaya, con una fachada discreta entre la mezcla de negocios y complejos de oficinas que bordean la avenida. Dentro, el mármol pulido y los caros accesorios anuncian la prosperidad de una empresa legítima. El verdadero

negocio tiene lugar en plantas que no aparecen en los directorios públicos.

Vadim me recibe junto al ascensor en la octava planta. Mi primo lleva tres años en el puesto de teniente, tiempo suficiente para haber desarrollado esa dureza que conlleva gestionar las operaciones de la familia. Su apretón de manos es firme, su mente ya está centrada en cualquier crisis que haya provocado esta reunión tan temprana.

—Rolan está esperando —dice, guiándome por el pasillo hacia la sala de reuniones—. Tenemos un problema.

La sala de reuniones da a la calle, con las ventanas tintadas para impedir la observación desde el exterior. Rolan está sentado a la cabecera de la lustrosa mesa, con la atención fija en la pantalla de un portátil que muestra lo que parece ser una grabación de seguridad. Levanta la vista cuando entramos con unos ojos de tinta que delatan su ira contenida.

—Sentaos. —Nos señala las sillas frente a él—. Tenemos que hablar del incidente de anoche en el hipódromo.

Tomo el asiento indicado y espero. Años de trabajo para la familia me han enseñado a escuchar primero, a hablar solo cuando se me pregunta directamente y a no ofrecer nunca información que no me hayan solicitado.

—Alexei está muerto. —La voz de Rolan permanece plana y carente de emoción—. Sobredosis de cocaína adulterada. La investigación preliminar sugiere que la droga estaba cortada con fentanilo.

Alexei es nuestro primo político. Lo conocía, no mucho, pero lo suficiente. Nos veíamos en reuniones familiares, compartimos alguna copa un par de veces, intercambiamos el tipo de conversaciones que no significan nada hasta que alguien acaba muerto. Se dedicaba a los cobros en Butyrka y era constante, competente. No era el tipo de persona que tendría una sobredosis, y desde luego no el tipo que se prepararía su propia mercancía. Su muerte no es solo un inconveniente para Rolan. Es lo bastante personal como para merecer atención y lo bastante profesional como para exigir una respuesta.

—¿Un accidente? —pregunto.

—Intencionado. —Vadim desliza una carpeta sobre la mesa—. La cocaína tenía un objetivo concreto. Alguien quería a Alexei muerto, o quería enviar un mensaje a través de su muerte.

Abro la carpeta y examino los informes preliminares. Las fotografías de la escena del crimen muestran su cuerpo cerca de la entrada del hipódromo, rodeado de paramédicos y equipo policial. Las declaraciones de los testigos describen convulsiones, espuma por la boca, la rápida aparición de síntomas que indican envenenamiento en lugar de una sobredosis típica.

—¿Quién le suministró la droga?

—Damir Mirov... —Rolan gira la pantalla del portátil hacia mí mientras sus ojos se oscurecen, pasando de la tinta al negro azabache por la rabia—. Un camello de poca monta que opera en el hipódromo. Vende a los clientes, mantiene un perfil bajo y, por lo general, se mantiene al margen de los asuntos de la familia.

La grabación de seguridad muestra a un hombre de unos treinta y pocos años, pelo oscuro, complexión delgada, moviéndose por la zona de apuestas del hipódromo con una confianza despreocupada. Está familiarizado con el entorno. Interactúa con varios clientes, intercambia dinero por pequeños paquetes, realiza transacciones con discreción. No es nuevo en esto.

—¿Crees que es la bala o la pistola?

—Se están considerando ambas posibilidades. —Rolan cierra el portátil—. Pero nuestra preocupación inmediata es la contención. Mirov desapareció tras la muerte de Alexei. Tenemos que localizarlo y determinar si se trata de un asesinato o de una trampa.

—¿Cuál es mi papel? —Me enderezo, cuadrando los hombros y mirando a mi hermano mayor, pero es mi primo quien responde.

Vadim se inclina hacia delante. —Mirov tiene una hermana, Zoya Mirova. Trabaja en el hipódromo, en la ventanilla de apuestas número doce. Necesitamos saber qué sabe ella de los negocios de su hermano y si puede llevarnos hasta él.

La misión toma forma en mi mente. Vigilancia, evaluación, posible interrogatorio. Procedimiento estándar para recopilar información sobre sospechosos y sus socios.

—¿Intervención directa u observación?

—A su elección, pero con discreción. Ninguna implicación oficial de la familia hasta que comprendamos el alcance total de la situación. —Los ojos de Rolan se encuentran con los míos sobre la mesa—. Si Mirov está planeando más ataques, su hermana podría ser la clave para detenerlos. Si le han tendido una trampa sus competidores, ella podría ser el camino para identificar la verdadera amenaza. Y no podemos asustarlo, lo que significa que no podemos asustarla a ella.

Asiento y cierro la carpeta. Los parámetros están claros, los objetivos definidos. Encontrar a Zoya Mirova, evaluar sus conocimientos y lealtades, utilizar su conexión con su hermano en beneficio de la familia.

—¿Plazos?

—Inmediatos. Esta noche tiene turno. Siga su rutina, establezca contacto, empiece la evaluación. —Vadim desliza otro documento sobre la mesa—. El expediente personal de la dirección del hipódromo. Dirección, horario de trabajo, información básica.

Reviso los detalles. Zoya Mirova, veintiséis años, empleada en el hipódromo Podsolnukh desde hace cuatro años. Vive sola en un modesto apartamento en Sokolniki. Sin antecedentes penales, sin asociaciones conocidas con el crimen organizado más allá de las actividades de su hermano.

La fotografía adjunta a su expediente laboral muestra a una mujer de pelo largo y oscuro y afilados ojos color avellana. Pómulos altos, nariz estrecha… es despampanante, pero a menudo el espécimen más bello crea la toxina más peligrosa. Y ella es un objetivo o un activo. Cuál de los dos será, quedará a su elección, si me siento generoso.

—¿Algo más que deba saber?

—Es inteligente. —El tono de Rolan conlleva una nota de advertencia—. La dirección del hipódromo la califica como su empleada más fiable. Nunca falta a un turno, nunca comete errores en sus recuentos, nunca hace preguntas sobre irregularidades. El tipo de persona que lo ve todo y no dice nada.

El perfil encaja con alguien que ha aprendido a sobrevivir en entornos peligrosos manteniéndose invisible. Lo que significa que acercarme a ella requerirá una cuidadosa consideración de tácticas y tiempos.

—Empezaré esta noche.

—Bien. Informa mañana por la mañana con tu evaluación inicial. —Rolan se pone en pie, señalando el final de la reunión—. Y, Maksim, mantén esta operación en secreto por ahora. Sin refuerzos ni recursos de la familia, sin implicación oficial hasta que tengamos una imagen más clara.

Salgo del cuartel general con la carpeta metida en la chaqueta y una lista mental de los preparativos que debo completar. Equipo de vigilancia, investigación de antecedentes, planificación de rutas para seguir sus movimientos. El tipo de preparación detallada que marca la diferencia entre una recopilación de información exitosa y una operación fallida.

Al anochecer, me he situado frente al hipódromo de Podsolnukh con una clara línea de visión hacia el aparcamiento de empleados. El edificio cobra vida con luces y actividad a medida que comienza el programa de carreras de la tarde. Llegan coches con clientes deseosos de arriesgar su dinero en caballos y apuestas. Entre ellos, los empleados que se presentan a sus turnos.

Zoya Mirova llega a las seis y media y aparca un modesto sedán en la sección reservada para el personal del hipódromo. Entra directamente sin entretenerse ni charlar con el guardia de seguridad; simplemente sale de su coche y se mete por la entrada de empleados como si lo hubiera hecho cien veces.

La tarde pasa lentamente. Superviso el tráfico de radio de la seguridad del hipódromo, observo el flujo de clientes y personal, y mantengo la vigilancia sobre el aparcamiento de empleados. Las noches de carreras generan patrones de actividad predecibles, que alcanzan su punto álgido durante las carreras principales y luego disminuyen gradualmente a medida que concluyen los eventos.

A las once y cuarenta, los empleados empiezan a salir del edificio. Zoya aparece en la primera oleada, caminando hacia su coche con el cansancio reflejado en sus pasos. Tiene la vista clavada

en su móvil, distraída por algo que acapara toda su atención. Este es el momento del contacto, cuando el acercamiento se vuelve inevitable.

Salgo de mi vehículo e intercepto su camino entre la entrada de empleados y el aparcamiento. El movimiento está calculado para parecer casual, al tiempo que le impide cualquier vía de escape fácil.

—¿Zoya Mirova?

Se detiene, pero no retrocede. Sus ojos me evalúan rápidamente, recorriéndome de la cabeza a los pies y de vuelta a mis ojos. La evaluación dura segundos y revela los instintos de supervivencia que esperaba de alguien relacionado con Damir Mirov.

—¿La conozco?

—No nos han presentado. —Mantengo mi voz neutra, sin amenazas—. Pero tenemos intereses comunes que discutir.

—¿Cómo cuáles?

—Su hermano.

Las palabras producen un destello de reacción: la mandíbula tensa, un ligero cambio de postura. Pero no niega la relación ni se declara ignorante de sus actividades.

—No hablo de asuntos familiares con desconocidos.

—Una política inteligente, pero las circunstancias han hecho que los asuntos de su familia sean relevantes para los intereses de otras personas. —Me acerco un paso más, manteniendo el contacto visual —. Personas que no aprecian que se les mantenga en la oscuridad.

—Entonces deberían hacer mejores preguntas. —Su voz tiene un filo que me dice que no se dejará presionar fácilmente—. Y deberían hacérselas a la persona adecuada.

—Quizás. —Dejo la palabra suspendida en el aire—. Pero se las estoy haciendo a usted.

Ella empieza a pasar a mi lado. Iguala su paso. —Su hermano desapareció después de que alguien muriera. Eso la pone en una lista. Pero, sinceramente, me interesa más usted.

Su ritmo se ralentiza. Lo tomo como un permiso. —Cuatro años en un trabajo del que la mayoría de la gente se harta en dos. Sin errores. Sin días de baja. Sin cotilleos. Usted mantiene la cabeza

gacha y su recuento perfecto. Ese tipo de disciplina no pasa desapercibido.

—Soy buena en mi trabajo. Eso no es un delito. —Se cruza de brazos sobre el estómago en un gesto defensivo, y sé que cazaré más moscas con miel. Si la presiono, también se esfumará, y a Rolan eso no le va a gustar. Quizá tenga que jugar a largo plazo.

—No, no lo es. Es impresionante. Y me dice que es lo suficientemente inteligente como para saber lo que pasa a su alrededor, aunque finja que no. —Su boca se tensa, pero no discute —. Eso juega a su favor, Zoya. Siga siendo inteligente, y esto no tiene por qué ponerse feo.

Me sostiene la mirada un momento. —¿Me está amenazando o me está haciendo un cumplido?

—Ambas cosas.

Eso provoca la primera grieta en su expresión, un destello de algo que no acabo de interpretar.

—Yo, eh... tengo que irme. Lo tendré en cuenta —dice ella.

—Bien. Pero no confunda el silencio con la seguridad. Ha causado una buena impresión. Solo asegúrese de que siga siéndolo.

Camina hacia su vehículo sin mirar atrás. Sus movimientos son controlados, pero con una corriente subterránea de tensión. La observo alejarse, fijándome en la ruta que toma. Nada en su comportamiento sugiere que esté comprobando si la vigilan; solo es una mujer cansada que vuelve a casa después de un largo turno.

El contacto inicial ha establecido los parámetros de nuestra relación. Es inteligente, dura y protectora con su hermano. No será fácil de intimidar ni de manipular. Pero también está aislada, es vulnerable y se enfrenta a fuerzas más grandes de las que puede manejar sola.

Está más buena que en la foto. Y es más avispada, también. Hay algo en la forma en que se comporta —firme, imperturbable, como si se hubiera labrado un pequeño rincón de control en un mundo que podría aplastarla sin esfuerzo—. Eso la hace tentadora. Peligrosa, quizá. Pero si esto sale como creo que saldrá, puede que pruebe esa fruta prohibida antes de que todo acabe.

Mañana, empezaré a ejercer una presión sistemática diseñada para quebrar su resistencia y convertir su cooperación de una posibilidad a una necesidad. La misión ha pasado de la vigilancia a la manipulación activa.

Pero esta noche, me encuentro pensando en la inteligencia de sus ojos y en la entereza que demostró al enfrentarse a una amenaza directa. Zoya Mirova no será un blanco fácil.

Lo que hace que la victoria final sea más satisfactoria de anticipar.

3

ZOYA

Abro la puerta de mi piso y entro, catalogando ya lo que tiene que desaparecer. El reducido espacio parece ahora más pequeño, cada rincón contiene pruebas del mundo de Damir. Me muevo por las habitaciones con una concentración metódica, reuniendo las piezas que podrían vincularme a sus negocios.

El primer móvil de prepago va a una bolsa de plástico. Después, el segundo. Le siguen tres cuadernos llenos de nombres y números. Levanto la tabla suelta del suelo cerca de la ventana de mi dormitorio y recupero las notas del escondite que Damir insistió en que guardara: ubicaciones de respaldo para las entregas de dinero, códigos de contacto, protocolos de emergencia que nunca quise memorizar pero que aun así lo hice.

Todo va a la bolsa.

En el armario de mi dormitorio, detrás de una pila de jerséis doblados, encuentro el sobre con mi documentación falsa. Mila Kozlova. Practiqué la firma hasta que me pareció natural. Los documentos son un trabajo limpio y profesional que le costó a Damir más de lo que debería haberse gastado. Me los guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Mover el dinero me lleva más tiempo. Accedo a tres cuentas diferentes desde mi portátil y transfiero los fondos a una cuarta

cuenta que abrí hace meses a nombre de Mila. Mis dedos se mueven por el teclado con el mismo ritmo que utilizo para contar dinero en el hipódromo: constante, automático, eficaz. Veintisiete mil rublos. No es suficiente para desaparecer para siempre, pero sí para ganar tiempo.

Borro el historial del navegador y luego lo borro de la papelera.

La bolsa de plástico con las pruebas está sobre la encimera de la cocina, esperando. Lo quemaré todo mañana, en algún lugar seguro y lejos de aquí. Esta noche, necesito saber quién me vigila.

Miro por el resquicio de las cortinas la calle de abajo. Una berlina negra está aparcada frente a mi edificio, el mismo modelo que he visto dos veces hoy. Un hombre está apoyado en la puerta del conductor, con una postura relajada pero alerta. Incluso a tres pisos de altura, reconozco la planta de sus hombros.

El matón del hipódromo.

Se me acelera el pulso, pero no me aparto de la ventana. En lugar de eso, lo estudio. Consulta su móvil, examina la calle y luego mira directamente hacia mi edificio. No está buscando, sabe exactamente dónde mirar.

Llevan vigilándome más tiempo del que creía.

Cojo las llaves y la chaqueta y me dirijo a la puerta. Si va a seguirme, necesito saber hasta qué punto está comprometido con la vigilancia. Y lo que es más importante, necesito saber si está solo.

La escalera apesta a la cena quemada de alguien mientras bajo. Doy los pasos despacio, dándome tiempo a pensar. Cuando empujo la puerta principal del edificio, el aire nocturno me golpea la cara con el frescor del incipiente otoño. El hombre se endereza, pero no se aleja de su coche.

Giro a la izquierda hacia la tienda de la esquina, mis pasos son deliberados sobre la acera agrietada. Detrás de mí, la puerta de un coche se cierra con un suave golpe seco.

En la tienda, compro una botella de agua que no necesito y me tomo mi tiempo para elegir un periódico. A través del escaparate, lo observo colocarse al otro lado de la calle, con las manos en los bolsillos y los ojos siguiendo mis movimientos.

Salgo de la tienda y giro a la derecha, de vuelta a mi edificio, pero dando un rodeo a la manzana. Sus pasos me siguen, manteniendo la distancia, pero sin perderme de vista. Cuando me meto por una calle lateral y luego desando el camino, él sigue ahí.

Se le da bien. Es paciente. Profesional.

Pero también está solo.

Completo el círculo y me encuentro de nuevo donde empecé, en la acera de enfrente de mi edificio. Ha vuelto a su posición junto al coche, observándome con la misma atención constante que mostró en el hipódromo.

Lo inteligente sería entrar, cerrar la puerta con llave y planear mi siguiente paso desde un lugar seguro. Lo inteligente sería dar por hecho que es peligroso y mantenerme a distancia.

En vez de eso, cruzo la calle.

No se mueve mientras me acerco, pero su postura cambia de forma casi imperceptible. Saca las manos de los bolsillos. Su peso se asienta de forma diferente sobre sus pies, lo que sugiere que se prepara para un ataque o una persecución.

—No es usted muy sutil —digo cuando estoy lo bastante cerca como para que no tengamos que levantar la voz.

—No pretendo serlo.

Su voz transmite la misma autoridad sosegada que tenía en el hipódromo, pero de cerca, me fijo en detalles que antes se me escaparon. La línea afilada de su mandíbula. La forma en que su pelo oscuro le cae sobre la frente. El frío avellana de sus ojos que parece verlo todo y no revelar nada.

—La mayoría de la gente se sentiría intimidada —continúo, deteniéndome justo fuera de su alcance.

—¿Está usted intimidada?

Hay algo de acaloramiento en la pregunta, en la forma en que su mirada recorre mi cara. No es la evaluación clínica de un interrogador, sino la atención concentrada de un hombre que mira a una mujer.

Doy otro paso para acercarme. —¿Debería estarlo?

El aire entre nosotros se vuelve denso. Ahora puedo oler su colonia: algo oscuro y caro que no pega con la chaqueta de cuero

informal que lleva. Sus ojos bajan a mi boca por un instante antes de volver a encontrarse con los míos.

—Eso depende de lo que usted piense hacer a continuación —dice.

Podría dar media vuelta. Podría subir y fingir que este encuentro nunca ha ocurrido. Podría mantener un perfil bajo y esperar que la Bratva pierda el interés en mí.

O podría asumir el riesgo y convertirlo en una oportunidad.

La idea cristaliza mientras lo miro. Este hombre, este matón, está aquí porque están cazando a Damir. Eso es obvio. Pero si me está vigilando, significa que creen que sé dónde está mi hermano. Creen que soy útil. Y si soy útil para ellos, entonces quizá ellos también lo sean para mí.

Necesito saber lo que ellos saben. ¿Están cerca de encontrar a Damir? ¿Qué es lo que quieren de él exactamente? El plan original era huir, coger mis papeles falsos y desaparecer antes de que pudieran relacionarme con los negocios de mi hermano. Pero huir significa ir a ciegas, y a ciegas significa la muerte.

Este matón podría ser mi puerta de entrada. Si consigo acercarme a él, hacerle creer que soy inofensiva —quizá incluso hacer que quiera protegerme—, podría averiguar lo suficiente para salvar nuestras vidas.

—Estaba pensando en ir a cenar esta semana —digo, con la voz más suave ahora, casi como en una conversación—. El jueves, quizá. ¿Conoce algún sitio bueno?

Su expresión no cambia, pero capto la ligera inclinación de su cabeza: sorpresa, tal vez, o diversión.

—Podría conocer un sitio.

—¿A las ocho?

—¿Dónde?

Nombro un restaurante del centro de la ciudad, lo bastante elegante como para parecer seguro, pero no tan caro como para resultar sospechoso. Él asiente una vez y luego extiende la mano.

—Maksim Vetrov.

El apellido hace que mi pulso se salte un latido. Vetrov... conozco ese nombre del hipódromo, de conversaciones susurradas sobre las

familias que dirigen esta ciudad. Su apretón de manos es firme y controlado.

—Zoya —digo, mirándole directamente a los ojos. No tiene sentido mentir sobre algo que él ya sabe.

—Le veré el jueves, entonces. —Doy un paso atrás, rompiendo la tensión, pero no la conexión—. Intente no seguirme hasta entonces. Es una distracción.

Me doy la vuelta y camino de regreso a mi edificio, sintiendo sus ojos en mí a cada paso. En la entrada, echo un vistazo atrás. Sigue observándome, pero ahora hay algo diferente en su postura. Menos depredador, más hombre.

El piso se siente diferente cuando vuelvo a él. No más seguro, exactamente, pero cargado de nuevas posibilidades. Acabo de invitar deliberadamente el peligro a mi vida, pero también he encontrado potencialmente el camino hacia la información que necesito.

Me siento a la mesa de la cocina y dejo que toda la magnitud de lo que estoy intentando me invada. Maksim Vetrov no es un matón cualquiera: tiene contactos, es lo bastante importante como para que le asignen personalmente la caza de Damir. Eso significa que sabe cosas. Plazos. Planes. Quizá incluso por qué quieren a mi hermano con tanta urgencia.

El dinero que he transferido esta noche estaba destinado a financiar mi huida. Ahora pienso que podría financiar algo completamente distinto. Si consigo que Maksim confíe en mí, si puedo convencerlo de que no soy una amenaza, podría averiguar lo suficiente como para sacar a Damir antes de que lo encuentren.

Es peligroso. Si se da cuenta de que lo estoy utilizando, si descubre quién soy en realidad, acabaré muerta o algo peor. Pero la alternativa es huir a ciegas hacia un mundo en el que no conozco las reglas, no sé quién nos persigue ni hasta dónde llega su alcance.

Al menos de esta manera, estaré lo bastante cerca de la fuente para verlos venir.

Estoy deseando que llegue el jueves.

4

MAKSIM

Me apoyo en la valla del exterior del Hipódromo Podsolnukh, observando cómo los últimos asistentes de la tarde salen por las puertas. En el aire flota un olor a cigarrillos y a sudor de caballo, un olor al que te acostumbras cuando trabajas en las carreras. Llevo aquí cuarenta minutos, pero no miro el reloj. La paciencia es parte del trabajo.

Zoya aparece a las nueve y cuarto, con su pelo oscuro recogido en la misma coleta impecable que llevaba hace tres días, cuando la interrogué por primera vez. Me ve enseguida —no me estoy escondiendo— y su paso no vacila. No hay ni el más mínimo atisbo de sorpresa en su caminar, lo que me indica que se ha estado preparando para esta noche.

—Puntual —dice cuando llega a mi altura.

—Pareces sorprendida.

—La mayoría de los hombres que conozco se rigen por sus propios horarios.

Me separo de la valla y me pongo a caminar a su lado. —Yo no soy como la mayoría de los hombres.

Me mira de reojo y pillo un atisbo de sonrisa antes de que vuelva a dirigir su atención a la calle que tenemos delante. —Eso estoy viendo.

El bar que he elegido está a tres manzanas del hipódromo, lo bastante cerca para que le resulte familiar, pero lo bastante lejos para evitar a la multitud habitual de degenerados y corredores de apuestas. Luces tenues, reservados de cuero desgastado, el tipo de sitio donde las conversaciones se pierden en el ruido de fondo. Perfecto para lo que necesito conseguir.

Le sujeto la puerta para que entre y pasa rozándome sin prestarme atención. No me da las gracias, no hace ningún gesto femenino afectado. No intenta impresionarme con lo fría que puede llegar a ser, lo que hace el trabajo más interesante.

Nos acomodamos en un reservado de la esquina y le hago una seña al camarero para que nos traiga dos vodkas. Zoya se sienta frente a mí, con una postura relajada, pero alerta. Me está estudiando de la misma manera que yo la estudio a ella: analizando detalles, buscando puntos débiles.

—No me pareces el tipo de hombre que invita a cenar —dice cuando llegan las bebidas.

—¿Y qué tipo de hombre te parezco?

—El tipo que consigue lo que quiere sin invitar a cenar primero.

Me río, y sus ojos se abren un poco ante el sonido. No se esperaba esa respuesta. Bien. La imprevisibilidad crea oportunidades.

—No te equivocas —admito, levantando mi vaso—. Pero tú mereces la inversión.

No se sonroja ni aparta la mirada. En lugar de eso, corresponde a mi brindis y bebe sin miramientos. El vodka se desliza por su garganta como si fuera agua.

—Háblame del hipódromo —le digo, reclinándome en el asiento —. Llevas allí, ¿qué, cinco años?

—Cuatro. —Deja el vaso con cuidado—. Pero eso ya lo sabes.

—Conozco los hechos. Quiero saber qué piensas tú.

—¿Qué pienso? —Se lo piensa, ladeando la cabeza—. Pienso que es un lugar donde gente desesperada toma malas decisiones con su dinero, y yo ayudo a facilitar esas decisiones. A su manera, es un trabajo honrado.

tribulations.

—Honrado. —Repito la palabra, saboreándola—. Curiosa elección.

—Más honrado que fingir ser noble al respecto. La gente que viene al hipódromo no son víctimas. Son adultos que toman decisiones de adultos. Yo solo me encargo del papeleo. —Hay algo acerado en su voz cuando dice esto, una dureza que no encaja con su actitud tranquila. Está defendiendo su mundo, lo que significa que sabe que es un trabajo vergonzoso: quitarles el dinero a ludópatas y a hombres que beben demasiado. Así que tiene conciencia...

—¿Y antes del hipódromo? —pregunto—. ¿La universidad?

Sus dedos encuentran el borde de su vaso de vodka y lo giran lentamente sobre la mesa de madera llena de marcas. —Contabilidad. Dos años, antes de dejarlo.

—¿Por qué?

—Obligaciones familiares.

La pausa que sigue me lo dice todo. «Obligaciones familiares» en su mundo significa que su hermano se metió en líos y ella pagó el pato. Es una historia que he oído una docena de veces, pero oírsela a ella hace que parezca nueva.

—¿Te arrepientes? —pregunto.

—¿De haberlo dejado? —Se encoge de hombros—. Los números son números. Ahora uso las mismas habilidades que habría usado en alguna oficina de una empresa. Las únicas diferencias son el horario y la clientela.

—Y el dinero.

—En el hipódromo se gana más dinero. —Se termina el vodka y deja el vaso con gesto definitivo—. ¿Y tú? ¿Siempre has estado en el negocio familiar?

La pregunta es cuidadosa, neutra. Está pescando información, pero se le da bien. Podría esquivarla, mantener la atención en ella, pero darle pequeñas dosis de verdad hará que confíe en mí más rápido.

—Desde que tuve edad para sujetar bien un arma —digo—. Mi padre creía en la educación temprana.

—Menuda infancia debiste de tener. —Resopla y pone los ojos en blanco, echando una mirada furtiva al camarero como si quisiera otra copa. Levanto un dedo y él asiente antes de que yo responda.

tribulations.

—Fue una infancia. No necesariamente buena, pero me preparó para lo que vino después. Aprendes rápido cuando la alternativa es decepcionar a gente a la que no te puedes permitir decepcionar.

tribulations.

Asiente, y veo reconocimiento en sus ojos. Entiende ese tipo de presión, ese peso de las expectativas familiares. Es otra conexión, otro hilo del que puedo tirar.

—¿Alguna vez piensas en dejarlo? —pregunta cuando llegan las nuevas bebidas.

—¿Moscú? —Enarco una ceja, sin estar seguro de entenderla a ella o a su pregunta.

—La vida.

La pregunta me sorprende por lo directa que es. La mayoría de la gente se anda con rodeos sobre el tema de la Bratva, con miedo a reconocer lo que todo el mundo sabe. Pero Zoya lo pregunta sin rodeos, sin disculparse.

—No —respondo con sinceridad—. Esto es lo que soy. ¿Adónde iría?

—A cualquier parte. Podrías ser cualquiera.

—¿Tú podrías?

Se queda en silencio, pensativa. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave. —A veces, pienso en ello. En subirme a un tren e ir a algún lugar donde nadie sepa mi nombre. Empezar de cero.

—¿Qué te lo impide?

—Creo que lo mismo que a ti. Esto también es lo que soy.

La confesión es más íntima que cualquier cosa que hayamos compartido hasta ahora, probablemente más íntima de lo que esperaba esta noche. Es como masilla en mis manos. Me está dejando ver algo real, algo vulnerable. O es muy buena en este juego o el vodka está haciendo efecto más rápido de lo esperado.

Me inclino hacia delante, acortando la distancia que nos separa en la pequeña mesa. —Quizá ambos estemos exactamente donde se supone que debemos estar.

Sus ojos se encuentran con los míos y me sostienen la mirada. El aire se vuelve más denso, cargado de una química más tangible que

la noche en que la seguí hasta su casa. Cuando estiro el brazo sobre la mesa y le toco la mano, no la aparta.

—Quizá —dice en voz baja.

Nos quedamos hasta que el bar empieza a vaciarse, la conversación fluye más fácilmente a medida que avanza la noche. Me habla de sus libros favoritos —clásicos rusos, en su mayoría, historias densas sobre sufrimiento y redención—. Yo le hablo de los lugares a los que he viajado por trabajo, omitiendo la violencia pero manteniendo los detalles que hacen que sus ojos se iluminen.

Para cuando salimos a la calle, se está riendo de mi historia sobre un trabajo en Praga que se torció porque no sabía suficiente checo para pedir un café. El sonido de su risa es inesperado: brillante y genuino, en completo desacuerdo con su anterior compostura reservada.

—No pensaba que fueras divertido —dice mientras caminamos hacia su edificio, con sus brazos rodeando mi bíceps. La velada no podría haber salido mejor, lo que me hace sospechar un poco.

—Soy una caja de sorpresas —le digo, guiando con cuidado sus pasos titubeantes por la acera.

—Estoy empezando a darme cuenta.

En la puerta de su edificio, me giro para mirarla de frente. La luz de la farola resalta los destellos dorados de sus ojos castaños y, por un momento, olvido que esto es un trabajo. Me mira con una expresión que no acabo de descifrar; interés, quizá, o cálculo. Probablemente ambas cosas.

—Gracias por las copas —dice—, y por el entretenimiento.

—Gracias a ti por la compañía.

Doy un paso más cerca, y ella no retrocede. Cuando le acuno el rostro entre las manos, su piel está cálida y suave bajo mis palmas. El beso empieza suave, a modo de tanteo, but cuando ella responde, abriéndose a mí, se profundiza en algo que parece peligrosamente real.

Cuando nos separamos, a ambos nos cuesta respirar.

—¿Podría subir contigo? —pregunto con voz ronca—. A tomar un café. —Esta noche ha ido tan bien que no quiero perder el impulso. Cuanto antes se sienta cómoda conmigo, antes conseguiré

información sobre el paradero de Damir. Y registrar su piso en busca de señales de él tampoco es una mala idea.

Ella sonríe, pero niega con la cabeza. —No me acuesto con hombres en la primera cita.

—¿Y en la segunda?

—Pregúntamelo entonces... —dice. Luego abre la puerta y desaparece dentro sin mirar atrás, dejándome de pie en la acera con el sabor de sus labios todavía en los míos.

Vuelvo a mi coche sintiéndome satisfecho con el trabajo de la noche. Está interesada, receptiva, exactamente donde la necesito. La atracción física es más fuerte de lo esperado, pero eso solo facilita el trabajo. La gente está más dispuesta a confiar en alguien con quien quiere acostarse.

Cuando me alejo en el coche, ya estoy planeando nuestro próximo encuentro. Esto va mejor de lo que esperaba.

5

ZOYA

El teléfono vibra en mi mesilla de noche a las cuatro de la madrugada y me arranca del sueño. Lo cojo con los ojos todavía cerrados y la memoria muscular guía mis dedos por la pantalla. El mensaje brilla ante mí en la oscuridad.

Desconocido: 04:17: No te fíes de ellos. Averigua lo que puedas y luego aléjate de esos cabrones.

Siento una opresión en el pecho. Borro el mensaje antes de estar del todo despierta, antes de poder cuestionarme la decisión. Aun así, las palabras me queman en la mente.

Vuelvo a tumbarme, mirando al techo mientras mi pulso se calma. El yeso sobre mi cama tiene una grieta que va de esquina a esquina, fina, pero lo bastante profunda como para proyectar sombras. Llevo dos años mirando esa grieta, viéndola crecer milímetro a milímetro. Ahora parece un símbolo de cómo todo se está desmoronando.

El mensaje de Damir confirma lo que ya sé. Sabe que me he reunido con Maksim. Sabe que estoy en la cuerda floja y está lo bastante aterrorizado como para ponerse en contacto conmigo a pesar del riesgo. El hecho de que siga dándome órdenes desde donde sea que esté escondido me indica que no es tan impotente como pensaba.

Pero también me indica que espera que siga jugando a este juego.

Me ducho y me visto para el trabajo; elijo una blusa azul marino y unos vaqueros oscuros, nada que llame la atención. El espejo me devuelve el reflejo de una mujer que parece tranquila y serena. Bien. Necesito esa máscara hoy más que nunca.

El camino hasta el hipódromo son veinticinco minutos. Me conozco cada grieta de la acera, cada escaparate, cada cara con la que podría cruzarme, porque antes hacía este recorrido seis días a la semana. La rutina me mantiene con los pies en la tierra cuando todo lo demás parece inestable. Pero hoy, el camino de siempre se siente distinto, sobre todo porque llevo nueve meses yendo en coche, pero como anoche me lo dejé en el aparcamiento, hoy me toca pateármelo.

Maksim está apoyado contra la pared de ladrillo, justo a la entrada principal. Tiene las manos en los bolsillos y parece que ese fuese su sitio de toda la vida. Ha cambiado la camisa formal de ayer por un jersey oscuro que se le ciñe a los hombros. La luz de la mañana resalta los ángulos de su cara y hace que sus ojos castaños parezcan casi dorados.

Cuando me ve, sonríe. Es una sonrisa cálida y genuina o, al menos, engañaría a cualquiera que no le conociera. Pero yo veo el cálculo que esconde, la forma en que observa mi reacción.

—Buenos días, Zoya —su voz denota la misma confianza despreocupada de ayer—. Espero no ser inoportuno.

Me detengo a unos metros, ajustándome la correa del bolso. —¿Por qué está aquí?

—Quería caminar contigo —se aparta de la pared, acercándose —. Si te parece bien.

Hay un deje de pregunta en su tono, pero sus ojos cuentan otra historia. No es una petición. Es parte del plan que sea que esté tramando. Aun así, asiento. —Supongo.

Nos ponemos a caminar juntos en dirección a la entrada de empleados. No intenta cogerme del brazo ni guiarme; otra jugada calculada. Me deja marcar el ritmo, los límites. Es listo. Me hace sentir que tengo el control, cuando ambos sabemos que no es así.

—Pareces cansada —dice al cabo de un momento.

—No he dormido bien.

—¿Pesadillas?

Le lanzo una mirada de reojo. —Se podría decir que sí.

Asiente como si lo comprendiera, pero no insiste. Caminamos en un silencio cómodo durante varios pasos antes de que vuelva a hablar.

—Háblame de tu familia.

La pregunta suena casual, como parte de una conversación. Pero, aun así, se me tensa la espalda. —¿Qué quiere saber sobre ella? —No pregunta porque le importe o tenga interés. Quiere trapos sucios de mi hermano, que bien podría ir a barrer del agujero de mierda en el que esté escondido Damir. No voy a delatarlo.

—Ayer mencionaste a tu hermano. ¿Estáis unidos?

Considero la respuesta con cuidado. Maksim ya sabe lo de Damir, dadas las circunstancias. La cuestión es cuánto sabe y qué quiere que le revele.

—Antes lo estábamos —digo finalmente—. Ahora las cosas son complicadas.

—¿Complicadas en qué sentido?

—La familia siempre lo es. —Dejo de caminar y me giro para mirarlo—. ¿Y usted? ¿Tiene familia?

No vacila ni un segundo. —Tengo cuatro hermanos. —Me dedica una sonrisita—. A veces trabajamos juntos.

—¿En el hipódromo? —No soy tan tonta como para caer en su juego. Sé quién es y a qué se dedica, y sé quiénes son sus hermanos también. Este juego del gato y el ratón es agónico.

—Entre otras cosas. —Su sonrisa regresa, pero ahora es más sardónica—. Nada demasiado emocionante.

Echo a andar de nuevo, archivando la información. Me está dando piezas, pero no la imagen completa.

—Sé que cree que mi hermano tuvo algo que ver con lo que pasó en el hipódromo… —Mi planteamiento es tan directo como puedo, lo que me vale un gruñido.

La expresión de Maksim no cambia, pero capto la ligera pausa en su paso. —La policía cree que fue una mala partida de droga.

Contaminada o cortada con las sustancias químicas equivocadas. —Está tan tranquilo y sereno. Me pregunto cuántas otras mujeres habrán caído en sus redes, en este juego que se trae.

Observo su cara mientras hablo. —Hace que uno se pregunte de dónde salió.

—¿Ah, sí? —Me mira directamente ahora, sus ojos castaños escudriñando los míos—. Yo pensaría que quien fuera el culpable se escondería… a lo mejor para cubrir sus huellas, ¿no crees?

—Por supuesto. —Me estremezco por dentro mientras bordeamos la verdad. Damir prácticamente confesó que fue por su mano, pero le creo cuando dijo que no fue él, que le están tendiendo una trampa—. Solo estaba pensando en voz alta. Da miedo cómo se extienden estas cosas, ¿sabe? Una mala decisión, y la gente sale herida.

—Una mala decisión —repite lentamente—. Sí, así es como suele empezar.

Hemos llegado a la entrada de empleados. Otros administrativos pasan a nuestro lado, dirigiéndose al interior para empezar sus turnos. Debería entrar, ponerme a trabajar, mantener la rutina. Pero Maksim sigue mirándome con esa expresión indescifrable y sé que esta conversación no ha terminado. Necesito sacarle más información, y él sin duda volverá para someterme a un interrogatorio.

—Debería entrar —digo, echando un vistazo a la puerta. No estoy segura de qué hacer ahora. Nunca he hecho nada parecido y siento que esto me supera.

—Por supuesto. —Da un paso atrás, dándome espacio—. ¿A qué hora terminas hoy?

—A las siete.

—¿Cenarías conmigo? Conozco un sitio… tranquilo, con buena comida.

Finjo que me lo pienso, aunque ya lo he decidido. Necesito más tiempo con él, más oportunidades para sonsacarle información. Y a pesar de todo, a pesar de saber que es peligroso, a pesar de la advertencia de mi hermano, siento curiosidad por él.

—De acuerdo —digo—. Pero yo elijo el restaurante.

Él asiente. —Lo que tú prefieras.

—Hay un café en la calle Sokolnicheskaya. El Café Luna. A las ocho.

—Allí estaré.

Me doy la vuelta para irme, pero me detengo. —¿Maksim?

—¿Sí?

—Esa víctima de la sobredosis era el hijo de alguien. El hermano de alguien. —Lo miro a los ojos—. Espero que quien vendiera esas drogas lo sepa.

Por un momento, su máscara se resquebraja. Veo algo cruzar su rostro; no es culpa, exactamente, sino reconocimiento. Luego desaparece, y vuelve a sonreír.

—Seguro que lo saben —dice en voz baja.

Dentro del hipódromo, hago mi trabajo de forma mecánica. Cuento dinero, actualizo libros de contabilidad, proceso apuestas. Mis manos se mueven automáticamente mientras mi mente repasa cada palabra de nuestra conversación.

Maksim sabe de la implicación de Damir en la sobredosis. De eso ya no hay duda. La cuestión es si sabe que yo lo sé o si cree que soy genuinamente ignorante de los negocios de mi hermano.

Durante mi descanso para comer, busco un rincón tranquilo y saco el móvil. No hay mensajes nuevos de Damir, lo que de alguna manera me pone más nerviosa de lo que me pondría tener noticias suyas. Considero mandarle un mensaje, preguntarle si está bien, pero no puedo arriesgarme. No cuando estoy segura de que Maksim o su gente están vigilando.

En lugar de eso, me como el sándwich y observo a los caballos entrenar en la pista. Se mueven con determinación, siguiendo patrones grabados en ellos a base de repetición. Órdenes del entrenador, guía del yóquey, instinto refinado hasta convertirse en rendimiento. Me pregunto si en eso me estoy convirtiendo yo: en un animal adiestrado que responde a señales que no comprende del todo.

Al final de mi turno, la rutina se ha desgastado. Cada mirada de un supervisor parece cargada de intención. Cada pregunta de un compañero lleva el peso de un escrutinio que no me puedo permitir.

Mantengo la cabeza gacha, termino mis cuentas y salgo de allí como si nada hubiera cambiado, pero todo ha cambiado. Maksim estará esperando esta noche y no sé si voy a ir a esa cena siendo yo misma o la mujer en la que necesito convertirme para sobrevivir a esto.

Maksim me está observando. Damir cuenta conmigo. Y yo estoy atrapada en medio, jugando a dos bandas sin saber cuál de ellas me romperá primero. ¿Y lo peor de todo? Una parte retorcida de mí quiere volver a ver a Maksim. Quiere saber qué más esconde tras ese encanto perfectamente ensayado. Si no tengo cuidado, no solo perderé este juego. Olvidaré por completo que estoy jugando.

6

MAKSIM

La finca de Rolan se extiende a lo largo de dieciséis hectáreas de terrenos meticulosamente cuidados, todo muros de piedra y verjas de hierro forjado. Atravieso la entrada principal a las seis de la tarde, con los faros rasgando la oscuridad que se asienta entre robles centenarios. La casa en sí se alza del paisaje con un brutalismo elegante: líneas limpias, ángulos afilados, ventanas que no revelan nada de lo que ocurre en su interior.

Aparco junto a la fuente de la rotonda de la entrada y me dirijo a la puerta principal. El mayordomo, un hombre delgado de pelo plateado cuyo nombre nunca he llegado a saber, la abre antes de que pueda llamar.

—El señor Vetrov le espera en el despacho —dice.

Lo sigo por pasillos repletos de óleos —paisajes, en su mayoría—, escenas de la campiña rusa que Rolan jamás ha visitado. La puerta del despacho está abierta. Rolan está sentado detrás de su escritorio, leyendo unos expedientes a la luz de una lámpara. No levanta la vista cuando entro.

—Cierre la puerta —dice.

Lo hago y después me siento en la silla que hay frente a él. El cuero es suave, caro, justo su estilo.

Rolan termina de leer y deja el expediente a un lado. Cuando me mira, sus ojos son del mismo color avellana que los míos, pero más fríos. La edad no lo ha ablandado; si acaso, las canas de las sienes lo hacen parecer más peligroso.

—Háble me de la chica —dice—. Quiero su evaluación.

Me recuesto en la silla, sopesando mis palabras. —Es inteligente. Cautelosa. No confía con facilidad, pero no es del todo cerrada.

—¿Es útil?

—Es dócil, pero reservada. Estoy trabajando en ello. —Me aflojo la corbata y estudio su expresión severa. Es la misma mirada que tiene cada vez que lo miro.

—¿Cómo que está trabajando en ello?

—Estoy creando un vínculo, haciendo que se sienta segura conmigo. Está respondiendo, pero despacio.

—¿Cómo de despacio?

—Accedió a verme otra vez. Ayer tomamos algo. Se está abriendo a mí.

—¿Y su hermano?

Damir Mirov, el fantasma que todos perseguimos, el cabo suelto que podría deshacerlo todo si se tira de él de forma equivocada. Mantengo una expresión neutra.

—No ha tenido noticias suyas últimamente. O eso dice ella.

—¿La cree?

—Creo que dice la verdad sobre no saber dónde está. Pero, desde luego, no me está contando todo lo que sabe de sus negocios.

Rolan asiente despacio. —Es de esperar. La lealtad familiar es muy fuerte, incluso cuando no debería. —Se levanta y va hacia la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda—. La chica es nuestro mejor camino para encontrarlo. No se separe de ella. Hágala creer que está de su parte.

—Entendido.

—Lo digo en serio, Maksim. Necesita confiar en usted completamente. Cueste lo que cueste.

Sé lo que me está pidiendo. «Cueste lo que cueste» tiene un significado específico en nuestro mundo. Significa cruzar límites,

saltarse las reglas, hacer cosas que no se pueden deshacer. Ya lo he hecho antes.

—Me encargaré —digo.

—Bien. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cuánto tiempo cree que necesitará?

—Es difícil de decir. No es ingenua. Si presiono demasiado, demasiado rápido, se echará para atrás.

—Entonces no la presione. Atráigala. Haga que quiera venir a usted.

Me levanto para irme, pero vuelve a hablar antes de que llegue a la puerta.

—¿Maksim?

—¿Sí?

—Tenga cuidado con esta. Las mujeres inteligentes son peligrosas de maneras que no siempre son evidentes.

Asiento y lo dejo con sus expedientes y sus muebles caros. El trayecto de vuelta a la ciudad dura treinta minutos por calles vacías. Aprovecho el tiempo para pensar en Zoya, en cómo me observaba durante la cena, en la forma cuidadosa con la que respondía a mis preguntas.

Está claro que ella también está jugando. La cuestión es si sabe que yo le estoy siguiendo el juego.

Cuando llego a su barrio, son casi las nueve. Su edificio es una construcción de ladrillo de cinco plantas con ventanas estrechas y una puerta de entrada verde que necesita una mano de pintura. Aparco al otro lado de la calle y estudio el edificio durante varios minutos.

Tercer piso, la vivienda de la esquina. Puedo ver luz tras sus cortinas. Está despierta.

Cruzo la calle y llamo al timbre de su piso. El interfono cobra vida con un crepitar al cabo de un momento.

—¿Sí? —Su voz suena cansada.

—Soy Maksim.

Una pausa. —Es tarde.

—Lo sé. Estaba por el barrio y he visto la luz encendida. He pensado que quizá… —Dejo que mi voz se apague, inyectándole un

toque de incertidumbre—. Lo siento. Ha sido una mala idea.

—Espera. —Otra pausa, esta vez más larga—. Sube. Tercer piso.

La puerta emite un zumbido y la empujo para abrirla. Subo hasta el tercer piso y la encuentro esperando en el umbral de su puerta, vestida con vaqueros y un jersey ancho. Lleva el pelo suelto sobre los hombros y parece más joven sin la estudiada serenidad que mantiene en público.

—No te esperaba —dice.

—No podía dejar de pensar en lo de anoche. —Me acerco, pero no lo bastante como para tocarla—. En ti. —Siento un nudo en el estómago al soltar la mentira. Soy un maestro de la manipulación, siempre diciendo medias verdades taimadas a las mujeres, así que ¿por qué esta mentira me hace sentir tan incómodo?

Ella retrocede, dejándome entrar en su apartamento. —Podrías haber llamado.

—¿Habrías respondido?

—Probablemente no.

Sonrío ante su sinceridad. —Entonces he tomado la decisión correcta al venir.

Su apartamento es pequeño pero limpio, amueblado con piezas que parecen de segunda mano pero que están bien cuidadas. Una cocina estrecha da a un salón con un sofá, un sillón y un televisor pequeño. Unas estanterías cubren una pared, llenas de volúmenes que parecen haber sido leídos de verdad en lugar de ser decorativos.

—¿Te pongo un café? —pregunta.

—Por favor.

Va a la cocina y la sigo, en teoría para continuar nuestra conversación, pero en realidad para observar. La nevera contiene lo básico: leche, huevos, pan, nada caro. Una única taza descansa en el escurreplatos junto al fregadero. Vive sola y no suele recibir visitas.

El café que prepara es fuerte y amargo. Nos sentamos en extremos opuestos de su sofá y me fijo en cómo se coloca para poder ver tanto la puerta como la cocina. Instintos de supervivencia.

—En realidad no estabas por el barrio, ¿verdad? —dice.

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Dejo la taza y me giro para mirarla de frente. —Porque he estado pensando en ti desde esta mañana. Porque no podía concentrarme en el trabajo, no podía centrarme en nada que no fuera preguntarme qué estarías haciendo, si tú también estarías pensando en mí.

Ella me observa la cara mientras hablo, buscando algún tic. Dejo que vea lo que quiero que vea: interés, atracción, el principio de algo más profundo. Y por dentro, estoy en conflicto, lo cual es extraño en mí. Este juego me lo sé de memoria y se me da bien, pero la honestidad y la actitud brusca de Zoya no son como las de otras mujeres. Estoy fascinado por ella.

—No me conoces lo suficiente para eso —dice.

—¿Ah, no? —Me acerco más en el sofá, lo suficiente para oler su champú—. Sé que eres cautelosa con tu confianza. Sé que eres leal a la gente que te importa. Sé que eres más valiente de lo que dejas ver.

—¿Has deducido todo eso de dos conversaciones?

—Lo he deducido observándote. Por tu forma de moverte, por cómo piensas antes de hablar. Por cómo me miras cuando crees que no presto atención.

Se le suben los colores a las mejillas. —¿Cómo te miro?

—Como si intentaras resolver un puzle.

—Quizá lo hago.

Extiendo la mano y le toco el brazo, dejando que mis dedos tracen un ligero camino desde su muñeca hasta su codo. No se aparta.

—¿Qué puzle? —pregunto.

—Tú. —Su voz es más baja ahora—. Apareces de la nada, eres encantador y atento, dices todas las cosas adecuadas. Pero en ti hay algo más que ser dueño de un circuito y tener cenas informales.

—Todo el mundo tiene algo más.

—No como esto.

Le acuno la cara con una mano, rozando su pómulo con el pulgar. —¿Sabes que eres preciosa, Zoya?

Cierra los ojos un momento. Cuando los abre, veo vulnerabilidad en ellos, cuidadosamente guardada, pero real. Pero lo digo en serio. Es despampanante, el tipo de mujer que me llevaría a la cama más de una vez, lo cual ya es decir.

—No puedes aparecer en mi apartamento y decir cosas así.

—¿Por qué no?

—Porque no es justo.

—¿Qué tiene de injusto?

—Haces que quiera creerte.

Su admisión me abre la puerta a más, pero dudo en aprovechar la oportunidad. Me acerco más, tanto que nuestras frentes casi se tocan. Sé que estoy pisando hielo fino. Me gusta más de lo que debería, y eso es peligroso en este juego.

—Entonces créeme —susurro.

Me escruta los ojos, buscando la verdad en un rostro entrenado para mentir. La dejo mirar. Dejo que vea calidez, deseo, la promesa de seguridad. No es del todo falso. Hay algo en ella que apela a partes de mí que suelo mantener enterradas. Pero tampoco es del todo cierto.

—Esto va demasiado rápido —dice.

—¿Tú crees? —Le acaricio el pelo, suave y espeso entre mis dedos—. Porque a mí me parece que está bien. Siento como si fuera algo que he estado esperando sin saberlo.

—Maksim…

—Sé que suena a locura. Amor a primera vista y todo eso. Pero no puedo explicar lo que pasó cuando te vi el primer día. Fue como si todo encajara.

Se apoya en mi mano, a pesar de sí misma. —Tú no me quieres. Ni siquiera me conoces.

—Entonces déjame conocerte. —Le levanto la barbilla para que tenga que mirarme a los ojos—. Déjame entender qué hay detrás de todo ese control cuidadoso.

—Hay cosas que es mejor dejar estar.

—Esto no. Tú no.

Le beso la frente, suave y reverente. Ella emite un pequeño sonido, casi un suspiro. Siento cómo su resistencia se debilita, siento

cómo los muros que ha construido empiezan a agrietarse.

—Te deseo —digo contra su piel—. Quiero saberlo todo de ti. Tu libro favorito, las canciones que cantas cuando crees que nadie puede oírte, con qué sueñas cuando estás sola en este apartamento.

—¿Por qué?

—Porque creo que me estoy enamorando de ti.

Las palabras salen sinceras, creíbles. Se supone que son una herramienta, una forma de derribar sus defensas. Pero al decirlas, me doy cuenta de que puede haber más verdad en ellas de la que pretendo, y esa revelación me produce náuseas. Estoy jugando con ella... y quizá también conmigo mismo.

Se echa hacia atrás para mirarme y puedo ver la guerra que se libra tras sus ojos. La lógica contra la emoción, la cautela contra el deseo.

—Esto es una locura —susurra.

—Puede ser. Pero algunas de las mejores cosas lo son.

Me inclino lentamente, dándole tiempo a detenerme. No lo hace. Cuando nuestros labios se encuentran, al principio es suave, vacilante. Luego me devuelve el beso con una urgencia que nos sorprende a ambos.

Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella. Le sujeto la nuca, intensificando el beso. Sabe a café y a algo más dulce, algo que me hace querer olvidar por qué estoy aquí realmente.

Cuando nos separamos, parece aturdida, como si no pudiera creer lo que acaba de pasar.

—Debería irme —digo, aunque todos mis instintos me dicen que me quede, que siga adelante mientras sus defensas están bajas.

—¿Deberías?

La pregunta está cargada de invitación e incertidumbre. Me levanto y la levanto conmigo, luego le enmarco la cara con ambas manos.

—No quiero presionarte para que hagas algo para lo que no estés lista.

—¿Y si estoy lista?

Estudio su rostro, veo el rubor en sus mejillas, la forma en que sus labios están ligeramente hinchados por nuestro beso. Quiere esto, me quiere a mí. Esa constatación me recorre las venas con calor.

Pero también veo la incertidumbre en sus ojos, el miedo a tomar la decisión equivocada. Es lo bastante inteligente como para saber que esto podría ser peligroso, pero lo bastante humana como para desearlo de todos modos.

—Entonces solo tienes que decirlo. —Debería estar celebrándolo. Debería estar tomando notas para volver con mi hermano y contarle lo fácil que ha sido que coma de mi mano, pero en lugar de sentirme como el vencedor, me siento como el tonto.

¿Está jugando ella conmigo o estoy jugando yo con ella? Ya ni siquiera lo sé.

7

ZOYA

¿Qué demonios estoy haciendo?

¿Pero qué coño está pasando ahora mismo?

Las manos de Maksim están sobre mí; por todo mi cuerpo, de hecho. Sus labios se estrellan contra mi boca y gimo suavemente mientras me pega a su cuerpo. Estoy perdida en un mar de confusión, con pensamientos que me zumban en la cabeza como mosquitos diminutos, posándose de vez en cuando para recordarme lo jodidamente peligroso que es esto y la tremenda idiota que soy por haber bajado la guardia. Pero aquí estoy, besando al hombre que quiere ver muerto a mi hermano.

Me tenso al darme cuenta y Maksim se aparta, como el perfecto caballero que es. —¿Va todo bien? —me pregunta, mientras sus ojos escudriñan mi cara como si de verdad le importara, como si no fuera a inmovilizarme y a tomar esto de mí sin más en cualquier otra circunstancia.

Trago para deshacer el nudo que tengo en la garganta y asiento, pero mis ojos van y vienen de los suyos, donde unas pupilas enormes y oscuras me devuelven la mirada. Esto no es solo un juego para él en este momento. A nadie se le dilatan las pupilas así cuando es un juego. Él quiere esto. Él me desea, y joder, si no lo deseo yo también, pero ¿cómo coño le explico eso a mi hermano?

¿Y qué pasará cuando follemos de verdad y nos entreguemos el uno al otro de esa manera, y luego él le joda la vida a Damir? ¿Cómo desenredo mi corazón de ese lío?

—Zoya, no tenemos por qué… —Es tan paciente, tan tierno mientras me coloca un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja. ¿Qué puto mafioso es paciente y delicado de esta manera? Sé que este es su plan: ablandarme y ponerme de su parte para que le diga dónde está mi hermano. Me metí en este lío con los ojos bien abiertos. Entonces, ¿por qué respira tan agitadamente como yo, tan desesperado como yo por quitarnos la ropa y hacer que esto suceda?

—Quiero —logro decir, ahogando la voz que me grita que pare. Más allá de la gigantesca bandera roja que ondea en el aire entre nosotros, más allá de la advertencia de mi hermano que todavía resuena en mi oído—. Quiero esto. —Le busco los botones, empiezo a desabrocharlos, y él continúa su asalto implacable a mis labios mientras empieza a desvestirme.

Su camisa se abre bajo mis dedos, revelando la sólida pared de músculos que hay debajo. La tinta se extiende por su pecho y baja por ambos brazos: líneas oscuras, símbolos brutales. Cada uno de ellos ganado con sangre. Aun así, presiono las palmas de mis manos contra su pecho, sintiendo su calor, la tensión en cada centímetro de su cuerpo. Se está conteniendo, dándome espacio, esperando a que diga que pare. Pero no voy a hacerlo.

—No soy frágil —susurro contra su boca con desesperación—. No tienes que tener cuidado conmigo.

Se le corta la respiración. —¿Eso es lo que quieres, Zoya? —murmura, con la voz oscura y grave—. ¿Quieres que deje de fingir que no estoy jodidamente hambriento de ti? —Cuando lo dice, le creo. Joder, seré una completa idiota, pero le creo cuando dice eso.

—Sí —respiro—. Muéstramelo.

Él gruñe y me agarra las caderas, arrastrándome con fuerza contra su cuerpo. Puedo sentir su polla a través de los vaqueros, gruesa, pesada y ya dura. Se restriega contra mí mientras habla, cada palabra cargada de hambre por mí. Mi corazón martillea en mis

oídos con tanta fuerza que casi no le oigo cuando vuelve a hablar. Estoy delirando de lujuria por él, mi centro deseando ser llenado.

—Has estado provocándome desde el segundo en que te puse los ojos encima. Caminando por ahí como si no supieras lo jodidamente preciosa que eres. Como si no supieras cuánto quiero destrozarte. —Sus manos son codiciosas y peligrosas, y me encanta. Estoy en llamas por él y probablemente empapada también.

Resuello cuando me levanta sin esfuerzo y me sienta en el borde de la mesa. Mis piernas se abren instintivamente y él se coloca entre ellas, deslizando sus manos por mis muslos mientras me abre de par en par. Una descarga de excitación recorre mi columna vertebral ante su contacto.

—¿Quieres que sea el malo, Zoya? —Su voz es ahora un gruñido —. ¿Quieres que te folle como si no debiera? —Los dedos de Maksim encuentran la cinturilla de mis vaqueros y juegan con mi piel. Estoy temblando, hecha un puto flan por este hombre al que debería odiar, pero, por el amor de Dios, no encuentro ninguna razón para apartarlo. No cuando mi coño está pidiendo a gritos su polla.

—Dios, sí —susurro—. Quiero que me hagas olvidar.

Tira de mis vaqueros para abrirlos, me los baja y los arroja a un lado, seguidos de mis bragas. Luego se arrodilla y su boca encuentra la cara interna de mi muslo, luego más arriba, más cerca, hasta que siento el calor de su aliento contra mi centro chorreante.

Quiero que esa barba incipiente me roce hasta dejarme en carne viva, que raspe mi sensible piel hasta que grite su nombre y tiemble alrededor de su cabeza con mis muslos apretándolo. Paso una mano por sus mechones ondulados y observo cómo admira mi piel desnuda con los ojos muy abiertos.

—Joder, ya estás empapada —gruñe—. ¿Todo esto es para mí?

Asiento, sin aliento, demasiado ida para hablar. Hasta el aire de mis pulmones me ha abandonado, como mi buena moral y mi buen juicio. Damir me mataría, pero me recuerdo a mí misma que estoy haciendo esto por él, acercándome al enemigo para atraerlo y encontrar una manera de que mi hermano quede libre.

—Dilo, Zoya. —Su agarre se tensa alrededor de mis muslos—. Si quieres mi boca, tienes que suplicar por ella. —La voz de Maksim es

áspera y exigente, y me provoca algo. No puedo resistirme a él. *Quiero* que me hable así, como si fuera suya, como si me poseyera.

—Por favor —susurro—. La quiero. Quiero tu lengua en mí. Quiero correrme en tu cara. No me importa lo que me hagas… solo haz que me corra.

Sus ojos brillan con algo más oscuro que la lujuria. ¿Control? ¿Posesión? Me agarra por la parte de atrás de las rodillas y me separa más las piernas, abriéndome como si tuviera derecho a ello. Luego sopla un aliento caliente sobre mi húmedo valle y me sonríe.

—Así está mejor —dice, pasando su lengua lenta y firmemente por mi hendidura. Grito, con los puños apretados en su pelo mientras me tortura de forma tan deliciosa. Gruñe contra mí, como si estuviera saboreando algo que se le ha negado durante demasiado tiempo, y la vibración va directa a mis entrañas, donde se enreda con mis dudas y lucha por el dominio, sofocando cualquier rastro de duda que quedara.

Deseo a este hombre. Deseo su polla. Y quiero que me llene.

—Sabes a pecado —murmura en mi coño, con la voz ahogada por el húmedo desastre que está haciendo de mí—. Y vas a correrme para mí, ahora mismo. No puedes contenerte.

Rodea mi clítoris con la presión justa para desarmarme. Su lengua folla dentro de mí, su agarre en mis caderas es brutal, manteniéndome quieta mientras me retuerzo contra su boca. Un pulgar juega sin piedad con mi clítoris, presionando, girando y haciéndome acercar al borde por el que saltaré tan pronto como él me lo permita.

—¡Dios, Maksim… Joder!

Él gruñe y no para, su lengua me trabaja más duro, sus dedos se clavan hasta que gimo y tiemblo, con los muslos apretados alrededor de su cabeza.

La presión aumenta en oleadas, pero mi cuerpo se aferra al borde, tenso y dolorido. Jadeo, con el sudor humedeciéndome el cuello mientras su boca me trabaja sin piedad. Cada lametón de su lengua, cada roce de su barba contra mis muslos me empuja más cerca… pero no me hace llegar.

—Maksim —resuello—. Más fuerte. Por favor, no pares.

Él gruñe bajo, animal, y cambia su agarre, forzando mis muslos a abrirse más. Los dedos de una mano se clavan en la carne de mi culo, manteniéndome abierta mientras arrastra su lengua sobre mi entrada en círculos lentos y brutales. Cada movimiento es deliberado. Diseñado para destruir. Ejecutado para hacerme detonar como una bomba nuclear.

—¿Quieres correrte? —grazna, levantando la cabeza lo justo para hablar. Su boca está húmeda, su voz áspera—. Entonces cógelo. Frótate contra mi puta boca. Úsame.

Las palabras se envuelven alrededor de mi pecho y hacen que la vergüenza y la necesidad se enreden en lo más profundo de mi pecho mientras obedezco, moliéndome contra su cara, buscando la fricción que él me da tan voluntariamente. Gira la cabeza de un lado a otro lentamente, torturándome aún más. Su barba incipiente me raspa hasta dejarme en carne viva, pero lo necesito. Necesito más.

—Eso es —gruñe—. Fóllame la boca, Zoya. Córrete en mi lengua.

Muevo las caderas, sin vergüenza, desesperada ahora. Su lengua se mueve más fuerte, más rápido, igualando el ritmo de mis embestidas. Me agarra el culo y gruñe contra mí, absorbiendo cada sonido que hago.

—Oh, joder. ¡Joder, estoy cerca!

Mis piernas empiezan a temblar, la tensión se enrosca en mi vientre con tanta fuerza que es casi dolorosa. No puedo soportarlo más y no quiero hacerlo.

—Maksim, no pares, no pares, joder.

Succiona mi clítoris con la boca y el sonido que hago ni siquiera es humano. Sale de mí, crudo y salvaje, mientras mi orgasmo se estrella contra mi cuerpo como el fuego. Me consume célula a célula hasta que mis muslos se cierran alrededor de su cabeza, mis manos se clavan en su cuero cabelludo, y me corro con fuerza, empapando su cara mientras él gruñe contra mí.

Mi cuerpo se sacude y convulsiona, mi coño se cierra alrededor de sus dedos mientras los folla dentro de mí, y no puedo respirar. Las estrellas explotan detrás de mis párpados en un calor blanco. Cada músculo se pone rígido y tenso, luego se vuelve gelatinoso y caliente.

Cuando por fin me relajo, con el cuerpo flácido y tembloroso, se levanta y se limpia la boca de nuevo, sonriendo esta vez mientras deja que su camisa se deslice de sus hombros.

—Jodidamente perfecto —murmura, buscando su cinturón—. Ahora inclínate. Todavía no he terminado contigo.

De repente, necesito mucho más que su boca. Mi centro palpita, mi vientre arde de deseo, y me deslizo fuera de la mesa y me doy la vuelta. Estoy delirando de lujuria, desesperada por sentir lo profundo que puede llegar, y, Dios mío, entiendo lo estúpido y peligroso que es esto, y solo hace que lo desee más.

Me apoyo en la mesa, todavía recuperando el aliento, todavía temblando. Mi piel está demasiado caliente, demasiado tensa. Cada terminación nerviosa está encendida y hambrienta de más. Oigo el sonido de su cremallera, el susurro de la tela. Luego, la cabeza roma de su polla se desliza más allá de la cinturilla de sus bóxers mientras se quita la prenda y la aparta de una patada junto con sus zapatos.

—Quítate la camisa —ordena, y como una niña buena y obediente, me quito el jersey y lo tiro, junto con mi bralette.

Todavía estoy temblando cuando oigo el tejido golpear el suelo detrás de mí, y el frío del aire endurece mis pezones.

—Inclínate —dice de nuevo, con la voz ronca—. Manos en la mesa. Ahora.

Obedezco, colocando las palmas de las manos sobre la madera y bajando el pecho. Mis piernas permanecen separadas, el interior de mis muslos resbaladizo de necesidad. No miro hacia atrás. Le oigo masturbarse una vez, y luego otra. Su mano cae sobre mi culo con un chasquido seco.

Jadeo y me sacudo hacia adelante. El calor irradia por mi piel, pero no me aparto. Me muerdo el interior de la mejilla y espero a que el escozor disminuya, y a su paso, una necesidad más profunda se acumula en mi centro.

—¿Crees que no he visto la forma en que me miras? —Su voz raspa gravemente—. Como si quisieras que te follaran. Que te poseyeran.

Otra bofetada aterriza en el mismo sitio. Mi coño se contrae en respuesta.

Maksim desliza su mano más abajo, arrastrando la cabeza de su polla por la humedad entre mis piernas. No me provoca. Entra lenta y firmemente, llenándome centímetro a centímetro hasta que mis músculos se tensan a su alrededor. Es grueso y largo, empujando con fuerza contra mi cérvix, y cierro los ojos con fuerza.

El estiramiento me deja sin aire. Él suelta un gruñido bajo y forzado, una mano agarrando mi cadera, la otra estabilizándose en la parte baja de mi espalda. Luego empieza a moverse: embestidas duras y controladas que me atraviesan directamente. Mis manos se aplanan contra la madera, mi columna vertebral se arquea bajo la presión. Es brusco, pero no descuidado. Cada embestida se siente como si me estuviera mostrando exactamente de lo que es capaz.

La mesa se raspa hacia adelante con la fuerza del movimiento. Mis pechos se arrastran por la superficie, el borde se clava en mis costillas.

—Joder —murmura—. ¿Sientes eso?

No puedo responder. Apenas puedo pensar. Mi cuerpo se abre a su alrededor, codicioso y dolorido, ya cerca del borde otra vez. Cada vez que embiste, siento que me va a dejar por completo antes de volver a entrar, y toda esa gloriosa fricción contra mis paredes me vuelve loca de deseo.

—Joder, este coño fue hecho para mí —gruñe, hundiendo su polla con otra embestida brutal—. Me estás exprimiendo la vida.

Su mano se envuelve alrededor de mi garganta por detrás, no ahogando, solo sujetando, como si quisiera sentir cada respiración que tomo mientras está enterrado dentro de mí.

—Te gusta esto —murmura—. Que te destroce con mi polla.

Gimo, con las caderas apretando hacia atrás contra Maksim sin pensar.

—Eso es —espeta—. Frótame ese coñito sucio. —Sus caderas se muelen profundamente, arrastrando su polla por cada nervio que me hace gritar. Me apoyo en la mesa, los dedos clavados en el borde mientras me folla rápido y con fuerza, como si intentara grabar el recuerdo en mis huesos.

—¿Quieres correrte en mi polla? —gruñe—. ¿Me quieres tan adentro que lo sientas mañana? —Su brazo me rodea, sus dedos

presionan mi monte de Venus.

—Sí —jadeo—. Joder, sí, haz que lo sienta.

Sus dedos se deslizan entre mis muslos y frotan con fuerza sobre mi clítoris, y la presión aumenta rápidamente.

—Córrete para mí —espeta—. Ahora mismo. Quiero sentir cómo me ordeñas hasta dejarme seco.

Me hago añicos. Mi cuerpo se cierra a su alrededor, las piernas me tiemblan, la respiración se ha ido. Grito mientras el orgasmo golpea con fuerza, arrancando cada sonido de mí. Comienza en lo profundo, una liberación aguda que tensa cada músculo de mi centro. Mis paredes se contraen en oleadas constantes e implacables, atrayéndolo aún más profundo. Los temblores se apoderan de mis piernas, bloqueando mi columna vertebral, robándome todo el control que me quedaba. Cada oleada arranca otro gemido de mi garganta. No puedo hablar. No puedo pensar. Solo puedo recibirlo, estirada, llena, temblando, completamente deshecha.

—Joder, eso es —gruñe, embistiendo profundamente. Se derrama dentro de mí, la polla latiendo, las manos apretadas en mis caderas mientras lo disfruta. Su liberación llega en ráfagas fuertes y enérgicas. Siento cada espasmo, cada chorro caliente mientras termina, encerrado en lo más profundo de mí, sin espacio entre nosotros.

Cuando se retira, lo acompaña otra palmada en el culo. Me sobresalto y me enderezo, sintiendo su semen deslizarse por mi muslo interno. Avergonzada, busco mi camisa, pero él me agarra la muñeca, de pie con orgullo, con la polla todavía reluciente por nuestra humedad.

—No lo hagas —advierte—. Me gusta tu piel. —Los ojos de Maksim recorren mis pezones perlados, y me estremezco.

Follar con él es una cosa. Dejar que me vea así resulta demasiado íntimo.

—Debería…

—No lo harás —ronronea, atrayéndome para un beso. Saboreo mi propio gusto en su boca, huelo nuestro sexo en su barba—.

Ahora, ¿dónde está el vodka? —pregunta, como si supiera que después de todo eso, necesito una copa.

—En el armario de encima del fregadero. Hay dos vasos, y el vodka está en el congelador. —Trago contra la opresión que aún persiste en mi garganta y lo veo caminar hacia mi cocina.

No hay ni un centímetro de su torso que sea pura piel. Hay tinta por todas partes, o cicatrices… pero ese culo es cremoso y perfecto y, joder, si no espero que volvamos a hacer esto pronto.

Cada instinto dentro de mí me dice que corra, que coja mi identidad falsa y me largue de aquí, pero la idea persistente de que podría ser de alguna manera la salvación de Damir, de la misma manera que él fue la mía cuando éramos más jóvenes, me mantiene aquí, arraigada, mirando la polla lentamente flácida de un hombre al que debería odiar pero a quien tengo que follar para sacarle información.

¿Soy malvada por disfrutarlo?

¿Me equivoco por quererlo de nuevo?

¿O soy una tonta por pensar que sobreviviré a esto?

8

MAKSIM

La oficina de vigilancia ocupa la tercera planta de un edificio anodino en la avenida de Leningrado. Desde la calle, parece otro local comercial abandonado: ventanas polvorientas, letreros descoloridos. Se integra en el paisaje urbano sin llamar la atención. Es justo lo que necesitamos.

Subo por la escalera trasera, usando la llave que abre tres cerraduras distintas. El pasillo interior es estrecho y está mal iluminado, flanqueado por puertas que conducen a almacenes y callejones sin salida. Solo una puerta lleva a la oficina de verdad.

Dentro, hileras de monitores cubren las paredes, cada uno conectado a cámaras y micrófonos repartidos por toda la ciudad. Un equipo de audio zumba silenciosamente en una esquina. Los archivadores guardan informes de vigilancia que se remontan a cinco años atrás. Aquí es donde mantenemos un registro de todo aquel que pueda ser una amenaza, de todo el que pueda ser útil, de todo el que pueda saber algo que necesitemos saber.

Me acomodo en la silla de la consola principal y abro los archivos de anoche. Tres grabaciones de audio del piso de Zoya: una del salón, una de la cocina y otra del dormitorio. Los micrófonos son pequeños, casi invisibles, colocados durante una visita rutinaria de mantenimiento a su edificio hace dos días por un casero muy

entusiasta que aceptó nuestra generosa donación al fondo de mantenimiento de su edificio.

La primera grabación captura toda nuestra conversación mientras estaba sentada en mi regazo bebiendo vodka antes de que volviera a follármela. Escucho mi propia voz haciéndole cumplidos, creando intimidad, sentando las bases de la confianza. Oigo sus respuestas: cautelosas pero cada vez más cálidas, recelosas pero atraídas. La calidad del sonido es excelente. Cada palabra, cada pausa, cada cambio de tono se oye con claridad.

Mencionó que se sentía sola sin usar la palabra directamente. Admitió que me encontraba atractivo a pesar de su buen juicio. Habló de que la confianza hay que ganársela, una clara referencia a lo que sea que su hermano le enseñara sobre la supervivencia. Todo información útil. Todas herramientas que puedo usar para destrozarla aún más.

La segunda grabación es más corta, solo nuestra conversación en la cocina mientras preparaba café esta mañana, pero captura el modo en que le cambió la voz cuando preguntó por qué estaba yo allí realmente. Sabe que no se lo estoy contando todo, pero por ahora está dispuesta a seguir el juego. Eso la hace predecible.

La tercera grabación es la más reveladora. Nuestro beso, el sonido de su respiración, los pequeños ruidos que hacía cuando la tocaba. Repito ese momento tres veces, analizando el tono, el ritmo, la forma en que se inclinó hacia mí. Sus defensas se están desmoronando exactamente como deberían. Se está enamorando de la versión de mí que he creado, el pretendiente amable que se presenta en su puerta con declaraciones de amor.

No tiene ni idea de lo que soy en realidad. Una parte de mí está de acuerdo con eso porque es el juego al que estoy jugando, y otra parte ya siente un instinto de posesión hacia ella. Ni siquiera soy capaz de precisar por qué siento que debo reclamarla como mía, pero no va a ser fácil pegarle un tiro en la cabeza cuando encontremos a su hermano y lo eliminemos por lo que ha hecho. Y no podemos quedarnos de brazos cruzados y dejar que él o la gente para la que trabaja mate a uno de los nuestros y no hacer nada. Zoya no será más que un daño colateral.

Abro un nuevo archivo en el ordenador y empiezo a teclear mi evaluación. *El objetivo responde positivamente al acercamiento romántico. Las defensas están bajando, pero se mantienen. No hay mención directa del paradero o las actividades del hermano. Se recomienda continuar el contacto para generar confianza.*

El lenguaje clínico reduce lo de anoche a puntos de datos y recomendaciones estratégicas. Pero no capta la forma en que me miró cuando le dije que me estaba enamorando de ella o cómo se me oprimió el pecho cuando me devolvió el beso. Solo eran palabras que tenía que decir para hacer el trabajo, y mi placer en ese momento fue un premio de consolación. ¿Entonces por qué me jode tanto?

Niego con la cabeza y cierro el archivo. Este es el trabajo. Los sentimientos personales son un lujo que no me puedo permitir.

La puerta se abre y Grisha Morin entra con un vaso de papel con un café que huele como si viniera del restaurante de la calle que está abierto toda la noche. Es cinco años más joven que yo, pero lleva más tiempo que nadie en la organización haciendo trabajos de vigilancia. Tiene un instinto agudo y sus análisis suelen ser precisos.

—Buenos días —dice, acomodándose en la silla de al lado, que cruje cuando se reclina y sorbe su bebida—. ¿Qué tal fue anoche?

Señalo los monitores.

—Escúchalo tú mismo.

Se pone unos auriculares y repasa las grabaciones mientras yo sigo revisando mis notas. Observo su rostro mientras escucha, fijándome en los momentos en que cambia su expresión. Se le da bien leer a la gente, incluso a través de grabaciones de audio. Y no se inmuta por el hecho de que estoy completamente desnudo con esa tía buena en mi regazo. Ni siquiera se sonroja.

Después de veinte minutos, se quita los auriculares y me mira.

—Ha picado el anzuelo —dice.

—Esa es mi evaluación.

—Pero no es suficiente.

Me giro para mirarlo de frente.

—Explícate.

Grisha sorbe su café y pone una mueca.

—Se siente atraída por ti, puede que incluso esté empezando a abrirse. Pero todavía no está desesperada. Aún no está en el punto en el que se arriesgaría a todo por conservarte.

—¿Y crees que tiene que estarlo?

—Pienso que su hermano no va a aparecer mientras ella esté estable y a salvo. Se mantiene alejado para protegerla, lo que significa que puede permitírselo. Pero si estuviera en peligro, un peligro real, él vendría corriendo.

Lo considero. Grisha tiene razón sobre la dinámica. Damir Mirov lleva escondido el tiempo suficiente como para que deduzcamos que sabe lo peligrosa que es la ciudad para él. Y está trabajando con o para gente que nos desafía abiertamente, aunque no estamos muy seguros de cuál de nuestros enemigos es. No va a volver por su cuenta. Tenemos que forzarlo.

—¿Qué sugieres? —pregunto, cerrando el archivo y guardándolo. Me vuelvo hacia Grisha y le lanzo una mirada dura.

—Presiona más. Haz que todo esto suba de nivel. Hazlo real.

—¿Real cómo?

Grisha se inclina hacia delante y su voz adopta un tono más serio.

—Matrimonio.

Mantengo mi expresión neutra, pero por dentro, algo cambia. El matrimonio no es solo una escalada, es una declaración de guerra. Damir no verá el hecho de que tome a Zoya como esposa como un gesto romántico. Ella es ingenua, fácil de engañar con una actuación y algunas mentiras, pero Damir sabrá a qué juego estoy jugando. Han pasado tres días. El amor a primera vista no es más que un cuento de hadas que ponen en las películas para que la gente suspire. Damir no es tonto.

—¿Quieres que le pida matrimonio? —Hasta Zoya verá que es ir demasiado rápido. Le he dicho que la quiero, pero las obras son amores y no buenas razones, y yo por ahora estoy dándole yogur.

—Quiero que la hagas creer que vas a pedírselo. Habla del futuro, del compromiso, de hacerlo oficial. Deja claro que vas en serio con ella. —Se echa hacia atrás, deja el café y me sonríe con una expresión desagradable y perturbadora en los ojos.

—¿Y entonces?

—Entonces lo haces público. Corre la voz de que Zoya Mirova está a punto de convertirse en Zoya Vetrova. Que la gente sepa que está bajo nuestra protección, que va a ser de la familia. —Sus dedos tamborilean sobre la mesa y yo me tenso.

Entiendo la estrategia de inmediato. Es brutal y efectiva.

—Crees que su hermano se enterará.

—Creo que su hermano tiene fuentes en la ciudad, gente que le mantiene informado de lo que le pasa a ella. Y creo que se volverá loco cuando descubra que su hermana está a punto de casarse con un miembro de la organización, de su enemigo, que lo está cazando. —Los ojos de Grisha se entrecierran—. ¿No crees?

—Volverá para impedirlo. —Levanto una ceja y aparto la vista. Ya de por sí es cada vez más difícil reprimir los pensamientos sobre ella. Llevar las cosas al nivel de hablar de un futuro con ella va a joderme de formas de las que nunca podré hablar. ¿Por qué coño tiene esta mujer tal hechizo sobre mí?

—Tendrá que hacerlo. De ninguna manera dejará que adopte el apellido Vetrov, no cuando sabe lo que le haremos si lo encontramos.

La lógica es sólida. Damir no podrá permanecer oculto si cree que su hermana está en peligro inmediato. Saldrá a la superficie para protegerla y, cuando lo haga, estaremos preparados. Preparados para hacerle pagar por cada problema que ha causado, cada vida que nos ha costado, cada día que hemos tenido que pasar limpiando su desastre.

Pero el plan también significa mentirle a Zoya a un nivel más profundo, hacer promesas que no tengo intención de cumplir. Significa usar sus sentimientos en su contra, convertir su confianza en un arma. Tengo que recordarme a mí mismo que este es mi trabajo, que esto es lo que mi hermano espera, pero va en contra de la fibra sensible de mis pensamientos mientras me imagino su cara llorosa suplicándome que no le haga daño a él, que no le haga daño a ella.

—¿Y si dice que no? —pregunto, desviando el tema. No puede saber lo que pasa por mi cabeza o simplemente la traerán y la

torturarán en lugar de dejarme jugar a largo plazo.

—No lo hará. No si lo haces bien. Ya está a medio camino: sola, atraída, empezando a creer en la fantasía que le estás vendiendo. Dale una razón para decir que sí.

—¿Como cuál? —Tiene que haber otra manera, pero si Grisha está aquí impulsando esta idea, puede que no tenga escapatoria.

—Dile que la quieres. Dile que no puedes imaginar tu vida sin ella. Dile que quieres protegerla de cualquier peligro al que se enfrente. —Grisha hace una pausa—. Por lo que he oído en esas grabaciones, tiene miedo de algo. Usa ese miedo.

Sé que tiene razón. Había algo en su voz anoche, una tensión que iba más allá de la cautela normal. Tiene miedo de algo, y ese miedo la está haciendo más vulnerable a las ofertas de protección.

—¿Cómo de público quieres que sea esto? —pregunto, suspirando. No tengo más remedio que hacer lo que me pide. Esto va a acabar mal, y ella va a acabar muerta por ello, y no estoy seguro de cómo me sentiré cuando eso ocurra. Pero me han pasado cosas peores y he sobrevivido. Puedo hacerlo.

—Lo suficientemente público como para que la noticia le llegue a su hermano. Publica el anuncio de compromiso en los periódicos. Da una fiesta. Asegúrate de que todo el mundo sepa que Zoya Mirova está a punto de volverse intocable.

—¿Y cuando su hermano aparezca?

—Nos lo cargamos. Sin negociaciones, sin segundas oportunidades. Ya ha causado suficientes problemas.

El plan es elegante en su simplicidad. Usar a la hermana para hacer salir al hermano y luego eliminar la amenaza permanentemente. Es exactamente el tipo de estrategia que ha hecho que la familia Vetrov tenga éxito durante tres generaciones.

—Hay un problema —digo.

—¿Cuál?

—No es estúpida. Si presiono demasiado, demasiado rápido, sabrá que algo va mal. Ya sospecha que no se lo estoy contando todo.

—Pues no presiones. Haz que venga a ti. Crea una situación en la que el matrimonio parezca idea suya o, al menos, el siguiente paso

natural.

—¿Cómo?

Grisha se levanta y va a la ventana, a mirar la ciudad. —Obsesiónate con ella. Dale el mundo. Es el papel de tu vida, Maksim. Interprétalo con la intención de ganar un Óscar. —Se vuelve para entornar los ojos hacia mí y dice—: Y haz que tu amor por ella parezca más real que el amor que ella siente por su familia. Es la única manera.

—Dame una semana para sentar las bases —digo—. Luego veremos cuánto está dispuesta a sacrificar Zoya Mirova por amor.

Grisha asiente y se dirige a la puerta.

—Por si sirve de algo, creo que se te da bien esto. De verdad cree que te preocupas por ella.

Después de que se vaya, me quedo solo en la oficina de vigilancia, rodeado de las herramientas de mi oficio. Pongo la grabación de anoche una vez más, pero no escucho las partes estratégicas. En su lugar, busco el momento en que se rio de algo que dije; una risa genuina, sorprendida y encantada.

La repito tres veces antes de darme cuenta y apagar el audio.

Luego abro un nuevo documento y empiezo a planear cómo destruir la vida de una mujer que está empezando a confiar en mí. Haré que se enamore de mí por completo, que crea que soy su salvación. Luego usaré ese amor para sacar a su hermano de su escondite y así poder meterle una bala en el cerebro.

La ironía no se me escapa. Estoy a punto de convertirme exactamente en el tipo de hombre del que su hermano probablemente le advirtió: alguien que usaría sus sentimientos en su contra, que le mentiría a la cara mientras planeaba su destrucción.

Pero ese es el trabajo. Eso es lo que hago. En eso soy bueno.

Y si hay una parte de mí que ya no quiere hacerlo, esa parte tendrá que aprender a vivir con la decepción. Porque tengo trabajo que hacer, y Zoya Mirova va a ayudarme a hacerlo, lo sepa o no.

9

ZOYA

La pantalla del ordenador parpadea y cobra vida mientras me acomodo en mi silla en la oficina del hipódromo. Otro día contando dinero sucio, otro día fingiendo que no sé lo que las cifras significan en realidad. Pero hoy es diferente. Hoy no estoy aquí para cuadrar libros de contabilidad ni para procesar apuestas. Hoy estoy aquí para descubrir la verdad sobre lo que Damir ha estado haciendo con su dinero.

Espero a que Yana salga a fumar su cigarrillo para minimizar el software de contabilidad del hipódromo y abrir un navegador web. Tengo quizá quince minutos antes de que alguien pueda darse cuenta de lo que estoy haciendo.

Las webs de los bancos son difíciles de usar sin las credenciales correctas, pero conozco los patrones de Damir. Siempre ha sido predecible con las contraseñas, usando variaciones de fechas y lugares que significan algo para él. Empiezo por su banco principal, aquel en el que siempre ha guardado sus ingresos legítimos.

La pantalla de inicio de sesión pide su número de cuenta y su contraseña. Pruebo con su cumpleaños combinado con nuestra antigua dirección. Inválido. Luego, el nombre de nuestro padre con el año en que desapareció. Inválido. Al tercer intento, pruebo con el

apellido de soltera de nuestra madre y el año en que nos mudamos a Moscú. La pantalla se carga y ya estoy dentro.

El saldo de la cuenta hace que se me encoja el estómago. Mil doscientos rublos. Para alguien que afirma ganar dinero regularmente con la venta de drogas, esto no es nada. Reviso el historial de transacciones en busca de patrones. Los ingresos regulares cesaron hace tres meses. Desde entonces, solo pequeñas retiradas para gastos básicos. Comida, facturas, billetes de autobús. Dinero para sobrevivir.

Esto no concuerda con lo que me dijo. Dijo que el negocio iba bien, que estaba ganando dinero de forma constante pero manteniéndolo en secreto. Dijo que estaba siendo precavido, no ostentoso. Pero ser precavido no significa no tener nada. Si está traficando con drogas y ganando el dinero que decía, ¿adónde va a parar?

Compruebo sus otras cuentas, las que conozco por haberme encargado de su papeleo durante años cuando estaba demasiado ocupado o demasiado borracho para ocuparse él mismo. El mismo patrón. Vacías o casi vacías, con una actividad mínima. Ni grandes ingresos, ni señales de los ingresos constantes que describió.

De repente, la ventana del navegador se llena con una advertencia de seguridad. Demasiados intentos de inicio de sesión fallidos. La cierro rápidamente y abro una nueva pestaña, con el pulso acelerado. Tengo que tener más cuidado. Estos sistemas lo rastrean todo, y si alguien se da cuenta de una actividad inusual en las cuentas de Damir, podría llevar hasta mí.

Unos pasos en el pasillo me dejan helada. Cierro rápidamente el navegador y abro el software de contabilidad del hipódromo, fingiendo revisar los recibos de las apuestas de ayer. Yana vuelve a entrar, oliendo a cigarrillos y a perfume barato.

—¿Una mañana ajetreada? —pregunta, acomodándose en su silla frente a mí.

—Lo de siempre. Los números no se cuadran solos.

Asiente y empieza su propio trabajo, clasificando recibos y facturas. Espero a que esté completamente absorta en su tarea antes de volver a intentarlo. Esta vez, utilizo las herramientas de

investigación financiera del hipódromo, un software legítimo que nos permite comprobar los historiales de crédito y las relaciones bancarias de los clientes. Está diseñado para verificar apuestas de gran cuantía, pero también puede rastrear conexiones financieras.

Introduzco la información de Damir en el sistema, buscando cualquier relación bancaria que pudiera no aparecer en sus cuentas principales. La búsqueda tarda varios minutos, y yo observo la barra de progreso avanzar por la pantalla mientras finjo revisar los resguardos de las apuestas.

Los resultados son limitados, pero reveladores. Tres cuentas bancarias conectadas a su número de pasaporte, las dos que ya he encontrado y una más. Una cuenta de empresa abierta hace seis meses bajo un nombre de compañía que no reconozco: *Meridian Import Solutions*. La cuenta muestra una actividad significativa, pero los detalles están restringidos.

Tomo nota del nombre de la empresa y del banco y luego borro el historial de búsqueda. Sea lo que sea que esté haciendo Damir, no es el trapicheo a pequeña escala que describió. «Soluciones de importación» sugiere algo más grande, más organizado. Conexiones internacionales. El tipo de operación que requeriría un respaldo serio y contactos importantes.

Yana levanta la vista de su trabajo. —¿Está todo bien? Pareces pálida.

—Eh… sí… —le digo, forzando la voz para que se mantenga firme —. Solo que tengo algo de fiebre.

Ella asiente y vuelve a sus recibos, pero puedo sentir que me observa por el rabillo del ojo. Termino el trabajo real de la mañana lo más rápido posible, cuadrando los libros y presentando los informes necesarios. Mientras tanto, no dejo de pensar en quién podría estar observándome. En el peligro que podría correr.

Para la hora del almuerzo, no puedo concentrarme en nada. Le digo a Yana que no me encuentro bien y me voy antes, caminando el largo trecho hasta casa por calles secundarias y comprobando con frecuencia si alguien me sigue. La ciudad parece ahora más amenazante. Cualquier desconocido en la calle podría estar observándome. Cada coche aparcado podría contener a alguien con

instrucciones de vigilarme, y juraría que alguien está siguiendo mis movimientos. Alguien que no es Maksim.

El edificio de apartamentos en Sokolnik ya casi no parece acogedor. Subo las escaleras hasta el tercer piso, con las llaves listas antes de que suene mi móvil. El sonido me hace dar un respingo y casi se me cae el cuaderno. El identificador de llamada muestra el mismo número desconocido de antes.

—Zoya.

—Damir —cierro el cuaderno y me apoyo en la pared—. ¿Ahora me tienes vigilada?

—Te tengo protegida. Hay una diferencia.

—¿Protegida de qué? ¿De descubrir la verdad sobre lo que has estado haciendo?

Su suspiro llega a través del teléfono, cargado de agotamiento. —De que te maten por hacer las preguntas equivocadas a la gente equivocada.

—Entonces quizá deberías haber pensado en eso antes de empezar lo que sea que es esto. Antes de empezar a mentirme.

La pausa al otro lado me dice que se siente culpable, pero que no va a cambiar lo que está haciendo. —Te mentí para protegerte.

—Me mentiste para utilizarme. No finjas que esto era por protección.

—Ambas cosas pueden ser ciertas, Zoya. Te necesito a salvo y desinformada porque en el momento en que sepas en qué estoy realmente metido, te convertirás en un objetivo.

Resoplo, enfadada y paseando cerca de mi puerta ahora. Me llevo la palma de la mano a la cabeza. —¿Y si esto sale mal, Damir? Juraste que eras inocente, que no lo hiciste. ¿Por qué te escondes, entonces? Díselo sin más.

—No lo entiendes. Los Vetrov no son la verdadera amenaza. Son solo un jugador en una partida mucho más grande.

—Entonces explícamelo. Dime a qué juego estás jugando.

—No puedo. No por teléfono. No desde donde estoy.

—Entonces, ¿dónde podemos vernos? —entro en pánico, abrazándome el estómago.

—No podemos. Es demasiado peligroso. Si nos ven juntos...

—Ya saben que estamos conectados. Ya saben que eres mi hermano. Vernos no cambia nada.

—Lo cambia todo. Ahora mismo, eres una incógnita. Podrías ser inocente, podrías estar implicada, podrías ser útil, podrías ser una amenaza. Mientras no sepan cuál de ellas eres, tienes valor. Tienes una baza. Pero si nos ven juntos, si saben que me estás ayudando activamente, te conviertes en un objetivo.

Me reclino contra la pared, mirando al techo. —¿Y qué quieres que haga? ¿Que siga mintiéndole a Maksim? ¿Que siga fingiendo que no sé nada?

—¡Pero qué coño, Zoya! Quiero que te largues. Vete de Moscú. Ve a algún sitio donde no puedan encontrarte.

—No pienso dejarte —siseo, aterrorizada de que me obligue a irme.

—Entonces deja de intentar salvarme. Deja de involucrarte con Maksim. Deja de escarbar en cosas que no entiendes.

—Tampoco puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

La pregunta es sincera, pero me doy cuenta de que no tengo una buena respuesta. O, más bien, tengo una respuesta que no quiero dar. Porque la verdad es que no quiero dejar de ver a Maksim. Necesito respuestas de él, y si Damir no me las da, quizá Maksim lo haga. Además, ha estado más presente en mi vida durante las últimas dos semanas que mi hermano en meses.

—Porque estoy cerca —digo finalmente—. Está empezando a confiar en mí. Si puedo conseguir más información…

—¿Información sobre qué? Ni siquiera sabes lo que estás buscando.

—Entonces dime qué buscar. Dime qué necesitas.

—Te necesito a salvo. Necesito que te mantengas al margen de esto. Necesito que confíes en mí cuando te digo que la única manera de protegerte es alejarte.

—Y yo necesito que confíes en mí cuando te digo que no puedo hacer eso. Ya no.

—¿Por qué no?

Porque cuando Maksim me mira, me siento vista de una manera que es peligrosa y adictiva. Porque la línea entre la actuación y la realidad ya se está difuminando, y no estoy segura de que me importe. Porque a pesar de todo lo que he averiguado hoy, a pesar de todas las pruebas de la traición de Damir, Maksim se siente más real que cualquier otra cosa en mi vida.

—Porque ya estoy demasiado metida —digo en su lugar—. Porque alejarme ahora sería más peligroso que quedarme. Porque si desaparezco de repente, les dirá todo lo que necesitan saber.

—Quizá. O quizá te salve la vida.

—O quizá haga que nos maten a los dos. Si soy valiosa para ellos como un activo, entonces también soy valiosa como moneda de cambio. Si desaparezco, asumirán que me has llevado contigo. Nos cazarán a los dos.

La línea se queda en silencio durante un largo momento. —¿Cuándo te has vuelto tan lista para esto?

—Cuando me di cuenta de que mi hermano me estaba usando como un peón en un juego en el que ni siquiera sabía que estábamos jugando.

—Nunca quise que te involucraras en esto —admite con tristeza en su tono.

—Pero me involucraste de todos modos. Me hiciste parte de ello en el momento en que decidiste que mis contactos y habilidades eran valiosos.

—Estaba intentando protegerte.

—Estabas intentando proteger tu inversión en mí. Hay una diferencia.

—¿Qué quieres que te diga, Zoya?

—Quiero que me digas la verdad. Toda. Déjame decidir qué puedo soportar.

—Tengo que irme. Tengo que enviar un mensaje —dice, y sé que aquí es donde termina la conversación. Nunca me va a decir lo que está pasando, y ahora que estoy tan metida en esto, no me voy a echar atrás. Maksim lo está buscando por culpa de ese hombre que murió y, de alguna manera, Damir es el culpable. Necesito saber si él

es realmente la persona que lo hizo o si, como me dijo al principio, es completamente inocente.

Cuelgo antes de que pueda sermonearme de nuevo, luego cambio a mi otro teléfono y escribo un mensaje.

Zoya: 18:15: ¿Te gustaría que cenáramos otra vez mañana? He estado pensando en lo que dijiste.

Le doy a enviar antes de poder pensármelo dos veces. La respuesta llega en cuestión de minutos.

Maksim: 18:18: Sí. Te recojo a las siete.

Guardo el teléfono y me froto la frente. Damir tiene razón en una cosa. Estoy cruzando una línea. Pero quizá eso sea lo que se necesita para sobrevivir en este mundo. Quizá la única manera de proteger lo que queda de mi familia sea convertirme en otra persona por completo.

Me apoyo en la pared junto a mi puerta y suspiro. Mañana, me sentaré de nuevo frente a Maksim Vetrov y dejaré que me arrastre más adentro en su red. Porque a pesar de todo lo que ha dicho Damir, a pesar de todas las advertencias y todo el miedo, quiero ver a dónde me lleva esto.

Incluso si significa que no podré encontrar el camino de vuelta.

Incluso si significa que no quiero encontrarlo.

10

MAKSIM

El comedor del Metropol resplandece bajo los candelabros de cristal. He elegido este lugar a propósito; no por la comida, aunque es excelente, sino por el ambiente. La gente que viene aquí es de otra categoría. Espero que le envíe a Zoya el mensaje de que este es el tipo de mundo al que podría pertenecer.

Zoya está sentada frente a mí con un vestido negro que le he hecho llegar a su apartamento esta tarde, junto con unos zapatos a juego y un collar de perlas que cuesta más de lo que ella gana en seis meses. Está preciosa con él, pero hay tensión en sus hombros, en su forma de sujetar la copa de vino. Está actuando de nuevo, interpretando el papel de una mujer abrumada por el lujo y la atención.

—Estás deslumbrante —le digo, y lo digo en serio. El vestido le queda perfecto, ciñéndose a su esbelta figura por todos los lugares adecuados. Las perlas reflejan la luz cuando se mueve, atrayendo la atención hacia sus clavículas, su cuello. Intenta parecer abrumada y halagada, pero hay una inteligencia en sus ojos que no puede ocultar del todo.

—Gracias. Esto es… es demasiado, de verdad. El vestido, las joyas, todo esto. —Hace un gesto hacia el comedor con su techo

pintado y sus apliques dorados—. No sé qué hacer con una generosidad de esta magnitud.

—No tienes que hacer nada. Solo disfrutarlo.

Le da un sorbo al vino y observo cómo se mueve su garganta al tragar. —Es difícil relajarse cuando todo parece tan… grandioso. No estoy acostumbrada a sitios que requieren reserva con meses de antelación. —Capta mis palabras y su mirada se agudiza ligeramente antes de bajar la vista hacia el plato—. ¿Lo estaré?

El camarero aparece con nuestro plato principal —pato para ella, cordero para mí— y dejo su pregunta sin respuesta. Comemos manteniendo una conversación amena, hablando de libros, música, viajes. Temas seguros que me permiten medir sus respuestas, sus intereses, sus reacciones. Es muy leída a pesar de su limitada educación formal, y siente curiosidad por el mundo más allá de Moscú a pesar de no haber salido nunca de la ciudad. Hay en ella una profundidad que va más allá de la discreta contadora de dinero que finge ser en el hipódromo.

—¿Has viajado mucho? —pregunta, cortando el pato con cuidado.

—Algo. Los negocios me llevan a varios sitios. San Petersburgo, Kiev, a veces más al oeste.

—¿Cómo es? ¿Poder ir… adonde te apetezca?

—Liberador. Pero también solitario. Se viaja mejor cuando tienes a alguien con quien compartirlo.

Me mira y, por un momento, la actuación se desvanece. Hay una curiosidad genuina en su expresión, quizá incluso anhelo. —Yo no he estado en ninguna parte. Nunca he tenido un motivo para irme de Moscú.

—Quizá eso cambie.

—Quizá. —Vuelve a su comida, pero la veo pensar, procesar—. ¿Alguna vez te cansas de ello? ¿Del movimiento constante, de las… obligaciones de negocios?

—A veces. Pero es la vida en la que nací. Las obligaciones familiares no desaparecen porque te resulten un incordio.

—No, no desaparecen. —Hay algo en su voz, una nota de comprensión que me hace estremecer por dentro al darme cuenta

de que he vuelto a dirigir la conversación hacia su hermano y la forma en que lo protege—. Pero tiene que haber algo más que obligación. Tiene que haber algo que quieras para ti.

La pregunta me sorprende por su franqueza. La mayoría de la gente no me pregunta qué quiero. Asumen que lo saben o tienen demasiado miedo como para que les importe. —¿Qué te hace pensar que no tengo ya lo que quiero?

—Porque no pareces… asentado. Pareces alguien que está esperando algo.

Perspicaz. Peligrosamente perspicaz. —¿Y qué estoy esperando?

—No lo sé. Quizá que alguien vea más allá de la superficie. Quizá un motivo para dejar de moverte.

La conversación se está volviendo más profunda de lo que esperaba, aventurándose en un territorio que parece demasiado real, demasiado sincero. Estiro la mano sobre la mesa y le cojo la suya, convirtiendo el momento en algo físico en lugar de emocional. —¿Es eso lo que me estás ofreciendo? ¿Un motivo para dejar de moverme? —Tengo que ceñirme a mi propósito de sacarle información y no desviarme.

Se le entrecorta la respiración y mira nuestras manos unidas. —No sé lo que estoy ofreciendo. Todo esto es nuevo para mí.

—¿Qué parte?

—Toda. La atención, los regalos, la forma en que me miras. Los hombres no suelen… —Deja la frase en el aire, negando con la cabeza.

—¿No suelen qué? —La estoy conquistando, tal como me dijo Grisha. Si presiono un poco más, comerá de mi mano y cuando le pida que me diga dónde está su hermano, me dirá cualquier cosa, hará cualquier cosa para mantenerlo a salvo. Mi promesa de proteger a Damir hará que me lo cuente todo y me llevará directamente al hombre que estoy buscando.

—Fijarse en mí. Se me da bien ser invisible, mantenerme en un segundo plano. Es más seguro así. —Zoya suspira suavemente y desvía la mirada. Se siente incómoda, pero creo que es porque hasta ella se da cuenta de lo íntima que se ha vuelto esta conversación tan rápido.

—¿A salvo de qué?

Me mira a los ojos y, por un momento, veo algo crudo y vulnerable en su expresión. —De que me hagan daño. De involucrarme en cosas que me superan.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy.

Le llevo la mano a los labios y le beso los nudillos, observando su reacción. Sus pupilas se dilatan ligeramente y no se aparta. El gesto es calculado, diseñado para difuminar la línea entre los negocios y el placer, pero hay algo genuino en la forma en que responde a mi contacto.

—Tengo una habitación arriba —le digo en voz baja—. Por si te apetece alejarte de la multitud.

Duda, y la veo sopesar opciones, calcular riesgos. —No sé si es buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque las cosas cambiarán entre nosotros. —Se le tensan los hombros. Intenta apartarse, pero le sujeto la mano con fuerza.

—Las cosas ya han cambiado entre nosotros.

En lugar de responder, asiente lentamente. —Está bien. Pero… ten paciencia conmigo.

Le cojo la mano, nos levantamos y salimos del comedor. El viaje en ascensor hasta la decimoquinta planta es silencioso, con la tensión crepitando entre nosotros. Se queda lo bastante cerca como para oler su perfume, sentir el calor que irradia su piel. Cuando las puertas se abren, le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la guío por el pasillo hasta la suite que he reservado esta tarde.

La habitación es elegante sin ser ostentosa: paredes de color crema, muebles de madera oscura, ventanales que dan a la ciudad. He estado en sitios más lujosos, pero este parece íntimo, privado. Un lugar donde las barreras pueden caer.

—Esto es precioso —dice, acercándose a la ventana. Moscú brilla bajo nosotros, las luces se extienden hasta el horizonte—. Nunca había visto la ciudad desde tan alto.

—Desde aquí parece diferente, ¿verdad? Menos abrumadora.

—Más manejable. Más… comprensible. —Se vuelve para mirarme y hay algo distinto en su expresión. Menos a la defensiva, más presente—. Gracias por esto. Por todo. Sé que no he sido la persona más fácil de conocer.

—Mereces el esfuerzo.

—¿De verdad?

La pregunta es suave, vulnerable. Cruzo la habitación para plantarme frente a ella, lo bastante cerca como para ver las motas doradas de sus ojos avellana. —Sí.

Le ahueco la cara con las manos y mis pulgares le rozan los pómulos. Su piel es suave, cálida, y ella se inclina ligeramente hacia mi caricia. —Zoya.

—¿Sí?

—Quiero que sepas que conmigo estás a salvo. Pase lo que pase, tengas miedo de lo que tengas, estás a salvo. —Las palabras me saben a veneno porque sé lo que mi hermano espera, pero de alguna manera suenan sinceras. Maldita sea, mi corazón está tan dividido que apenas puedo pensar con claridad ahora mismo.

Algo cambia en su expresión… sorpresa, quizá, o reconocimiento. —¿Por qué dices eso?

—Porque veo que tienes miedo. Intentas ocultarlo, pero tienes miedo de algo. Y quiero que sepas que mientras estés conmigo, nada te hará daño.

Sus ojos escudriñan mi rostro, buscando engaño o manipulación. —¿Cómo puedes prometer eso?

—Porque no hago promesas que no puedo cumplir.

Levanta las manos para cubrir las mías, sujetándolas contra su cara. —No sé cómo creérmelo.

—Pues déjame que te lo demuestre.

Me inclino y la beso, lento y cuidadoso, dándole tiempo a apartarse si quiere. No lo hace. En lugar de eso, me devuelve el beso, sus manos subiendo hasta agarrarse a mis hombros. Todavía hay vacilación en su respuesta, pero menos que antes. Las barreras están cayendo, pieza a pieza.

Cuando nos separamos, respira con dificultad, con las mejillas sonrojadas. —Maksim.

Su aliento roza mi mandíbula mientras bajo mi boca hacia la suya de nuevo. Separa los labios y aprovecho la oportunidad, deslizando mi lengua contra la suya mientras mis manos se mueven de su cara a la cremallera de la espalda de su vestido. Se estremece cuando la bajo, dejando al descubierto la suave curva de su espalda. Me acerco más, presionándola contra mí, dejando que sienta lo que me está provocando.

—Eres jodidamente preciosa —murmullo contra su boca—. No he dejado de pensar en ti.

Las manos de Zoya se aferran a la parte delantera de mi chaqueta y luego se deslizan por debajo, empujándola para quitármela de los hombros. Cae al suelo sin hacer ruido. Sus dedos se mueven hacia mis botones, torpes al principio, luego más seguros a medida que el calor entre nosotros aumenta.

—Yo no hago esto —susurra—. No voy a hoteles con hombres que apenas conozco.

—Me conoces lo suficiente —digo, rozando mis labios a lo largo de su cuello—. Y quieres esto. Solo dilo.

Exhala bruscamente, el vestido deslizándose por sus caderas. Se amontona a sus pies y ella sale de él, llevando solo el collar y un fino trozo de encaje a modo de bragas. Sus pezones ya están duros, su pecho subiendo y bajando en respiraciones rápidas y superficiales.

—Lo quiero —dice—. Te quiero a ti. —Sus ojos no mienten, con las pupilas dilatadas de deseo mientras me mira.

La cojo en brazos, apretando las manos en la parte posterior de sus muslos, y la llevo a la cama. Ella me rodea el cuello con los brazos y me besa de nuevo mientras la bajo sobre el colchón. Me quito la camisa de un tirón y me uno a ella, apoyando mi peso sobre ella mientras me abro paso a besos por su garganta, sobre la curva de su clavícula, y luego más abajo, hasta que llego al borde de sus bragas.

Zoya jadea cuando le doy un beso bucal por encima de la fina tela. Sus caderas se levantan, buscando más. Puedo saborear su humedad, que ha empapado la tela, y eso hace que mi polla se hinche hasta el punto de que siento que mi piel se va a desgarrar si se me pone más dura.

—Dime lo que necesitas —murmullo, bajándole las bragas por las piernas con un dedo enganchado a cada lado de la cinturilla—. Quiero oírte decirlo.

—Necesito tu boca —susurra—. Necesito sentir tu lengua explorándome. Por favor, Maksim, cómeme como si fuera tu postre favorito.

No le hago rogar dos veces. Me abro paso a besos de nuevo hasta su centro, tomándome mi tiempo, dejando que su anticipación crezca. Sus muslos se abren para mí, el olor de su excitación me hace la boca agua. Empiezo despacio, solo la punta de mi lengua deslizándose entre sus pliegues, probándola. Jadea, sus caderas se levantan de la cama, pero la sujeto, con una mano en su muslo mientras la provoco con caricias lentas y superficiales.

Cuando encuentro su clítoris, lo rodeo ligeramente, luego presiono mi lengua plana y la arrastro sobre él de nuevo, observando cómo se le contrae el estómago, cómo sus dedos se retuercen en las sábanas. Sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza, pero sigo, lamiendo más profundo, más hambriento, siguiendo cada reacción, cada gemido. Quiero destrozarla para cualquier otro.

—Oh, Dios mío —suspira—. Maksim, por favor…

No tiene que terminar. Le meto dos dedos, curvándolos justo mientras le absorbo el clítoris con la boca. Es flexible y elástica, cediendo a mis acciones mientras encuentro su manojo de nervios enterrado profundamente bajo la carne áspera. Lo trabajo, masajeando y provocando mientras succiono su clítoris hasta que se estremece y gime, rogándome más.

—Joder… estoy tan cerca… justo ahí… haz eso. —Zoya me araña el cuero cabelludo y tira tan fuerte que mi cara queda enterrada en su humedad, pero no cedo. Quiero sentir su coño palpitando alrededor de mi lengua.

Su gemido se convierte en un grito, su cuerpo se arquea bruscamente mientras el orgasmo la recorre. Tiembla, le tiemblan los muslos, sus caderas se sacuden contra mi boca. No paro hasta que está jadeando, temblando bajo mi lengua, su cuerpo agotado y resbaladizo de placer; tanta humedad que apenas puedo absorberla

toda, y joder, sí que la absorbo. Cada gota estaba hecha para mi lengua.

—Joder, no pares —jadea.

Sigo succionando y lamiendo hasta que se calma. Ahora tira de mi pelo hasta que me encuentro dejando un rastro de humedad sobre cada curva de su cuerpo hasta que mi boca se encuentra con la suya, y cuando la beso de nuevo, sé que saborea su propio gusto en mis labios.

—Ponte boca abajo —digo con voz ronca—. A cuatro patas.

Duda, pero solo un segundo. Luego lo hace: se pone a cuatro patas, con la espalda arqueada, mirándome por encima del hombro. Maldita sea, es perfecta.

—Ábrete —le ordeno, y Zoya obedece rápidamente. Su mano se desliza por una cadera hasta que sus dedos rozan su culo y se abre de par en par. La humedad de su clímax brilla en su piel, y me lamo los labios instintivamente, recordando su sabor.

Me desabrocho el cinturón y me bajo los pantalones, rodeándome la polla con una mano para masturbarme lentamente mientras la observo. Su culo, su espalda desnuda, las perlas que todavía brillan en su garganta. Me encantaría estirar su coño tanto que pudiera ver su interior, ver sus agujeros fruncirse y expandirse mientras se corre de nuevo, pero mi polla gotea líquido preseminal. Necesito liberarme.

—¿Quieres que te folle así? —pregunto.

—Sí. —Su voz es temblorosa, necesitada—. Por favor.

La agarro por las caderas y me guío hasta su entrada, presionando la cabeza de mi polla contra sus pliegues húmedos. Jadea, sus caderas se balancean hacia atrás para recibirme, y me tomo mi tiempo, entrando lentamente, dejando que sienta cada centímetro. Su cuerpo cede a mi alrededor, apretado y caliente y tan jodidamente húmedo que casi me deshace. Su respiración se entrecorta con cada centímetro que empujo más adentro hasta que estoy completamente dentro de ella, mi pelvis pegada a su culo, mis manos agarrando sus caderas para no perder el control.

Zoya gime, una mano vuela hacia el cabecero mientras trata de estabilizarse cuando empiezo a moverme. Los quejidos que emite se

convierten en lloriqueos, luego en gemidos, y su coño se contrae a mi alrededor.

—Qué bien te siento, joder —gimo—. Apretada, húmeda y perfecta.

Se empuja contra mí, hundiéndome más. Empujo con fuerza, marcando un ritmo que la hace jadear con cada embestida. El sonido de la piel contra la piel llena la habitación. Su cuerpo se arquea, sus gemidos se hacen más fuertes.

—Maksim, joder, no pares.

Zoya se echa hacia atrás. De hecho, se restriega contra mí, así que le clavo la polla más hondo, dejando que la sienta. Pequeños chillidos de placer gotean de sus labios mientras me mira con desesperación.

—No lo haré —gruño, follándola a través del orgasmo—. Córrete para mí otra vez. Déjame sentir cómo aprietas mi polla.

Su cuerpo se tensa primero: los hombros se bloquean, la columna se arquea mientras su respiración se corta en su garganta. Lo siento antes de oírlo, la forma en que sus paredes se agitan a mi alrededor, cada vez más apretadas hasta que se queda sin aliento. Su gemido crece desde el fondo de su garganta, subiendo de tono a medida que su clímax se estrella sobre ella. Grita, sus manos arañan el cabecero, sus caderas se sacuden hacia atrás contra mí mientras cabalga la ola.

Reduzco la velocidad de mis embestidas, dejando que sienta cada fricción de mi polla dentro de ella mientras su cuerpo pulsa a mi alrededor. Le tiemblan las piernas y la sujeto con más fuerza para mantenerla erguida, viéndola deshacerse, completamente desprotegida, completamente mía.

—Eso es, Zoya —murmullo con los dientes apretados—. Suéltalo todo.

Se aprieta a mi alrededor con tanta fuerza que tengo que apretar la mandíbula, la sensación me lleva directamente al borde. Mis caderas vacilan mientras lucho contra el impulso de correrme, tratando de alargar el momento, saborearlo, incluso cuando mi control empieza a resquebrajarse.

—Mierda… ya está —gimo, follándola a través del orgasmo—. Me voy a correr… dentro de ti… ¡Joder!

Me derramo dentro de ella con un jadeo brusco, mis caderas se sacuden mientras el orgasmo me golpea con fuerza, recorriéndome en oleadas que no puedo controlar. Aprieto mis manos en sus caderas mientras embisto más profundo, frotándome contra ella, tratando de acercarme aún más. Su cuerpo me aprieta con contracciones constantes y rítmicas, sus músculos internos vibrando alrededor de mi polla como si me estuviera escurriendo hasta la última gota.

Gimo con los dientes apretados, enterrado tan profundo que puedo sentir las últimas pulsaciones de liberación disminuyendo dentro de mí. Mi pecho roza su espalda mientras me inclino sobre ella, respirando con dificultad contra su piel, mis manos extendidas sobre su vientre para mantenerla allí, conectados. Su calor, el calor resbaladizo de ella que todavía me sujeta con fuerza, me mantiene clavado en el sitio mucho después de que haya pasado el último espasmo.

Ninguno de los dos se mueve al principio. Solo el sonido de nuestras respiraciones, entrecortadas y desiguales, llena el espacio entre nosotros mientras la tensión se rompe lentamente. Presiono un beso en su columna, luego otro, subiendo hacia la nuca. Todavía tiembla bajo mi tacto y no me aparto, todavía no. Quiero quedarme dentro de ella un poco más, anclado en las secuelas, el silencio, el cambio que sé que ambos sentimos.

Cuando finalmente me desplomo a su lado, atrayéndola a mis brazos, ella no se aparta. Simplemente se acurruca en mí, sonrojada y respirando con dificultad, y por un largo momento, ninguno de los dos dice una palabra.

Su cabeza descansa sobre mi pecho, nuestras piernas enredadas en las sábanas. Le acaricio el pelo lentamente, escuchando el suave ritmo de su respiración mientras empieza a calmarse. El calor entre nosotros se está desvaneciendo, pero lo que queda es más pesado, más complicado. Lo que quiero de ella y el trabajo que me han asignado están chocando con fuerza y haciendo que mi corazón lata con fuerza.

—Zoya —digo en voz baja.

Ella emite un zumbido en respuesta, sin levantar la cabeza. Es un murmullo suave y soñador de postcoito. Es tan dócil, tan vulnerable, y estoy siguiendo órdenes que podrían parecer una bomba que cae entre nosotros.

—Quiero casarme contigo.

Eso hace que se quede quieta. Se apoya en un codo, su pelo cayendo sobre su pecho mientras me mira. —Lo dices en serio.

—Sí.

—Nos conocemos desde hace dos semanas, si llega. Maksim, es demasiado rápido.

—No me importa. —El rechazo escuece. Realmente me escuece, y odio que lo haga porque esto es solo un trabajo. Es un medio para un fin, pero estoy metido hasta el fondo.

Se ríe suavemente, pero hay tensión en ello. —No es tiempo suficiente.

—Para la mayoría de la gente, tal vez. No para mí.

—Maksim… —Su voz se apaga. Se sienta, tirando de la manta para cubrirse el pecho—. El matrimonio no es un juego. No decides casarte con alguien porque el sexo haya sido bueno y la noche agradable.

—No es un juego para mí. —Me siento a su lado—. Sé lo que quiero. —Está yendo a trompicones, tal como sabía que pasaría. La idea de Grisha parece buena sobre el papel, pero Zoya no es estúpida. Sabe lo que realmente quiero: la cabeza de su hermano en una pica. Es lo suficientemente inteligente como para atar cabos. Deberíamos haber dejado que Renat hiciera lo suyo, que la interrogara. Habría hablado tarde o temprano.

Pero ahora estamos metidos hasta el fondo. Ahora la idea de sus manos sobre ella, causándole dolor para obtener respuestas… me enfurece. No quiero eso. No cuando mis manos han estado sobre ella de otras maneras, maneras íntimas.

—¿Y me quieres a mí?

—Sí. Protegida. A salvo. Con mi apellido. Bajo mi techo. —La acerco a mi cuerpo, dándome cuenta de que, si bien el matrimonio es definitivamente un movimiento demasiado rápido para esta

relación, en realidad sí la quiero. Ella debe ver la sinceridad en mis ojos, pero suspira y deja caer los hombros.

Gira la cara hacia mí, escudriñándome. —¿Y si no estoy preparada?

—Entonces espero. Pero no cambiaré de opinión.

Traga saliva, apartando la vista hacia la ventana. —No sé si puedo decir que sí.

—No tienes por qué. —Le cojo la mano—. No ahora mismo. Zoya, te lo prometo —digo con profunda y sincera honestidad—. Estarás más segura si haces esto a mi manera. —Estoy revelando demasiado, exponiendo demasiados secretos con esa declaración. Estoy mostrando mis cartas y no me importa. Sé que es la verdad. Seguiré encontrando a su hermano, pero lo haré a mi manera—. Podemos hacerlo tan público que el mundo entero lo sabrá. Nadie se atreverá a meterse contigo. Ni siquiera tu hermano.

Las palabras la hacen tensarse de nuevo, y ese mismo miedo, esa misma vulnerabilidad de antes parpadea en sus ojos. Le cojo la mano y ella me deja hacerlo, sus dedos fríos contra los míos. Su pulgar roza mis nudillos. —No digo que no.

Le llevo la mano a los labios y la beso una vez, con firmeza.

—Con eso es suficiente —digo—. Por ahora.

11

ZOYA

Me despierto con una luz grisácea que se filtra por la única ventana de la habitación del hotel. Me duelen partes del cuerpo que había olvidado que existían y, por un momento, me quedo quieta, intentando procesar lo que pasó anoche. La boca de Maksim en mi cuello. Sus manos cartografiando mi piel. La forma en que me miró después: concentrado, hambriento, casi reverente.

Las sábanas huelen a él, pero se ha ido antes de que saliera el sol. A cedro, a cigarrillos y a algo más oscuro por debajo. Hundo la cara en la almohada e inspiro; de inmediato, me odio por ello. Así es como las mujeres se pierden a sí mismas. Así es como desaparecen.

La habitación se me antoja demasiado pequeña ahora. Las paredes me oprimen más que ayer, y no puedo quitarme la sensación de que todo ha cambiado mientras dormía. Mi reflejo en el espejo del baño muestra la evidencia: un leve moratón en la clavícula, donde me rozaron sus dientes, el pelo aún enredado por sus dedos, los labios hinchados y oscuros.

Me toco la marca del cuello y siento un calor que se enrosca en lo más profundo de mi vientre. El recuerdo de sus manos sobre mi piel, la forma en que susurró mi nombre contra mi oído. El modo en que me abrazó después, cuidadoso y deliberado, como si yo fuera frágil.

Me echo agua fría en la cara e intento lavar el deseo. No funciona.

Me pongo la ropa y salgo a la mañana moscovita, necesitada de un aire que no esté impregnado de su olor. La ciudad se extiende ante mí, gris e interminable, pero me siento desconectada de todo. Cada paso que doy parece deliberado, planeado, como si caminara hacia algo que no puedo nombrar.

La ciudad se mueve a mi alrededor con su ritmo habitual. Vendedores montando sus puestos, oficinistas corriendo hacia el metro, el zumbido omnipresente del tráfico. Una mujer vende flores en un carrito cerca de la esquina; sus manos curtidas colocan rosas y claveles. Dos hombres con traje de negocios discuten mientras toman un café a la puerta de una cafetería. Pero me siento desconectada de todo, repasando cada palabra que dijo, cada caricia, cada promesa que hizo sin prometer nada en realidad. La forma en que me miró cuando abrí la puerta. El modo en que sus ojos seguían mis movimientos mientras servía el vino. La manera en que pronunció mi nombre...

Solo pensarlo acelera mi pulso. Me desea. Eso quedó claro. Pero el deseo y la seguridad son cosas distintas, y he aprendido a no confundirlas. Los hombres desean muchas cosas. Rara vez protegen lo que dicen desear. Y sé que me está engatusando, que quiere que entregue a mi hermano. Porque ese es el siguiente paso, ¿no? Decir que quiere casarse conmigo y luego preguntar si mi hermano vendrá a la boda para llevarme al altar.

Y entonces, ¿qué pasa? Matan a Damir, que me culpa por haberle hecho salir de su escondite, y ¿qué me hacen a mí después? ¿De verdad soy tan tonta como para seguirle el juego?

Pero entonces me pregunto si decir que sí podría ser justo lo que necesito. Cedo ante él, hago lo que quiere y luego le pido que proteja a Damir...

Paso por delante de la vieja iglesia de Sokólnicheskaya, con sus cúpulas doradas brillando bajo la débil luz del sol. Una anciana se santigua al pasar, sus labios se mueven en una oración silenciosa. Me pregunto qué estará pidiendo. Protección, tal vez. O perdón.

El teléfono de Damir permanece en silencio en mi bolsillo. No se ha puesto en contacto conmigo. La ausencia me corroe mientras recorro las calles familiares hacia el hipódromo. Ya han pasado doce días desde que desapareció, y cada hora que pasa hace que su advertencia resuene con más fuerza en mi cabeza.

Tienes que alejarte de esto. Ahora.

Pero alejarme significa abandonarlo, y no puedo hacer eso. No cuando es la única familia que me queda. No cuando es la única persona que ha intentado protegerme del mundo en el que nacimos.

Pienso en la noche en que desapareció nuestro padre. Yo tenía doce años; Damir, diecisiete. Esperamos a que volviera a casa del trabajo, con la cena enfriándose en la mesa. Nunca llegó. Mi madre pasó tres días llamando a hospitales, comisarías, a cualquiera que quisiera escucharla. Luego dejó de llamar. Dejó de hacer todo.

Damir dio un paso al frente. Siempre daba un paso al frente. Consiguió trabajo en el hipódromo, empezó a traer dinero a casa. Nunca me dijo de dónde venía, pero yo lo sabía. Siempre lo he sabido. El mundo en el que vivimos no ofrece muchas opciones, y nosotros hemos tomado las nuestras.

Me detengo en una cabina telefónica a dos manzanas del trabajo. El número de su cuaderno está grabado a fuego en mi memoria: uno de los contactos de seguridad que me hizo memorizar cuando tenía dieciséis años. Por aquel entonces parecía un juego. Códigos secretos y mensajes ocultos. Ahora parece una cuestión de supervivencia.

La cabina huele a orina y el cristal está rajado, extendiendo una telaraña por la superficie como si fuera hielo. Marco el número con los dedos firmes, aunque el corazón me martillea en las costillas.

Un tono. Dos. Tres.

—¿Da?

La voz no me resulta familiar, pero la respuesta me lo dice todo. Alguien sigue vigilando. Alguien sigue escuchando. La red está intacta.

—Dile que su hermana necesita hablar —digo, usando la frase clave que Damir me enseñó hace años—. Dile que las cuentas no cuadran.

La línea se corta.

Cuelgo y sigo caminando, con el pulso martilleándome en la garganta. Si el mensaje le llega, Damir sabrá que lo estoy buscando. Si no... entonces tendré que presionar más a Maksim. Tendré que confiar en que lo que sea que me esté ofreciendo es real.

El hipódromo aparece a la vista, su fachada de hormigón tan poco acogedora como siempre. Paredes grises, ventanas pequeñas, el tipo de edificio diseñado para mantener a la gente dentro en lugar de darle la bienvenida. Llevo cuatro años trabajando aquí y todavía me parece una prisión.

Me cuelo por la entrada de empleados y me dirijo a la sala de descanso; necesito un café antes de enfrentarme a las cifras del día. Los pasillos son estrechos, pintados de un beis institucional, con luces fluorescentes que zumban sobre mi cabeza. Mis pasos resuenan en los pasillos vacíos.

Yana Volkova me intercepta antes de que llegue a la máquina. Es más joven que yo, tal vez veintitrés años, con el pelo decolorado y demasiado maquillaje. Su pintalabios es del color de la sangre fresca, sus uñas están limadas en punta. Llevamos dos años trabajando juntas, pero no somos amigas. Tampoco enemigas. Solo somos dos mujeres que intentan sobrevivir en un mundo al que no le importa especialmente si lo logramos.

—Zoya. —Echa un vistazo a la sala de descanso vacía y se acerca. Su perfume es demasiado dulce, empalagoso—. Tenemos que hablar.

Echo café en una taza desconchada y le añado azúcar. El líquido está amargo, quemado de tanto tiempo en el fuego. —¿Sobre qué?

—Sobre el hombre que te ha estado rondando.

Mi mano se queda paralizada sobre el azucarero. Los gránulos se esparcen por la encimera, blancos contra la superficie manchada. —¿Qué hombre?

—Alto. Pelo oscuro. Traje caro. Parece que podría romperle el cuello a alguien con sus propias manos. —Se apoya en la encimera, y su voz baja a un susurro—. Lo he visto antes, Zoya. No es un pretendiente cualquiera que quiera llevarte a cenar.

Le doy un sorbo a mi café y la miro a los ojos. El sabor es áspero, familiar. —No sé de qué estás hablando.

—No te hagas la tonta. No te pega nada. —Se cruza de brazos y sus pulseras tintinean—. Es Maksim Vetrov. El hermano de Rolan. Es de la Bratva, y es peligroso.

El nombre me da un puñetazo en el pecho, pero mantengo una expresión neutra. —Te estás imaginando cosas.

—¿Ah, sí? Porque desde donde yo lo veo, parece que te has metido en un lío que te supera. —Se endereza, suavizando ligeramente su tono—. Mira, no sé en qué clase de problema estás metida, pero sea lo que sea, él no te va a ayudar a salir. Los hombres como él no rescatan a chicas como nosotras. Las coleccionan.

Las palabras suenan ciertas, pero las aparto. —Gracias por el aviso.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que vas a decir?

—¿Qué más quieres que diga?

Niega con la cabeza y la decepción aflora en sus rasgos. —Nada. Olvida que he dicho nada.

Me deja sola en la sala de descanso, pero sus palabras se aferran a mis pensamientos mientras me dirijo a mi escritorio, que está en la esquina de la oficina principal, parcialmente oculto tras un archivador. La silla es incómoda, la superficie del escritorio está arañada y desgastada.

Me acomodo en la silla y abro el primer libro de contabilidad del día. Los números siempre han sido mi refugio: limpios, lógicos, predecibles. Cuentan historias sin mentiras, revelan verdades sin emoción. Pero hoy se confunden mientras mi mente divaga hacia la noche anterior.

Hacia el modo en que sentí las manos de Maksim sobre mi piel. Hacia la forma en que me miró después, posesivo y concentrado y casi reverente.

Los números bailan ante mis ojos. Apuestas realizadas, dinero intercambiado, porcentajes calculados. Todo ilegal, todo peligroso. Pero es el mundo que conozco. El mundo que entiendo.

La advertencia de Damir resuena en mi cabeza. *Tienes que alejarte de esto. Ahora.*

Pero entonces recuerdo el calor de la boca de Maksim en mi garganta. La forma en que sus dedos recorrieron mi columna vertebral. La forma en que me abrazó después, como si fuera frágil.

Nunca me he sentido segura con ningún hombre en mi vida. No de verdad. No del todo. Mi padre desapareció cuando más lo necesitaba. Los hombres que vinieron después eran unos aprovechados, unos interesados, hombres que veían una oportunidad en la desesperación de una joven.

Pero con Maksim, durante esas pocas horas, me sentí protegida. Deseada. Incluso apreciada.

La idea de casarme con él debería aterrorizarme. Debería hacer que saliera corriendo en dirección contraria. En nuestro mundo, el matrimonio no tiene que ver con el amor. Tiene que ver con el poder, el control, la propiedad. Pero, en cambio, se asienta en algún lugar profundo de mi vientre, cálido, secreto e indefinido.

Quizás miente sobre sus intenciones. Quizás me estoy mintiendo a mí misma sobre las mías. Pero una parte de mí quiere ver hasta dónde es capaz de llegar para mantenerme cerca. Una parte de mí quiere descubrir qué pasa cuando un hombre como él decide que quiere a una mujer como yo.

Una parte de mí quiere dejar que lo intente.

Cierro el libro de contabilidad y miro por la ventana la ciudad. Edificios grises se alzan hacia un cielo gris, interminables e inmutables. En algún lugar de ahí fuera, Damir se esconde. En algún lugar, Maksim está planeando su próximo movimiento. Y en algún punto intermedio, yo intento averiguar cuál de los dos va a salvarme.

O a destruirme.

El teléfono de mi bolsillo permanece en silencio, pero sigo mirándolo de todos modos. Esperando un mensaje que podría no llegar nunca. Esperando respuestas que podrían no existir.

Esperando una elección que podría estar ya tomada.

Pero mientras estoy aquí sentada, rodeada de las pruebas de los riesgos y las pérdidas de otras personas, me doy cuenta de que ya

he decidido. Ya he elegido. En el momento en que dejé que Maksim entrara en mi piso, en mi cama, en mis pensamientos, lo elegí a él.

Ahora solo tengo que vivir con las consecuencias.

12

MAKSIM

Rolan me está esperando cuando llego a la finca. Ya ha servido dos vasos de vodka y los ha puesto sobre su escritorio, lo que significa que ya contaba con esta conversación.

—Tienes pinta de tener un plan —dice, señalando la silla que hay frente a él.

Cojo asiento, pero no toco el vodka. —Lo tengo —digo mientras me aflojo la corbata—. Tengo una propuesta.

Entonces se gira, enarcando una ceja. —¿Sobre la chica Mirova?

—Un compromiso. Un anuncio público. —Atribuirme la idea de Grisha no me cuesta nada. Rolan no me cuestionará y yo me llevaré todo el mérito. Además, si lo planteo yo, podré controlar la narrativa de ahora en adelante y quizá, solo quizá, signifique que pueda darle la vuelta a esto para que Zoya siga siendo mía mucho después de que Damir esté muerto.

Mientras se lleva el vaso a los labios, el cristal atrapa la luz de la tarde y proyecta arcoíris sobre el escritorio de caoba. —¿Ella ha aceptado?

—Lo hará.

—Pareces muy seguro.

Cojo el vaso que me ofrece. El vodka quema, puro, familiar. —Emocionalmente, ya está a medio camino. Impulsar la idea

provocará a Damir si está vigilando.

Rolan se acomoda en su silla y me estudia desde el otro lado del escritorio. —¿Y si no aparece?

—Entonces la tendremos atada. De cualquier modo, ganamos.

—¿Estás seguro de que lo aceptará?

Pienso en anoche. En la forma en que me miró después, vulnerable y anhelante. En que no se apartó cuando le toqué la cara. —Ya ha tomado su decisión. Solo que todavía no lo sabe.

Rolan asiente lentamente. —Hazlo. Pero, Maksim… —Se inclina hacia delante—. No te descuides. Esto es estrategia, no un romance.

—Sé lo que es.

—¿Ah, sí? Porque, desde mi punto de vista, pareces un hombre que está olvidando la diferencia.

Me bebo el vaso de un trago y lo dejo en la mesa. —Nunca olvido. —Sus palabras son una amenaza velada porque me conoce, y probablemente me ha calado y sabe que algo más está pasando bajo la superficie.

—Bien. Porque si lo haces, si dejas que las emociones te nublen el juicio, me encargaré yo mismo de la chica. Y no te gustarán mis métodos.

La amenaza es tácita, pero se sobreentiende. Asiento una vez y lo dejo con su papeleo.

Fuera, el aire de la tarde huele a lluvia. Me siento en el coche un momento, dejando el motor al ralentí, pensando en lo que viene ahora. El anuncio lo cambiará todo. La hará mía de formas que van más allá de lo físico. También le pondrá una diana en la espalda.

Saco el móvil y marco su número. Contesta al tercer tono.

—¿Diga?

—Zoya. Quiero verte.

Hay una pausa al otro lado de la línea antes de que diga: —¿Cuándo?

—Ahora. Te recojo —sugiero, y ya me estoy abrochando el cinturón para conducir.

—Estoy en el trabajo.

—Vete.

Otra pausa, esta vez más larga. —Maksim…

—Por favor.

La palabra nos sorprende a los dos. Yo no pido las cosas. Las cojo. Pero con ella, todo parece distinto. Más frágil. Más importante.

—Está bien —dice finalmente—. Estaré fuera en diez minutos.

Conduzco hasta el circuito y la encuentro esperando junto a la entrada de empleados. Lleva unos vaqueros negros que le sientan a la perfección y el pelo recogido en un moño sencillo. Parece profesional, intocable. Pero yo sé la verdad. Sé cómo suena cuando se deshace.

Se desliza en el asiento del copiloto sin decir palabra. Me alejo del bordillo y me dirijo al este, hacia la casa del lago.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—A un lugar tranquilo.

No pide más detalles. Observa la ciudad pasar por su ventanilla, con las manos cruzadas en el regazo. Quiero alcanzarla, tocarla, pero me obligo a esperar. La paciencia es un arma que he aprendido a usar.

La casa del lago se encuentra a cuarenta minutos de la ciudad, oculta tras una cortina de abedules. Es más pequeña que la finca, más íntima. Un lugar para la privacidad más que para la ostentación. Aparco cerca de la puerta principal y apago el motor.

—¿Qué es este sitio? —pregunta.

—Una propiedad de la familia. Un lugar donde podemos hablar sin interrupciones.

Me sigue al interior. La sala principal es sencilla, cómoda. Una chimenea de piedra domina una pared y unas estanterías cubren otra. Enciendo el fuego y sirvo dos copas de vino de la botella que guardo aquí para ocasiones que requieren un toque más suave.

Acepta la copa, pero no bebe. —Querías hablar.

—Así es. Después de lo que hablamos, creo que tienes razón. No nos conocemos lo suficiente como para casarnos, así que voy a hablarte de mi infancia.

Parpadea, sorprendida. —¿Por qué? —pregunta, estudiándome con curiosidad, como si esto fuera muy diferente de lo que espera de mí. Demonios, a mí también me sorprende.

—Porque nunca se lo he contado a nadie. Y creo que deberías saberlo.

Me acomodo en la silla frente a ella, estudiando su rostro. —Tenía ocho años la primera vez que mi padre me llevó a ver morir a un hombre. Dijo que era necesario. Que necesitaba entender lo que éramos, lo que hacíamos.

Su rostro permanece neutro, pero veo la ligera tensión en sus hombros.

—Vomité después. Mi padre se decepcionó. Dijo que la debilidad era un lujo que no podíamos permitirnos. Tenía razón.

—Eso es algo terrible que hacerle a un niño.

—Era necesario. No vivimos en un mundo en el que la inocencia sobreviva.

Da un sorbo a su vino y observa el fuego. —No. No es así.

—Aprendí a enterrar la parte de mí que se encogía. A convertirme en lo que se necesitaba. Pero a veces, a altas horas de la noche, me pregunto qué podría haber sido si fuera diferente.

—¿Diferente cómo?

Me inclino hacia delante. —Más tranquilo. Normal. El tipo de hombre que vuelve a casa con la misma mujer cada noche, que construye una vida en lugar de destruirlas.

—¿Piensas en eso?

—Pienso en cómo sería vivir una vida en la que la violencia no fuera la respuesta a todos los problemas. Donde la confianza no fuera una debilidad.

Deja su copa. —Tú no eres así. —Su tono es sardónico y su expresión, sombría. Evita el contacto visual, lo que me dice que no tiene esperanzas de que yo pueda ser diferente, y yo tampoco, en realidad, pero es cierto que a veces he tenido estos pensamientos.

—No. Pero es quien podría ser. Con la persona adecuada.

—¿Qué tipo de persona?

Le giro la cara cogiéndola de la barbilla y le sostengo la mirada. —Alguien leal. Alguien lo bastante inteligente como para ver más allá de la superficie. Alguien que entienda que los hombres como yo no cambian por mucha gente, pero cuando lo hacemos, es para siempre.

Ella aparta la mirada, pero veo cómo le sube el color a las mejillas.

—He estado pensando en ti —continúo—. En lo que dijiste anoche. Sobre no poder confiar en nadie.

—No debería haber dicho eso.

—¿Por qué no? Es verdad.

Se levanta y se acerca a la ventana para mirar el lago. —Porque me hace vulnerable.

—Bien. La vulnerabilidad es honestidad.

Me levanto y me coloco detrás de ella. Lo bastante cerca para oler su perfume, lo bastante lejos para darle espacio para huir si así lo decide.

—Nunca me había sentido así —digo, y me sorprende darme cuenta de que es verdad—. Nunca he querido proteger a alguien como quiero protegerte a ti.

Se vuelve para mirarme. —Maksim.

Le cojo la mano. Ella no la aparta. —Quiero hacer un anuncio. Sobre nosotros.

—¿Qué tipo de anuncio?

—Que vamos a casarnos.

Esta vez no me corrige ni dice que no, y siento que algo se mueve dentro de mi pecho. Es una sensación nauseabunda, como si estuviera ganando algo por lo que me avergüenzo de haber competido, pero que de todos modos deseo desesperadamente. Me inclino y la beso suavemente, y ella me devuelve el beso.

—¿Te gustaría dar un paseo? —pregunto—. El lago está precioso al atardecer.

Zoya asiente y salimos al exterior para bajar por el camino de grava que rodea el agua. El sol está bajo en el cielo, pintándolo todo de dorado y naranja. Camina a mi lado, tan cerca que nuestros brazos se rozan de vez en cuando.

—Aquí hay paz —dice.

—Es el único lugar donde puedo pensar con claridad. El único lugar que parece real.

—¿Y el resto? ¿Tu vida en la ciudad?

—Necesaria. Pero no real. No como esto.

Dejo que mi mano le roce la cadera mientras caminamos. Ella no se aparta. —Quiero construir una vida contigo, Zoya. No solo un acuerdo. No solo una conveniencia. Quiero despertarme a tu lado cada mañana y saber que eres mía.

Deja de caminar y se vuelve para mirarme. —¿Y si no puedo ser lo que necesitas?

—Ya lo eres.

Me acerco más, lo suficiente para ver la aprensión en sus ojos. —Quiero besarte.

Me mira, con los labios entreabiertos. Me inclino y ella se mueve para encontrarse conmigo a medio camino. Pero en el último momento, se echa hacia atrás, con el rostro de repente pálido.

—Lo siento —dice—. Me siento… Necesito…

Se da la vuelta y camina rápidamente de vuelta a la casa. La sigo, preocupado. —Zoya, ¿estás bien?

—Estoy bien. Solo mareada. Demasiado vino, quizá.

Desaparece en el baño. Oigo correr el agua, el sonido de ella devolviendo. Cuando sale, está pálida pero serena.

—Lo siento —dice de nuevo—. Probablemente debería irme a casa.

—Por supuesto —le digo, pero me entristece que la velada termine así.

La llevo de vuelta a la ciudad en un cómodo silencio. Apoya la cabeza en la ventanilla y cierra los ojos. Quiero tocarla, consolarla, pero intuyo que necesita espacio.

Cuando la dejo en su apartamento, se vuelve hacia mí antes de salir.

—Gracias —dice—. Por lo de hoy. Por contarme lo de tu infancia.

—Gracias a ti por escuchar.

Desaparece en su edificio. Me quedo en el coche un momento, pensando en la forma en que me miró cuando mencioné el anuncio. En la forma en que no dijo que no.

Saco el móvil y le envío un mensaje a Rolan.

Maksim 21:12: El plan está funcionando. Está casi lista.

Su respuesta llega rápidamente.

Rolan 21:13: Bien. No te precipites.

Me quedo unos instantes mirando el móvil, pensando. El anuncio forzará la mano de Damir. También atará a Zoya a mí de maneras que van más allá de la atracción física.

Pero mientras revivo la velada en mi mente, me doy cuenta de que en algún punto entre la estrategia y la ejecución, las líneas se han desdibujado. La forma en que me miró cuando hablé de construir una vida juntos. La forma en que no se apartó cuando le toqué la mano.

Me digo a mí mismo que todo forma parte del plan. Pero a altas horas de la noche, solo en mi dormitorio, ya no estoy del todo seguro de creérmelo.

13

ZOYA

El empleado de la farmacia no me mira dos veces cuando coloco el test sobre el mostrador. Una transacción más, otro cliente que compra esperanza o miedo en una pequeña caja de cartón. Pago con billetes arrugados y meto la compra en el bolso, con las manos temblorosas.

El camino a casa se me hace eterno. Cada paso retumba en mis oídos, cada bocanada de aire se siente cortante por el frío. Repaso la velada en la casa del lago una y otra vez. La forma en que Maksim me miró cuando habló de construir una vida juntos. La forma en que dijo que nunca antes se había sentido así.

Matrimonio. Quiere anunciar nuestro compromiso.

Se me revuelve el estómago y me aprieto la mano contra él, preguntándome si son náuseas matutinas o puro pánico. Sé que es casi imposible que una prueba dé positivo a los doce días, pero no es algo inaudito.

Ya en mi apartamento, cierro la puerta con llave y me apoyo en ella, respirando con dificultad. El test pesa en mi bolso, más de lo que debería pesar algo tan pequeño. Sé lo que va a decir. Lo sé desde que vomité en la casa del lago, desde que el vino me supo mal, desde que llevo días agotada.

Estoy embarazada.

El baño es diminuto, apenas hay sitio para una persona. Me siento en el borde de la bañera y leo las instrucciones tres veces, aunque ya sé lo que tengo que hacer. Los minutos se arrastran mientras espero el resultado.

Aparecen dos líneas, tan tenues que casi no me lo creo, así que me hago una segunda prueba solo para entrar en pánico por completo. Dejo caer el test y me cubro la cara con las manos. Las lágrimas brotan, rápidas y amargas, sacudiéndome el cuerpo entero. Esto no puede estar pasando. No ahora. No cuando todo es ya tan complicado.

Vuelvo a coger el test, mirando fijamente esas dos líneas rosas como si pudieran desaparecer si las mirase con la suficiente intensidad. Pero no lo hacen. Son reales. Esto es real.

Estoy esperando un hijo de Maksim Vetrov.

El hombre que quiere casarse conmigo. El hombre que probablemente está a la caza de mi hermano. El hombre que me hace sentir segura y aterrorizada al mismo tiempo.

Me deslizo hasta el suelo del baño y me abrazo las rodillas. Las baldosas están frías contra mi espalda, pero no me importa. Necesito pensar. Necesito averiguar qué significa esto, qué voy a hacer.

Maksim ha hablado de confianza esta noche. De construir una vida juntos. De querer protegerme. ¿Pero qué pasará cuando se entere de esto? ¿Qué pasará cuando se dé cuenta de que no soy solo una mujer a la que puede controlar, sino también una mujer que espera un hijo suyo?

La idea de contárselo me oprime el pecho. Querrá poseerme por completo entonces. Nunca me dejará marchar. Y Damir… Dios, Damir se pondrá furioso. Pensará que lo he traicionado por completo.

Pero quizá no esté del todo equivocado. Quizá lo he hecho.

Pienso en cómo me ha besado Maksim en la frente cuando me ha acompañado a la puerta esta noche. De forma suave, casi reverente. Como si yo fuera preciosa. Como si importara.

Nadie me ha mirado nunca como él. Nadie me ha hecho sentir deseada en lugar de simplemente útil.

Me odio por desearle. Me odio por la forma en que se me acelera el corazón cuando me toca. Me odio por la forma en que casi lo besé junto al lago, por cómo deseaba hacerlo.

Pero lo deseo. A pesar de todo, a pesar del peligro, a pesar de las mentiras que estoy segura de que me cuenta.

Me levanto y me echo agua fría en la cara. En el espejo, parezco pálida, con ojeras. Como un fantasma de mí misma.

Tengo que decírselo. Tengo que hablarle del bebé, de Damir, de todo. Pero la idea de su reacción me aterroriza. ¿Y si no quiere esto? ¿Y si lo quiere, pero por todas las razones equivocadas?

Pienso en lo que dijo sobre el anuncio. Sobre hacer público nuestro compromiso. Si estoy embarazada, eso lo cambia todo. Hace que el matrimonio sea real de una manera que va más allá de la estrategia o la conveniencia.

Nos convierte en una familia.

La palabra me suena extraña. Familia. No he tenido una familia de verdad desde que mi padre desapareció. Damir lo intentó, pero solo éramos dos personas rotas que intentaban sobrevivir. Esto sería diferente. Esto sería una elección.

Voy a mi dormitorio y me siento en el borde de la cama. El test de embarazo sigue en mi mano, esas dos líneas mirándome fijamente.

Quizá pueda usar esto. Quizá pueda pedirle a Maksim que deje de buscar a Damir. Quizá pueda proteger a mi hermano dándole a Maksim otra cosa en la que centrarse. Una esposa. Un hijo. Un futuro que no implique violencia.

La idea parece peligrosa y desesperada, pero es el único plan que tengo.

Pienso en cómo hablaba Maksim de querer una vida más tranquila. De construir una vida con alguien de verdad. Quizá lo decía en serio. Quizá esto podría ser lo que lo cambiase todo.

O quizá estoy siendo ingenua. Quizá solo soy una mujer más que cree que puede salvar a un hombre peligroso con amor y esperanza.

Pero tengo que intentarlo. Por este bebé. Por el futuro que nunca pensé que podría tener.

Guardo el test en el cajón de la mesita de noche y me preparo para acostarme. Mañana tendré que tomar decisiones. Mañana tendré que averiguar cómo decirle a Maksim que todo ha cambiado.

Esta noche, solo quiero guardar este secreto un poco más. Esta diminuta vida que crece dentro de mí. Esta posibilidad de algo mejor.

Pongo la mano en mi vientre y cierro los ojos. Por primera vez en mi vida, no estoy sola. No de verdad. Ahora hay alguien que depende de mí, alguien que necesita que sea valiente.

Puedo hacerlo. Puedo proteger a este niño. Puedo proteger a Damir. Puedo encontrar la manera de que esto funcione.

Tengo que creerlo. Porque la alternativa es demasiado aterradora como para plantearla.

Pero mientras me dejo llevar por el sueño, no puedo quitarme la sensación de que estoy al borde de un acantilado, y que un paso en falso me hará caer en la oscuridad.

El bebé se merece algo mejor que eso. Las dos nos lo merecemos.

Solo espero ser lo suficientemente fuerte para dárnoslo.

14

MAKSIM

Rolan no levanta la vista de su papeleo cuando entro en su despacho. Tres pilas de informes cubren el escritorio de caoba; cada uno requiere su firma para que el dinero se mueva o la gente desaparezca. La rutina nunca cambia: reuniones informativas por la mañana, ejecuciones por la tarde y limpieza por la noche. Hoy estoy a punto de alterar esa rutina.

—Quiero seguir adelante con la boda —digo.

Su bolígrafo deja de moverse. Lo apoya con cuidado, lo alinea con el borde del escritorio y luego me mira con la expresión que reserva para los subordinados que se han extralimitado. No soy un subordinado, pero tampoco soy el hermano que ha heredado el liderazgo.

—De acuerdo… Lo haremos rápido y a lo grande —dice tras una larga pausa—. Mandaremos un mensaje. Todo el mundo tiene que ver que ahora nos pertenece. Es una buena jugada, hermano. Nuestro enemigo asesino saldrá a la luz arrastrándose y lo aplastaremos como a una cucaracha.

La aprobación viene con condiciones, pero ya me lo esperaba. Rolan nunca da órdenes sin calcular las repercusiones, las posibles consecuencias negativas, las formas en que una operación puede

salir mal. Ha sobrevivido tanto tiempo pensando tres jugadas por adelantado mientras los demás se esfuerzan por seguirle el ritmo.

—Este fin de semana —continúa, mientras ya coge el móvil—. El sábado. En la azotea del Hotel Nevsky. Yo me encargaré de organizar la seguridad.

Asiento con la cabeza, pero el pecho se me oprime cuando Rolan levanta la vista hacia mí, enarcando ligeramente una ceja; la pregunta implícita es clara. Es la misma mirada que ponía mi padre cuando nos daba la oportunidad de cambiar de opinión, de tomar un camino diferente. Pero le he dado mil vueltas y puede que este sea el único camino a seguir.

—Ya sabes lo que esto significa —dice, bloqueando la pantalla de su móvil y dejándolo sobre el escritorio—. En cuanto adopte nuestro apellido, nos pertenecerá. Cualquier daño que se le inflija se convertirá en una declaración de guerra. Así es como lo verá el resto de la Bratva. Así es como lo veré yo.

Le sostengo la mirada. —Con eso cuento.

Asiente una vez, despacio. No hay sonrisa, no hay calidez, pero puedo sentir la aprobación en el cambio de su postura, en la forma en que su mano se dirige hacia el mechero de plata que tiene desde que éramos adolescentes.

—Estás cruzando líneas que no se pueden descruzar, Maksim —dice.

Lo sé. Lo he sabido desde la noche en que me permití besarla. Desde que entré en su apartamento y empecé a tratar esto como algo más que un trabajo. Y si alguna vez tengo que elegir entre ella o la misión, ya sé por qué lado me decantaré. Eso me hace peligroso. No para ella, sino para la familia.

Desde el principio, ella no ha sido más que un activo para ellos. Pero hacer esto, casarme con ella, significa que se convierte en mi propiedad. Significa que, cuando todo esto haya terminado, solo yo tendré derecho a decidir su destino. Ni siquiera sé cómo saldrá eso, pero sí sé que, si Damir aparece antes de esa ceremonia, Zoya está prácticamente muerta por lo que a mis hermanos respecta. Esto es simplemente protección para ella, lisa y llanamente.

Finalmente, saco mi móvil. El número de Zoya aparece en la pantalla y me doy cuenta de que me lo he aprendido de memoria sin querer. Los pequeños detalles se te quedan grabados cuando observas a alguien de cerca, cuando sus patrones se convierten en parte de tu conciencia operativa.

La llamada se establece al tercer tono. —¿Maksim? —Su voz no denota sorpresa, lo que me dice que ya esperaba esta conversación. Me dirijo hacia la ventana del despacho de Rolan y miro más allá del jardinero que está fuera podando los setos.

—Seguimos adelante con la boda —le digo, volviendo hacia el escritorio mientras Rolan me estudia—. El sábado en la azotea del Hotel Nevsky.

La pausa que sigue dura exactamente lo suficiente para que alguien elabore una respuesta. Cuando vuelve a hablar, su tono tiene la nota justa de incertidumbre contenida. Por primera vez en mi vida, una culpa real y dolorosa me invade.

—¿Tan pronto? Quiero decir… sí, por supuesto. Lo que te parezca mejor.

Las palabras suenan ensayadas, pero algo en su tono me hace dudar. No hay juego en su voz, ni un ápice de manipulación. Solo una conmoción contenida que intenta alcanzar a la realidad. Quizá sabía que esto iba a pasar, pero eso no significa que estuviera preparada. No para lo rápido, lo definitivo, lo público que se volvería todo. Por un momento, me permito creer que su conformidad no es estrategia, es rendición. Y odio lo mucho que eso me importa.

—Cuanto más sonado, mejor —le digo—. Todo el mundo tiene que saberlo.

—Entiendo. ¿Debería… hay algo que deba hacer? —Zoya suena desconcertada.

—Invita a tu familia. A todos los que quieras que estén.

El silencio se alarga más esta vez. Cuando habla, su voz tiene una cualidad diferente; el sonido de alguien que elige sus palabras con cuidado. —No tengo familia, Maksim. No de verdad. Y no he sabido nada de mi hermano desde que… —Deja la frase en el aire.

La mentira se desliza por su lengua tan suave como el agua, pero capto el temblor que hay debajo. Está protegiendo a Damir incluso

ahora, aun sabiendo lo que ha hecho. La lealtad familiar es más profunda que los instintos de supervivencia, que es exactamente con lo que contamos. Me importa una mierda lo que le pase a su hermano, y, si ella me lo permite cuando esto acabe, yo seré el consuelo que necesite. Solo tiene que dejar de mentirme.

—Yo me encargaré de los preparativos —le digo—. Alguien pasará para ayudarte a prepararte.

Después de colgar, me encuentro a Rolan observándome con gran interés. Su expresión no revela nada, pero conozco esa mirada, la que dice que está catalogando cada microexpresión, cada inflexión vocal.

—Ha aceptado —informo.

—Por supuesto que sí. —Se levanta y se acerca a la ventana—. Damir aparecerá. No podrá resistirse.

La certeza en su voz coincide con mi propia evaluación. Damir Mirov podrá ser un asesino, pero también es un hermano, y uno protector. El anuncio lo sacará del agujero en el que se esconde, y cuando haga su movimiento, estaremos listos.

Paso la siguiente hora en el salón de Rolan haciendo llamadas, organizando detalles y asegurándome de que todo sea perfecto. Una organizadora de bodas para Zoya, un modisto enviado a su apartamento. El gerente del local en el Nevsky sabe que no debe alegar falta de disponibilidad cuando llama un Vetrov. La florista, el fotógrafo, el oficiante… todos obedecen con absoluta sumisión al oír las cifras de dinero que se barajan.

Para el mediodía, las invitaciones se están entregando en mano por todo Moscú. La lista de invitados parece un catálogo de las familias de la Bratva, junto con miembros selectos de la comunidad empresarial legítima que sirven como nuestra cara pública. Todos sabrán que Zoya Mirova está ahora bajo la protección de los Vetrov, que cualquier movimiento contra ella es un movimiento contra nosotros.

Grisha aparece en el umbral de la puerta cuando termino la última llamada, con una expresión que transmite esa particular preocupación que significa que está a punto de decir algo que no querré oír.

—Damir vendrá a por ti —advierte—, sobre todo si cree que estás utilizando a su hermana.

Me guardo el móvil en el bolsillo y le sostengo la mirada. —De eso se trata.

—¿Ah, sí? —Su tono es escéptico—. Porque, desde mi punto de vista, parece que te estás tomando este matrimonio en serio.

La observación da más en el clavo de lo que me gustaría admitir. Me levanto y voy a la licorera, donde me sirvo una copa y me la bebo de un trago antes de responder. —Necesito que organices que un estilista vaya al apartamento de Zoya. Hoy. Todo lo que necesite.

Grisha asiente, sacando su móvil para tomar notas. —Vestido, peluquería, maquillaje. Entendido.

—Del vestido ya me encargo, pero llama al hipódromo. Que la despidan, con efecto inmediato.

Ahora sí que enarca las cejas. —Max, lleva años trabajando allí. Es su vida normal…

—Se va a casar con un miembro de la familia Vetrov. —Mis ojos se clavan en los suyos, y él aprieta la mandíbula mientras se yergue —. No permitiré que vean a mi mujer trabajando en una timba ilegal.

La expresión de Grisha pasa por varias emociones: sorpresa, cálculo, algo que podría ser comprensión. Cuando vuelve a hablar, su voz es cuidadosamente neutra.

—Tu mujer —repite.

—La mujer que lleva mi apellido —corrijo, pero la distinción suena hueca incluso mientras la hago.

—Claro. —Teclea otra nota en su móvil—. Me encargo.

Pero no se dirige hacia la puerta. En su lugar, me estudia con la misma intensidad que Rolan había mostrado antes, y me doy cuenta de que he revelado más de la cuenta. El cuidadoso control que he mantenido desde que comenzó esta operación muestra finas grietas.

—Grisha. —Mi voz es una advertencia.

—Solo me pregunto —dice, guardándose el móvil en el bolsillo—, ¿qué pasará cuando esto termine? Cuando tengamos a Damir, cuando el trabajo esté hecho, ¿qué pasará con ella?

El plan original permanece sin cambios: eliminar a Damir, atar cabos sueltos, pasar a la siguiente misión. Pero la idea de Zoya como un cabo suelto me provoca algo frío en el pecho.

—Fuera —le digo.

Se va, pero su pregunta resuena en el espacio. Vuelvo a mi asiento en el sofá, comprobando el móvil en busca de mensajes de confirmación de los proveedores. Todo está encajando, cada pieza de la trampa colocándose en su sitio.

Mi móvil vibra con un mensaje del gerente del local confirmando los preparativos del sábado. El anuncio de la boda saldrá en los periódicos de mañana, se difundirá por las redes sociales, se susurrará en todos los establecimientos de la ciudad conectados con la Bratva. Damir lo sabrá en cuestión de horas.

Pero mientras estoy ahí sentado planeando su eliminación, mi mente no deja de volver a la voz de Zoya al teléfono. La forma en que dijo mi nombre, la cuidadosa modulación de sus respuestas. Está interpretando su papel a la perfección, pero bajo la actuación, he captado algo más: un hilo de genuina expectación que refleja la mía. Pero en lugar de dar un paso atrás, me descubro esperando el sábado con una intensidad que no tiene nada que ver con atraer a su hermano.

El móvil suena, interrumpiendo el peligroso rumbo de mis pensamientos. El nombre de Rolan aparece en la pantalla.

—Los anuncios ya han salido —dice sin preámbulos—. Medio Moscú lo sabrá para esta noche.

—Bien. —Mantengo la voz serena, profesional—. ¿Alguna noticia de nuestros contactos sobre movimientos inusuales?

—Nada todavía. Pero dale tiempo. La lealtad familiar es un poderoso motivador.

La ironía no se me escapa. La lealtad familiar, lo mismo que traerá a Damir hacia nosotros, es la misma fuerza que ha mantenido a Zoya protegiéndolo a pesar de todo lo que él ha hecho. Es el hilo que nos conecta a todos, la debilidad que puede ser explotada o la fuerza que puede ser esgrimida.

Después de colgar, me reclino en la silla y considero lo que hemos puesto en marcha. En algún lugar de la ciudad, Zoya se está

preparando para una boda que lo cambiará todo. La trampa está tendida, los jugadores se están colocando en sus posiciones y el sábado traerá la culminación de semanas de cuidadosa planificación.

Pero mientras reviso la lista de invitados una vez más, no puedo evitar la sensación de que soy yo el que está caminando hacia una trampa que yo mismo he creado.

15

ZOYA

El apartamento de Maksim está en la última planta de un edificio con vistas al río Moscova. La subida en el ascensor se me hace eterna, y aprovecho el tiempo para meterme otra pastilla de menta en la boca. Su sabor intenso me ayuda con las náuseas que me han estado acechando desde hace días. Me digo a mí misma que son los nervios, que cualquiera se sentiría mal cuando la vida de su hermano depende de lo bien que pueda seducir a su verdugo.

Maksim abre la puerta antes de que pueda llamar. Viste de manera informal: unos vaqueros oscuros y un jersey negro que resalta su complexión delgada. Su pelo aún está húmedo de la ducha y, cuando se hace a un lado para dejarme entrar, percibo el aroma de su jabón.

—Has venido —dice, y hay un alivio en su voz que no esperaba.

—Me lo pediste —entro en su salón, examinando los muebles escasos y las líneas limpias. Todo aquí es funcional, caro y frío. El único toque personal es una única fotografía en la repisa de la chimenea: él y sus hermanos en alguna reunión familiar, todos con semblante serio y trajes caros.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, acercándose.

—Bien —me giro para mirarlo, esforzándome por mantener una expresión serena—. ¿Por qué?

—Últimamente has parecido cansada —alarga la mano y me toca la mejilla. Sus dedos están fríos contra mi piel—. ¿Estás durmiendo bien?

La preocupación en su voz me descoloca. He estado preparándome para este momento, planeando cómo usar su atracción por mí, cómo hacer que me vea como algo más que la hermana de Damir. Pero la forma en que me está mirando ahora mismo, como si de verdad le importara, hace que se me encoja el pecho de una manera que no había previsto.

—Estoy bien —repito, pero me tiembla la voz.

—Eres preciosa, Zoya —su pulgar recorre la línea de mi mandíbula—. ¿Lo sabes?

El cumplido debería parecer calculado, parte del juego al que ambos estamos jugando. Pero cuando lo dice, su voz desciende a ese registro grave que me revuelve el estómago de una forma que no tiene nada que ver con las náuseas matutinas.

—Maksim...

—Sé que esto es rápido —dice, subiendo la otra mano para acunar mi rostro—. Pero estoy seguro de esto. De nosotros. ¿Y tú?

Debería decir que sí, debería meterme en el papel que he estado interpretando, dejarle pensar que estoy tan involucrada como él. Pero aquí, en su apartamento, con sus manos en mi cara y sus ojos escrutando los míos, las palabras se me atascan en la garganta.

—Creo que sí —susurro, y es más cercano a la verdad de lo que quiero admitir.

Entonces me besa, inclinándose, como si estuviera pidiendo permiso. Como no me aparto, lo profundiza, deslizando sus manos por mi pelo. El beso sabe a peligro, porque lo es, pero me encuentro devolviéndole el beso a pesar de que cada pensamiento racional me grita que me mantenga centrada.

Cuando nos separamos, estoy jadeando. —Esto está pasando muy rápido —le digo, porque aunque signifique que Damir vivirá, también significa que me estoy metiendo en algo que es imposible que entienda. Maksim me hace sentir cosas, pero eso no significa que esas cosas sean buenas para mí a la larga.

—No tiene por qué ser complicado —su frente se apoya en la mía, y puedo sentir su aliento cálido contra mis labios—. Mañana nos casaremos. Esta noche, podemos ser simplemente nosotros mismos.

La palabra «casaremos» me recorre una sacudida. Mañana, caminaré hacia el altar y prometeré amar y honrar a un hombre al que se supone que estoy manipulando. Mañana, vestiré de blanco y sonreiré para las fotografías mientras espero que convertirme en su esposa le haga mostrar piedad a mi hermano.

Pero esta noche, en este apartamento que huele a su jabón y se siente como un santuario, puedo permitirme desearlo.

—Vale —digo.

Me besa de nuevo, más profundamente esta vez, y me dejo llevar. Sus manos se mueven hacia mi cintura, atrayéndome más cerca hasta que no queda espacio entre nosotros. Cuando me levanta, rodeo su cintura con las piernas y me aferro a él.

El dormitorio es tan escueto como el salón, dominado por una cama *king-size* con sábanas oscuras. Me deposita con delicadeza, mientras sus manos ya desabrochan los botones de mi blusa. Debería sentirme expuesta, vulnerable, pero en cambio me siento deseada de una forma que hace que se me acelere el pulso.

—Eres increíble —murmura contra mi cuello, y las palabras envían una espiral de calor a través de mí.

Esta vez, cuando lo dice, le creo por completo.

Me besa el hueco de la garganta, luego más abajo, arrastrando su boca por mi clavícula como si la estuviera memorizando. Una mano acuna la parte posterior de mi cabeza, la otra traza lentamente mi caja torácica. No hay nada apresurado en su forma de tocarme. Sin brusquedad. Sin exigencias. Solo calor, bajo y creciente, y el constante desmoronamiento de cualquier escudo que pensaba que me quedaba.

—Siempre me haces esto —dice en voz baja, sus labios rozando mi piel—. Una mirada, y me olvido de todo lo demás.

Reprimo un sonido que se parece demasiado a la culpa y lo atraigo hacia mí, enterrando mis dedos en su pelo. —Entonces deja de mirar. Jódeme de una vez.

Gime en lo profundo de su garganta, y la forma en que me besa después es diferente: más brusca, menos cuidadosa. Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome de golpe contra él, su cuerpo sólido y cálido a través de las capas de nuestra ropa.

Siento la presión de su polla dura contra mis vaqueros, y meto la mano entre nosotros, desabrochando su cinturón con dedos que tiemblan más de lo que querría. Él no me detiene. Ayuda, quitándose el jersey por la cabeza, sacándose la camisa, y su piel, marcada con tinta oscura, ya reluce de sudor.

Mi blusa ya está abierta. Me la quita de los hombros, luego baja los tirantes de mi sujetador lo justo para dejarme al descubierto. Su boca está sobre mí un segundo después, sin dudar, solo calor. Chupa uno de mis pezones y gime cuando me arqueo hacia él, mis dedos enredándose en su pelo.

La sensación es erótica, mi mano en su polla, su boca en mi carne desnuda. Debería sentirme avergonzada, pero estoy hambrienta, desesperada por él. Es el único hombre que me ha hecho sentir tan necesitada y, al mismo tiempo, tan viva.

—Siempre tan jodidamente receptiva —masculla—. ¿Sabes lo que me provoca eso?

La mano de Maksim se desliza por mi estómago, bajo la cinturilla de mis vaqueros. Su mirada me deja sin aliento, y no puedo apartar la vista del hambre en sus ojos. Está tan cerca ahora, su calor envolviéndome, su aroma invadiendo mis sentidos. Inclina la cabeza y me besa de nuevo, y me pierdo en él. Esta vez, hay necesidad, una necesidad desesperada y absorbente en la forma en que su boca se encuentra con la mía. Su lengua se desliza contra la mía, reclamándome como suya, y me encuentro respondiendo de la misma manera.

—Fuera —dice, tirando ya de mis vaqueros—. Ahora.

Levanto las caderas, y me los baja junto con las bragas, sin molestarse en ser cuidadoso. La tela vaquera se atasca en mis rodillas. La empuja el resto del camino y me abre de piernas con ambas manos. Parece cautivado por la visión de mi cuerpo desnudo extendido ante él. Sus ojos recorren cada centímetro de mí, como si no pudiera creer que estoy realmente aquí, que soy realmente suya.

—Mírate —resopla—. Jodidamente húmeda —roza la punta de sus dedos a lo largo de mis muslos, provocando que la piel de gallina me recorra el cuerpo. Se me corta la respiración cuando se inclina para dejar un rastro de besos por la cara interna de mis muslos, su lengua dibujando formas que me hacen flaquear las rodillas.

—¿Todo esto es para mí? —pregunta, subiendo su boca. Su aliento está caliente contra mi centro húmedo—. ¿Toda esta humedad? ¿Hago que te pongas así? Dímelo.

Enredo los dedos en su pelo. —Es todo para ti —susurro, porque es verdad. Él me hace esto: me jode la cabeza, me hace desear cosas que debería odiar.

Su lengua se desliza a través de mí, lenta y profunda, hasta que mis caderas se sacuden contra su boca. Gime como si estuviera hambriento, sus manos agarrando mis muslos mientras me sujeta a la cama y me come como si no tuviera planes de parar.

—Sabes jodidamente bien —masculla entre lametones—. Ya estás temblando —chupa mi clítoris con la boca, su lengua moviéndose dura y rápida, implacable ahora. La presión se acumula rápida y bruscamente en mi centro, mi cuerpo retorciéndose bajo su agarre.

—Maksim... —se me quiebra la voz—. Joder, no pares.

—¿Te vas a correr para mí así? —gruñe—. ¿En mi boca?

—Sí. Justo ahí... Joder, justo ahí.

Su lengua danza sin piedad sobre el sensible manojo de nervios de mi centro, cada movimiento un tormento de placer que desmorona mi compostura hebra a hebra. Me aferro a las sábanas bajo mí como si fueran lo único que me anclara a este mundo, la tela retorcida en mis puños. Su atención implacable en mi clítoris se convierte en su propio ritmo, una fuerza palpitante e impulsora de la que ni puedo ni quiero escapar.

La sensación aumenta con una velocidad devastadora, un crescendo de calor y sensación que desdibuja los límites entre el dolor y el éxtasis. Mi respiración llega en jadeos entrecortados, los pulmones quemándome por la falta de aire, pero parece que no puedo recordar cómo respirar correctamente. Siento como si una

corriente eléctrica nos uniera: sus manos firmes en mis muslos, sujetándome en su sitio para su ansiosa exploración. Cada pasada de su lengua envía chispas que me recorren la columna, cada una una promesa de algo exquisito justo fuera de mi alcance.

Cuando las olas de placer se ralentizan, me encuentro sin aliento y jadeando en busca de aire, todavía dolorida entre las piernas y con ganas de más mientras él se levanta y se baja los pantalones, acariciando su gruesa polla mientras me mira. La cabeza está pegajosa y brillante de deseo.

Su pulgar se desliza sobre la punta, esparciendo líquido preseminal con un lento movimiento que hace que se me seque la boca. Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras se acerca.

—¿Vas a quedarte ahí tumbada temblando —murmura— o vas a dejar que te folle ya?

Lo alcanzo. —No voy a suplicar, Maksim.

—No tienes por qué —dice, subiéndose encima de mí—. Ya pareces destrozada —su polla roza el interior de mi muslo mientras se acomoda entre mis piernas. Me muevo para guiarlo, pero me agarra la muñeca y la sujeta junto a mi cabeza.

Maksim me besa de nuevo, su lengua invadiendo mi boca mientras sus caderas presionan contra las mías. Puedo sentir cada centímetro duro de él, y la anticipación es una agonía. Se retira, dejándome sin aliento, y se posiciona en mi entrada. Luego empuja lentamente, forzándome a aceptar su grosor centímetro a centímetro. Se me corta la respiración. Me aferro a sus hombros, pero él sigue hasta que está completamente dentro, con las caderas pegadas a las mías.

Lentamente, Maksim empieza a moverse, sus caderas balanceándose a un ritmo tentador que tensa todo mi cuerpo de necesidad. Sus manos dejan mis muñecas y suben por mis costados, a lo largo de mis clavículas, y luego me acuna la cara entre sus manos. —Mírame —susurra, y lo hago. Sus ojos son más oscuros que el cielo nocturno tras nuestra ventana, inmovilizándome con la misma eficacia con que lo hace ahora su polla.

Esto es posesión, pura y tácita, una fuerza inflexible que no necesita palabras. Su dominio se comunica en cada embestida

precisa y deliberada, en la intensidad ininterrumpida de su mirada clavada en la mía. Me estudia atentamente, observando la forma en que me rindo a él: el rubor que se extiende por mi pecho, el temblor que recorre mis muslos, la forma en que mis labios se separan en un jadeo ahogado mientras se adentra más en mí.

—Mantén los ojos en mí —murmura, su voz una orden baja y ronca que reverbera en el aire cargado—. Quiero ser testigo del momento exacto en que te corras.

Me aferro a sus hombros, mi respiración agitada y superficial, mientras su miembro se desliza a través de mí con embestidas dolorosamente lentas y devastadoras que me empujan sin descanso al precipicio del orgasmo.

—Dios, Maksim...

—¿Sientes lo profundo que estoy? —sus pulgares acarician suavemente mis mejillas, dejando un rastro de calor—. Nadie más se acercará tanto a ti —cada embestida es deliberada, un ritmo lento pero firme que provoca un suave gemido en mi garganta. Me mantiene abierta debajo de él, inmovilizada por el peso de su cuerpo y la intensidad de su mirada que parece atravesarme. Intento moverme, balancear mis caderas en busca de más, pero su agarre en mi mandíbula se tensa, manteniéndome en mi sitio.

—No te apresures —murmura, su voz un susurro autoritario—. Te correrás cuando yo lo diga —la necesidad dentro de mí araña desesperadamente, un dolor incesante que crece mientras me siento tan increíblemente llena que apenas puedo pensar. Su longitud roza cada nervio hinchado, encendiendo un fuego bajo mi piel, pero él mantiene el control, dictando el ritmo con una precisión inflexible.

Clavo las uñas en su espalda, sintiendo los músculos tensos ondular bajo mi tacto. —Me estás torturando —jadeo, mi voz teñida de una mezcla de desesperación y deseo.

—Te estoy follando —gruñe, su voz un retumbar grave que vibra a través de mi cuerpo—. Como necesitas. Como nadie más puede —sus palabras son posesivas, una promesa y un desafío a la vez.

Cambia su ángulo, ajustándose con precisión, y embiste profundamente de nuevo. Mis piernas se envuelven instintivamente más apretadas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca. La

presión dentro de mí aumenta como una tormenta que coge fuerza, pero el orgasmo sigue fuera de mi alcance. Arqueo la espalda, respondiendo a sus poderosas embestidas con una necesidad dolorosa que amenaza con consumir cada parte de mí.

—Te vas a correr lentamente —me dice, su voz áspera pero firme, una orden y una caricia—. Vas a sentir cada segundo —sus palabras flotan en el aire, una tentadora promesa de placer que estira el tiempo, haciendo que cada momento, cada sensación, sea exquisitamente intensa.

Las embestidas de Maksim se vuelven más urgentes, su respiración agitada en mi oído. Su agarre en mi mandíbula se tensa mientras angula sus caderas, golpeando un punto dentro de mí que enciende explosiones de estrellas tras mis párpados. —Eso es —gruñe, con sudor perlado en la frente—. Joder, Zoya.

Las palabras me eluden por completo. Mi universo se ha reducido solo al hombre sobre mí, la cama bajo mí, y la forma en que su presencia me llena tan completamente que me roba el aliento. Un calor fundido se acumula en mi bajo vientre, extendiéndose hacia fuera con cada poderosa embestida, y soy muy consciente de lo cerca que estoy —tambaleándome en el borde— pero él hábilmente me impide lanzarme por el precipicio.

Tiemblo bajo él, con la respiración contenida, atascada en la garganta.

—Te encanta esto —murmura, su voz un susurro seductor—. Estar inmovilizada bajo mí, completamente consumida. Mi presencia es el ancla de tu cordura.

Se me escapa un sonido, crudo y fracturado, arrancado de mi garganta. Es imposible de reprimir.

Se inclina más cerca, su aliento cálido haciéndome cosquillas en la oreja mientras susurra: —No te contengas. Quiero oírte cuando te rompas.

Mis muslos tiemblan alrededor de su cintura, los músculos vibrando de anticipación y tensión. Cada poderosa embestida me acerca más, manteniéndome precariamente al borde del orgasmo. Él expertamente me mantiene ahí, suspendida en el precipicio, negándose a dejarme caer. Sus dedos danzan sobre mi clítoris,

moviéndose en círculos implacables y precisos que envían descargas eléctricas por mi cuerpo. Su miembro permanece profundamente incrustado, grueso e inflexible, estirándome hasta el límite, llenándome por completo.

—Dilo —gruñe, su voz un profundo retumbar—. Di de quién es este coño.

—Tuyo —jadeo, mi voz apenas un susurro al escapar de mis labios, cada palabra forzada por el esfuerzo. Él embiste más fuerte, empujando más profundo, y el crujido rítmico de la cama bajo nosotros resuena en la habitación. Su mano, cálida y firme, se desliza desde mi mandíbula para posarse suavemente en mi garganta. No aprieta; simplemente me sujeta, anclándome en el momento—. De nadie más —resoplo, mi voz ronca y cruda por una necesidad desenfrenada—. Solo tuyo.

El agarre de Maksim en mi cuello se aprieta ligeramente, lo suficiente como para enviar un escalofrío en cascada a través de mi cuerpo, una mezcla emocionante de miedo y deseo que recorre mi columna como un rayo. Sus movimientos se vuelven más urgentes, cada embestida más intensa, como si estuviera al borde del descontrol, su cuerpo tenso por el esfuerzo de la contención. —Dilo otra vez —exige, su voz un gruñido grave que reverbera en el aire, lleno de una intensidad dominante.

—Maksim —gimo, arqueando la espalda mientras golpea ese punto dentro de mí de nuevo—. Solo tuyo.

—Esta polla es dueña de cada centímetro de ti —me está follando tan fuerte que ahora veo estrellas, y, Dios mío, es increíble.

—¡Sí! ¡Sí, joder, no pares!

—¿Te vas a correr en ella?

El orgasmo me atrapa en una oleada larga y brutal, contrayéndose alrededor de su polla con una fuerza que me deja sin aire. No puedo moverme, no puedo respirar; cada músculo se bloquea mientras el calor se extiende por mi columna y se precipita hacia fuera. El sonido que se me escapa no es controlado. Es roto, desesperado, arrancado de un lugar más profundo que la razón. Clavo las uñas en sus hombros, aferrándome solo porque no tengo otro ancla. Cada pulsación arrastra otra ola a través de mí, densa y

caliente y cegadora. Me siento estirada, reclamada, completamente deshecha. No cede. Sigue llegando, ola tras ola, hasta que estoy en carne viva y temblando bajo él.

Cuando su agarre se afloja y el oxígeno inunda mis pulmones, siento que él me inunda a mí.

Embiste una vez más y se queda enterrado, la polla pulsando mientras se corre. Siento cada oleada de su liberación, densa y caliente dentro de mí. Mis músculos se contraen a su alrededor, tensados por réplicas que no puedo controlar. Su pecho se presiona contra el mío, cada respiración pesada e irregular. Mis piernas permanecen enganchadas a su cintura. Las sábanas yacen retorcidas bajo mi espalda, húmedas de sudor. Me duelen los muslos de lo fuerte que se han aferrado a él. No me muevo. Permanezco abierta, llena, estirada hasta el límite de lo que puedo soportar. Mi pulso martillea en cada centímetro de mí, y el aire huele a él.

La habitación está en silencio, excepto por el sonido de nuestra respiración que vuelve gradualmente a la normalidad. Él traza patrones perezosos en mi hombro desnudo, y cierro los ojos, permitiéndome fingir que esto es simple.

Su mano se mueve a mi pelo, sus dedos peinando los mechones oscuros. —No puedo esperar a hacerte mi esposa —dice, su voz suave en la oscuridad.

Las palabras hacen que se me oprima la garganta. La boda de mañana se siente de repente real, de repente cargada de posibilidades que no había considerado. Aprieto mi cara contra su pecho, ocultando mi expresión, e intento recordar por qué estoy aquí. Damir. Protección. Hacer que Maksim se preocupe lo suficiente por mí como para perdonar la vida de mi hermano.

Pero con los brazos de Maksim a mi alrededor y su corazón latiendo firmemente bajo mi oído, esas razones se sienten enredadas con otras cosas a las que no quiero poner nombre.

—¿Estás bien? —pregunta, y me doy cuenta de que he estado callada demasiado tiempo.

—Solo pensaba en mañana —levanto la cabeza para mirarlo—. Es mucho.

—Lo superaremos juntos —me acuna la cara entre sus manos, sus pulgares rozando mis pómulos—. Te lo prometo.

La sinceridad en su voz me duele en el pecho. Quiero creerle, quiero confiar en que este sentimiento entre nosotros es real. Pero sé que no debo confiar en los sentimientos, especialmente cuando son tan fuertes y tan peligrosos.

Cuando no está mirando, presiono una mano contra mi vientre. El gesto es automático, protector, y me recuerda el secreto que guardo. El que lo cambia todo, aunque no esté lista para enfrentarlo todavía. Estoy embarazada del hijo de Maksim.

La revelación debería aterrorizarme, debería hacerme huir, debería hacer que ponga fin a esto antes de que se complique más. Pero aquí, en sus brazos, sintiéndome segura por primera vez en semanas, no consigo moverme.

Quizás esto sea mejor. Quizás llevar a su hijo le haga verme como familia, le haga querer proteger lo que es mío. Quizás la boda de mañana signifique más de lo que había planeado.

—Duerme un poco —murmura, presionando un beso en la parte superior de mi cabeza—. Mañana va a ser un día largo.

Cierro los ojos y me dejo hundir en la calidez de su abrazo, un lugar en el que no debería sentirme segura en absoluto. Un lugar del que me han advertido que es peligroso, pero también es un lugar donde siento que he encontrado algo que nunca he tenido, pero que siempre he deseado. Mañana me casaré con un hombre al que he estado intentando manipular. Mañana, sonreiré y haré el papel de la novia sonrojada mientras espero que convertirme en su esposa salve la vida de mi hermano.

Pero esta noche, puedo permitirme desear esto. Esta noche, puedo permitirme creer que cuando dice que no puede esperar a hacerme su esposa, lo dice en serio.

Aunque ya no esté segura de si le estoy tomando el pelo a él o a mí misma.

16

MAKSIM

La azotea del Hotel Nevsky se transforma en una catedral de poder y dinero. Flores blancas caen en cascada desde arcos de hierro forjado y las velas parpadean en fanales de cristal a pesar de ser de día. Cada detalle grita opulencia y buen gusto, desde el pasillo de mármol importado hasta el cuarteto de cuerda situado cerca de la barra. Los invitados llegan en oleadas: hombres con trajes italianos y sus esposas cubiertas de joyas que cuestan más que las casas de la mayoría de la gente.

Estoy de pie en el altar, con el mismo traje gris marengo que reservo para los funerales, observando cómo rostros conocidos ocupan las sillas. Rolan está sentado en primera fila, con una expresión indescifrable tras sus gafas oscuras. Vadim y Renat lo flanquean; su presencia es más por seguridad que por sentimentalismo. El fotógrafo rodea el perímetro, capturando cada ángulo, cada invitado, cada momento que demostrará que esta unión ha tenido lugar.

La música cambia para anunciar la entrada de la novia. Las conversaciones se apagan mientras las cabezas se giran hacia las puertas dobles del fondo del lugar. Cuando Zoya aparece, se oye a toda la multitud contener el aliento.

Avanza por el pasillo con la gracia contenida de quien se sabe observada. El vestido es sencillo: seda blanca que roza su cuerpo sin ceñirse, mangas largas que le cubren los brazos, un escote que no revela nada. Lleva el pelo oscuro recogido en un peinado que deja al descubierto su cuello y los delicados huesos de su rostro. No lleva ramo, ni velo, no necesita más adorno que su propia e imponente belleza.

Pero es su expresión lo que acapara la atención. Calma, aplomo, casi regia. No sonríe, ni baja la mirada, ni interpreta el papel de la novia ruborizada. En su lugar, me mira directamente mientras se acerca, con sus ojos avellana fijos y evaluadores. La mujer que camina hacia mí podría estar negociando un acuerdo comercial o aceptando una corona.

Cuando llega al altar, coge la mano que le ofrezco sin dudar. Sus dedos están fríos, firmes, y siento la ligera callosidad en su dedo anular, donde una vez llevó otras joyas. El oficiante comienza la ceremonia, pero apenas oigo las palabras. Mi atención permanece fija en el rostro de Zoya, buscando grietas en su compostura.

—Maksim Vetrov, ¿quieres recibir a Zoya Mirova como esposa y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

La pregunta atraviesa mi distracción. La miro a los ojos y veo algo titilar en ellos: incertidumbre, quizá, o esperanza. Cuando hablo, mi voz resuena en toda la azotea con absoluta claridad.

—Sí, quiero.

Las palabras saben a verdad en mi lengua. No es la promesa vacía de un matrimonio estratégico, sino algo más profundo, más vinculante. El darme cuenta debería preocuparme, pero en cambio se asienta en mi pecho con el peso de la certeza.

—Zoya Mirova, ¿quieres recibir a Maksim Vetrov como esposo y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

No duda.

—Sí, quiero.

Su voz es firme, segura, y cuando pronuncia las palabras, me las creo por completo. Sea cual sea el juego al que esté jugando, sea cual sea el ángulo que esté buscando, en este momento, lo dice en serio.

El oficiante nos declara marido y mujer. Cuando me dice que bese a la novia, le cojo la cara entre las manos y la beso con deliberada ternura. Sus labios son suaves, y cuando me devuelve el beso, no hay nada calculado en él. Durante ese beso, no somos adversarios ni peones en el juego de otro. Solo somos dos personas que se han elegido.

La multitud estalla en aplausos. Los flashes de las cámaras centellean. Los corchos de champán saltan. Pero yo solo veo el rostro de Zoya, la forma en que sus mejillas se sonrojan, la forma en que me mira como si me viera por primera vez.

—Señora Vetrova —digo, y ella sonríe; una sonrisa de verdad, no la máscara cuidada que suele llevar.

—Señor Vetrov —responde, y hay algo en su tono que me oprime el pecho.

La recepción fluye a nuestro alrededor en una nebulosa de felicitaciones y brindis. Zoya interpreta su papel a la perfección, aceptando besos en la mejilla de hombres que podrían ordenar su muerte con una llamada telefónica, charlando con sus esposas sobre destinos de luna de miel y la organización de la boda. Se mueve entre la multitud como si perteneciera a este lugar, como si hubiera nacido para esta vida.

Pero capto sus gestos delatores. La forma en que se toca el vientre cuando cree que nadie la mira. La forma en que sorbe su champán pero nunca bebe de verdad. La forma en que se excusa para ir al baño con más frecuencia de la necesaria. Pequeñas cosas que suman una imagen que no estoy preparado para examinar.

—Bonita ceremonia —dice una voz a mi espalda. Me giro y me encuentro a Dominik, un primo lejano que lleva las cuentas de la familia. Su sonrisa es todo dientes y nada de calidez—. Su mujer es encantadora. Es usted un hombre con suerte.

—Gracias —mantengo la voz neutra, pero mi mano se mueve automáticamente hacia el cuchillo oculto en mi chaqueta. Dominik

siempre ha sido ambicioso, siempre buscando sacar tajada.

—Conocí a su hermano, ¿sabe? Damir. Un buen hombre. Una pena su situación actual.

Las palabras están cuidadosamente elegidas, diseñadas para provocar una reacción. No le doy ninguna.

—Seguro que aparecerá en algún momento.

—Oh, seguro que sí —la sonrisa de Dominik se ensancha—. La familia siempre acaba encontrándose.

Se aleja antes de que pueda responder, pero su mensaje es claro. La gente está observando, esperando a ver cómo se desarrolla esto. El anuncio de la boda ya ha cumplido su propósito: todo el mundo sabe que Zoya me pertenece ahora, lo que significa que Damir tendrá que actuar.

Grisha aparece a mi lado cuando la multitud empieza a disminuir.

—Jefe, tenemos que hablar.

Lo sigo a un rincón de la azotea donde podemos hablar sin que nos oigan. La ciudad se extiende bajo nosotros, el perfil de Moscú brillando bajo el sol de la tarde. Desde aquí, el mundo parece manejable, controlable. Pero sé que no es así.

—Damir ha aparecido en uno de los garajes del equipo —dice Grisha sin preámbulos—. Hace una hora. Sin avisar.

El pulso se me acelera.

—¿Dónde?

—En el de Sokolniki. Entró preguntando por su hermana, por la boda. Se puso agresivo cuando nadie quiso hablar. —La expresión de Grisha es sombría—. Intentamos acorralarlo, pero se escabulló antes de que pudiéramos cercarlo.

Maldigo en voz baja. Llevamos esperando este momento, planeándolo, pero no es el momento adecuado. Demasiado público, demasiados testigos.

—¿Cuántos hombres?

—Seis. Se están movilizando ahora, desplegándose para cubrir sus posibles rutas. Pero, jefe… —Grisha duda—. Parecía desesperado. Furioso. Esto no va a ser limpio.

Echo un vistazo a la recepción, donde Zoya está aceptando las felicitaciones de otro grupo de invitados. Se ríe de algo que alguien

dice, el sonido llega hasta el otro lado de la azotea. Por un momento, parece genuinamente feliz.

—Mantenla aquí —le digo a Grisha—. Asegúrate de que no se vaya hasta que yo vuelva.

—¿Qué le digo?

—Nada. Solo mantenla ocupada.

Me dirijo a la salida, ya sacando el móvil para coordinarme con los hombres sobre el terreno. El viaje en ascensor hacia abajo se me hace eterno, y para cuando llego al aparcamiento, tengo la mandíbula tan apretada que podría romperme los dientes.

El garaje está poco iluminado, lleno de sombras y puntos ciegos. Mis pasos resuenan en las paredes de hormigón mientras camino hacia mi coche. Tengo las llaves en la mano cuando oigo el suave roce de un zapato en el pavimento.

—Maksim.

Me giro lentamente. Damir Mirov sale de detrás de un pilar de hormigón, con una pistola sujeta con firmeza en la mano derecha. Está más delgado de lo que recordaba, su ropa arrugada y manchada. Unas ojeras oscuras le rodean los ojos, y su pelo, normalmente cuidado, le cae en mechones grasientos. Pero sujeta el arma con firmeza.

—Damir —mantengo la voz serena, nada amenazante—. Esperaba que nos encontráramos.

—Seguro que sí —su voz tiene el deje áspero de alguien que ha estado huyendo, escondiéndose, mirando por encima del hombro—. Bonita boda, por cierto. Muy conmovedora.

—Tu hermana estaba preciosa.

—No —la palabra sale cortante, peligrosa—. No hables de ella. No finjas que esto es otra cosa que lo que es.

—¿Y qué es?

—Que la usas para llegar a mí —se acerca un paso, sin que la pistola vacile—. ¿Crees que casarte con ella me hace vulnerable o débil? ¿Crees que no haré lo que hay que hacer?

La amenaza es clara, pero no reacciono. En lugar de eso, estudio su rostro, buscando los gestos que delatarán su próximo movimiento. Damir siempre ha sido visceral, de enfado fácil,

propenso a cometer errores cuando se le presiona. Hoy, parece un hombre que no tiene nada que perder.

—Apártate —continúa—. Deja a Zoya fuera de esto. Para el juego al que estés jugando.

—No hay juego —doy un paso más cerca, poniendo a prueba su determinación—. Solo negocios.

—¿Negocios? —su risa es amarga—. ¿Te casaste con mi hermana por negocios?

—Me casé con tu hermana porque quise —las palabras salen antes de que pueda detenerlas, pero suenan a verdad—. Los negocios vienen después.

Por un momento, algo parpadea en sus ojos: sorpresa, quizá, o confusión. Luego su expresión se endurece de nuevo.

—Mientes.

—¿Ah, sí?

Se abalanza sobre mí, liderando con la pistola. Le agarro la muñeca y la retuerzo, sintiendo el satisfactorio crujido del hueso mientras su agarre se afloja. La pistola cae con estrépito sobre el suelo de hormigón, pero Damir no se detiene. Me lanza una rodilla hacia las costillas y apenas consigo desviar el golpe.

La pelea es rápida y brutal. Damir tiene la desesperación de su lado, pero yo tengo entrenamiento y experiencia. Intercambiamos golpes en el estrecho espacio entre los coches, nuestra respiración agitada en el garaje cerrado. Me acierta un buen puñetazo en la mandíbula que me echa la cabeza hacia atrás, y luego sigue con un codazo dirigido a mi garganta.

Me agacho para esquivar el golpe y me levanto con mi cuchillo, la hoja deslizándose de su funda en un solo movimiento fluido. El acero refleja las luces del techo mientras le hago un corte en las costillas, abriendo una línea roja en su camisa. Retrocede tambaleándose, con una mano presionando la herida.

—La próxima vez, no fallaré —le digo, pero ya se está moviendo hacia la salida de emergencia.

La pesada puerta se cierra de golpe tras él, dejándome solo en el garaje con el sabor a sangre en la boca y el eco de sus pasos

desvaneciéndose. Recojo su pistola, compruebo el cargador y me la guardo en la chaqueta.

Mi móvil vibra con las actualizaciones de los hombres sobre el terreno. Ni rastro de él. Lo han perdido en los túneles del metro. Ha vuelto a esconderse. Leo cada mensaje con creciente frustración y luego los borro todos.

Damir está sangrando, furioso y desesperado. El anuncio de la boda funcionó exactamente como estaba previsto: lo sacó a la luz, lo forzó a actuar. Pero también ha escalado la situación más allá de una contención limpia y yo he fallado mi oportunidad. Ahora no solo está huyendo. Está cazando.

Compruebo mi reflejo en el retrovisor de mi coche. Tengo el labio partido y hay sangre en el cuello de mi camisa. El corte de mi mejilla necesitará atención, pero no es profundo. Parezco como si me hubiera metido en una pelea, lo que requerirá explicaciones que no quiero dar.

El viaje en ascensor de vuelta a la azotea se me hace más largo de lo que debería. Cuando las puertas se abren, la recepción sigue en pleno apogeo. Zoya está de pie cerca de la barra, hablando con la mujer de Rolan sobre algo que las hace reír a las dos. Levanta la vista cuando entro y su expresión cambia al instante.

—¿Maksim? —se acerca a mí rápidamente, sus ojos recorriendo la sangre, la camisa rota, la forma en que favorezco mi lado izquierdo—. ¿Qué ha pasado?

—Problemas con el coche —digo, pero ella ya me está tocando la cara, sus dedos suaves sobre el corte.

—Esto no es de un coche —su voz es baja, solo para mí—. ¿Quién te ha hecho esto?

La miro a los ojos y veo una preocupación genuina, una inquietud real. No el cálculo que esperaba, sino algo que parece miedo. Miedo por mí.

—Está solucionado —le digo, y ella asiente, pero su mano permanece en mi mejilla.

—Deberíamos curarte.

—Más tarde —echo un vistazo a la recepción, observando a los invitados que nos miran con un interés apenas disimulado—. Cuando

todo el mundo se vaya.

Vuelve a asentir, pero puedo ver las preguntas en sus ojos. Se suponía que la boda era la parte fácil, la declaración pública que sacaría a su hermano a la luz. En lugar de eso, se ha convertido en el primer movimiento de un juego mucho más peligroso.

Damir está ahí fuera, sangrando y furioso, planeando su próximo movimiento. La apuesta ha subido, las piezas están en movimiento, y todavía no sé cómo forzarlo a una posición en la que podamos terminar con esto.

Pero al mirar el rostro de Zoya, al ver la forma en que me toca la mejilla como si de verdad le importara lo que me pase, me doy cuenta de que el juego ha cambiado de formas que no anticipé. Ya no es solo un cebo. Ya no es solo un medio para un fin.

Es mi mujer. Y eso lo cambia todo.

17

ZOYA

El edificio de apartamentos se alza sobre nosotros mientras el coche se detiene junto al bordillo; todo de hormigón y cristal que se recorta contra el cielo de Moscú. Todavía llevo el vestido de la ceremonia, una seda color crema que siento extraña sobre mi piel, demasiado limpia para aquello en lo que me he convertido. Me tiemblan las manos mientras aliso la tela, recordando los votos que he pronunciado hace solo unas horas. Palabras que me han atado a un hombre sentado a centímetros de mí.

Maksim me abre la puerta sin esperar al chófer. Sus ojos no se encuentran con los míos cuando me ofrece la mano. Incluso él sabe lo que soy ahora: una propiedad, una transacción completada. Camino por la acera con piernas temblorosas, con el vestíbulo de mármol que reluce bajo las duras luces fluorescentes. El trayecto en ascensor hasta su planta transcurre en silencio, los dos mirando los números que van subiendo.

Dentro, el apartamento está más silencioso que una tumba. Maksim se dirige directamente al ventanal del salón mientras yo me quedo junto a la puerta, sin saber cuál es mi lugar aquí. Él todavía lleva el traje de la ceremonia, pero se ha quitado la corbata y tiene la camisa desabrochada en el cuello. Dos copas de champán esperan

en la mesa junto a él, con burbujas ascendiendo en el líquido ambarino. Se vuelve al darse cuenta de que no me he movido.

—Bueno —dice, y su voz transmite algo que no consigo identificar. Alivio, quizá. O resignación—. Estamos casados.

—Sí —digo, aunque la palabra me resulta extraña en la boca—. Lo estamos.

Se acerca a mí en tres zancadas, con movimientos fluidos y controlados. Cuando llega a mi altura, no habla. Me ahueca el rostro entre las manos, con los pulgares rozándome los pómulos, y se inclina. Sus labios encuentran los míos antes de que ninguno de los dos haya dicho una palabra más.

El beso es diferente al del altar: más profundo, más hambriento. Su boca se mueve contra la mía con una urgencia que hace que me fallen las rodillas. Saboreo el champán en su lengua y algo más oscuro por debajo. Cuando se aparta, vuelvo a fijarme en el corte que tiene en el labio inferior.

—Estás sangrando —digo, y alzo la mano para tocarle la herida. Me sujeta la muñeca antes de que pueda hacer contacto.

—No es nada.

—No es «nada». ¿Qué ha pasado?

Se le tensa la mandíbula. —Tu hermano me ha hecho una visita después de la ceremonia.

Siento un vuelco en el estómago. —¿Damir ha estado allí?

—Estaba esperando en el aparcamiento cuando salí. Dejó muy claros sus sentimientos sobre el matrimonio. —Maksim me suelta la muñeca y se gira hacia las copas de champán—. Luego se fue.

—¿Te ha pegado?

—Entre otras cosas. —Me tiende una de las copas, pero no bebo. Le observo el rostro, buscando algo más, ansiosa por saber si Damir está vivo y bien. Así que el plan de Maksim para atraer a Damir ha funcionado, pero eso no significa que hayan conseguido hacerle daño.

—¿Qué te ha dicho?

—Que debería alejarme de su hermana. Que te mereces algo mejor que esto. —Sus ojos se encuentran con los míos por encima del borde de su copa—. Que te mereces algo más grande.

Las palabras escuecen, pero me siento honrada de que Damir haya dado la cara por mí. —¿Y qué le has dicho tú?

—Que a lo mejor tiene razón. —Deja su copa y se acerca más—. A lo mejor sí que te mereces algo más grande. A lo mejor siempre te lo has merecido.

Quiero apartarme de él, quiero poner distancia entre nosotros y esta conversación. Pero mis pies no se mueven. —No lo hagas.

—¿No haga el qué?

—No intentes convertir esto en algo que no es. No finjas que se trata de lo que me merezco.

Su mano encuentra la parte de atrás de mi cuello, y sus dedos se enredan en mi pelo. —¿Y si lo es? ¿Y si quiero que lo sea?

Debería retroceder. Ahora es cuando debería recordarle que Damir es mi hermano y que lo que le ocurra me afecta. Debería suplicar por su vida… Pero cuando Maksim me mira de esta manera, con esos fríos ojos color avellana que se han vuelto cálidos, me olvido de todas las razones por las que esto está mal.

—Maksim… —empiezo, pero me silencia con otro beso.

Esta vez no me resisto. Dejo que me atraiga más cerca, que sus manos recorran mi espalda y se posen en mi cintura. La copa de champán se me escurre de los dedos y se hace añicos en el suelo de madera, pero ninguno de los dos se detiene a mirar.

—Necesito saberlo —susurro contra su boca—. Lo de Damir. Por qué ha venido en realidad.

Se aparta lo justo para estudiarme el rostro. —¿Por qué crees que ha venido?

—Porque es mi hermano. Porque es mi familia. —Presiono las palmas de mis manos contra su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo ellas—. Y si él es familia para mí, entonces quizá… quizá le muestres piedad porque ahora soy tu mujer.

Su expresión cambia, se vuelve indescifrable de nuevo. —¿Es eso lo que quieres? ¿Piedad para tu hermano?

—Quiero la verdad.

—La verdad es complicada.

—Pues simplifícala.

Me mira fijamente durante un largo momento, y puedo ver cómo sopesa sus opciones. Finalmente, habla. —Tu hermano está metido hasta el fondo con gente que no perdona los errores. El lote que mató a Alexei… no fue al azar. Alguien lo quería muerto, y usaron el material de Damir para hacerlo.

—¿Crees que Damir lo sabía?

—Creo que Damir ha estado jugando a un juego que ninguno de nosotros entendía. —Sus manos se aprietan en mi cintura—. Y ahora huye despavorido.

Damir, mi hermano, el que me crio, el que me enseñó a sobrevivir en este mundo… ¿de verdad sería capaz de asesinar? ¿Podría haber hecho la vista gorda mientras alguien usaba sus drogas para matar?

—No me lo creo —digo, pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, sé que suenan huecas.

—Creerlo no cambia los hechos.

—Y los hechos no cambian la familia.

Me estudia otro instante y luego asiente lentamente. —No. No la cambian.

Esa concesión se siente frágil entre nosotros, una pequeña grieta en el muro que mantiene a su alrededor. Quiero presionar más, quiero hacer más preguntas, pero algo en sus ojos me detiene. En lugar de eso, alzo la mano y vuelvo a tocarle el labio partido, y esta vez no se aparta.

—¿Te duele?

—No.

—Mentiroso.

Las comisuras de sus labios se curvan ligeramente. —¿Vas a curármelo con un beso?

La pregunta es una burla, pero su voz tiene un matiz de algo más profundo. Un calor se extiende por mi pecho y se instala en la parte baja de mi vientre. —Quizá.

Me empuja hacia atrás contra la pared, con las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza. El yeso está frío contra mis hombros a través de la fina seda de mi vestido. Su boca encuentra la mía de

nuevo, y esta vez no hay vacilación. Saboreo la sangre de su labio partido, metálica y aguda, pero no me aparto.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, y luego más abajo, recogiendo la tela de mi vestido. La seda susurra contra mi piel mientras la levanta, sus nudillos rozando mis muslos, y cuando sus dedos trazan el borde de mi ropa interior, todo pensamiento racional desaparece.

—Zoya —resopla contra mi cuello, y mi nombre suena diferente en su boca. No las consonantes duras a las que estoy acostumbrada, sino algo más suave. Algo que me oprime el pecho.

Busco los botones de su camisa, con los dedos torpes por la necesidad. Me ayuda, quitándose la tela por la cabeza y arrojándola a un lado. Su pecho es esbelto y definido, los tatuajes de sus brazos se extienden por sus hombros en intrincados dibujos. Trazo uno con la yema del dedo —una calavera envuelta en espinas— y lo siento estremecerse bajo mi contacto.

Da un paso atrás y pasa la palma de la mano por la parte delantera de mi vestido, con los ojos fijos en donde la seda se adhiere a mi piel. —Quítatelo.

Cojo los tirantes y los deslizo por mis hombros, dejando que la tela caiga al suelo en un suave charco a mis pies. El encaje de debajo parece demasiado delicado, demasiado nupcial. Me mira como si ya lo estuviera arrancando en su mente.

—Date la vuelta.

Me muevo bajo el peso de su voz y giro lentamente, dejando que me vea desde todos los ángulos. Su mano se posa en la base de mi columna, firme y posesiva, mientras me guía hacia la pared más cercana. Apoyo las palmas contra ella cuando se detiene detrás de mí.

Su mano se desliza sobre la curva de mi culo y luego más abajo. Me baja el encaje con lenta precisión, desnudándome por completo antes de colocarse entre mis piernas. La áspera presión de sus pantalones contra la parte trasera de mis muslos me hace temblar.

Sus manos se extienden firmemente sobre mis caderas, y siento la dura presión de su polla a través de sus pantalones, gruesa contra mi culo mientras se inclina. Su boca me roza la oreja.

—Quédate así.

El sonido de su cremallera abriéndose envía una descarga de calor directa a mi centro. Oigo el susurro de la tela, el bajo siseo de su aliento mientras se la saca. Una mano se desliza entre mis piernas, los dedos recorriendo mis pliegues húmedos. No me provoca. Solo gruñe en voz baja y se retira para alinearse.

Entonces se clava en mí con una sola embestida brutal.

Mis palmas golpean la pared. Mi cuerpo se sacude hacia delante, estirado de par en par alrededor de su gruesa longitud. Me llena por completo, con las caderas pegadas a las mías, y grito, mitad de sorpresa, mitad de placer.

—Joder —gruñe—. ¿Sientes eso? Este coño estaba hecho para mí.

Se retira lentamente y vuelve a embestir, y esta vez mi cuerpo lo acoge más profundamente. El ritmo que marca es despiadado, sus manos me agarran la cintura con la fuerza suficiente para dejarme moratones mientras me machaca por detrás. Cada embestida arranca un sonido de mi garganta, cada roce de su polla me deja sin aliento. Me apoyo en la pared, con las piernas temblando, gimiendo su nombre.

Su ritmo se vuelve castigador, profundo… implacable. Cada estocada golpea mis partes más blandas, arrastrando un calor por mi columna hasta que todo mi cuerpo vibra con él. Mis pechos rozan la pared con cada embestida. El yeso áspero araña ligeramente mi piel, anclándome a la abrumadora sensación de ser usada y poseída.

—Escúchate —gruñe detrás de mí—. Te encanta esto.

No puedo hablar. Apenas puedo pensar. Todo lo que puedo hacer es recibirlo: su polla clavándose en mí una y otra vez, su aliento caliente en mi cuello, sus dedos hundiéndose en mis caderas como si intentara dejar su marca en mí para siempre.

Su mano se desliza de nuevo entre mis muslos. Encuentra mi clítoris y lo frota en círculos apretados y sucios mientras sigue jodiéndome por detrás. La tensión que se ha estado acumulando en la parte baja de mi vientre se tensa al máximo. Jadeo contra la pared, con los ojos cerrándose mientras la presión aumenta, insoportable y perfecta.

—Quiero sentirte correr —brama—. Ahora mismo. Ponme la polla perdida.

Mi orgasmo me desgarra. Mis piernas se doblan. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, cada terminación nerviosa encendida en llamas. Grito su nombre, con las uñas arañando la pared en busca de algo —cualquier cosa— a lo que agarrarme. Él no para. Me embiste a través de cada oleada, con las caderas golpeando mi culo, hasta que se derrama dentro de mí con un gemido salvaje.

Sigue moviéndose, más lento ahora pero igual de profundo, restregándose contra mí mientras su polla palpita en mi interior. Mi cuerpo se sacude con cada réplica, sobreestimulado y en carne viva, pero no le digo que pare. No quiero que lo haga. Su mano se cierra en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás hasta que mi mejilla roza la pared. Me lame el sudor del cuello, respirando agitadamente, todavía enterrado en mí.

—Jodida cochina —murmura, mordiéndome el hombro—. Lo necesitabas, ¿verdad?

Asiento, demasiado destrozada para hablar. Su otra mano se desliza hacia abajo y me abre más, manteniéndome abierta para él mientras se retira lentamente. Su semen se derrama con el movimiento, goteando por mis muslos. Lo observa.

—Quédate así —dice en voz baja—. No he terminado de mirarte.

Maksim me da la vuelta, usa mis dedos para limpiar el sexo de mi muslo y luego me los mete en la boca, donde le chupo sus restos. Cuando termino, me guía a través del salón, pasando por la cocina abierta, y por un pasillo oscuro hasta su dormitorio.

Me tira sobre la cama y se quita la ropa, acurrucándose a mi alrededor sin decir nada. Su respiración se acompasa primero, y en cuestión de minutos, está dormido. Escucho el ritmo constante de los latidos de su corazón, sintiendo el subir y bajar de sus costillas bajo mi mejilla. Al dormir, su rostro pierde sus facciones duras. Parece más joven, casi vulnerable.

Espero hasta estar segura de que no se despertará, y entonces me libro con cuidado de sus brazos. El apartamento está oscuro y silencioso mientras camino descalza por el pasillo, vestida solo con una de sus camisas. El salón sigue iluminado por las luces de la

ciudad que se cuelan por las ventanas, con mi vestido de novia todavía amontonado en el suelo.

Paso con cuidado por encima del material arrugado y me dirijo a su escritorio en la esquina. La superficie está ordenada, organizada: unos cuantos papeles apilados en montones precisos, un ordenador portátil cerrado y cargando. Abro el primer cajón y encuentro bolígrafos, clips, el material de oficina de siempre. El segundo cajón está cerrado con llave.

A continuación, pruebo con el portátil, pero está protegido con contraseña. Su teléfono está al lado, con la pantalla oscura. Lo cojo, y el corazón me martillea. La pantalla se ilumina al deslizar el dedo, pero también está bloqueada. Pruebo su fecha de nacimiento, luego la mía, luego combinaciones al azar. Nada funciona.

El archivador junto al escritorio es mi siguiente objetivo. El cajón superior se desliza con facilidad, revelando carpetas etiquetadas con nombres que no reconozco. Las hojeo rápidamente, buscando cualquier cosa relacionada con Damir o las drogas. La mayoría son documentos de negocios, contratos, registros financieros.

El cajón de abajo se atasca al principio, pero luego cede con un suave clic. Dentro, encuentro una carpeta marcada «Mirov, D.» con la fecha de hoy. Me tiemblan las manos al abrirla.

El primer documento es una fotografía: Damir saliendo de un edificio de apartamentos que no reconozco. El segundo es un informe de vigilancia que detalla sus movimientos durante el último mes. El tercero hace que se me hiele la sangre.

Es una orden. Tres líneas de texto en ruso, selladas con un timbre oficial. Tengo que leerla dos veces antes de que las palabras calen en mí.

«Damir Mirov. Terminación autorizada. Ejecución inmediata tras su localización».

Mi hermano va a morir. Y Maksim —mi marido— es quien va a matarlo.

El siguiente documento es peor. Un informe de toxicología sellado por el Ministerio confirma la composición del lote de droga que mató a Alexei. Ketamina con fentanilo, en una dosis muy superior al umbral letal. Paso la página, esperando más datos de laboratorio,

pero en su lugar encuentro una serie de imágenes de vigilancia impresas.

La primera imagen muestra a Damir en un garaje vacío, agachado junto a una caja negra marcada con el escudo de los Karpin. Lleva guantes de nitrilo. Tiene la cabeza gacha, pero no hay duda de los tatuajes ni de la camiseta de tirantes blanca pegada a su espalda. La siguiente foto se acerca más: sus manos están clasificando viales, uno de ellos etiquetado como *Z-083R*. A su lado hay una bolsa sellada, con una marca de rotulador rojo en el frente: *CORTE DE PRUEBA - Petrov*. *Usar con precaución*.

Luego una transcripción. Una extracción de un teléfono. El número pertenece al de prepago de Damir, confirmado por el número de serie de la tarjeta SIM.

DM: 01:52: El equipo de Vetrov no lo rastreará. Rolan pensará que han sido ellos.

DESCONOCIDO: 01:53: ¿Y el primo?

DM: 01:55: Es un extra. Ellos cargan con la culpa. Nosotros nos quedamos con el territorio.

Debajo hay una lista: fechas de envío, pesos, zonas objetivo. Todo catalogado con la pulcra caligrafía de otra persona. Pero esta parte —el plan, la firma— es de Damir.

Los papeles se me escurren de los dedos y se esparcen por el suelo. Caigo de rodillas, con la vista nublada. Damir no solo ha cometido un error. Ha matado a alguien. Ha matado al primo de Maksim.

No sé cuánto tiempo me quedo arrodillada, mirando las pruebas de los crímenes de mi hermano. Cuando finalmente me muevo, es para recoger los papeles con manos temblorosas y volver a meterlos en la carpeta. Cierro el cajón, pero el sonido retumba con demasiada fuerza en el silencioso apartamento.

—¿Zoya?

Me quedo helada. La voz de Maksim llega desde el dormitorio, ronca por el sueño.

—Estoy aquí —respondo, con la voz apenas un susurro.

Sus pies descalzos se mueven por el suelo de madera, y me alejo rápidamente del archivador. Cuando aparece en el umbral, estoy de

pie junto a mi arrugado vestido de novia, con los brazos rodeándome.

—¿Qué haces aquí fuera?

—No podía dormir. Quería un poco de agua. —La mentira sale con facilidad, pero la voz me tiembla.

Observa la escena: yo con su camisa, la zona del escritorio detrás de mí. Entrecierra ligeramente los ojos, pero no hace más preguntas. En lugar de eso, se acerca y me estrecha contra su pecho.

—Estás temblando —dice.

—Tengo frío.

Me abraza más fuerte, y yo me dejo. Porque en este momento, después de que lo que he descubierto me haya aplastado, necesito algo a lo que aferrarme. Aunque sea el hombre que va a matar a mi hermano.

—Vuelve a la cama —murmura contra mi pelo.

Asiento contra su pecho, sin fiarme de mi propia voz. Me guía fuera del salón y de vuelta por el pasillo, con su mano cálida y firme en la parte baja de mi espalda.

En su dormitorio, me vuelve a meter bajo las sábanas y me rodea con sus brazos. Me tumbo rígidamente contra él, con la mente acelerada. La orden tenía fecha de hoy. ¿Cuánto tiempo tengo antes de que encuentren a Damir? ¿Cuánto tiempo antes de que mi hermano esté muerto?

—Duerme —susurra Maksim, con los labios contra mi sien.

Pero sé que no podré dormir. No ahora. Nunca más.

Porque ahora sé la verdad. Y la verdad es que me he casado con el hombre que va a destruir todo lo que me queda. Excepto que, quizá, mi hermano se lo merece. Quizá Damir de verdad asesinó a ese hombre y, si es así, ¿cómo puedo decirle a Maksim que no se tome el ojo por ojo?

18

MAKSIM

Me despierto a las cinco y media, como siempre. El apartamento está a oscuras a mi alrededor; Moscú todavía duerme tras las ventanas. Zoya yace acurrucada contra mi pecho, con su pelo oscuro desparramado por la almohada. Dormida, parece más joven. Con la guardia más baja. Las duras líneas alrededor de sus ojos se han suavizado y tiene la boca entreabierta.

La observo respirar un instante antes de salir de la cama. No se mueve. Bien. Necesita descansar, y yo necesito pensar.

La ducha echa agua fría, como a mí me gusta. El agua me espabila de golpe, me despeja la cabeza. La noche de ayer fue… complicada. La forma en que me miró cuando mencioné a Damir, las preguntas que hizo sobre la piedad… No va a dejarlo pasar. Va a seguir insistiendo, seguir escarbando, hasta que descubra cosas que la destruirán.

Me visto con unos vaqueros oscuros y un jersey negro y compruebo el móvil. Tres llamadas perdidas de Rolan, todas de la última hora. Aprieto la mandíbula. Quiere su informe.

El trayecto hasta la finca de los Vetrov dura cuarenta minutos con el tráfico de la mañana. Los guardias de la puerta me saludan con un gesto de cabeza al pasar y aparco el coche frente a la puerta principal. Dentro, la casa ya es un hervidero de actividad. Los

hombres de Rolan se mueven por la casa y, a esta hora, eso significa que algo está pasando. Aunque ese «algo» sea simplemente mi hermano impacientándose con ellos. Quiere sangre.

Encuentro a mi hermano en su despacho, de pie detrás de su escritorio con las manos apoyadas en la superficie. Hay mapas que cubren la madera, marcados con alfileres rojos y líneas negras. Levanta la vista cuando entro con una expresión sombría.

—Llegas tarde —dice.

—Era mi noche de bodas, Rolan. Me he acostado tarde.

—Siéntate. —Señala la silla frente a su escritorio. Me quedo de pie—. Cuéntame lo de ayer.

—Damir apareció después de la ceremonia. Estaba esperando en el aparcamiento. —Me dejo caer en una de las sillas junto a su escritorio y me froto la cara con una mano.

—¿Y?

—Dejó claros sus sentimientos. Sobre el matrimonio, sobre que me mantuviera alejado de su hermana. —Le cuento lo que pasó en realidad, cómo Damir casi me pilla desprevenido. No es que me estuviera ablandando, pero volver junto a mi nueva esposa empapado en la sangre de su hermano no me pareció lo más oportuno en ese momento. Pensé que mis hombres lo estaban persiguiendo y que me uniría a la caza. No tenía ni idea de que estaría en el garaje.

Rolan entorna los ojos.

—¿Lo mataste?

—No.

—¿Por qué no?

Podría decirle la verdad: que Damir me pilló con la guardia baja, que el enfrentamiento fue demasiado rápido, que había demasiados testigos. Pero son excusas, y Rolan no acepta excusas.

—No era el momento adecuado —digo en su lugar.

—¿El momento adecuado? —Su voz se eleva—. Alexei está muerto, Maksim. Nuestro primo está bajo tierra por culpa de ese cabrón, ¿y a ti te preocupa el momento?

—Me preocupa la exposición. Matarlo en un aparcamiento público después de mi boda habría atraído una atención no deseada.

—También la atraería dejarlo escapar.

Me cruzo de brazos y le sostengo la mirada.

—Es solo cuestión de tiempo. Vi cómo me miraba, Rolan. Se está desmoronando. Cometiendo errores. Cuando vuelva a aparecer, estaré listo.

—Cuando vuelva a aparecer, podría tener refuerzos. El clan Karpin no va a dejar que uno de sus activos desaparezca sin luchar. —Se aparta el pelo de la frente y se sienta en su silla.

—Entonces nos aseguraremos de que aparezca solo.

Rolan se recuesta, estudiándome.

—¿Cómo?

—Filtraremos las fotos de la boda a contactos conocidos por pasar información al clan Karpin. Que sepan que Zoya ahora es de la familia. Eso atraerá a los aliados de Damir, los obligará a mover ficha.

—¿Y si van a por ella? —pregunta, y la idea de que alguien le ponga una mano encima a Zoya me oprime el pecho, hace que mis manos se cierren en puños—. Porque Grisha dice que estás demasiado implicado en esto.

—No se acercarán lo suficiente. —Mis manos se cierran en puños. Grisha tiene que aprender cuál es su lugar.

—Suenas muy seguro.

—Lo estoy.

Rolan asiente lentamente.

—Hazlo. Saca las fotos antes del mediodía. Quiero que esto se acabe, Maksim. No más retrasos. —Asiento y me doy la vuelta para irme, pero su voz me detiene en la puerta—. Y Maksim, no dejes que los sentimientos personales compliquen esto. La chica es útil, pero no vale la pena perder de vista la misión por ella.

No respondo; no puedo responder. Porque la verdad es que ya no estoy seguro de dónde acaba la misión y dónde empiezan mis sentimientos.

El gimnasio está en el sótano de la finca, una sala de hormigón llena de pesas y sacos de boxeo. Me pongo ropa de entrenamiento y empiezo con las pesas, levantando hierros hasta que me arden los

músculos. No es suficiente. La ira sigue ahí, enroscada con fuerza en mi pecho.

Grisha me encuentra veinte minutos después, ya sudando por su propio entrenamiento. Se pone un par de guantes de boxeo y da saltitos sobre las puntas de los pies cerca del saco.

—Tienes una cara de mierda —dice a modo de saludo.

—Gracias por la observación.

—¿Noche movidita con la nueva esposa?

Dejo caer la barra con más fuerza de la necesaria.

—Mide tus palabras.

—Qué susceptible. —Sonríe, pero hay preocupación en sus ojos —. Venga. Ponte los guantes. Necesitas golpear algo.

Me pongo los guantes, sintiendo su peso familiar en mis manos. Llevamos años entrenando juntos, nos conocemos los movimientos de memoria. Normalmente, es algo controlado, técnico. Hoy, salgo a por todas.

Lo alcanzo con un gancho de derecha en las costillas que le hace gruñir. Retrocede, con las manos en alto a la defensiva.

—Tranquilo, fiera.

No aflojo. Avanzo, lanzando combinaciones con verdadera mala leche. Bloquea la mayoría, pero puedo ver la sorpresa en sus ojos. Esto ya no es un entrenamiento.

—¿Qué coño te pasa, Maksim?

Respondo con un cruzado de izquierda que apenas desvía. Ahora se ve obligado a responder, a lanzar sus propios puñetazos. Giramos uno alrededor del otro, intercambiando golpes. Los nudillos me escuecen dentro de los guantes, pero no paro. No puedo parar. Toda la frustración, toda la confusión de los últimos días se vierte a través de mis puños.

Me extiendo demasiado en un gancho y Grisha aprovecha. Se desliza dentro de mi guardia y me derriba, usando mi propio impulso en mi contra. Caemos a la lona con fuerza y me inmoviliza allí, con su antebrazo sobre mi garganta.

—¿Qué cojones te pasa? —exige, jadeando.

Lucho contra su agarre, pero me tiene bien sujeto.

—Quítate de encima.

—No hasta que me digas qué te está carcomiendo por dentro.

—No me carcome nada.

—Una mierda. Has estado diferente desde la boda. Joder, has estado diferente desde que empezaste a pasar tiempo con ella.

El calor estalla en mi pecho.

—No sigas.

—¿No siga qué? ¿Señalando lo obvio? Te tiene hecho un lío, hermano. Y eso es peligroso. —Su peso es aplastante, pero sé que puedo con él.

Me revuelvo contra su agarre y consigo quitármelo de encima. Ambos nos ponemos en pie de un salto, con los guantes en alto.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé que nunca antes has dudado en apretar el gatillo. Sé que nunca te han importado los daños colaterales. Y sé que, desde luego, nunca has dejado que las emociones te nublen el juicio.

—Ella no me está nublando nada.

—Entonces, ¿por qué Damir Mirov sigue respirando? —La guardia de Grisha está baja y mi rabia, por las nubes.

Cargo contra él, lanzando ganchos salvajes. Esquiva la mayoría, pero lo alcanzo con un *uppercut* que le echa la cabeza hacia atrás. Se tambalea, con un hilo de sangre goteando de su nariz.

—Vete a la mierda, Grisha.

Se limpia la sangre con el dorso del guante; su expresión ahora es seria.

—Escúchame, Maksim. Te conozco desde que éramos niños. Te he visto matar hombres sin pestañear, te he visto torturar para sacar información a gente que se cruzó con la familia. Eres frío como el hielo cuando tienes que serlo. Pero esta chica… te ha cambiado.

—No ha cambiado nada.

—Pues demuéstralo. Haz tu trabajo. Mata al hombre que mató a nuestro primo. Deja de permitir que su cara bonita se interponga en el camino de la justicia.

Me quito los guantes y los lanzo contra la pared. Golpean con un ruido sordo y caen al suelo.

—He dicho que te vayas a la mierda.

—Ten cuidado… —Su voz es tranquila ahora, casi amable—. Si se te ha metido en la cabeza, si te está ablandando, no solo te estás poniendo en peligro a ti mismo. Nos estás poniendo en peligro a todos. A la familia, al negocio, a todo lo que hemos construido.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta, dejándome solo con los sacos de boxeo y los olores a sudor y cuero. Lo veo marcharse, con las manos temblando de adrenalina y algo peligrosamente cercano al miedo.

Porque tiene razón. Zoya se me ha metido en la cabeza y no puedo sacármela.

Pienso en ella durmiendo en mi cama esta mañana, en lo tranquila que parecía. Pienso en sus preguntas de anoche, en cómo insistió para obtener información sobre Damir. Pienso en la forma en que me besó, en cómo la sentí en mis brazos, en cómo me hizo olvidar todo lo demás.

Pienso en la orden que hay en mi archivador, la que dice que su hermano tiene que morir. La que se supone que debo ejecutar.

Y pienso en cómo la idea de que me odie por ello me deja un vacío en el pecho.

Camino hacia el saco de boxeo y clavo mi puño desnudo en él. La lona me abre los nudillos, pero no me detengo. Lo golpeo una y otra vez hasta que mis manos están ensangrentadas y en carne viva. Hasta que el dolor físico ahoga todo lo demás.

Pero incluso entonces, no puedo dejar de pensar en ella. En cómo confió en mí lo suficiente como para dormirse en mis brazos. En cómo me miró cuando pidió piedad para su hermano.

En cómo quise dársela.

Grisha tiene razón. Se me ha metido en la cabeza y no puedo sacármela. Y eso va a hacer que nos maten a todos.

Saco el móvil y busco en mis contactos hasta que encuentro el número que necesito. El del fotógrafo que cubrió la boda ayer. Responde al segundo tono.

—Necesito que filtre unas fotos —digo cuando descuelga—. Envíeselas a Rurik Karpin. Dígale que son de un amigo.

—¿Qué fotos?

—Las mías con mi esposa. Todas.

—Entendido. Considérese hecho —murmura, y lo entiende sin que tenga que darle un sermón de pacotilla. Esto es la guerra y está tendiendo una trampa. Los Karpin ahora conocerán la posición de Damir con respecto a mí, y eso los incitará a actuar. Le harán la vida imposible a Damir a menos que tome represalias, y marcharán a la batalla junto a él.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono un largo rato. Esta noche, la cara de Zoya estará circulando por la red de los Karpin. Mañana, él volverá a por ella. La idea debería satisfacerme. Esto es lo que queríamos: atraerlo, hacer que se descuidara. Pero solo puedo pensar en Zoya en peligro, Zoya en el punto de mira de hombres que la matarían sin dudarlo.

Golpeo el saco de nuevo, más fuerte esta vez. El dolor me recorre el brazo, pero no es suficiente. Nada es suficiente para acallar la voz en mi cabeza que me dice que estoy cometiendo un error.

Que estoy a punto de destruir lo único bueno que he tenido en mi vida.

Pero ya es demasiado tarde. La maquinaria ya está en marcha. Y solo puedo esperar que, cuando esto acabe, todavía quede algo de la mujer con la que me casé.

Algo que quede de mí.

19

ZOYA

La puerta de la farmacia tintinea mientras piso la acera. El aire de la tarde huele a gases de escape y los nubarrones se están acumulando en el cielo. Me ciño más el abrigo y me dirijo a la calle principal, donde la parada del autobús se encuentra bajo una farola que parpadea.

Maksim volverá pronto de su reunión y, después de tres semanas de casada, sé que debería ir directa a casa, pero hoy su piso se me antoja demasiado pequeño, demasiado lleno de preguntas que no puedo hacer y de respuestas que no estoy segura de querer oír. La ciudad se mueve a mi alrededor en su caos habitual: los peatones que pasan a toda prisa, los coches que tocan el claxon en el cruce, el sonido lejano de unas obras que resuena entre los edificios.

Miro el reloj: las cuatro y media. Tiempo suficiente para volver a casa por el camino largo, quizá parando en la librería de la calle Tverskaya. Maksim no aprueba que vaya sola por la ciudad, pero no está aquí para impedírmelo.

La furgoneta aparece junto al bordillo cuando doblo la esquina hacia Sokolnicheskaya. Dos hombres se bajan: uno alto con una cicatriz que le cruza la mandíbula, el otro corpulento y con unas manos que han visto la violencia. Se mueven hacia mí con determinación y al instante sé que no es una casualidad.

—Zoya Mirova —dice el hombre de la cicatriz mi nombre con asco en el tono—. No me llaman Vetrova, así que sé que esto tiene que ver con Damir.

Doy un paso atrás, pero el corpulento ya está detrás de mí. Su mano se cierra sobre mi brazo y, cuando intento zafarme, su agarre se vuelve de hierro. Los pocos peatones que hay en la calle siguen caminando, desviando la mirada. En esta ciudad, nadie quiere ver problemas.

—No grite —me susurra al oído—. Esto no tiene por qué doler.

La puerta de la furgoneta se abre corredera. El interior es oscuro, vacío, salvo por un banco atornillado al suelo. Me revuelvo contra el agarre del hombre, pero me levanta del suelo y me mete dentro. Mis rodillas golpean el suelo de metal y la puerta se cierra de golpe antes de que pueda volver a arrastrarme hacia ella.

El motor arranca de inmediato. El hombre de la cicatriz se sienta frente a mí sin apartar los ojos de mi cara. La furgoneta se mueve por la ciudad, girando a izquierda y derecha hasta que pierdo por completo el sentido de la orientación. A través de las ventanillas tintadas, vislumbro edificios familiares que se van convirtiendo en otros desconocidos.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunto.

No responde. Saca el móvil y teclea un mensaje con los pulgares moviéndose rápidamente por la pantalla. Cuando termina, lo guarda y se recuesta contra la pared de la furgoneta. El corpulento conduce en silencio, mirándome de vez en cuando por el retrovisor.

Intento memorizar la ruta, contando los giros y calculando el tiempo, pero después de veinte minutos, todo se convierte en una maraña de hormigón y tráfico. La furgoneta apesta a tabaco y el banco está demasiado firmemente atornillado al suelo como para usarlo como arma.

—¿Adónde me llevan? —pregunto.

Ninguno de los dos responde. El de la cicatriz vuelve a mirar el móvil y luego lo guarda. Lleva la chaqueta lo suficientemente abierta como para que pueda ver la pistola enfundada a su costado. El corpulento tamborilea con los dedos en el volante, siguiendo una ruta que claramente conoce de memoria.

El trayecto dura cuarenta minutos. Cuando por fin paramos, oigo el sonido de unas puertas metálicas al abrirse; un muelle de carga, por el eco. Me conducen por un laberinto de pasillos de hormigón hasta un viejo almacén. El edificio está muy descuidado y por las ventanas rotas entran rayos oblicuos del sol de última hora de la tarde.

Hay maquinaria industrial cubierta de polvo y telarañas. Hay palés apilados contra las paredes y el suelo está manchado de aceite y otras sustancias que no quiero identificar. Nuestros pasos resuenan en el espacio cavernoso mientras me guían hacia la esquina del fondo.

La habitación en la que me encierran es pequeña y no tiene ventanas. Paredes de hormigón, suelo de hormigón, una única silla de metal. Arriba, en una esquina, hay una cámara, con su luz roja parpadeando sin cesar. La puerta es de acero pesado y no tiene manilla por dentro.

—Desnúdese —dice el hombre de la cicatriz.

Lo miro fijamente. —No.

—No se lo estamos pidiendo —el corpulento da un paso al frente.

Me tiemblan las manos mientras me quito la ropa. Se lo llevan todo: mi móvil, mis llaves, la pequeña navaja que guardo en el bolso, incluso mis pendientes. Me dan para vestir un fino vestido gris, algo que parece un uniforme de hospital, pero más barato. La tela es áspera contra mi piel y no deja nada a la imaginación mientras me abrazo el vientre, gimiendo.

Pasan las horas sin comida ni agua. La cámara me observa mientras camino por la habitación, pruebo la puerta cerrada y paso las manos por las paredes en busca de algún punto débil, pero no lo hay. El hormigón es macizo, sin más marcas que las viejas manchas de humedad cerca del suelo. El techo es demasiado alto para alcanzarlo y la única bombilla está protegida por una jaula metálica.

Me siento en la silla y pienso en Maksim. Ya debería haberse dado cuenta de que no estoy. Sus reuniones terminan a las seis y la luz que se filtra por debajo de la puerta hace tiempo que se ha desvanecido en la oscuridad. Pero ¿vendrá a por mí?

La pregunta se me instala en el pecho, intentando asfixiarme. Llevo tres semanas casada con él y todavía no entiendo qué es lo que quiere de mí. Se suponía que el matrimonio era para hacer salir a Damir, eso lo sé, pero hasta ahora creo que mi hermano sigue a salvo. Aunque le he pedido a Maksim que perdone a Damir, no me ha respondido.

Pienso en las conversaciones que he oído a escondidas, en los nombres mencionados en susurros. El nombre de Karpin aparece a menudo en las llamadas telefónicas de Maksim, siempre seguido de ira en su voz, una frialdad que me hace querer mantenerme al margen.

La facción de Karpin son los enemigos de Maksim, y ahora soy su prisionera.

Me están utilizando como cebo. Me doy cuenta poco a poco; la sospecha se convierte en certeza. Quieren hacer salir a Maksim, obligarle a venir a por mí. Pero ¿por qué se arriesgaría por una mujer con la que se casó como parte de una estrategia?

Porque eso es lo que es, ¿no? Una estrategia para acercarse a Damir a través de mí. Para utilizarme como arma contra mi propio hermano.

Pienso en Alexei Petrov, el nombre que oí en una conversación que no se suponía que debía presenciar. El primo político de Maksim, muerto por una mala partida de drogas que llegó a través de la línea de suministro de Damir. Si eso es cierto, entonces Damir mató a alguien de la familia de Maksim. Y si eso es cierto, entonces todo mi matrimonio es una mentira.

La puerta se abre. El hombre de la cicatriz entra con una botella de agua y un trozo de pan. Los deja en el suelo, cerca de mis pies, y se marcha sin decir palabra. La puerta vuelve a cerrarse con un pesado clic.

Bebo el agua despacio, intentando que dure. El pan está duro. Parece que está a punto de enmohecerse, pero me lo como de todos modos. Siento retortijones de hambre en el estómago y me doy cuenta de que no he comido desde el desayuno. El vestido apenas me abriga y el suelo de hormigón me roba el calor de los pies descalzos.

La cámara parpadea y me pregunto si alguien está viendo la grabación, si pueden verme sentada aquí, tratando de decidir si a mi marido le importa si vivo o muero.

Me levanto y voy a la esquina más alejada de la habitación, lo más lejos posible de la cámara. La pared de hormigón está fría contra mi espalda mientras me deslizo hasta sentarme en el suelo. Desde aquí, puedo ver el ángulo de la cámara, la forma en que sigue mis movimientos.

Están esperando a que me derrumbe.

Pasan las horas y la luz de debajo de la puerta desaparece por completo, dejando solo la dura bombilla del techo y la cámara parpadeante. Intento dormir, pero la silla es incómoda y el suelo de hormigón está demasiado frío. Cada vez que cierro los ojos, pienso en lo que podrían hacerme si Maksim no viene.

O en lo que podrían hacerme si viene.

Vuelvo a la silla y me siento. Tengo las piernas entumecidas por el frío y la garganta seca a pesar del agua. El almacén está en silencio, salvo por el sonido ocasional de pasos a lo lejos.

La cámara sigue parpadeando y yo le devuelvo la mirada. En algún lugar, Maksim está tomando una decisión. Venir a por mí y caer en una trampa, o dejarme morir y encontrar otra forma de llegar a Damir.

Si viene, podría ser porque me necesita viva para llegar a mi hermano. Si no viene, podría ser porque ya no le soy útil. De cualquier manera, no estoy segura de lo que significa para mí como persona en lugar de como una herramienta.

Las cosas que he averiguado sobre mi hermano en los últimos meses me han dejado conmocionada. Las drogas, la sobredosis, la muerte de alguien importante para la familia de Maksim. Si Damir realmente causó la muerte de Alexei, entonces quizá se merezca el castigo que le espera.

Pero ¿cómo puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que lo destruyan? Es mi hermano, la única familia que me queda.

¿Y qué significará para mí si Maksim no viene? ¿Estoy destinada a morir en esta habitación, otra víctima de una guerra que nunca he entendido?

La cámara parpadea y aparto la vista de ella. Camino hacia la pared y presiono las palmas de las manos contra el frío hormigón. Pase lo que pase, no les daré a estos hombres la satisfacción de verme derrumbarme. Me doy la vuelta y miro directamente al objetivo de la cámara. Si quieren observarme, verán a alguien que se niega a ser doblegada.

20

MAKSIM

El mensaje de Grisha aparece en mi móvil mientras reviso los informes de vigilancia en mi despacho. Aparece brevemente antes de que la pantalla se apague, y le echo un vistazo lo bastante rápido como para ver su nombre, pero no el tiempo suficiente para asimilarlo. Unos segundos después, mi cerebro procesa las primeras palabras. Deslizo el dedo para desbloquear el móvil y el corazón me da un vuelco.

Grisha: 19:43: Se la han llevado. Una furgoneta negra se la ha llevado delante de la farmacia de Sokolnicheskaya.

Leo el mensaje dos veces antes de asimilar del todo las palabras. Se han llevado a Zoya, y la profesionalidad de la operación me dice todo lo que necesito saber sobre quién está detrás.

Llamo a Grisha de inmediato y responde antes de que termine el primer tono.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Tres horas, puede que cuatro. He encontrado testigos que vieron cómo se la llevaban. Eran dos hombres, un trabajo profesional. Sabían exactamente dónde encontrarla.

El frío que se me instala en el pecho es familiar, la misma sensación que tengo antes de entrar en una situación donde va a morir gente.

—¿Karpin?

—Tiene que ser él. Robaron una furgoneta esta mañana de un aparcamiento en Izmailovo y le cambiaron las matrículas por unas limpias.

Cuelgo y marco el número de Rolan, que responde al segundo tono con su habitual saludo escueto.

—Necesito a todos los hombres disponibles —gruño mientras empiezo a caminar hacia la puerta de mi despacho—. Se han llevado a Zoya.

—¿A cuántos necesitas?

—A todos.

Se produce una pausa al otro lado de la línea, y puedo oír cómo sopesa las consecuencias de retirar a todos los soldados de sus misiones actuales.

—Maksim...

—A todos, Rolan. No es una petición.

No discute porque conoce ese tono en mi voz, y ahora que Zoya no es solo un activo —es mi esposa—, significa que es de la familia. Esto no es diferente de si se hubieran llevado a Renat o a Misha. Tenemos que recuperarla, y él lo sabe.

En veinte minutos, tengo a quince soldados reuniéndose en la finca mientras Grisha llega con su portátil y su equipo de vigilancia. Desplegamos mapas de la ciudad sobre la mesa del comedor y siento cómo la conocida concentración se apodera de mis hombres mientras se preparan para la violencia.

—Empieza con las cámaras de tráfico —le ordeno a Grisha—. Sigue la furgoneta desde la farmacia, quiero saber adónde ha ido.

Sus dedos se mueven por el teclado a la velocidad del rayo, accediendo a las grabaciones de toda la ciudad.

—Entendido. Se dirigieron al este por Sokolnicheskaya, y luego al sur hacia el polígono industrial.

Estudio el mapa mientras él trabaja, observando el cambio de territorio a medida que la ruta se adentra en zonas controladas por los intereses de Karpin. El polígono industrial es perfecto para retener a alguien sin interferencias: naves abandonadas, solares vacíos y una presencia policial mínima.

—Saca las grabaciones de todas las cámaras de esa ruta —le digo—. Quiero saber exactamente adónde se la llevaron.

La siguiente hora transcurre en una preparación concentrada mientras mis hombres revisan las armas y los vehículos, y Grisha rastrea la furgoneta a través de la red de vigilancia de la ciudad. El rastro digital nos lleva por doce grabaciones de cámaras diferentes antes de terminar en un complejo de naves cerca del río, donde la furgoneta entra en el recinto y no vuelve a salir.

—Ahí —Grisha señala su pantalla, mostrándome la última grabación—. La furgoneta entra en el recinto a las 16:20 y no sale.

Me inclino sobre su hombro para estudiar el complejo de naves. El edificio es viejo y está en mal estado, rodeado por una valla de tela metálica que ha visto días mejores. Hay otros dos vehículos en el aparcamiento, ambos registrados a nombre de empresas fantasma que se remontan a los intereses de Karpin a través de un laberinto de papeleo diseñado para ocultar la propiedad.

—¿Cuántos hombres hay dentro? —pregunto.

—No se sabe, pero el edificio tiene varias salidas y buenas líneas de visión. Nos verán venir mucho antes de que lleguemos a la entrada principal.

—Entonces entraremos rápido y con contundencia, antes de que puedan reaccionar.

Cargo dos cargadores y compruebo mi fusil para asegurarme de que está completamente cargado y listo. A mi alrededor, mis hombres hacen lo mismo con la silenciosa profesionalidad de soldados que llevan años trabajando juntos. Son hombres en los que confío mi vida, hombres que saben cómo moverse como una unidad cuando la violencia es necesaria.

—Grisha, encárgate de la entrada sur. Vadim, cubre el norte. Quiero que todas las salidas estén bloqueadas antes de que avancemos hacia el edificio principal.

Llegamos al complejo de naves al atardecer, mientras el sol se pone tras el horizonte industrial. El edificio se recorta oscuro contra el cielo, con las ventanas rotas y tapiadas con tablas de madera. El aparcamiento está vacío, a excepción de los dos vehículos que Grisha identificó en las grabaciones de vigilancia.

Coloco a mis hombres por el perímetro y espero sus señales a través de nuestro sistema de radio. Uno por uno, confirman sus posiciones con informes breves y profesionales. Cuando todos están listos, pulso el botón del micro y doy la orden que han estado esperando.

—Adelante.

Golpeamos la entrada principal con una fuerza abrumadora, y la puerta estalla hacia dentro bajo el impacto de un ariete. Mis hombres entran en el edificio en una oleada coordinada, y los disparos estallan de inmediato mientras los fogonazos iluminan la oscuridad. Las balas rebotan en las paredes de hormigón y en los pilares de soporte mientras yo me arrodillo detrás de una cobertura y devuelvo el fuego.

Dos hombres caen en el primer intercambio de disparos, pero hay más disparando desde las pasarelas que tenemos encima. La nave resuena con el sonido de las armas automáticas, y a través de la radio oigo las voces tranquilas de mis hombres moviéndose por el espacio mientras despejan secciones del edificio.

Avanzo por el laberinto de maquinaria abandonada con el fusil preparado, pasando por encima del cuerpo de un hombre que cometió el error de intentar tenderme una emboscada desde detrás de una pila de palés. Más disparos provienen del lado izquierdo del edificio, pero ahora son esporádicos a medida que eliminamos sistemáticamente la resistencia.

—Edificio asegurado —informa Vadim por radio—. No hay más resistencia.

Me dirijo hacia la esquina trasera donde Grisha había indicado que se había detenido la furgoneta, y encuentro un pasillo que conduce a varias habitaciones más pequeñas con pesadas puertas de acero. Reviso cada una de ellas sistemáticamente, reventando las cerraduras a tiros cuando no se abren al tocarlas.

La tercera puerta está cerrada con llave, y le meto dos balas al mecanismo antes de abrirla de una patada. Zoya está sentada en una silla de metal con la cabeza gacha, ataviada con un fino vestido gris que no reconozco. Tiene los pies descalzos y una cámara parpadea en la esquina con su luz roja todavía grabando.

—Zoya.

Levanta la vista con los ojos desenfocados, que tardan un momento en reconocerme.

—¿Maksim?

—Estoy aquí. —Cruzo la habitación y la levanto de la silla, sorprendido por lo ligera que se siente en mis brazos. Su piel está fría al tacto y la siento temblar contra mi pecho.

—Sabía que vendrías —susurra, y la confianza en su voz hace que se me encoja el pecho.

La llevo hacia la puerta, pero el olor a humo me detiene antes de que lleguemos al pasillo. Volutas grises flotan por el corredor, y oigo el crepitar de las llamas en algún lugar más profundo del edificio.

—¡Grisha!

—Fuego en la nave principal —su voz crepita por la radio—. El edificio está comprometido. Tenemos que salir ya.

Ajusto a Zoya en mis brazos y corro hacia la salida mientras el humo se vuelve más denso a cada paso. Siento el calor de las llamas detrás de nosotros y algo explota en la distancia; probablemente bidones de combustible o equipos eléctricos que se han incendiado.

El pasillo se llena de un humo que me quema los pulmones y me hace llorar los ojos. Tapo la cara de Zoya con mi chaqueta y sigo adelante, sabiendo que la salida está a veinte metros, pero apenas puedo ver a través de la neblina gris.

—Por aquí. —Grisha aparece a mi lado con el fusil colgado a la espalda—. Yo te cubro.

Avanzamos juntos por el edificio en llamas mientras más explosiones resuenan a nuestras espaldas. El edificio se estremece con el impacto y caen escombros del techo a medida que la estructura empieza a ceder. Me agacho y sigo avanzando, concentrado por completo en llegar a la puerta.

El aire fresco me golpea la cara cuando salimos del edificio a toda prisa, y llevo a Zoya a los coches que nos esperan, donde Vadim tiene el motor en marcha. La nave a nuestras espaldas está ahora totalmente envuelta en llamas, que salen disparadas por el techo e iluminan el cielo nocturno.

—Al hospital —le digo a Vadim mientras me meto en el asiento trasero con Zoya todavía en mis brazos.

—No —dice Grisha desde el asiento del copiloto—. Es demasiado peligroso. Lo intentarán de nuevo.

Tiene razón en que el hospital es demasiado público y está demasiado expuesto para alguien a quien la facción de Karpin quiere muerta.

—A la finca. Llama a Valya.

Vadim conduce a toda velocidad por las calles de la ciudad mientras yo sujeto a Zoya en el asiento trasero, controlando su respiración superficial y su pulso débil. No ha abierto los ojos desde que salimos de la nave, y tiene la cara manchada de hollín mientras su cuerpo permanece lánguido contra el mío.

—Quédate conmigo —murmuro, pero no responde.

Llegamos a la finca en veinte minutos, y Valya nos espera en la casa principal con su maletín médico preparado. Lleva quince años tratando las heridas de la Bratva, y sabe guardar silencio sobre lo que ve mientras proporciona el tipo de cuidados por los que en los hospitales hacen demasiadas preguntas.

—Inhalación de humo —le digo mientras llevo a Zoya a la habitación de invitados—. Estaba inconsciente cuando la encontramos.

Valya asiente y comienza su examen cuidadosamente con las manos enguantadas y una expresión severa.

—Fuera todo el mundo. Necesito espacio para trabajar.

Quiero quedarme a vigilar a Zoya, pero sé que es mejor no discutir con Valya cuando está trabajando. Salgo de la habitación y cierro la puerta detrás de mí, y luego empiezo a pasearme por el pasillo con una energía inquieta.

Rolan aparece con un vaso de vodka, pero lo rechazo con un gesto porque no puedo beber ni quedarme quieto mientras la mujer que amo lucha por su vida al otro lado de esa puerta. La conciencia de lo que significa para mí me golpea con una claridad devastadora ahora que podría perderla.

Mis hombres informan uno por uno de las consecuencias de la operación. Ninguna baja de nuestro lado, cinco muertos entre los

soldados de Karpin y la nave completamente destruida. Hemos recuperado el equipo de cámaras y varios teléfonos que podrían contener información útil sobre sus operaciones.

No me importa nada de eso porque solo puedo pensar en Zoya.

Pasa una hora, luego dos, mientras me paseo por el pasillo y escucho los silenciosos sonidos de Valya trabajando a través de la puerta cerrada. El pitido del equipo médico, el crujido de las sábanas, susurros de instrucciones para sí misma mientras vigila el estado de Zoya.

Valya sale de la habitación con una expresión seria, cerrando la puerta con cuidado detrás de ella antes de mirarme.

—Hay una complicación —dice.

Se me cae el alma a los pies y me preparo para la peor noticia posible.

—¿Qué tipo de complicación?

—Está embarazada. De unas cinco semanas, calculo. La inhalación de humo ha estresado su sistema y sus constantes vitales no son estables. Estoy preocupada tanto por ella como por el bebé.

Las palabras me dejan lisiado, siento que me flaquean las piernas. Embarazada de mi hijo, y podría perderlos a los dos por la guerra que he estado librando. La posibilidad me inunda con una claridad devastadora.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé. Las próximas horas son críticas. Sus niveles de oxígeno están mejorando, pero lentamente, y el estrés en su cuerpo por el humo y el secuestro… —Valya niega con la cabeza—. Estoy haciendo todo lo que puedo.

Vuelve a la habitación, dejándome solo en el pasillo con la certeza de que podría perder todo lo que ha llegado a significar mi mundo. Cinco semanas de embarazo significa que ha estado llevando a mi hijo desde antes incluso de que nos casáramos, desde antes de que yo entendiera del todo lo que ella significaba para mí.

Pienso en los hombres que se la llevaron, que la encerraron en esa habitación y la dejaron morir en el fuego que estaba destinado a matarnos a los dos. Karpin ordenó esta operación, la usó como cebo para atraerme y eliminar un problema. Pero fue Damir quien la

convirtió en un objetivo en primer lugar con sus drogas, sus decisiones y su traición a la familia.

Ambos pagarán por esto, pero ahora mismo, todo lo que puedo hacer es esperar y rezar para que las dos personas que se han convertido en mi mundo entero sobrevivan a la noche. Me deslizo por la pared y me siento en el suelo, fuera de su puerta, donde puedo oír los silenciosos sonidos de Valya trabajando y saber que estoy tan cerca de ellos como puedo estar.

La finca está en silencio a mi alrededor; mis hombres mantienen las distancias porque saben que es mejor no molestarme cuando estoy tan al límite. A través de la puerta, me concentro en esos sonidos médicos e intento no pensar en lo que haré si los pierdo a los dos.

No me voy a mover de aquí hasta que sepa que están a salvo, hasta que pueda ver los ojos de Zoya abiertos y saber que va a estar bien. Hasta entonces, esperaré.

21

ZOYA

Me despierto con el ritmo constante de las máquinas y el olor antiséptico de un centro médico. La garganta me duele, cada respiración raspa el tejido dañado por el humo y mis gritos de pánico. El techo sobre mí es blanco e impoluto, sin rastro del caos del que he escapado. Cuando giro la cabeza, veo a Maksim en una silla junto a la cama, con el pelo oscuro alborotado y cubierto de ceniza. El hollín mancha su rostro anguloso y su camisa está rasgada en el hombro. Sus ojos avellana están fijos en nuestras manos entrelazadas, y su pulgar traza pequeños círculos sobre mis nudillos.

La médica termina de revisar mi vía intravenosa y toma notas en una ficha. Es una mujer de mediana edad con el pelo canoso recogido en un moño tirante. —La inhalación de humo ha sido moderada —le dice a Maksim, no a mí—. Sus pulmones ya están limpios, pero tendrá que tomárselo con calma unos días. Nada de ejercicio intenso.

Maksim asiente una vez y aprieta ligeramente mi mano. La médica nos mira a ambos y luego recoge sus cosas. —Volveré a verla en una hora —me dice, dirigiéndose por fin directamente a mí —. Pulse el botón de llamada si necesita algo antes.

La puerta se cierra tras ella con un suave clic y nos quedamos solos. Las máquinas siguen con su pitido constante, pero el sonido

parece lejano ahora, amortiguado por la tensión que llena la habitación. Maksim me suelta la mano y se recuesta en la silla. El movimiento revela más daños: quemaduras en los antebrazos, un corte en la mandíbula y el agotamiento grabado a fuego en las arrugas que rodean sus ojos.

—Has venido a por mí —digo con voz ronca. Las palabras salen casi como un susurro.

Él no me mira. —Tenía órdenes.

La respuesta me escuece, pero la ignoro. No parece que me salvara como resultado de una orden. Cuando lo vi entrar en aquella habitación, no parecía que estuviera siguiendo órdenes. —Gracias. Sé que no tenías por qu…

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —Su voz interrumpe mi intento de agradecimiento.

Parpadeo, confundida. —¿Decirte el qué?

Ahora me mira y su expresión se ensombrece. —Lo del bebé.

Las palabras me golpean con una claridad sorprendente. Recuerdo el examen de la médica, las preguntas sobre mi última regla, los análisis de sangre que me hizo mientras aún estaba aturdida por el humo. Mi mano se mueve instintivamente hacia mi abdomen, y veo que sus ojos siguen el movimiento.

—No estaba segura —digo, lo cual es parcialmente cierto. Me había hecho esa prueba que apenas se veía, pero no lo había confirmado con otra. No había querido confirmarlo.

—Pero lo sabías. —Su voz es plana, afirmando hechos en lugar de hacer una pregunta.

Me incorporo demasiado rápido y un dolor me atraviesa el pecho, haciéndome estremecer. Y por un segundo lo veo tensarse, como si quisiera alcanzarme. Pero no lo hace. —No era asunto tuyo.

—Se convirtió en asunto mío en el momento en que te metiste en mi cama.

La brusquedad de su declaración me hace respingar. —¿Es eso lo que crees que es esto? ¿Una especie de transacción?

—¿Acaso no lo es? —Se levanta bruscamente, la silla raspa contra el suelo—. Seguiste volviendo porque querías algo de mí. Me mentiste sobre quién eres, Zoya.

—Nunca mentí sobre quién era —replico, mi voz ganando fuerza —. Y sí, quería que mi hermano estuviera a salvo, pero…

—Todo lo demás era parte del juego. —Tiene la mandíbula tensa, el músculo se contrae bajo su piel—. Interpretaste tu papel a la perfección. La mujer tranquila que necesitaba protección, que se derretía bajo mi tacto. ¿Hubo algo de verdad?

La acusación me hiere profundamente porque hay verdad en ella. Sí que me acerqué a él con falsos pretextos. Sí que le dejé creer que era otra persona. Pero la forma en que me mira ahora, como si fuera una desconocida, como si las noches que pasamos juntos no significaran nada… hace que la rabia florezca ardiente en mi pecho.

—¿Quieres hablar de juegos? —Paso las piernas por el lado de la cama, ignorando el ligero mareo que siento—. Te asignaron a mí, ¿verdad? Acercarte a mí era tu trabajo.

No lo niega, lo que es respuesta suficiente.

—Así que no actúes como si yo fuera la única que interpretaba un papel —continúo, levantando la voz—. Me estabas usando para llegar a Damir desde el principio. Cada conversación, cada caricia, cada vez que me hiciste sentir segura… todo era parte de tu misión.

—Tienes razón. —Su admisión es silenciosa, letal—. Lo era. Hasta que dejó de serlo.

—¿Cuándo? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla—. ¿Cuándo cambió para ti? ¿Cuándo dejé de ser un objetivo?

Permanece en silencio un largo momento, con las manos apretadas a los costados, pero no me responde. Desvía el tema. —¿Y tú? —pregunta—. ¿Cuándo dejé yo de ser un medio para un fin?

Pienso en el momento en que me di cuenta de que me estaba enamorando de él, el lento reconocimiento de que lo que comenzó como una necesidad se había convertido en un anhelo. Pero admitirlo ahora me parece como entregarle un arma.

—No lo sé —miento.

Su expresión se endurece. —¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—¿Importa acaso? —Ahora estoy de pie, aunque siento las piernas inestables—. Acabas de decirme que yo era un objetivo. Un

trabajo. ¿Qué más da lo que yo sintiera?

—Eras un objetivo —dice, acercándose—. Pero también eras la mujer que me hizo sentir algo más que rabia. La que tenía el carácter suficiente para cabrearme y la dulzura suficiente para dejarse ver. La que me miraba como si yo fuera más que un arma.

Sus palabras son crudas, desprotegidas de una manera que me oprime el pecho. Pero no puedo permitirme ablandarme, no ahora.

—Y tú eras el hombre que me hacía sentir segura —digo con voz temblorosa—. Que me abrazaba cuando tenía pesadillas. Que me hizo creer que quizá, por una vez, alguien me quería por algo más que lo que podía hacer por ellos.

—Sí te quería por más que eso.

—¿De verdad? —Me acerco más, lo suficiente para ver cómo se contraen sus pupilas—. ¿O solo me querías dócil? ¿Más fácil de controlar?

—Nunca fuiste fácil de controlar. —Hay algo parecido a la admiración en su voz.

—Pero lo intentaste de todos modos. El matrimonio, la vigilancia constante, la forma en que tomabas decisiones sobre mi vida sin preguntarme…

—Estaba intentando protegerte.

—¿De qué? ¿De tomar mis propias decisiones?

—De que te mataran. —Su voz se eleva, la primera fisura en su compostura—. De que acabaras como los otros cabos sueltos de tu hermano.

La mención de Damir trae un dolor nuevo, pero lo aparto. —¿Y ahora? Ahora que sabes lo del bebé, ¿qué soy? ¿Sigo siendo un objetivo? ¿Sigo siendo un trabajo?

No responde de inmediato, y en esa vacilación, veo todo lo que necesito saber. El bebé cambia la ecuación para él. Me hace más valiosa, más necesaria de proteger. Pero no hace que me desee más.

—Me estás ocultando un hijo —dice finalmente—. Mi hijo. Y finges que te importaba mientras planeabas desaparecer.

—Yo no…

—¿Ah, no? —Se acerca más y puedo oler el humo que aún se aferra a su ropa—. En el momento en que te enteraste de lo del

bebé, ya estabas planeando tu huida. Igual que planeaste tu entrada. Probablemente tengas un pasaporte falso y dinero escondido en algún sitio. ¿Te lo enseñó Damir?

La acusación da demasiado en el clavo. Había estado pensando en irme, en alejarme de todo esto antes de que me consumiera por completo. Pero oírselo decir, ver la traición en sus ojos, me hace darme cuenta de cómo debe de parecerle a él.

—Tenía miedo —admito, las palabras arrancadas de mis entrañas —. Tenía miedo de lo que harías si lo supieras. Miedo de lo que significaría.

—Así que decidiste por los dos.

—Sí. —La admisión sale como un susurro—. Decidí por los dos.

Nos miramos el uno al otro en el pequeño espacio, ambos respirando con dificultad, ambos heridos por revelaciones que hieren demasiado.

—Eras un objetivo —dice de nuevo, su voz baja y peligrosa—. Hasta que dejaste de serlo. Pero tú… —Aprieta la mandíbula—. Nunca dejaste de calcular, ¿verdad? Nunca dejaste de buscar la salida.

Las palabras son crueles porque son ciertas. He estado calculando, midiendo riesgos, planeando escapadas. Así es como he sobrevivido tanto tiempo. Pero oírselo decir, ver la decepción en sus ojos, me hace sentir vacía.

Mi mano se mueve antes de que pueda detenerla, el sonido de la bofetada resuena en la silenciosa habitación. Su cabeza se gira hacia un lado, y por un momento, ambos nos quedamos helados. Luego se vuelve hacia mí, con la mejilla roja y la respiración entrecortada.

—Se acabó —dice, retrocediendo—. He terminado con esto.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta, y quiero llamarlo, retirar la bofetada, encontrar alguna manera de cerrar la brecha que se ha abierto entre nosotros. Pero las palabras se me atascan en la garganta y solo puedo mirar mientras alcanza el picaporte.

—Maksim —digo, mi voz apenas audible.

Se detiene, pero no se da la vuelta. —La médica volverá pronto. Habrá alguien vigilando tu puerta.

Entonces se va y me quedo sola con las máquinas, el olor a antiséptico y el peso de todo lo que he roto. Me hundo de nuevo en la cama, con las manos temblando mientras me las presiono contra los ojos. Las lágrimas llegan entonces, calientes e implacables, y lloro en mis manos hasta que no queda nada. No sé cómo arreglar nada de esto.

22

MAKSIM

Conduzco durante toda la noche con sangre bajo las uñas y un nombre quemándome en la garganta. Damir Mirov. Cada kilómetro que recorro me acerca más a encontrarlo, y cada hora que pasa hace que la rabia en mi pecho se agudice.

El primer distribuidor de Karpin vive en un piso encima de un kebab en el casco antiguo. Derribo la puerta a patadas a las dos de la madrugada y lo encuentro en la cama con su novia, ambos desnudos y colocados con algo que hace que sus pupilas parezcan enormes. La chica grita al verme, pero el camello intenta coger una pistola de la mesita de noche.

Le agarro la muñeca y se la retuerzo hasta que oigo cómo crujen los huesos, y luego le doy un puñetazo en la cara con la mano que me queda libre. Deja caer el arma y se desploma de rodillas, sujetándose el brazo roto contra el pecho. La novia corre hacia el cuarto de baño y se encierra, pero ella no me interesa.

—¿Dónde está? —pregunto, con la voz tranquila a pesar de la furia que me corre por las venas.

El distribuidor escupe sangre en el suelo. —No sé de qué me habla.

Recojo el arma que ha dejado caer y le presiono el cañón contra la sien. —Damir Mirov. ¿Dónde se esconde?

—Se lo juro por Dios, no lo sé...

Aprieto el gatillo. La bala se incrusta en la pared, junto a su cabeza, y él se derrumba por completo, sollozando y temblando. La novia grita desde el baño, pero el sonido queda amortiguado por la puerta y el pitido en mis oídos.

—La próxima irá directa a su cráneo —le digo—. Empiece a hablar.

Entre lágrimas me da tres direcciones, pero no puede prometerme cuál de ellas, si es que alguna lo es, es la correcta. Las anoto en el dorso de la mano con un bolígrafo de la mesita de noche y luego lo arrastro hasta la puerta del baño. Puedo oír a la novia llorar al otro lado, suplicando por su vida en un ruso chapurreado.

—Si llama a alguien —le digo al camello—, si avisa a alguien, volveré y terminaré lo que he empezado. ¿Entendido?

Él asiente frenéticamente, con la sangre manando de la nariz por el golpe que le he dado antes. Lo dejo ahí y salgo a la noche. La primera dirección está a veinte minutos, y tengo trabajo que hacer, así que no pierdo el tiempo. Cuanto más alto esté el sol, más riesgo corro.

El edificio es una estructura achaparrada a unos pocos kilómetros del territorio conocido de Damir. Lo observo mientras el cielo empieza a clarear y sé de inmediato que aquí no es donde vive el señor Mirov. Está demasiado limpio para él, pero quizá el residente que ocupa este pequeño apartamento de mierda sepa dónde está.

El segundo distribuidor es más listo. Vive en un semisótano con puertas blindadas y cámaras que cubren todos los ángulos. Pero ser listo no significa ser invisible, y yo llevo haciendo esto más tiempo del que él lleva vivo. Espero en las sombras, al otro lado de la calle, hasta que sale a correr por la mañana y lo sigo por el parque.

Lleva auriculares y mira el móvil cada pocos minutos, completamente ajeno a que la muerte corre a diez metros detrás de él. Cuando se detiene en un semáforo, acorto la distancia y le paso el brazo por el cuello. Intenta resistirse, pero lo arrastro a un callejón y lo estrello contra una pared de ladrillos.

—Damir Mirov —digo, con el antebrazo presionado contra su tráquea—. Va a contarme todo lo que sabe.

A este es más difícil doblegarlo. Lleva más tiempo en el negocio, conoce las reglas sobre no hablar. Pero todo el mundo tiene un punto de ruptura, y yo encuentro el suyo cuando le disloco el hombro y amenazo con hacerle lo mismo en la rótula. Me da dos direcciones más y un número de teléfono, soltando la información entre sollozos.

Lo dejo vivir porque los muertos no pueden entregar mensajes, pero me aseguro de que entienda lo que pasará si vuelve a cruzarse en mi camino. Sigue gimoteando cuando me alejo, acunando su brazo destrozado y prometiendo desaparecer para siempre.

Las direcciones me llevan a un piso franco en el polígono industrial, un edificio de hormigón achaparrado encajado entre un taller de fabricación de metales y un almacén que lleva meses vacío. Aparco a dos calles de distancia y recorro el perímetro, buscando guardias, cámaras, cualquier cosa que pueda complicar lo que estoy a punto de hacer.

El edificio es sólido, construido para durar, pero también está aislado. No hay vecinos que llamen a la policía, ni testigos que recuerden mi cara. Perfecto para lo que tengo en mente.

Derribo la puerta trasera de una patada y encuentro exactamente lo que esperaba: cajas de mercancía apiladas contra las paredes, balanzas y mesas de corte, dinero en efectivo sujeto con gomas elásticas. Aquí es donde los nuevos amigos de Damir procesan su veneno, donde cuentan su dinero manchado de sangre y planean su próximo movimiento.

Vierto gasolina de la lata de emergencia de mi maletero sobre todas las superficies que puedo alcanzar. Los vapores me hacen llorar los ojos, pero el olor me recuerda a la purificación, a quemar la podredumbre que ha infectado nuestra ciudad. Cuando enciendo la cerilla, la llama prende rápido y se extiende aún más deprisa.

Me quedo en el umbral de la puerta y la observo trepar por las paredes, consumiendo todo lo que la familia Karpin construyó aquí. El calor me golpea la cara y, por un momento, pienso en Zoya, inconsciente en aquella cama de hospital, con hollín en los pulmones y quemaduras en las manos. El fuego se refleja en las ventanas de

los edificios vacíos que me rodean, y siento que algo frío y satisfecho se instala en mi pecho.

Las sirenas empiezan a sonar a tres calles de distancia. Para cuando llegan, yo ya me he ido, conduciendo por las calles vacías con el sabor a humo en la boca, pero sin estar más cerca de encontrar al traidor de hermano de Zoya.

De vuelta en la finca, no subo. La habitación de invitados donde duerme Zoya está un piso por encima de mí, y siento que la distancia entre nosotros tira de algo que no quiero examinar demasiado de cerca. Llevo treinta y seis horas despierto, a base de café y del tipo de rabia que te mantiene en movimiento cuando tu cuerpo quiere rendirse.

Pero no puedo parar ahora. No mientras Damir siga ahí fuera, no mientras la familia Karpin crea que puede usar a mi mujer como baza. No mientras el recuerdo de su rostro inconsciente arda tras mis párpados cada vez que los cierro.

En lugar de eso, me instalo en el despacho de vigilancia. Las pantallas muestran imágenes de todas las cámaras que tenemos en la calle, y las reviso metódicamente, buscando caras que reconozca. Los hombres de Rolan también están ahí fuera, siguiendo pistas, sacándole información a los contactos, haciendo el trabajo que hay que hacer. Pero esto es algo personal, de una forma que me hace querer encargarme de ello yo mismo.

Justo cuando la fatiga empieza a pesarme en los párpados, Rolan llama y el zumbido de mi móvil me despierta de golpe.

—Informe de situación —retumba, y yo estoy listo.

—He quemado el piso franco de los Karpin en Prospect Street. He recuperado registros financieros y un móvil de prepago. Damir estaba en la estación de tren hace dos horas, en dirección norte.

—¿Alguna resistencia?

—Dos distribuidores que no volverán a hablar.

Se produce una pausa y puedo oírlo pensar. —Bien. ¿Y la chica?

Mi mandíbula se tensa. —Se está recuperando. —Odio que la llame «la chica» y no mi mujer, porque eso es lo que es ahora. Ya no es un activo, pero mi hermano sigue hablando de ella de esa manera.

—No es eso lo que he preguntado.

Miro fijamente la pared de fotos, el rostro de Damir congelado en blanco y negro. —No va a ir a ninguna parte. —Su interés por ella es puramente operativo. Necesita saber que todavía tengo control sobre ella y, por tanto, control sobre Damir hasta cierto punto, pero me enfurece que la haya reducido a nada más que un objeto.

—Asegúrese de que no lo haga. La necesitamos funcional para acabar con esto. Mirov no aparecerá si cree que no tiene sentido. Cuanto más tiempo esté viva, más poder tendremos sobre él.

La llamada se corta. Dejo el móvil y me reclino en la silla, sintiendo el peso del insomnio en mis huesos. Funcional. Como si Zoya fuera otra pieza del equipo, otra herramienta de nuestro arsenal. Esa idea no me gusta nada, pero la aparto. Darle vueltas solo hará que lo odie, y no podemos permitirnos estar divididos ahora mismo.

El piso franco de los Karpin está en cenizas. Dos distribuidores están eliminados. Los equipos de calle están reposicionados. La caza continúa. Todo lo demás —incluido lo que me espera en esa habitación de invitados al final del pasillo— es una distracción que no puedo permitirme.

Pero cuando estoy solo en el despacho de vigilancia, rodeado de fotos de hombres muertos y apartamentos vacíos, el recuerdo del rostro de Zoya en aquella cama de hospital me quema por dentro. El modo en que su piel parecía pálida contra las sábanas blancas, el modo en que las máquinas pitaban y zumbaban alrededor de su cama, el modo en que susurró mi nombre cuando finalmente abrió los ojos.

He matado a hombres por menos de lo que los amigos de Damir le hicieron a ella. He incendiado edificios y acabado con linajes por insultos que apenas registraron. Pero esto es diferente. Esto es personal de una manera que hace que me tiemblen las manos cuando pienso en ello demasiado tiempo.

Hirieron a mi mujer. Casi la matan. Y cuando encuentre a Damir, le haré pagar por cada momento que ella pasó inconsciente, por cada aliento que luchó por tomar, por cada quemadura en sus manos a causa del fuego que él permitió.

La caza continúa. Y no terminará hasta que Damir Mirov esté muerto.

23

ZOYA

Camino por los pasillos de mármol de la finca de Maksim con el corazón encogido. El personal médico me ha dado el alta esta mañana con un portapapeles lleno de instrucciones sobre descanso y recuperación, pero no me han dicho qué se supone que debo hacer ahora que puedo moverme de nuevo. Las quemaduras de las manos han sanado lo suficiente como para poder agarrar cosas sin hacer una mueca de dolor y el daño por el humo en mis pulmones se ha disipado, pero todavía me siento frágil de una manera que no tiene nada que ver con mi estado físico.

Esto es diferente a su ático en el corazón de la ciudad. Esta finca a las afueras es mucho más grandiosa. Los pasillos se extienden interminablemente en ambas direcciones, flanqueados por óleos de hombres de rostro adusto que comparten los rasgos angulosos de Maksim. Antepasados Vetrov, supongo, que me observan desde sus marcos dorados con la misma expresión indescifrable que he llegado a asociar con sus descendientes. El mármol bajo mis pies descalzos está frío, y me ciño la bata de seda al cuerpo mientras paso junto a una puerta tras otra de habitaciones que nunca he visto por dentro.

¿Soy una prisionera aquí o soy su esposa? La pregunta me sigue por los pasillos, resonando en los vastos espacios entre las obras de arte y los muebles antiguos. Llevo su anillo en el dedo, pero ¿de

verdad elegí ponérmelo? Duermo en su habitación de invitados, pero no sé si tengo libertad para irme. Los guardias de la puerta principal asienten respetuosamente cuando me ven, pero nunca he comprobado si me dejarían atravesar esas puertas de hierro.

Me encuentro en la biblioteca, una sala con ventanales que van del suelo al techo y dan a los jardines. Las estanterías están llenas de volúmenes encuadernados en piel en ruso y en inglés, y paso los dedos por los lomos mientras intento dar sentido a mi situación. Filosofía, historia militar, poesía... una colección ecléctica que me dice más de Maksim que cualquier conversación que hayamos tenido.

El móvil de prepago pesa en el bolsillo de la bata. Llevo tres días con él, dándole vueltas en las manos e intentando decidir si tengo el valor de usarlo. El número está grabado a fuego en mi memoria, pero llamar me parece como cruzar una línea sin retorno. Aun así, necesito respuestas, y Damir es la única persona que podría tenerlas.

Marco su número y escucho cómo suena cuatro veces antes de que responda.

—¿Zoya? —Su voz suena diferente: más débil, más tensa de lo que recuerdo—. Joder, creía que estabas muerta. ¿Estás herida?

—Estoy bien —le digo, aunque las palabras suenan huecas—. Estoy en la finca de Maksim. Me sacaron del edificio antes de que se derrumbara.

Se produce una larga pausa y puedo oír su respiración agitada al otro lado de la línea. —Bien. Eso es bueno. Escucha, tienes que salir de ahí. Ahora. Esta noche, si puedes arreglártelas.

Me hundo en uno de los sillones de cuero junto a la ventana y observo la luz de la mañana filtrarse a través de los árboles. —No es tan sencillo, Damir. Estoy casada con él.

—Eso no es real —dice rápidamente—. Sea cual sea la ceremonia que te hicieron pasar, sean cuales sean los papeles que te hicieron firmar, no significa nada. Puedes alejarte de todo esto.

—¿Puedo? —pregunto—. Porque firmé esos papeles voluntariamente. —El calor me sube a las mejillas mientras continúo —: Además, no sé a dónde iría si me marchara.

—Vienes conmigo —dice—. Yo te protegeré. Te sacaré de la ciudad, a un lugar seguro donde los Vetrov no puedan encontrarte.

Sus palabras deberían consolarme, pero no lo hacen. Hay algo desesperado en su voz, algo que me hace pensar que no me lo está contando todo. —Damir, tengo que preguntarte algo, y necesito que seas sincero conmigo.

—Por supuesto.

—La droga que mató al soldado de la Bratva. La que empezó todo esto. —Respiro hondo y me obligo a pronunciar las palabras—. ¿La manipulaste? ¿Cortaste la droga con fentanilo? ¿Fue un encargo?

El silencio al otro lado de la línea se alarga tanto que me pregunto si se ha cortado la comunicación. Cuando por fin habla, su voz es cuidadosamente contenida. —¿Quién te ha dicho eso?

—No importa quién me lo haya dicho. Te lo pregunto a ti.

—Los Vetrov te están envenenando la mente —dice, y puedo oír cómo la ira se cuela en su tono—. Has estado demasiado cerca de Maksim durante demasiado tiempo. Está haciendo que dudes de tu propia familia.

—Responde a la pregunta, Damir.

—Esto es exactamente lo que quieren —continúa como si yo no hubiera hablado—. Quieren que te pongas en mi contra, que creas sus mentiras en lugar de confiar en tu propio hermano. ¿Cuánto tiempo llevas casada con él? ¿Unas pocas semanas? Y ya estás eligiendo su versión de los hechos por encima de la mía. Juraste que solo te estabas acercando a él para averiguar lo que saben.

Su evasiva me lo dice todo, pero necesito oírle decirlo. —No me estás respondiendo.

—Estoy intentando protegerte de algo más grande de lo que entiendes —espeta—. Hay fuerzas en juego que van más allá de los Vetrov y sus jueguecitos de poder. Si te quedas con Maksim, vas a quedar atrapada en el fuego cruzado.

—Tu gente casi me mata —le recuerdo, alzando la voz—. Me secuestraron, me retuvieron en un edificio al que prendieron fuego. ¿Así es como me proteges?

—Eso no tenía que pasar —dice rápidamente—. El fuego fue un accidente. Solo debían mantenerte a salvo hasta que yo pudiera sacarte de la ciudad.

—¿A salvo? —Me río, pero no hay humor en mi risa—. Me quitaron la ropa y me pusieron un puto vestido de papel, luego me ataron y me encerraron en una habitación. ¿Esa es tu idea de mantenerme a salvo?

—Zoya, escúchame...

—No, escúchame tú a mí. —Me levanto y camino hacia la ventana, mirando los jardines bien cuidados donde todo es ordenado y controlado—. He estado contando dinero sucio para ti durante años. He mantenido la boca cerrada y la cabeza gacha y nunca he hecho preguntas sobre de dónde venía el dinero o a dónde iba. Pero las estoy haciendo ahora. ¿Pusiste tú esa droga?

La pausa es más corta esta vez, pero sigue siendo demasiado larga. —Sí.

La palabra me golpea en el pecho y tengo que agarrarme al alféizar de la ventana para no caerme. —Oh, Dios mío.

—No fue personal —dice rápidamente—. El soldado ya estaba sentenciado. Le estaba robando a la Bratva, quedándose con una parte. Lo habrían matado de todos modos.

—¿Así que decidiste matarlo tú mismo?

—Decidí hacer que su muerte fuera útil —corrige—. La familia Karpin necesitaba una forma de desestabilizar la operación de los Vetrov, y la muerte del soldado proporcionó esa oportunidad. Dos pájaros de un tiro.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra el frío cristal. —Trabajas para ellos. Para la familia Karpin.

—Trabajo *con* ellos —dice—. Hay una diferencia.

—¿Desde cuándo?

—Tres años. Quizá cuatro. No recuerdo exactamente cuándo empezó.

—¿Y yo? —pregunto—. ¿Qué era yo? ¿Otra herramienta útil en tu arsenal?

—Eras mi hermana —dice, y su voz se quiebra ligeramente—. Se suponía que debías estar a salvo. Se suponía que debías mantenerte

al margen de esto.

—Pero no me mantuve al margen, ¿verdad? Porque necesitabas a alguien que contara el dinero, alguien que no hiciera preguntas. Alguien que confiara en ti ciegamente.

—Zoya...

—¿Cuánta gente ha muerto por tus juegos? —pregunto—. ¿Cuántas familias han sido destrozadas porque decidiste jugar a dos bandas? —La ira se me enrosca en el pecho y siento que voy a perder el control.

—Estoy intentando sobrevivir —dice—. Todos intentamos sobrevivir. Los Vetrov no son los buenos en esta historia, Zoya. Son asesinos y ladrones y cosas peores. Al menos con la familia Karpin, sé a qué atenerme.

—¿Y a qué me atengo yo? —pregunto—. En tu gran plan, ¿dónde encajo?

—Tú te largas —dice con firmeza—. Desapareces. Empiezas de nuevo en algún lugar donde no puedan encontrarte.

—¿Y si no quiero desaparecer?

—Entonces vas a morir —dice sin rodeos—. Los Vetrov te usarán hasta que ya no seas útil y luego se desharán de ti. Eso es lo que hacen. Eso es lo que siempre han hecho.

Pienso en las manos de Maksim sobre mi piel, en la forma en que su voz se suaviza cuando estamos solos, en la manera cuidadosa en que me toca como si pudiera romperme. —Te equivocas con él.

—¿Ah, sí? ¿Te ha dicho que te quiere? ¿Te ha prometido un futuro juntos? ¿O simplemente coge lo que quiere y espera que estés agradecida por ello?

Las preguntas escuecen porque son parcialmente ciertas. Maksim nunca ha dicho que me quiera, al menos no de una manera que yo crea. Nunca ha hecho promesas sobre nuestro futuro. Pero hay algo en la forma en que me mira, algo en la forma en que me cogió la mano cuando me estaba recuperando, que me dice que la valoración de Damir es incompleta.

—Tengo que irme —le digo.

—Zoya, espera...

—No —digo con firmeza—. Ya he oído suficiente.

—Por favor —dice, y la desesperación en su voz es inconfundible —. Solo piensa en lo que te he dicho. No dejes que te manipule para hacerte creer que lo que tenéis es real.

Cuelgo sin despedirme y dejo que el móvil se me caiga de las manos temblorosas. Resuena en el suelo de mármol y el sonido hace eco en la biblioteca vacía. Me vuelvo a hundir en el sillón de cuero y me quedo mirando el aparato, preguntándome si acabo de cortar la última conexión con mi antigua vida.

La conversación se repite en mi mente mientras subo las escaleras hacia la habitación de invitados. La confesión de Damir de que puso la droga, su indiferencia ante la muerte del soldado, su insistencia en que estoy siendo manipulada. El hermano que creía conocer, el que me crio y me protegió y me enseñó a contar dinero con mano firme, es un extraño. O quizá la extraña soy yo, y él siempre ha sido exactamente lo que es ahora.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella, sintiendo el peso de todo lo que ha cambiado. Pero no es mi habitación, y esta no es mi vida. O quizá sí lo es ahora, y simplemente aún no lo he aceptado.

Me quito la bata y me meto en la cama, subiendo las sábanas hasta la barbilla. Cierro los ojos e intento recordar lo que sentí cuando Maksim me tocó, la forma en que sus manos se movían sobre mi piel con una reverencia que parecía real.

Pero ahora estoy embarazada de su hijo, y eso lo cambia todo. La noticia se asienta en mi pecho como una piedra. Voy a tener un bebé con un hombre que se casó conmigo como parte de una misión, que ha recibido órdenes de acercarse a mí y doblegarme. Un hombre que podría ser capaz de hacer cosas terribles, pero que nunca ha sido otra cosa que tierno conmigo.

Quizá Damir tenga razón. Quizá me han manipulado tan a fondo que ya no puedo distinguir entre el amor y el control. O quizá lo que siento por Maksim es real, y admitirlo es lo más sincero que he hecho en años.

Me tapo la cabeza con las sábanas e intento dormir, pero en lo único que puedo pensar es en la decisión que voy a tener que tomar. Puedo confiar en mi hermano, el hombre que me crio y me protegió

y luego me vendió por dinero y poder. O puedo confiar en mi marido, el hombre que se casó conmigo con falsos pretextos pero que nunca me ha hecho daño, nunca me ha mentido, nunca me ha hecho sentir que era prescindible.

El bebé que crece dentro de mí se merece algo mejor que cualquiera de las dos opciones. Pero esas son las únicas que tengo, y se me acaba el tiempo para decidir.

24

MAKSIM

Entro en la finca dando pisotones y doy un portazo tan fuerte que los cristales tiemblan, y el sonido retumba por el pasillo de mármol. La rabia me arde en el pecho, alimentada por tres días de callejones sin salida y habitaciones vacías. Tengo los nudillos reventados del último interrogatorio, la sangre seca y negra bajo las uñas, y todavía me sabe la boca a cobre.

Paseo de un lado a otro por el pasillo de arriba, y mis pasos suenan con dureza contra el mármol. La finca me parece demasiado pequeña, demasiado angosta, y parece que no puedo recuperar el aliento. Damir sigue ahí fuera, sigue moviéndose por la ciudad, sigue respirando cuando debería estar muerto. Solo pensarlo hace que me tiemblen las manos de furia.

—¿Dónde has estado?

Me giro y me encuentro a Zoya de pie en el umbral de la habitación de invitados, con el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros. Lleva puesta una de mis camisas, y la tela hace que su pequeña figura parezca diminuta; sus ojos color avellana están afilados por la acusación.

—Vuelve a la cama —gruño. No estoy de humor para preguntas, y ya no sé cómo tratar con ella.

—Respóndeme. —Entra en el pasillo con pasos silenciosos—. Has estado fuera tres días. Quiero saber dónde has estado.

—Olvídalo, Zoya.

—No. —Levanta la barbilla y veo esa expresión testaruda en su mandíbula que he aprendido a reconocer—. No voy a olvidarlo. Desapareces sin decir ni una palabra, vuelves cubierto de sangre, ¿y crees que voy a hacer como que no ha pasado nada?

Dejo de pasear y la encaro por completo. —¿Qué quieres que te diga? ¿Que he estado cazando a tu hermano por todos los agujeros de esta ciudad? ¿Que he quemado edificios y matado a hombres buscándolo?

—Sí —dice con sencillez—. Quiero que digas eso.

La sinceridad en su voz me pilla desprevenido. —¿Por qué?

—Porque estoy harta de que me mantengan al margen. Porque estoy harta de que me traten como si fuera de cristal. Porque no soy solo un cebo en cualquier juego al que estés jugando.

La palabra «cebo» hace que algo oscuro se me retuerza en el estómago. —No eres «solo» nada —espeto—. Ahora estás metida en esto, te guste o no. Eres mi mujer, llevas mi apellido y vas a afrontar las consecuencias.

—¿Tu mujer? —Se ríe, pero no hay humor en su risa—. ¿A esto lo llamas así? Porque desde mi punto de vista, se parece mucho más a que me estás utilizando para llegar a Damir. Te pedí que tuvieras piedad. —Le tiembla el labio inferior al hablar, y yo me desvío, cambiando de tema para no tener que responder a esa pregunta.

—¿Crees que te estoy utilizando? —Doy un paso hacia ella, y no retrocede—. Te acercaste a mí delante de tu apartamento. Solo estás aquí para conseguir piedad. Tú me utilizaste primero.

—Eso era diferente.

—¿En qué?

—En que a mí de verdad me importa —suelta, con el pecho subiendo y bajando en rápidas respiraciones—. Porque en algún momento, esto dejó de tratar sobre averiguar quién es realmente Damir y empezó a tratar sobre ti. Sobre nosotros.

La vulnerabilidad en su voz me oprime el pecho. —Zoya. —Quiero alcanzarla, pero sé cómo me afectará, las cosas que pasarán si me

permito amarla de verdad.

—No —dice ella deprisa—. No me digas que no es real. No me digas que es solo parte de la misión. Porque sé lo que siento y sé lo que veo cuando me miras.

Cruzo el espacio que nos separa y la beso con fuerza, cortando sus palabras antes de que pueda retirarlas. Y cuando sus manos se aferran a mi camisa, siento que algo se me rompe en el pecho.

Retrocedemos a trompicones hacia el dormitorio, su boca ardiente contra la mía, sus dedos forcejeando con los botones de mi camisa. Cierro la puerta de una patada a nuestras espaldas y la presiono contra ella, enredando mis manos en su pelo.

—¿Es esto lo que quieres? —le pregunto contra su boca—. ¿Es esto lo suficientemente real para ti?

—Sí —susurra, y entonces nos arrancamos la ropa con manos desesperadas.

Tira de los botones de mi camisa, maldiciendo en voz baja cuando no se sueltan lo bastante rápido. Me la quito de hombros y le cojo el bajo de la suya —mi camisa, estirada sobre su cuerpo como si ya no nos perteneciera a ninguno de los dos— y se la paso por la cabeza. Su piel desnuda se encuentra con el aire frío, y su respiración se entrecorta. Observo su pecho subir y bajar mientras me mira, sin inmutarse, como si me estuviera retando a dudar.

No lo hago.

La hago retroceder hacia la cama, besándola de nuevo; con brusquedad, con hambre, con demasiados dientes. Ella responde de la misma manera, tirando de la cinturilla de mi pantalón con manos impacientes, y oigo el tintineo metálico de mi cinturón al caer al suelo. Mis pantalones caen alrededor de mis tobillos. Sus dedos se deslizan por mi abdomen, se aferran con fuerza a mi polla, y gimo en su boca. Todo pensamiento desaparece.

La levanto de nuevo y la dejo caer sobre el colchón. Aterriza con un suave jadeo, el pelo esparcido sobre la almohada, los ojos clavados en los míos. Me arrastro sobre ella, subiendo las manos por la parte trasera de sus muslos, separándolos para poder acomodarme entre ellos. Sus piernas se enroscan en mi cintura como si siempre hubieran estado destinadas a ello.

Su piel está caliente bajo mis palmas. Su pulso late en su garganta, firme pero fuerte. Apoyo una mano junto a su cabeza, paso la otra por su caja torácica y me detengo en su cadera.

Se muerde el labio mientras deslizo mi mano más abajo, rozando la curva de su muslo.

—¿Vas a tomarte tu tiempo conmigo —murmura suavemente, con su voz como un susurro sensual—, o solo estás intentando que te suplique? —Mientras deslizo mis labios lentamente por la elegante curva de su cuello, mis dientes rozando ligeramente su delicada piel, respondo—: Tus súplicas no serían el peor sonido que he escuchado esta semana.

Su risa se escapa en un tono melódico y entrecortado. —¿Crees que te has ganado eso? —bromea, con un desafío juguetón en los ojos.

—Me he ganado más que eso —afirmo con confianza, mi voz un retumbar grave.

Jadea suavemente cuando presiono dos dedos entre sus piernas, sintiendo el calor y la humedad que me esperan. —Has estado pensando en esto —susurro, mis palabras un suave murmullo contra su oído.

Se arquea instintivamente hacia mi mano, su cuerpo respondiendo con avidez. —He estado atrapada en esta maldita casa durante días. ¿Tú qué crees? —responde, con un toque de desesperación en su voz, su necesidad tan palpable como su roce.

Presiono con más fuerza, mi caricia deliberada y lánguida mientras la acaricio. —Creo que lo has disfrutado. Fingir ser una pareja. Llevar mis camisas como si fueran tuyas. Dormir en mi cama como si fuera tu hogar. —Su cabeza se inclina hacia atrás, hundiéndose en la mullida almohada bajo ella.

—Me gustaba la presión del agua de la ducha —responde con una sonrisa juguetona. Una risa grave retumba en mi garganta, resonando por la habitación mientras deslizo un dedo dentro de ella, seguido de otro, sintiendo cómo el calor me envuelve—. Estás muy habladora esta noche —bromeo.

—Y tú te estás tomando tu tiempo esta noche —exhala, su voz un susurro sensual. Curvo los dedos justo como hay que hacerlo,

encontrando ese punto perfecto, y ella gime, un sonido crudo e incontenible que resuena a nuestro alrededor. Sus muslos se cierran con fuerza alrededor de mi cintura, una reacción instintiva, pero me retiro antes de que pueda llegar al clímax.

—Eres un malvado de la leche —jadea, una mezcla de frustración y deseo en su voz.

—Te casaste conmigo.

Me coge la cara y me besa con fuerza, arrastrándome sobre ella. —Entonces, fóllame como si lo hubiera hecho a propósito.

Ese es todo el estímulo que necesito. Le sujeto las muñecas con mis manos, inmovilizándolas suave pero firmemente por encima de su cabeza. Mis caderas se desplazan, alineándose perfectamente hasta que la punta de mi polla descansa tentadoramente en su entrada, provocando con una promesa.

—¿Lo quieres duro? —murmuro, mi voz un retumbar grave, cargado de anticipación.

Sus ojos arden con desafío y deseo, un brillo atrevido bailando en sus profundidades. —¿Crees que puedo aguantar algo menos? —responde, sus palabras una audaz provocación que me desafía a desatar la pasión que hierve entre nosotros.

La penetro con fuerza, hundiéndome en ella de una sola estocada.

—Bien —gruño—. Porque no pienso salir.

Jadea cuando me clavo en ella, su espalda arqueándose sobre la cama. Apretada, empapada, perfecta, me agarra como si intentara mantenerme ahí para siempre.

—Joder —gruño, saliendo despacio y volviendo a entrar de golpe —. Fuiste hecha para esto.

—Para ti —susurra, con la voz quebrada por las palabras—. Justo así.

Le aprieto más las muñecas, mis caderas se mueven bruscamente hacia delante con cada embestida. La cama traquetea bajo nosotros, el cabecero golpea la pared rítmicamente. Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura, sus talones se clavan en mi espalda, y recibe todo lo que le doy.

—¿Sientes eso? —murmuro contra su garganta—. Ese soy yo... justo donde debo estar.

Gime, tratando de moverse debajo de mí, de restregarse contra el ritmo que marco. Pero no le doy el control. La follo más duro, con mi polla enterrada profundamente, su cuerpo ya temblando a mi alrededor.

—Tú querías esto —digo entre dientes—. Tú empezaste esto. Ahora vas a tragártela entera.

—Lo hago —jadea—. Lo quiero... lo quiero todo.

Le suelto las muñecas y le agarro las caderas, atrayéndola hacia mí en cada brutal embestida. Sus tetas rebotan con cada estocada, los pezones sonrojados y duros, y me inclino para morder uno, chupando hasta que grita, luego lo chupo más fuerte y lo rodeo con la lengua.

Me araña la espalda, con la boca entreabierta, los ojos vidriosos por la necesidad, y sigue arqueándose hacia mí mientras la follo. Cada estocada es pura lujuria, una necesidad que debo saciar o me volveré loco. Zoya es la droga que elijo y necesito mi dosis.

—Vamos —gruño—. Quiero que te corras en toda mi polla.

—Joder... estoy tan cerca —jadea, y yo gruño contra su piel.

—Eres como la cocaína, mujer... No me canso de ti. Ahora deja que ese coño me ordeñe ya...

Se hace añicos bajo mi cuerpo, sus músculos internos se contraen con una intensidad que iguala el gemido agudo y resonante que se escapa de sus labios mientras su orgasmo la envuelve como una ola. Su cuerpo se retuerce y se arquea sin control, pero yo sigo, embistiéndola con un ritmo implacable. La sensación de ella pulsando a mi alrededor me arrastra hacia mi propio clímax candente.

Me hundo profundamente, manteniéndome ahí, soltando el aire con un gemido gutural mientras mi cuerpo se tensa y lo vierto todo dentro de ella. Mi agarre en sus caderas es firme, dejando marcas que hablan de nuestro fervor, mientras mi aliento es caliente y entrecortado contra su cuello.

Permanecemos entrelazados, los cuerpos resbaladizos por el sudor y completamente exhaustos. Apoyo mi frente contra la suya,

un reconocimiento silencioso pasa entre nosotros de que algo fundamental ha cambiado. Ella lo siente. Yo también lo siento, aunque las palabras no se dicen.

—Ahora corres por mis venas —le digo, con voz ronca—. No me importa cómo acabe esto. No voy a dejarte marchar. Nunca.

Zoya no responde, pero sus dedos trazan dibujos en mi pecho y siento su aliento contra mi garganta. Pase lo que pase a continuación, sea cual sea el precio que tenga que pagar por mantenerla a mi lado, merecerá la pena.

Porque tiene razón. Esto ya no trata solo de la misión. Trata de ella, de nosotros, de la vida que estamos construyendo en los espacios que quedan entre la violencia y las mentiras.

Y quemaré la ciudad entera antes de dejar que nadie me lo arrebate.

25

ZOYA

La sensación de calor en la espalda y el ritmo constante de una respiración que no es la mía me despiertan. Por un momento, no recuerdo dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí. Entonces siento el peso del brazo de Maksim rodeándome la cintura, su pecho presionado contra mi espalda, y todo vuelve de golpe. La discusión en el pasillo, la forma desesperada en que nos arrancamos la ropa, el modo en que se le quebró la voz cuando me dijo que me llevaba en la sangre.

La luz de la mañana se cuela a través de las pesadas cortinas e ilumina la habitación con un suave resplandor dorado. Estoy en su cama, no en el cuarto de invitados donde he estado durmiendo durante días. Las sábanas huelen a él, un aroma agradable que no me molesta en absoluto. Su dormitorio es más grande que el mío, con altos ventanales que dan a los jardines y muebles que parecen caros, pero con un aire vivido.

Maksim se remueve a mi espalda y siento sus labios rozándome el hombro. El gesto es tan tierno, tan diferente del hombre que volvió a casa cubierto de sangre anoche, que se me oprime el pecho.

—Buenos días —murmura, con la voz ronca por el sueño.

Me giro entre sus brazos para mirarlo y estudio los planos angulosos de su cara bajo la luz de la mañana. Su pelo oscuro está alborotado, cayéndole sobre la frente, y sus ojos color avellana están más suaves de lo que los he visto nunca. Tiene un corte en el labio en el que no me fijé anoche con mi furia, y los nudillos de la mano derecha vendados.

—Estás herido —digo, alargando la mano para tocarle el corte.

Me coge la mano y la apoya sobre su pecho. —Estoy bien.

—Tú siempre estás bien —le digo—. Hasta cuando no lo estás.

—Lo siento —dice, y sus palabras me sorprenden—. Siento que no te sintieras lo bastante segura como para contarme lo del bebé.

El embarazo... Debería haberme dado cuenta de que nada permanece en secreto en esta casa, de que alguien habría visto la prueba de embarazo o se habría fijado en los cambios de mi comportamiento. No me esperaba que fuera el médico quien me delatara, y ver lo enfadado que estaba, lo imposible que le resultaba ocultar su dolor, me descolocó.

—Siento no haber confiado en ti —digo en voz baja.

Su pulgar me acaricia la mandíbula y me inclino hacia su contacto. —No estoy orgulloso de cómo empezó esto —dice—. El matrimonio, la misión, las mentiras. Pero no miento cuando digo que ahora te quiero a ti. No a la misión, no a la baza. A ti.

Su sinceridad es sorprendente, y siento que algo cambia dentro de mi pecho. —¿Y Damir?

La suavidad de su mirada se endurece ligeramente. —¿Qué pasa con él?

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Que él puso la droga?

—Sí.

Esa sola palabra abre un agujero en mi corazón que sé que nunca volverá a llenarse y que hace juego con aquellos en los que una vez habitaron *Mamochka* y *Batya*. Me he estado aferrando a la esperanza de que tal vez todo fuera un malentendido, de que tal vez Damir fuera inocente en todo esto. Pero la certeza en la voz de Maksim no deja lugar a dudas.

—Era un sicario del clan Karpin —continúa Maksim—. Llevaba años trabajando para ellos, pasándoles información sobre las

operaciones de la Bratva. El soldado que murió no fue un accidente. Fue un golpe selectivo.

Me incorporo y me envuelvo en la sábana. —¿Cómo lo sabes?

—Porque asesinó a mi primo —dice Maksim en voz baja—. Hizo que pareciera una sobredosis, pero encontramos la conexión.

El mundo se tambalea a mi alrededor. Alexei Petrov... Recuerdo el nombre de las esquelas, los brazaletes negros que los hombres llevaron durante semanas. Un joven de apenas veinticinco años, muerto en lo que todos creyeron que fue una sobredosis accidental. Pero no fue accidental. Fue Damir.

—Necesito pruebas —digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Maksim me estudia la cara con atención. —¿Estás segura de que quieres ver quién es tu hermano en realidad?

Asiento despacio, aunque todos mis instintos me gritan que pare, que vuelva a no saber, que finja que el hombre que me crio no es un asesino. —Sí.

Se inclina y me besa, suave y prolongadamente. —No te muevas de aquí —dice contra mis labios—. Vuelvo en treinta minutos.

Lo observo vestirse, poniéndose unos vaqueros oscuros y una camiseta negra que resalta las líneas esbeltas de su cuerpo. Se abrocha la pistolera de hombro sobre la camiseta, y la visión del arma me recuerda el mundo en el que vivimos, la violencia que nos rodea incluso en momentos tranquilos como este.

—Maksim —lo llamo cuando llega a la puerta.

Se vuelve hacia mí, con las cejas enarcadas.

—Ten cuidado —digo.

Algo en su expresión se suaviza. —Siempre lo tengo.

Cuando se va, me quedo tumbada en su cama, mirando al techo. Me llevo la mano a mi vientre todavía plano e intento imaginar cómo será traer un hijo a este mundo de secretos y violencia. Un mundo en el que mi hermano puede ser culpable de los peores crímenes imaginables y yo ni siquiera saberlo.

Sé lo que vi en el cajón del escritorio del ático de Maksim. Sé que va a volver con la prueba definitiva de que Damir es un asesino y, aun así, puedo dormir en la cama de Maksim, follar con él como si

no importara... Dios mío, voy a tener un hijo suyo y él no es mejor que Damir.

Pero Maksim nunca ha mentido sobre quién es, y Damir nunca ha sido sincero conmigo.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche, recuperado y colocado allí por la doncella, y lo cojo sin pensar. El nombre de Damir aparece en la pantalla y mi corazón da un vuelco.

—¿Diga?

—Zoya. —Su voz está quebrada, desesperada de una forma que nunca antes había oído—. Gracias a Dios. Llevo horas intentando localizarte.

—Damir, no puedo...

—Sé lo del embarazo —dice, interrumpiéndome.

Se me hiela la sangre. —¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes. Las mismas que me dicen que estás en más peligro de lo que crees. —Hace una pausa y lo oigo respirar con dificultad—. Zoya, si ese bebé es todo lo que queda de nuestra familia, entonces no puedes vincularlo al apellido Vetrov. No puedes dejar que lo reclamen.

Se me hace un nudo en la garganta. —¿De qué estás hablando?

—Ven a verme —dice con urgencia—. Por favor. Hay cosas que necesito decirte, cosas que debes saber antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo salir de la finca. Hay guardias...

—En la vieja iglesia de la avenida Nevsky. A la que *Mamochka* solía llevarnos cuando éramos niños. ¿Te acuerdas?

Sí que me acuerdo. La pequeña iglesia ortodoxa de cúpulas azules donde nuestra madre encendía velas y susurraba plegarias en una lengua que yo no entendía. Hace años que no vamos, pero todavía puedo visualizar cada detalle del interior.

—Damir...

—Una hora —dice—. Por favor, Zoya. Se suponía que tú nunca debías verte envuelta en esto. Se suponía que debías estar a salvo.

El dolor en su voz es inconfundible y, a pesar de todo lo que he descubierto sobre él, a pesar de las drogas, los asesinatos y las mentiras, sigue siendo mi hermano. El hombre que me abrazó

cuando lloré, que me enseñó a contar dinero con mano firme, que prometió protegerme del mundo.

—¿Cómo puedo saber que esto no es otra trampa? —pregunto.

—No es una trampa —dice en voz baja—. Es una despedida.

Sus palabras me provocan un escalofrío. —¿Qué quieres decir?

—Solo ven. Por favor. Una hora.

La línea se corta, y me quedo mirando el móvil en mi mano. La desesperación en la voz de Damir no me permite ignorarlo. Haya hecho lo que haya hecho, se haya convertido en lo que se haya convertido, sigue siendo mi hermano. Y si está planeando despedirse, entonces quizá necesite oír lo que tiene que decir.

Me quedo mirando la pantalla durante varios segundos, con el corazón latiéndome en los oídos. El registro de llamadas sigue abierto, con el nombre de Damir iluminado en blanco sobre el fondo oscuro. Mi pulgar se cierne sobre él mientras mi mente repasa todos los resultados posibles. Pulso *Eliminar* y veo cómo la pantalla cambia al desaparecer el registro. El nombre de Damir se desvanece de la lista, borrando la única prueba de que la llamada existió.

Dejo el móvil boca abajo sobre la mesilla y me subo la sábana hasta el pecho. Se me revuelve el estómago, no por el embarazo, sino por la decisión que acabo de tomar. No sé lo que quiere Damir. No sé si le creo. Pero no puedo ignorar el sonido de su voz ni el recuerdo de quién solía ser.

Cuando la puerta se abre a mi espalda, me doy la vuelta lentamente, con todos los músculos tensos por la inquietud, aunque consigo mantener la expresión serena. Maksim entra en la habitación y cierra la puerta tras de sí. Lleva la pistolera cruzada sobre el pecho y la pistola apoyada sobre las costillas. Me mira una vez y luego baja la vista hacia la carpeta que tiene en la mano.

Sin decir palabra, cruza la habitación y me la tiende.

La cojo despacio, con la textura lisa de la cubierta de cartón fría contra mi palma. Lo que sea que haya dentro cambiará las cosas. Ya lo sé, pero tengo que saberlo. No puedo simplemente creer en su palabra, como tampoco puedo creer solo en la de Damir.

Me observa un momento más, luego se da la vuelta y se dirige al armario que hay en la esquina de la habitación. Se quita la funda de

la pistola, metódico en su forma de desabrochar las correas y dejar el arma a un lado.

Dejo el expediente sobre mi regazo, con los dedos curvados sobre el borde como si al sujetarlo con suficiente fuerza pudiera evitar que la verdad de su interior se derramara. Mi mirada se detiene en la cubierta cerrada, cada respiración superficial y medida, preparándome para lo que ya sé que no podré ignorar.

26

MAKSIM

Pongo el dosier de cartón en las manos de Zoya y me retiro al otro extremo de mi habitación, situándome cerca de los altos ventanales que dan a los terrenos de la finca. La carpeta de cuero no lleva ninguna marca, ninguna indicación de la devastación que contienen sus páginas, pero conozco cada fotografía, cada mensaje interceptado, cada prueba condenatoria que hará añicos su mundo. Mis dedos tamborilean contra el marco de la ventana mientras la observo dudar antes de abrirla, y me descubro estudiando su rostro a la luz de la lámpara, memorizando los últimos momentos antes de que todo lo que cree sobre su familia muera.

La primera página revela fotografías de vigilancia tomadas durante los últimos tres meses. Damir fuera del almacén de Khamovniki, con el rostro nítido en el teleobjetivo mientras comprueba su entorno con la conciencia paranoica de un hombre que sabe que lo están observando. Damir dándole la mano a Lev Antonov en un aparcamiento subterráneo de la ciudad, su encuentro coreografiado como el de agentes experimentados. Damir aceptando gruesos sobres de dinero de hombres cuyos rostros son conocidos por todos los soldados de la Bratva en Moscú, hombres que han matado por mucho menos de lo que él nos ha robado. La secuencia narra una historia de traición que es mucho más profunda de lo que

nadie imaginaba, un desmantelamiento sistemático de todo lo que hemos construido.

La respiración de Zoya cambia a medida que pasa cada página, y puedo ver el momento preciso en que cada nueva revelación hace mella en ella. Sus hombros se tensan con la primera fotografía, aprieta la mandíbula con la segunda, y para la tercera, sus manos han empezado a temblar con el tipo de temblor que proviene de la conmoción más que del miedo. Las fotografías son suficientemente condenatorias, pero la verdadera devastación se encuentra en las páginas siguientes: meses de comunicaciones interceptadas entre su hermano y la organización Karpin, conversaciones que no lo pintan como un hombre desesperado que toma malas decisiones, sino como un agente calculador que trabaja para destruirnos desde dentro.

Permanezco inmóvil junto a la ventana, dándole el espacio que necesita para procesar lo que está viendo mientras mantengo mis propias reacciones bajo un estricto control. La habitación se siente pesada por el peso de la revelación, las estanterías de caoba y las alfombras persas sirven de testigos silenciosos de la destrucción de todo lo que ella creía sobre su familia. Fuera, las luces de seguridad de la finca iluminan los terrenos en duros círculos blancos, pero aquí, en esta habitación, las sombras se acumulan en los rincones a los que no llega la luz de la lámpara, y puedo sentir la oscuridad cerniéndose sobre los dos.

Llega a las transcripciones de los mensajes digitales y sus manos empiezan a temblar con una intensidad creciente. Las páginas se agitan mientras lucha por mantenerlas sujetas, y sé que ha encontrado la comunicación que la destrozará por completo. El mensaje fue interceptado hace dos semanas, enviado desde el teléfono encriptado de Damir a un número que rastreamos hasta el centro de comunicaciones de la organización Karpin. Nuestros especialistas en tecnología habían descifrado el cifrado en cuestión de horas, y cuando leí el contenido, sentí que algo frío y definitivo se instalaba en mi pecho.

Damir: 15:42: Si cogemos a la chica, Maksim vendrá. Cogedla. No la matéis a menos que sea necesario. Matadle a él primero.

El dosier se le cae de las manos y se desliza hasta el suelo de madera. Los documentos se esparcen por la alfombra antigua, fotografías y transcripciones extendiéndose en un patrón caótico que refleja la destrucción de su fe en la única persona en la que confiaba por encima de todas las demás. Su respiración se vuelve entrecortada, y se aprieta las palmas de las manos contra la cara como si de alguna manera pudiera bloquear lo que ha visto, como si cerrar los ojos fuera a hacer desaparecer las pruebas.

—Ya no lo reconozco —las palabras surgen rotas y crudas, arrancadas de algún lugar profundo de su pecho donde antes vivía la esperanza—. Este no es el hermano que me crio. Este no es el hombre que tenía dos trabajos para darnos de comer, que me enseñó a llevar los libros de contabilidad cuando tenía doce años, que me contaba cuentos antes de dormir sobre héroes y villanos cuando no podía dormir.

Me muevo desde la ventana hacia ella, mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra que ha absorbido el sonido de innumerables conversaciones en esta habitación. Cuando me agacho frente a ella, poniéndome a la altura de sus ojos, sus manos están heladas a pesar del calor de la habitación. Las cojo entre las mías, sintiendo el temblor que recorre todo su cuerpo, y me sorprende lo pequeña que parece en este momento, lo frágil que es a pesar de todo lo que ha soportado.

—Damir lleva tres años trabajando contra la Bratva, Zoya. Las pruebas se remontan a cuando se dirigió por primera vez a la dirección del hipódromo para ampliar las operaciones de juego. Cada decisión que tomó, cada contacto que desarrolló, cada dato que reunió… todo se lo estaba pasando a los Karpin —mantengo mi voz firme, objetiva, porque ahora mismo necesita la verdad más que consuelo—. El hombre que recuerdas puede que existiera una vez, pero lleva mucho tiempo muerto, reemplazado por alguien que te ve como nada más que una herramienta útil.

Me mira a través de sus dedos, sus ojos color avellana reflejan un dolor tan profundo que amenaza con arrastrarme con ella. —Era todo lo que me quedaba después de que nuestros padres murieran. Era mi familia, mi protector, la persona que se aseguró de que nunca

pasara hambre ni frío, que me abrazó cuando lloraba por los chicos del colegio, que me enseñó que la familia lo es todo.

—Te estaba utilizando —las palabras, duras e implacables, cortan el aire entre nosotros, pero son necesarias—. Cada momento de cercanía, cada recuerdo compartido, cada vez que te dijo que te estaba protegiendo… todo era para servir a un juego a más largo plazo. Cada celebración de cumpleaños, cada mañana de Navidad, cada vez que te consoló después de una pesadilla… estaba construyendo tu confianza para poder traicionarla más eficazmente —hago una pausa, dejando que todo el peso de esto se asiente—. No sé qué amaba Damir, pero no eras tú. No si estaba dispuesto a cambiar tu vida para ganar una guerra.

Zoya asiente lentamente, el movimiento apenas perceptible mientras mira fijamente las pruebas esparcidas de la traición de su hermano. Las fotografías le devuelven la mirada desde el suelo, momentos congelados de felonía que no pueden ser desvistos u olvidados. Su respiración se estabiliza gradualmente, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta, la forma en que se obliga a procesar esta nueva realidad mientras su mundo entero se desmorona a su alrededor.

—Por favor, no le hagas daño —susurra, y la petición desgarra algo en mi pecho que creía muerto hace mucho tiempo. Incluso ahora, después de todo lo que ha descubierto, su primer instinto es proteger al hombre que la vendió a sus enemigos. Es demasiado pura para este mundo, pero no puedo concederle esa petición. Solo puedo asentir.

Me inclino hacia delante y presiono mis labios en su frente, sintiendo el calor de su piel y la ligera humedad de la transpiración. Por un momento, me permito aspirar su aroma, memorizar el olor de su pelo y cómo se siente bajo mi tacto. Cuando me aparto, no hago promesas que no puedo cumplir, porque la verdad es que el destino de Damir quedó sellado en el momento en que autorizó su secuestro.

—Descansa —le digo, levantándome de mi posición en cuclillas y sintiendo mis rodillas protestar por el movimiento—. Grisha se quedará contigo.

Ya estoy cogiendo mi teléfono mientras me dirijo a la puerta del estudio, mi mente cambiando al modo operativo. El peso emocional de lo que acaba de suceder entre nosotros debe ser compartimentado, archivado hasta que la amenaza inmediata sea neutralizada. La llamada se conecta al segundo tono, y la voz de Grisha llega clara y profesional.

—Grisha.

—Trasládese a la casa inmediatamente. Dispositivo de seguridad completo. Nadie pasa de las verjas, y quiero vigilancia en todas las carreteras de acceso —me detengo en el umbral, mirando a Zoya por última vez—. No debe abandonar la finca por ningún motivo.

—Entendido, jefe. ¿Cuánto tiempo debemos mantener el confinamiento?

—Hasta que te diga lo contrario.

Termino la llamada e inmediatamente marco a Rolan. Responde antes de que termine el primer tono, y puedo oír voces de fondo; ya está movilizando recursos basándose en el mensaje que le envié hace una hora.

—Es la hora —anuncio, y le oigo suspirar.

—He estado esperando esta llamada. ¿Cuántos equipos quieres desplegar?

Camino por el pasillo hacia la armería con más peso en el pecho del que es humanamente posible soportar, pero lo aguanto como un buen soldado. La casa se siente diferente ahora, cargada con la electricidad de la violencia inminente. —Todos los equipos que tenemos. Quiero que ataquen primero el almacén de Khamovniki; ahí es donde Damir ha estado llevando a cabo la mayoría de sus reuniones con los agentes de Karpin. La fábrica textil de Butovo es su centro de comunicaciones secundario. El astillero cerca de Domodedovo se encarga de sus transferencias de armas.

—Eso es mucho terreno que cubrir en una noche, hermano. Nos dispersaremos demasiado por la ciudad.

—Entonces nos moveremos rápido y con contundencia —llego a la puerta de la armería e introduzco el código de seguridad, escuchando cómo las cerraduras electrónicas se desactivan con su familiar susurro mecánico—. Coordínate con Vadim y Renat. Quiero

equipos en cada ubicación en menos de una hora, y los quiero armados para la guerra. Sin medias tintas esta noche.

—¿Qué hay de los protocolos de respaldo?

La puerta de la armería se abre, revelando mi arsenal personal montado en las paredes en filas precisas. Selecciono una pistola Makarov y compruebo la recámara, luego cojo cargadores adicionales y me los guardo en la chaqueta. El arma se siente cómoda en mi mano, familiar y letal. —Yo iré al frente en el almacén. Tú encárgate de la logística y la coordinación desde el centro de mando.

—Maksim —la voz de Rolan contiene una nota de advertencia que he oído antes, normalmente cuando cree que estoy a punto de hacer algo imprudente—. Esto ya no se trata solo de encontrar a Damir. Los Karpin saben que vamos a por ellos. Estarán preparados, y tendrán equipos de asesinos esperando en cada lugar que hemos identificado.

—Bien —me pongo la pistola en la funda y cojo un chaleco táctico, comprobando los paneles de kevlar antes de abrochármelo —. Quiero que me vean venir. Quiero que sepan que tocar lo que es mío tiene un precio que no pueden permitirse pagar.

—¿Y si es una trampa?

—Entonces caeremos en ella y haremos que se arrepientan de haberla tendido —me ajusto el chaleco y compruebo el rango de movimiento, asegurándome de que mi desenfunde no se vea obstaculizado—. Damir tomó su decisión cuando la puso en el punto de mira. Ahora vive con las consecuencias.

Rolan se queda en silencio por un momento, y puedo oírle procesar las implicaciones. —Tendré los equipos listos en treinta minutos.

—Que sean veinte.

Termino la llamada y echo un último vistazo a la armería. Todo está en orden, armas limpias y mantenidas, munición almacenada y lista. Esta noche, cazamos al hombre que nos traicionó a todos, y mañana, Moscú sabrá que la Bratva protege a los suyos.

La puerta del estudio está cerrada cuando vuelvo a pasar por delante de camino a la entrada principal, pero puedo oír a Zoya

moverse dentro. Probablemente esté recogiendo los papeles esparcidos, tratando de encontrarle sentido a las pruebas, intentando reconciliar al hermano que amaba con el hombre que la vendió a sus enemigos. No me detengo a ver cómo está porque Grisha llegará pronto, y estará a salvo tras los muros de mi finca.

La puerta principal se abre cuando llego al vestíbulo, y Grisha entra con otros tres hombres, todos armados y alerta. Su rostro es sombrío pero está preparado, y puedo ver la comprensión en sus ojos. Sabe lo que significa esta noche.

—Está en el dormitorio —le digo—. Nadie se acerca a ella, y nadie sale de la finca sin mi autorización directa.

—Entendido, jefe.

Me pongo el abrigo y miro mi reloj. Veintidós minutos hasta que los equipos se movilicen, tiempo suficiente para conducir hasta la primera ubicación y examinar el terreno. El aire de la noche es cortante en mi rostro cuando salgo, trayendo el olor a nieve y la promesa de violencia.

Moscú bulle con su energía habitual, millones de personas viviendo sus vidas sin saber que la guerra está a punto de estallar en sus calles. Me deslizo en el asiento del conductor de mi coche y arranco el motor, sintiendo el peso familiar de la pistola contra mis costillas.

Damir Mirov ha estado planeando esto durante años, usando a su hermana como cebo, vendiendo a la Bratva y aliándose con nuestros enemigos. Pero cometió un error crucial en sus cálculos.

Subestimó hasta dónde llegaría yo para proteger lo que es mío.

En el momento en que bajó aquellas escaleras y cruzó esa calle para hablar conmigo, encendió un fuego que no pudo controlar, y ese anillo en su dedo cambió todo el curso de su futuro, y el de su hermano. Esta noche, Damir aprende el coste de la traición. Esta noche, esto se acaba.

27

ZOYA

La estación de metro abandonada me echa su aliento frío a la cara mientras desciendo los escalones de hormigón agrietados. El agua gotea desde algún lugar en la oscuridad de arriba y cada gota retumba en el espacio hueco. Las luces fluorescentes que una vez iluminaron este lugar hace mucho que se apagaron, dejando solo el pálido resplandor de la linterna de mi móvil para guiarme hacia las profundidades.

Lo oigo antes de verlo: el roce de unas botas contra los escombros, la brusca inspiración que me resulta familiar. Cuando mi luz lo encuentra, me quedo helada.

Damir está de pie bajo la entrada arqueada del túnel y, por un momento, no reconozco al hombre que tengo delante. Tiene la cara demacrada, con los pómulos afilados bajo una piel que parece demasiado pálida, demasiado fina. Unas ojeras oscuras le rodean los ojos y un corte reciente le parte el labio inferior. La chaqueta le queda holgada y tiene el cuello manchado de sangre seca. Este no es el hermano que solía traerme té caliente cuando trabajaba hasta tarde contando dinero. Este no es el hombre que me prometió que me mantendría a salvo.

—Zoya —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre, y da un paso adelante—. Has venido.

No me muevo. Aferro la carpeta contra mi pecho y lo observo acercarse con pasos cautelosos. Ahora se mueve de otra manera: herido, receloso, comprobando las sombras detrás de mí como si esperara compañía, y aunque puede que se lo merezca, yo nunca llevaría a propósito a Maksim ni a ninguno de sus otros enemigos hasta él.

—Tienes un aspecto horrible —digo.

Se ríe, pero sin pizca de humor. —He tenido semanas mejores —su mirada se posa en la carpeta que tengo en las manos y luego vuelve a mi cara—. Lo siento. Por todo. Nunca quise que te vieras envuelta en esto.

—Pero me he visto envuelta —levanto la carpeta—. Por tu culpa.

Sus ojos se desvían hacia los documentos y luego aparta la mirada. —Sea lo que sea que te hayan dicho, lo que sea que te hayan enseñado…

—No me han dicho nada —me acerco un poco más, con la voz firme a pesar del temblor en mi pecho—. Me han dado pruebas.

Le tiendo la carpeta y la coge con manos reacias. Le tiemblan los dedos al abrirla, pero apenas echa un vistazo a las páginas del interior antes de cerrarla de golpe. No tiene luz, así que no es como si pudiera verla aquí abajo, pero no parece querer saberlo. —Esto está falsificado. Todo. Los Vetrov te están poniendo en mi contra, Zoya. Te están utilizando para llegar hasta mí.

—¿Los rastros de los pagos están falsificados? —pregunto—. ¿El mensaje de voz donde ordenas que me cojan?

Algo cambia en su expresión, un destello de reconocimiento, de culpa. Aprieta la mandíbula y veo que su mano se desliza hacia la chaqueta. El movimiento es sutil, pero capto el brillo del metal bajo la tela.

Se me corta la respiración. —¿Vas armado?

—Tengo que estarlo —deja caer la carpeta a sus pies y los papeles se esparcen por el hormigón sucio—. Me están dando caza, Zoya. Los Vetrov me quieren muerto y te están utilizando para hacerme salir.

—¿Alguna vez te he importado? —las palabras me salen desgarradas de la garganta antes de que pueda detenerlas—. ¿O

siempre he sido solo una parte de tu plan?

Su rostro se descompone. —No es…, no es tan sencillo.

—Sí o no, Damir —retrocedo, poniendo distancia entre nosotros —. ¿Alguna vez te he importado?

Hace ademán de alcanzarme, pero yo ya me estoy moviendo. — Zoya, por favor…

La puerta de la escalera estalla sobre nosotros.

—¡Zoya! —la voz de Maksim atraviesa el espacio subterráneo con una autoridad brutal. Sus botas retumban al bajar los escalones y veo la silueta oscura de su pistola levantada frente a él—. ¡Al suelo!

La mano de Damir va hacia su arma, pero yo ya me estoy lanzando hacia un lado. La columna oxidada es lo bastante gruesa como para protegerme y me estrello contra ella mientras suena el primer disparo. El sonido es ensordecedor en el espacio cerrado, rebotando en las paredes de hormigón y en los elementos metálicos.

—¡Hijo de puta! —la voz de Damir está ronca de rabia—. ¡Está embarazada!

Otro disparo. Luego otro. Me pego a la columna, con los brazos alrededor de mi estómago, mientras las balas rasgan el aire por encima de mi cabeza. Caen trozos de hormigón y noto el sabor a polvo y a miedo en la boca.

Dos figuras emergen de las sombras en el extremo opuesto del túnel: los hombres de Damir, con las armas ya desenfundadas. Corren hacia nosotros, flanqueando a Maksim mientras avanza por el andén. Los fogonazos iluminan sus rostros en breves y violentas ráfagas.

—Tres —susurro para mí, contando las sombras—. Tres contra uno.

Pero Maksim no duda. Avanza entre los disparos, con su propia arma firme en las manos. El primer hombre cae de forma limpia: un tiro en el pecho que lo derriba al instante. El segundo intenta esquivarlo detrás de una viga de soporte, pero Maksim ya está allí.

La lucha se vuelve brutal en segundos. Maksim placó al tirador contra la pared de hormigón y oigo el crujido repugnante de hueso contra piedra. La pistola del hombre resbala por el suelo, pero Maksim no le da oportunidad de recuperarse. Su puño impacta en la

mandíbula del hombre, una y otra vez. La sangre salpica la pared tras ellos. Está todo muy oscuro, pero me fío de lo que veo. La rabia de Maksim está fuera de control.

—¡Zoya! —la voz de Damir está más cerca ahora—. ¡Tenemos que irnos!

Levanto la vista y lo veo acercarse a mi escondite, con la pistola todavía en la mano. Su cara está desesperada, enloquecida por el pánico. —Ven conmigo. Ahora. Antes de que nos mate a los dos.

-No —no me muevo de detrás de la columna—. No voy a ir a ninguna parte contigo.

—¡Es de la Bratva! —la voz de Damir se quiebra—. Te utilizará hasta que ya no le sirvas para nada y luego te desechará. ¿Es eso lo que quieres para tu hijo?

—Mejor que lo que tú tenías planeado para mí —mis ojos se dirigen a Maksim, que está enzarzado en una pelea con el segundo matón de Damir.

Su rostro palidece y, por un momento, aparenta exactamente su edad: joven, perdido, destrozado. —Nunca quise que te hicieran daño.

—Pero me lo hiciste —me levanto lentamente, manteniendo la columna entre nosotros—. Me vendiste. Les diste mi ubicación, mi horario, todo lo que necesitaban para llevarme.

—¡Tenía que hacerlo! —la desesperación en su voz es cruda, animal—. Nos habrían matado a los dos si no cooperaba. Al menos así, tenías una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? ¿De morir asesinada en el incendio de un almacén?

Su pistola vacila en su mano. —No sabía que iban a…

—Sabías lo suficiente —salgo de detrás de la columna y él inmediatamente levanta su arma—. Sabías que me querían muerta.

—Baja el arma, Damir —la voz de Maksim es fría, controlada. Está en el otro extremo del andén, con su propia arma apuntando a mi hermano. Le gotea sangre de los nudillos despellejados y tiene la camisa rota, pero su agarre es firme.

—No tiene derecho a decirme lo que tengo que hacer —gruñe Damir—. No con mi hermana.

—Ya no es tu hermana —Maksim da un paso adelante—. Es mi mujer.

—¡Un matrimonio al que la obligaste!

—Un matrimonio que le salvó la vida —otro paso—, de ti.

El rostro de Damir se contrae de rabia. —No sabe de lo que habla.

—Sé que eres de los Karpin —la voz de Maksim atraviesa el espacio entre ellos—. Sé que has estado trabajando para ellos desde el principio. Sé que preparaste el trato de drogas que mató a nuestro soldado.

—Demuéstrelo.

—No tengo que hacerlo —Maksim señala con la cabeza los papeles esparcidos a los pies de Damir—. Ella ya lo ha hecho.

La mirada de mi hermano se desvía hacia los documentos y luego vuelve a Maksim. —Están falsificados.

—¿Los registros bancarios? ¿Los registros telefónicos? ¿El testimonio de tus propios contactos? —la voz de Maksim es tranquila, mortal—. ¿Todo falsificado?

-Sí.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, Damir? —pregunto—. Si eres inocente, ¿por qué estás huyendo?

Se vuelve hacia mí y veo el momento en que se rompe. Se le hunden los hombros y la pistola en su mano baja unos centímetros. —Porque estoy cansado de mentirte.

La confesión queda suspendida en el aire entre nosotros, pesada y definitiva. Siento que algo se abre en mi pecho; no es sorpresa, exactamente, sino la confirmación de lo que he sabido desde que abrí esa carpeta.

—¿Desde cuándo? —pregunto.

—Desde el principio —su voz es apenas un susurro—. Desde antes de que empezaras a trabajar en el hipódromo. Se me acercaron cuando tenía diecisiete años, dijeron que podían hacerme rico si les ayudaba a entrar en las operaciones de la Bratva.

—¿Y yo?

—Se suponía que tú no ibas a formar parte de esto —se le llenan los ojos de lágrimas—. Se suponía que debías mantenerte al

margen, fuera de todo. Pero cuando empezaste a trabajar en el hipódromo, dijeron que podías ser útil. Dijeron que si no te utilizaba, encontrarían a otro que lo hiciera.

—Así que me utilizaste.

—¡Intenté protegerte! —las palabras salen de él como un desgarro—. Te mantuve alejada de lo peor, te di trabajos seguros, me aseguré de que nunca vieras nada que pudiera hacer que te mataran.

—Excepto que casi consigues que me maten… —me acerco más y él se estremece—. O lo intentaste.

—No sabía que iban a…

—Para —levanto la mano—. Simplemente deja de mentir.

Me mira durante un largo momento y luego asiente. —Lo sabía. Cuando me dijeron que les diera tu ubicación, sabía lo que estaban planeando. Pero pensé… pensé que si te avisaba de alguna manera, si te daba una oportunidad de huir…

—Pensaste mal.

—Lo sé —su voz se quiebra por completo—. Sé que lo hice. Pero tenía miedo, Zoya. Dijeron que si no cooperaba, nos matarían a los dos. Al menos de esta manera, tenías a Maksim. Él podía protegerte.

—Me protegió —miro a Maksim, que no se ha movido de su sitio —. De ti.

El rostro de Damir se descompone. —Nunca dejé de quererte. Incluso cuando te mentía, incluso cuando te utilizaba, nunca dejé de ser tu hermano.

—Sí que lo hiciste —mis palabras desfilan por mi lengua en una sola fila como buenos soldados que van a la guerra. Se acabó que me mangonee—. Dejaste de ser mi hermano en el momento en que los elegiste a ellos por encima de mí.

Me mira fijamente y veo que se da cuenta de que no hay vuelta atrás. Ninguna disculpa arreglará lo que ha roto. Ninguna explicación hará que vuelva a confiar en él.

—Lo siento —susurra.

—Lo sé.

Vuelve a levantar la pistola, pero no hacia mí. Hacia Maksim. —No puedo dejar que se la lleve.

—No tienes elección.

—Soy su hermano.

—Y yo soy su marido —la voz de Maksim es gélida—. Lo que significa que soy yo quien decide qué pasa con la gente que le hace daño.

El dedo de Damir se mueve hacia el gatillo, pero yo ya me interpongo entre ellos. —No.

—Zoya, apártate —la voz de Maksim es cortante, autoritaria.

—No —miro a mi hermano, a este hombre destrozado que solía traerme té y prometerme que me mantendría a salvo—. No vale la pena.

—Intentó que te mataran.

—Lo sé —no aparto los ojos de Damir—. Pero no voy a dejar que lo mates delante de mí.

—Es de los Karpin —dice Maksim—. Es una amenaza para la familia. Para ti. Y mató a Alexei.

—Está acabado —me acerco a Damir y él baja el arma—. Mírale. Ya está muerto.

Es cierto. La poca lucha que le quedaba se ha desvanecido, dejando tras de sí solo el cascarón del hombre que me crio. Su cara es gris, sus manos tiemblan. Parece que no ha dormido en días.

—Tienes razón —dice en voz baja—. Estoy acabado.

—Entonces vete —le tiendo la mano—. Dame la pistola y vete.

Me mira fijamente durante un largo momento y luego, lentamente, coloca el arma en mi palma. El metal está caliente por su contacto, más pesado de lo que esperaba. Se la devuelvo a Maksim sin mirar.

—¿Adónde irás? —pregunto.

—No lo sé —Damir se seca los ojos con el dorso de la manga—. Muy lejos. A un lugar donde no puedan encontrarme.

—Te encontrarán —gruñe Maksim, pero no dispara y por eso se lo agradezco. Estoy temblando, aterrorizada de que en cualquier segundo suene el estruendo del arma de Maksim y la sangre brote de mi hermano, pero no sucede.

—Lo sé.

Empieza a darse la vuelta y luego se detiene. —Por si sirve de algo, me alegro de que lo hayas elegido a él. Te mantendrá a salvo.

—No lo elegí porque me vaya a mantener a salvo —miro a Maksim, que nos observa con ojos cautelosos—. Lo elegí porque lo quiero.

Damir asiente lentamente. —Espero que eso sea suficiente.

—Lo es.

Camina hacia el otro extremo del andén y cada paso suena como un clavo en un ataúd. Lo veo desaparecer en las sombras y sé que no volveré a verlo. El hermano que amaba murió hace años, reemplazado por este extraño que llevaba su cara y pronunciaba su nombre.

—Tenemos que irnos —dice Maksim—. Su gente lo estará buscando.

Asiento, pero no me muevo. Todavía no. Me quedo en la estación de metro abandonada, rodeada por los escombros de mi antigua vida, y me permito llorar. No por el hombre que acaba de marcharse, sino por el hermano que perdí mucho antes de esta noche.

—Zoya.

Me vuelvo y encuentro a Maksim a mi lado, con la mano extendida. La cojo, sintiendo la cálida fuerza de sus dedos alrededor de los míos.

—Estoy lista —digo.

Caminamos juntos hacia las escaleras, dejando atrás las sombras.

28

MAKSIM

El sistema de túneles se bifurca en tres direcciones delante de nosotros, y los oigo antes de verlos: el suave roce de unas botas contra el hormigón, el clic metálico de los seguros al quitarse. Hombres de Karpin. Creen que nos tienen acorralados.

Se equivocan.

Cuento sus patrones de respiración, establezco sus posiciones por el eco de sus movimientos. Tres hombres, quizá cuatro. Están intentando acorralarnos, pero han cometido un error garrafal. No conocen estos túneles como yo.

—Quédate detrás de mí —le digo a Zoya en voz baja—. Cuando yo me mueva, tú te mueves.

Ella asiente, con el rostro pálido en la penumbra. Su mano descansa sobre su vientre, en un gesto protector e instintivo. He visto ese gesto cientos de veces desde que supimos lo del bebé, y nunca deja de encogérseme el pecho.

El primer hombre dobla la esquina con el arma en alto y le meto dos balas en el pecho antes de que pueda disparar. Cae limpio, su pistola resuena al otro lado del hormigón. El sonido retumba por los túneles y sé que hemos perdido el elemento sorpresa.

—¡Vetrov! —procede el grito de algún lugar a nuestra izquierda —. ¡Sal y lo haremos rápido!

No respondo. En lugar de eso, me muevo entre las sombras, usando las columnas de soporte y los escombros como cobertura y manteniendo a Zoya a salvo detrás de mí. El segundo hombre intenta flanquearnos por la derecha, pero yo ya estoy allí. Mi cuchillo encuentra su garganta antes de que pueda apretar el gatillo, y cae gorgoteando sangre.

—Dos menos —murmuro, limpiando la hoja en su camisa.

El tercer hombre es más listo. Se queda atrás, esperando a que cometa un error. Puedo oír su respiración, a diez metros de distancia, pegado a una puerta de mantenimiento. Intenta ser paciente, pero el miedo vuelve estúpidos a los hombres.

Me abro paso por el borde del andén, agachado. Zoya me sigue con pasos silenciosos. Cuando estoy lo bastante cerca, paso a la acción.

El hombre me ve venir y levanta su arma, pero yo ya me estoy lanzando. El disparo se desvía, haciendo saltar chispas en la pared del túnel. Lo placo contra la puerta de mantenimiento, que cede bajo nuestro peso combinado. La atravesamos y caemos en un estrecho pasillo de servicio; siento su codo conectando con mis costillas.

Un dolor intenso me atraviesa el costado, pero no lo suelto. Lo estampo contra la pared, una, dos veces, hasta que su agarre en la pistola se afloja. Se le cae al suelo y la aparto de una patada.

—Cerdo asqueroso… Él lo matará… —gorgotea el hombre con mi mano aferrada a su garganta.

Estoy a punto de responder cuando oigo a Zoya gritar mi nombre. Es un lamento de terror que me hiela la sangre. Suelto al soldado de Karpin y me doy la vuelta. Damir está en el umbral de la sala de mantenimiento, con el rostro desencajado por la rabia. En su mano, sostiene un cuchillo de combate. Respira con dificultad por la carrera, aunque pensé que ya se había ido. Parece que solo ha ido a buscar a sus refuerzos, y apenas distingo la silueta de Zoya cerca de la pared, entre las sombras.

—Me lo quitaste todo —gruñe.

—Tú lo regalaste —replico, moviéndome para interponerme entre él y Zoya.

—¡Es mi hermana!

—Era tu hermana. Hasta que la vendiste.

Se abalanza sobre mí con el cuchillo y apenas consigo levantar el brazo a tiempo para bloquearlo. La hoja roza mi chaqueta, rasgando el cuero. Le agarro la muñeca y forcejeamos por el control del arma.

Damir está desesperado, lo que lo hace peligroso. Lucha con el frenesí de un hombre que no tiene nada que perder. Pero la desesperación no es suficiente. Llevo toda mi vida entrenando para esto.

Le retuerzo la muñeca hasta que suelta el cuchillo, y luego le clavo la rodilla en el estómago. Se dobla por la mitad y le doy con el codo en la nuca. Se desploma en el suelo, pero no está acabado.

Rodando, se levanta repartiendo golpes y su puño conecta con mi mandíbula, echándome la cabeza hacia atrás. Noto el sabor de la sangre, pero no me caigo. Le devuelvo el favor, mis nudillos se abren contra su pómulo.

—¡Le destrozaste la vida! —grita, lanzando otro puñetazo.

Me agacho y le hundo el puño en las costillas. —Tú se la destrozaste primero.

Luchamos en el estrecho pasillo, golpeándonos contra paredes y tuberías. Es más fuerte de lo que parece, pero yo estoy mejor entrenado. Lo sujeto con una llave de estrangulamiento, pero me muerde el brazo y lo suelto con una maldición.

—¡Maksim! —La voz de Zoya es aguda por el pánico.

Damir la oye y se lanza hacia el umbral. Lo agarro por la espalda de la camisa y tiro de él hacia atrás. Se gira y me da una fuerte patada en el pecho. Retrocedo tambaleándome, mi talón se engancha en el borde de un escalón.

La escalera. No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca.

Caigo de espaldas por los escalones de hormigón, mis hombros y espalda se golpean contra los bordes. Cada impacto envía ondas de dolor por todo mi cuerpo. Cuento siete escalones antes de llegar al final, y para entonces mi visión se está volviendo borrosa.

—¡Zoya! —oigo la voz de Damir sobre mí—. ¡Ven conmigo ahora!

—¡No! —Su voz es feroz, desafiante—. ¡No pienso dejarlo!

Me obligo a ponerme en pie, ignorando el fuego en mis costillas. Damir está en lo alto de las escaleras, intentando alcanzar a Zoya. Ella se aleja de él, con las manos levantadas a la defensiva.

—No tenemos tiempo para esto —dice él—. Los hombres de Karpin están llegando. Si nos encuentran aquí, nos matarán a todos.

—Entonces corre —le dice ella—. Pero yo me quedo.

—No te dejaré…

—Ya no tienes derecho a decidir. —Su voz es firme ahora, definitiva—. Ya he tomado mi decisión.

El rostro de Damir se descompone, pero no hay tiempo para dramas familiares. Oigo pisadas resonando desde lo más profundo de los túneles. Más soldados de Karpin, moviéndose rápido.

—Zoya —la llamo—. Tenemos que irnos. Ahora.

No duda. Le da la espalda a su hermano y baja corriendo las escaleras hacia mí. Le cojo la mano cuando llega abajo y nos dirigimos juntos hacia la salida.

—¡Zoya, por favor! —La voz de Damir nos sigue, pero no nos persigue. Sabe que se ha acabado.

Salimos por la salida de emergencia a la noche de Moscú. El aire frío me golpea la cara y huelo a gases de escape y humo de cigarrillo. Estamos en un callejón detrás de una fila de tiendas y veo la calle principal más adelante.

—Ahí —señalo una berlina negra aparcada en el bordillo—. Ese.

—¿Cómo sabes que arrancará?

—¡Entra y ya! —le espeto mientras golpeo con el codo la ventanilla del conductor, luego entro y desbloqueo las puertas. Saco mi cuchillo y manipulo el contacto, sacando el cilindro de metal y pelando rápidamente los cables.

El motor arranca al primer intento y me alejo del bordillo justo cuando los primeros soldados de Karpin emergen de la entrada del metro. Nos ven y echan a correr, pero ya estamos en movimiento.

—Nos están siguiendo —dice Zoya, mirando por la luna trasera.

Miro el retrovisor. Dos coches, quizá tres. Nos están alcanzando, pero yo conozco estas calles mejor que ellos.

Giro bruscamente a la derecha en la calle Tverskaya, los neumáticos chirrían contra el asfalto. El coche de detrás intenta

seguirme, pero el conductor toma la curva demasiado rápido. Veo por el retrovisor cómo golpea un coche aparcado y empieza a dar vueltas.

—Dios mío —suspira Zoya asustada, agarrando la manilla de la puerta con los nudillos blancos.

El segundo coche es más cuidadoso, pero también más lento. Serpenteo entre el tráfico, usando la congestión como cobertura. Un taxi pita cuando me cruzo delante de él, pero ya estoy tres coches por delante.

Oigo el estallido de un disparo y siento cómo la luna trasera explota. El cristal llueve sobre el asiento trasero y piso el acelerador a fondo. El coche se lanza hacia adelante, con el motor rugiendo.

—Maksim —la voz de Zoya es tensa por el miedo—. Están disparando.

—Agáchate —le digo, tomando otra curva cerrada.

Ahora estamos en una calle residencial, estrecha y sinuosa. Las casas pasan a toda velocidad en un borrón de luces y sombras. Oigo la persecución detrás de nosotros, pero les cuesta seguirnos el ritmo.

Entonces oigo el sonido que me hiela la sangre: el agudo zumbido de una bala rebotando en el metal. Le han dado a un neumático.

El coche se desvía bruscamente hacia la izquierda y lucho por mantener el control. El volante se sacude en mis manos y siento la llanta rozando el asfalto. Estamos perdiendo velocidad, y rápido.

—Ahí —Zoya señala un estrecho callejón entre dos edificios—. ¿Cabemos?

—Estamos a punto de averiguarlo.

Giro el volante bruscamente a la derecha y nos metemos de lleno en el callejón. El coche raspa contra las paredes de ladrillo a ambos lados, saltan chispas. Detrás de nosotros, oigo el chirrido de los frenos cuando nuestros perseguidores se dan cuenta de que no pueden seguirnos.

Salimos a otra calle, pero el coche está destrozado. Sale vapor de debajo del capó y el neumático está completamente hecho trizas. Me detengo y apago el motor.

—Fuera —le digo a Zoya—. A partir de aquí vamos a pie.

Abandonamos el coche y corremos por el laberinto de callejuelas. Las costillas me arden y noto el sabor de la sangre en la boca, pero no bajo el ritmo. Zoya me sigue el paso, con la respiración agitada pero constante.

Después de diez minutos corriendo, por fin nos permito parar. Estamos en una callejuela tranquila, escondidos en las sombras entre dos edificios de apartamentos. Me apoyo en una pared e intento recuperar el aliento.

—¿Estás herido? —pregunta Zoya, con sus manos en mi cara.

—Estoy bien. —Pero no lo estoy. Siento algo crujir en mi pecho cuando respiro y mi visión se vuelve borrosa en los bordes.

—Estás sangrando.

Miro hacia abajo y veo que mi camisa está empapada de sangre. Parte es mía, parte pertenece a los hombres que he matado. Ya no puedo distinguirlas.

—Pensé que ibas a morir —dice ella en voz baja—. Cuando Damir tenía ese cuchillo, cuando te caíste por las escaleras… Pensé que iba a perderte.

—No me has perdido.

—Pero podría haberte perdido. —Se le quiebra la voz—. Vi pasar mi vida entera ante mis ojos, y tú estabas en cada parte de ella. El bebé, nuestro futuro, todo… todo gira en torno a ti.

La atraigo hacia mí, ignorando el dolor de mis costillas. —Ya estamos a salvo.

—¿Lo estamos?

—Por ahora. —Miro la calle vacía—. Pero no podemos quedarnos aquí.

Conozco un lugar. Un piso franco que la familia mantiene para situaciones como esta. No está lejos, quizá a veinte minutos a pie. Podemos descansar allí, planear nuestro próximo movimiento.

—Vamos —le digo—. Conozco un sitio al que podemos ir.

Caminamos por las calles tranquilas, manteniéndonos en las sombras. Siento las costillas rotas y cada paso me provoca un dolor punzante en el pecho. Pero estamos vivos, y eso es lo que importa.

El piso franco es un pequeño apartamento encima de una panadería. Tengo la llave y, en cuestión de minutos, estamos dentro. El lugar es austero pero limpio: una cama, una mesa, provisiones básicas.

—Siéntate —me dice Zoya, empujándome hacia la cama—. Déjame ver esas costillas.

Me siento con cuidado y ella me levanta la camisa. El moratón ya está empezando a aparecer, un color púrpura oscuro extendiéndose por mi pecho.

—Podrían estar rotas —dice.

—Están fisuradas. No rotas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya he tenido costillas rotas antes. —Le cojo la mano y me la llevo a los labios—. Estoy bien, Zoya. Los dos estamos bien.

Me mira durante un largo momento, y luego asiente. —¿Y ahora qué?

—Ahora desaparecemos por un tiempo. Hasta que sea seguro volver.

—¿Y Damir?

—Él tomó su decisión. Tendrá que vivir con ella.

Se acurruca a mi lado en la cama, con cuidado de no tocar mis costillas heridas. La rodeo con mi brazo y, por primera vez en horas, me permito relajarme.

Estamos a salvo. Maltrechos y exhaustos, pero a salvo.

Por ahora, eso es suficiente.

29

ZOYA

El ático que usamos como piso franco se alza sobre las calles de la ciudad, y sus ventanas ofrecen una vista de las extensas luces de Moscú. Guío a Maksim hasta el pequeño sofá que hay junto a la ventana, con su brazo sobre mis hombros para que se apoye. Cada uno de sus pasos es lento, y puedo ver el dolor marcado en las arrugas que rodean sus ojos.

—Siéntate —le digo, empujándolo con suavidad sobre los cojines gastados.

No protesta, lo que me indica lo mucho que le duele. La sangre le ha empapado la camisa, y se le extienden oscuros moratones por los nudillos y los pómulos.

Encuentro un botiquín en el armario del baño y vuelvo con lo necesario. Me tiemblan las manos mientras lo coloco todo sobre la mesa de centro: gasas, antiséptico, esparadrapo. El temblor de mis dedos no cesa.

Entonces me vuelvo hacia él y le ayudo a quitarse la chaqueta con cuidado.

—Déjame ver esas costillas —digo, mientras le agarro el bajo de la camisa.

Él levanta los brazos despacio, permitiéndome pasarle la tela por la cabeza. Unos moratones violáceos se extienden por su pecho,

formando líneas nítidas por los golpes contra las escaleras, y tiene un corte profundo en el costado izquierdo que todavía sangra. La herida estropea sus preciosos tatuajes, que ya nunca volverán a ser los mismos.

—Esto necesita puntos —murmuro, presionando una gasa sobre la herida.

—Aguantará —su voz es áspera, cansada—. Límpialo y véndalo con fuerza.

Vierto antiséptico en un paño limpio y me pongo a la tarea. No se estremece cuando le limpio el corte, pero su mandíbula se tensa. Siento el calor que irradia su piel, distingo el olor metálico de la sangre mezclado con su familiar colonia.

—Podrías haber muerto esta noche —digo en voz baja, sin levantar la vista de mi tarea.

—Pero no ha sido así.

—Te has caído por las escaleras. He oído cada golpe —se me quiebra la voz al pronunciar las palabras—. Pensé que…

—Sigo aquí, Zoya.

Termino de limpiar la herida y empiezo a vendarle las costillas con vendas elásticas. Ahora mis manos están más firmes, concentradas en la tarea. Cuando termino, me echo hacia atrás y lo miro como es debido.

—¿Me crees ahora? —pregunta.

Pienso en el expediente, en la confesión de Damir, en la forma en que mi hermano me miró cuando se dio cuenta de que no me iría con él.

—Sí —digo—. Te creo.

Asiente despacio, como si hubiera estado esperando este momento. —Bien.

—Siento haber dudado de ti. Después de todo lo que has hecho para protegerme, aun así…

—No tienes que disculparte —me tiende la mano y la coge, y su pulgar traza círculos sobre mis nudillos—. Era tu hermano. Claro que querías creerle.

Miro nuestras manos unidas. Las mías todavía están manchadas de hollín y sangre de los túneles, con las uñas sucias de escombros.

Las suyas están amoratadas y con heridas, marcadas por la violencia de la pelea de esta noche.

—Te quiero —le digo. Las palabras salen sencillas, sinceras—. Debería haberlo dicho antes, pero tenía miedo. Miedo de que, si lo admitía, encontrarías la forma de usarlo en mi contra.

—Lo sé desde hace un tiempo —dice en voz baja.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde la noche en que te despertaste después del incendio. Me miraste al abrir los ojos y lo vi. La forma en que confiabas en que te mantendría a salvo.

Recuerdo aquella noche. El sabor a humo en la boca, las vendas en mis brazos, la forma en que él se sentó junto a la cama velando por mí. Incluso entonces, quemada y rota, me sentí segura con él allí.

—Estaba aterrorizada, pensaba que iba a perderte esta noche —admito—. Cuando Damir tenía ese cuchillo, cuando estabas luchando contra esos hombres… me di cuenta de que mi mundo entero ha pasado a girar a tu alrededor. A nuestro alrededor.

—No me has perdido.

—Pero podría haberlo hecho. ¿Y entonces qué? Estaría sola otra vez, con un bebé, y sin un lugar adonde ir.

Me suelta la mano y me acuna la cara. Su palma está cálida contra mi mejilla, callosa por años de violencia, pero su contacto es suave.

—No estás sola —dice—. Nunca volverás a estarlo.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Se inclina hacia delante y me besa, suave y lento. Noto el sabor metálico en sus labios, siento el temblor de sus manos mientras me acerca más a él. Cuando nos separamos, apoyo la frente en la suya.

—Te necesito —susurro—. Esta noche. Ahora mismo.

—Zoya…

—Sé que estás herido. Sé que estás agotado. Pero necesito sentir que estás vivo. Necesito saber que ambos seguimos aquí.

Me escudriña el rostro, y lo que sea que ve en él le hace asentir. —Ven aquí.

Me levanto y me siento a horcajadas sobre su regazo, con cuidado de no tocarle las costillas heridas. Hace una ligera mueca cuando me acomodo contra él, pero sus manos suben hasta mis caderas.

Sus manos me aprietan las caderas con más fuerza, sus pulgares presionando la curva de mi cintura. Incluso herido, es fuerte bajo mi cuerpo, tan sólido que asienta todo dentro de mí. Alcanzo el bajo de mi camiseta de tirantes, me la quito por la cabeza, y luego me desabrocho el sujetador y lo dejo caer también. Su mirada recorre cada centímetro de piel expuesta. No hay vacilación en la forma en que me mira, ni en la forma en que me ahueca los pechos, sus ásperos dedos deslizándose sobre mis pezones hasta que se endurecen bajo su tacto.

—Necesito tu boca —digo.

No hace falta que se lo pida dos veces. Se inclina hacia delante, sus labios se cierran sobre un pezón mientras su mano trabaja el otro. El calor se enrosca en la parte baja de mi vientre. Me rozo contra él; mis mallas se frotan contra la dura línea de su polla bajo los pantalones. Él gime contra mi piel, con el aliento caliente, y su mano se desliza hacia abajo para ahuecarme a través de la fina tela. El contacto me hace dar un respingo.

—Ya estás tan mojada —murmura.

—Tú eres la razón —le digo, y lo digo en serio.

Me incorporo y me pongo de pie lo justo para quitarme las mallas y la ropa interior. No me molesto en hacer nada lento ni seductor. Le deseo demasiado. Le quiero dentro de mí, llenándome, haciéndome olvidar la sangre y el fuego y el miedo. Cuando vuelvo a subirme a su regazo, él se desabrocha los pantalones lo suficiente para liberar su polla.

Mis dedos se cierran a su alrededor, acariciándolo un par de veces. Es gruesa y dura, con la punta de un tono oscuro. Su cabeza cae hacia atrás contra el sofá, con la mandíbula apretada, y siento la tensión vibrando a través de él.

—Zoya.

Lo guío hasta mi entrada y me dejo caer en un movimiento lento e ininterrumpido. Se me corta la respiración cuando me llena por

completo. Demasiado y exactamente lo adecuado al mismo tiempo. Apoyo las manos en su pecho, con cuidado cerca de sus costillas vendadas, pero puedo sentir la tirantez de sus pectorales bajo mis palmas. Él gime, con las manos de nuevo en mis caderas, los dedos clavándose mientras empiezo a moverme.

El ritmo es pausado al principio, un roce profundo que nos obliga a sentirlo todo. El estiramiento, el calor, la forma en que nuestros cuerpos se acoplan. Él empuja hacia arriba dentro de mí una vez, con la fuerza suficiente para arrancarme un jadeo de los pulmones, y luego reprime una maldición.

—Vas a hacer que se te abra el corte —resoplo.

—Entonces cabálgame más despacio —gruñe, pero no está enfadado. También está desesperado por esta conexión, porque de eso se trata. No es sexo sin sentido por el mero hecho de tenerlo. Nos necesitamos el uno al otro, como el fuego y el oxígeno, como el agua en un desierto. Maksim es mi otra mitad, mi otro lado, y no estoy completa si no está dentro de mí, llenándome.

Sonrío y roto las caderas. Sus ojos se ponen en blanco por un segundo. Mantengo el ritmo constante, deliberado, el ángulo justo para que salten chispas de placer cada vez que me muevo hacia delante. Su pulgar se desliza entre mis piernas y rodea mi clítoris con una precisión despiadada. Mis muslos empiezan a temblar.

—Más fuerte —susurro, suplicándole que me folle de verdad.

Se mueve debajo de mí, buscando una posición mejor, y sus caderas vuelven a subir. Me apoyo en sus hombros y correspondo a cada embestida con la mía. Su polla me golpea más profundo ahora. Cada movimiento me arranca sonidos, gemidos ahogados y gritos entrecortados que no puedo reprimir. Su mano se mueve hacia la parte posterior de mi cuello, tirando de mí hacia abajo para besarlo, aunque gruñe cuando me apoyo con demasiada fuerza en su pecho, pero me folla a pesar de ello.

Nuestras bocas permanecen fusionadas mientras nos movemos —lengua, dientes, aliento— mientras lo cabalgo más fuerte, más rápido. El sofá cruje bajo nosotros. Su otra mano se desliza hacia mi culo, agarrándome, guiándome hacia abajo en cada embestida. Mi

cuerpo entero se tensa a su alrededor, y cuando me pellizca el clítoris entre dos dedos, estallo.

Un placer agudo y cegador me atraviesa, y grito contra su boca. Mis paredes se contraen a su alrededor, y él gruñe fuerte y ronco mientras me sigue. Sus caderas se sacuden una última vez, enterrándose hasta la empuñadura mientras se derrama dentro de mí. Sus brazos me rodean la cintura, manteniéndome ahí, cerca.

No nos movemos durante un largo momento. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mi pecho, salvajes y erráticos. Su aliento abanica mi cuello, todavía entrecortado. Le doy un beso en la sien, luego en la mandíbula y siento su barba de un día bajo mis sensibles labios, todavía hinchados y tiernos por los besos.

—¿Estás bien? —pregunto, no porque lo dude, sino porque ambos acabamos de sobrevivir a demasiado como para dar nada por sentado.

Su mano se desliza por mi columna vertebral. —Ahora sí.

Me muevo ligeramente, todavía sentada sobre él, y hace una mueca. Me echo hacia atrás y miro hacia abajo. La sangre ha empapado el borde de las vendas. Él sigue mi mirada y exhala con fuerza.

—Ha merecido la pena —dice.

—Idiota —murmuro.

—Me quieres.

No lo discuto. Cojo una manta que hay en el respaldo del sofá y nos envuelvo con ella. Me quedo en su regazo, con nuestros cuerpos todavía unidos. Por ahora, ninguno de los dos está dispuesto a soltar al otro.

Permanecemos tumbados en el estrecho sofá, con mi cabeza en su hombro. Siento cómo su respiración se ralentiza gradualmente, oigo cómo el ritmo de su corazón empieza a estabilizarse. La adrenalina por fin está abandonando su sistema, y el agotamiento está tomando su lugar.

—Duerme —le digo, mientras mis dedos trazan patrones perezosos en su pecho—. Yo vigilaré.

Intenta protestar, pero sus ojos ya se están cerrando. En cuestión de minutos, está inconsciente, su cuerpo finalmente cede a la

pérdida de sangre y al agotamiento. Aprieto la manta sobre nosotros y me dispongo a esperar.

No duermo. No puedo. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Damir en el túnel. La forma en que me miró cuando se dio cuenta de que no iba a irme con él. La desesperación en su voz cuando me suplicó que corriera.

Mi hermano. El hombre que me crio, que me enseñó a contar el dinero y a mantener un perfil bajo. El hombre que me vendió para salvar su propio pellejo.

Pienso en el expediente que me enseñó Maksim. El rastro de los pagos, las conversaciones grabadas, la prueba de que Damir había estado trabajando para la familia Karpin todo este tiempo. ¿Cuánto tiempo me había estado mintiendo? ¿Cuánto tiempo no había sido más que una herramienta útil en su operación?

La peor parte es la grabación de voz. La voz de Damir, clara e inconfundible, dándoles mi dirección. Mi horario. Todo lo que necesitaban para llevarme.

—Solo aseguraos de que no sufra —había dicho—. Sigue siendo mi hermana.

Sigue siendo su hermana. Como si eso significara algo cuando me estaba entregando para que me asesinaran.

Presiono mi cara contra el hombro de Maksim e inspiro su olor. Huele a solidez, a realidad, a seguridad. Todo lo que Damir dejó de ser en el momento en que eligió a la familia Karpin por encima de mí.

Lo que me desgarra por dentro es que todavía le quiero. A pesar de todo, a pesar de la traición y las mentiras, una parte de mí todavía quiere al hermano que solía traerme té caliente en las noches frías. El hermano que prometió mantenerme a salvo del mundo.

Pero las promesas no significan nada cuando se construyen sobre mentiras.

Maksim se mueve mientras duerme y siento cómo su brazo se aprieta a mi alrededor. Incluso inconsciente, me está protegiendo. Incluso agotado y herido, se está asegurando de que estoy a salvo.

Así es la lealtad. No palabras bonitas y promesas vacías, sino acción. Protección. La voluntad de sangrar por alguien a quien quieres.

Ahora tengo una familia. Maksim y el bebé, y, por extensión, la Bratva Vetrov. Ellos son mi familia ahora, y sé que nunca me venderán, que nunca me usarán como un peón en el juego de otro.

Las luces de la ciudad parpadean tras la ventana, y las observo emborronarse a través de mis lágrimas. Lloro por el hermano que perdí, por la familia que creía tener. Pero también me siento agradecida por lo que he encontrado.

Todavía faltan horas para el amanecer, pero puedo sentir que se acerca. Un nuevo día, un nuevo comienzo. La antigua Zoya ha muerto esta noche en esos túneles, la que creía en las mentiras de su hermano y mantenía un perfil bajo.

La mujer que queda es más fuerte... más dura. Y mientras Maksim esté a mi lado, puedo enfrentarme a cualquier cosa.

30

MAKSIM

La finca de los Vetrov está a oscuras cuando llego, pero la sala de operaciones arde bajo la luz fluorescente. Hay mapas cubriendo todas las superficies y varias pantallas muestran fuentes de inteligencia en tiempo real. Rolan está de pie en medio de todo, con semblante sombrío mientras revisa los últimos informes.

—Los hemos encontrado —anuncio, dejando caer una gruesa carpeta sobre la mesa.

Levanta la vista, con los ojos agudos por el interés.

—¿Dónde?

—En la frontera con Bielorrusia. Damir se está moviendo con los líderes restantes de los Karpin. Planean una extracción. —Extiendo las fotos de vigilancia sobre la mesa—. Tres vehículos, seguridad mínima, tomando la ruta norte a través de Tver.

Rolan estudia las imágenes. El rostro de Damir es claramente visible en una de las tomas, sentado en la parte trasera de un todoterreno negro. Parece más enfermo que cuando lo vi en los túneles, como si estuviera bajo los efectos de algo, lo que explica por qué vendería a su hermana, pero no es una excusa.

—¿Cómo de fiable es esta información? —pregunta Rolan.

—Confirmada por tres fuentes independientes. Se mueven mañana por la noche, sobre las once. —Señalo la ruta marcada en el

mapa—. Creen que la ruta norte es más segura, con menos presencia de la Bratva. Se equivocan.

—¿Qué necesita?

—Autorización completa. Cinco unidades de intercepción, acceso a las cámaras de tráfico, vigilancia con drones y un equipo de persecución a alta velocidad. —Le clavo la mirada—. Esto termina mañana por la noche.

Rolan asiente lentamente.

—La tiene. Toda.

—Hay una cosa más. —Dudo, pensando en la cara de Zoya cuando supo la verdad sobre su hermano—. Damir Mirov muere mañana. No hay otra forma de que esto acabe.

—Lo sé. —La voz de Rolan es firme—. Es un Karpin. Es una amenaza para la familia. Para su mujer y su hijo.

—Zoya no lo verá de esa manera.

—Zoya no necesita verlo de ninguna manera. Necesita que la protejan. —Se inclina hacia delante—. Esto es lo que hacemos, Maksim. Protegemos a los nuestros.

Asiento, pero algo pesado se me asienta en el pecho. Proteger a Zoya significa destruir la última conexión con su antigua vida. Significa verla llorar por un hermano que nunca existió realmente.

—Prepárelo —dice Rolan—. Los quiero a todos muertos antes de medianoche.

Paso la siguiente hora coordinándome con los jefes de unidad, trazando los puntos de intercepción y revisando los planes de contingencia. La operación es compleja pero manejable. Los atacaremos en un tramo de la autopista a las afueras de Tver, lejos del tráfico civil. Limpio, rápido, definitivo.

Al amanecer, todas las piezas están en su sitio. Hay cinco equipos posicionados a lo largo de la ruta, cada uno con objetivos específicos y posiciones de repliegue. Las cámaras de tráfico están hackeadas para proporcionar transmisiones en tiempo real. Los drones están en el aire, invisibles en el cielo matutino.

Vuelvo al piso franco mientras el sol sale sobre Moscú. Zoya está despierta cuando llego, sentada junto a la ventana con una taza de

té. Tiene mejor aspecto que anoche, menos frágil, pero su mirada todavía tiene un aire atormentado.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto, sentándome a su lado en el sofá.

—Mejor. —Se toca el vientre por instinto—. El bebé está bien.

—Bien. —Le cojo la mano, sintiendo el calor de su piel—. Tengo que contarte lo de esta noche.

Su cuerpo se tensa.

—¿Lo has encontrado?

—Sí. Hemos encontrado a Damir.

Deja el té con manos temblorosas.

—¿Qué va a pasar?

—Vamos a detenerlo. A él y a la gente para la que trabaja. —Elijo mis palabras con cuidado—. Todo terminará después de esta noche.

—Vas a matarlo. —No es una pregunta.

—Zoya…

—Vas a matar a mi hermano. —Su voz es firme, pero puedo ver las lágrimas acumulándose en sus ojos—. ¿Verdad?

Quiero mentirle, decirle que lo capturaremos, que hay otra forma. Pero nunca le he mentido, y no voy a empezar ahora.

—Es un Karpin —digo en voz baja—. Es una amenaza para ti y para el bebé. Para nuestra familia.

—Sigue siendo mi hermano.

—Dejó de ser tu hermano en el momento en que te vendió.

Ella mira por la ventana, observando cómo la ciudad se despierta bajo nosotros.

—Sé que tienes razón. Sé que se merece lo que sea que le pase. Pero no puedo evitar sentir…

—¿Qué?

—Que estoy perdiendo lo último que me queda de mi familia. —Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas—. Cuando muera, se acabó. No hay vuelta atrás a quien yo era antes.

—¿Te gustaría volver atrás?

Lo considera por un largo momento.

—No. Pero aun así es difícil dejarlo ir.

La acerco más a mí, sintiendo cómo se apoya en mi calor.

—No estás perdiendo nada que fuera real. El hermano al que querías, el que te protegía y te traía té… esa persona era una mentira. Nunca existió.

—Lo sé. —Su voz es apenas un susurro—. Lo sé. Pero saberlo y sentirlo son cosas distintas.

Mi teléfono vibra con una llamada entrante. El jefe de unidad informa para confirmar posiciones. Lo silencio sin mirar.

—Tengo que irme pronto —le digo—. La operación empieza a las diez.

—Quiero pedirte algo. —Se incorpora y me mira a los ojos—. Y quiero que seas sincero conmigo.

—Siempre.

—¿Puedes perdonarle la vida? Cuando lo encuentres, ¿puedes dejarlo vivir?

La pregunta me atraviesa. Veo la esperanza en su cara, la necesidad desesperada de creer que hay otra forma. Pero también veo la resignación, la conciencia de que está pidiendo algo que no puedo darle.

—Una amenaza no desaparece sin más —digo con cuidado—. Mientras esté vivo, es peligroso. Para ti, para el bebé, para todos en nuestra familia.

—¿Pero si huyera? ¿Si se fuera de Rusia y no volviera nunca?

—Volvería. O enviaría a alguien. O encontraría otra forma de hacernos daño. —Le acuno la cara entre las manos—. No puedo permitir que eso ocurra.

Asiente lentamente, y veo que acepta la verdad.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Nos estás protegiendo. Estás haciendo lo que tienes que hacer. —Se apoya en mi contacto—. Confío en que harás lo correcto.

—¿Incluso si eso significa matar a tu hermano?

—Incluso entonces. —Su voz es ahora fuerte, segura—. Te elegí a ti, Maksim. Elegí a nuestra familia. Lo dije en serio.

La beso en la frente y noto el sabor salado de sus lágrimas.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Se aparta y me mira—. Prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Prométeme que volverás a casa. Pase lo que pase esta noche, prométeme que volverás con nosotros.

—Te lo prometo.

—Y prométeme que no correrás riesgos innecesarios. No intentes capturarlo vivo porque creas que es lo que yo quiero. Haz lo que sea para mantenerte a salvo.

Sus palabras me sorprenden. Esperaba que suplicara clemencia, que me pidiera que encontrara otra forma. En cambio, me está diciendo que dé prioridad a mi propia seguridad por encima de la vida de su hermano.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Estoy segura. No puedo perderte. —Pone su mano sobre la mía —. Nuestro hijo no puede perder a su padre.

Me levanto y voy al dormitorio, donde me espera mi equipo táctico. Chaleco de kevlar, pistolera de hombro, cargadores extra… las herramientas de mi oficio.

En la mesilla de noche, veo el pequeño guardapelo de plata que Zoya llevaba cuando nos conocimos. Debió de dejarlo ahí anoche. Lo cojo, sintiendo su peso en la palma de mi mano.

—¿Qué es eso? —pregunta ella desde el umbral.

—Tu guardapelo. De tu madre.

—Quédatelo. —Se acerca y me cierra los dedos alrededor de él—. Para darte suerte.

Me lo meto en el bolsillo de la chaqueta y lo siento reposar sobre mi corazón.

—Te lo traeré de vuelta.

—Más te vale.

Termino de equiparme en silencio, comprobando mi arma y la radio. El ritual familiar me calma los nervios, centra mi mente en la tarea que tengo por delante. Para cuando estoy listo para irme, me he convertido en el ejecutor frío y controlado que la familia necesita.

—Maksim. —Zoya me coge del brazo cuando me dirijo a la puerta —. Hagas lo que hagas esta noche, no te lo tendré en cuenta.

Necesito que lo sepas.

—Lo sé.

—Y necesito que sepas que estoy orgullosa de ti. Por protegernos, por ser el hombre que eres. —Se pone de puntillas y me besa, pero sus ojos están tristes mientras salgo por la puerta y la cierro detrás de mí.

Conduzco a través del tráfico de la tarde de Moscú, con la mente ya en la operación que se avecina. La radio crepita con los informes de situación de los equipos de intercepción. Todos están en posición, con las armas revisadas y los objetivos confirmados.

La autopista a las afueras de Tver está vacía, a excepción de nuestros vehículos. Hemos bloqueado el tráfico civil, creando una zona de tiro sin testigos. Los drones sobrevuelan nuestras cabezas, sus cámaras envían inteligencia en tiempo real al centro de mando.

A las 22:47, el convoy objetivo aparece en el horizonte. Tres todoterrenos negros, tal como predecía la inteligencia. Se mueven rápido, intentando llegar a la frontera antes de que podamos reaccionar.

Llegan demasiado tarde.

—A todas las unidades, aquí Control —digo por la radio—. Objetivos confirmados. Ejecutad a mi señal.

El primer todoterreno golpea la banda de clavos exactamente a las 23:02 y los neumáticos explotan, haciendo que el vehículo se salga de la carretera sin control. Da dos vueltas de campana antes de detenerse de lado, con vapor saliendo del motor aplastado.

El segundo vehículo intenta esquivar los restos, pero nuestro equipo de intercepción ya está allí. Lo acorralan, obligándolo a detenerse. El tercer todoterreno intenta dar marcha atrás, pero se encuentra bloqueado por otra unidad.

—Asegurad el perímetro —ordeno—. Nadie sale vivo.

El tiroteo es breve pero intenso. Los soldados de los Karpin están superados en número y armamento. Presentan batalla, pero todo termina en minutos. Los cuerpos cubren la autopista, la sangre se mezcla con cristales rotos y metal retorcido.

Me acerco al todoterreno volcado, con el arma lista. A través del parabrisas destrozado, puedo ver movimiento en el interior. Alguien

sigue vivo.

—Sacadlo —le digo a mi equipo.

Arrastran a Damir fuera de los restos, con la cara ensangrentada y el brazo izquierdo doblado en un ángulo antinatural. Está consciente, pero a duras penas, con la mirada desenfocada por el dolor y el shock.

—Maksim Vetrov —dice cuando me ve—. Debería haberlo sabido.

—Deberías haber corrido más lejos.

—Intenté protegerla. —La sangre le mana de la boca mientras habla—. Intenté mantenerla a salvo.

—La vendiste.

—No me quedaba otra. —Lucha por incorporarse, pero el dolor lo devuelve al suelo—. Nos habrían matado a los dos.

—Así que elegiste matarla tú primero.

—Elegí darle una oportunidad. —Sus ojos están desesperados ahora, suplicantes—. Y ella te eligió a ti, pensando que la protegerías.

—Tenía razón. La protegeré. —Levanto mi arma—. De ti.

—Espera. —Levanta la mano sana—. Por favor. Dile…, dile que lo siento. —Cierra los ojos—. Dile que la quería. Hiciera lo que hiciera, la quería.

Pienso en la cara de Zoya cuando me pidió que le perdonara la vida. Pienso en las lágrimas en sus ojos cuando aceptó que no podía hacerlo. Pienso en el guardapelo en mi bolsillo, en su peso contra mi corazón.

—Se lo diré —digo.

Entonces, aprieto el gatillo.

La autopista se sume en el silencio, a excepción del crepitar de los vehículos en llamas. Mi equipo trabaja con rapidez, confirmando las muertes y asegurando las pruebas. En una hora, la escena está limpia, los cuerpos retirados, los restos despejados.

Conduzco de vuelta a Moscú mientras el alba despunta sobre la ciudad. El guardapelo en mi bolsillo parece ahora más pesado, cargado con la conciencia de lo que he hecho, pero también con la certeza de que era necesario.

Zoya me está esperando cuando llego al piso franco. No pregunta qué ha pasado. Simplemente me rodea con sus brazos y me abraza mientras le cuento las últimas palabras de su hermano.

—Dijo que te quería —termino—. Que, hiciera lo que hiciera, te quería.

Entonces llora, por el hermano que perdió y la familia que nunca fue. Pero cuando las lágrimas cesan, me mira con los ojos claros.

—Gracias —dice—. Por mantenernos a salvo.

—Siempre.

—Y por decirme lo que dijo. Aunque no cambie nada.

—No tiene por qué cambiar nada. Pero merecías saberlo.

Asiente y se apoya en mí, con la mano sobre el vientre.

—¿Y ahora qué?

—Ahora construiremos nuestra vida juntos. Lejos de todo esto. —Le beso la coronilla—. Solo nosotros y nuestro hijo.

—Y tu familia.

—Nuestra familia.

Me mira, y veo el futuro en sus ojos. No la sombra de su pasado, sino la promesa de lo que está por venir. Una vida construida sobre la verdad en lugar de la mentira, sobre la lealtad en lugar de la traición.

—Te quiero —dice.

—Yo también te quiero.

31

ZOYA

La capilla parece más pequeña de lo que debería, sus muros de piedra oprimiéndome mientras camino de un lado a otro por el estrecho pasillo entre los bancos de madera. Mis pasos rebotan por el santuario como un eco hueco del vacío que ha echado raíces en mi pecho. La luz de la farola se filtra por las vidrieras, proyectando colores quebrados por el suelo, azules y rojos que cambian y se desdibujan con mis movimientos.

El padre Doroshev está sentado en el primer banco, con las manos curtidas cruzadas sobre un gastado libro de oraciones. Llegó hace una hora a petición mía, aunque no estoy segura de qué esperaba de él. Consuelo, quizá, o tal vez solo otra voz en este lugar sepulcral donde me he estado escondiendo desde el momento en que Maksim se durmió.

El papel que saqué a escondidas del expediente de Maksim se arruga en mi mano y me obligo a dejar de pasear. Las palabras han quedado grabadas a fuego en mi memoria y nunca podré borrarlas.

Damir Mirov. Reclutamiento confirmado. Agente de Karpin.

El lenguaje oficial lo hace sonar limpio, clínico. No refleja cómo se derrumbó mi mundo cuando lo leí, ni el temblor de mis manos al repasar la fecha: hace tres años, cuando creía que mi hermano por fin estaba encarrilando su vida.

—Lleva usted una pesada carga, hija mía. —La voz del padre Doroshev es suave, con un cuidado acento ruso y en un tono profesional—. ¿Le gustaría compartirla conmigo?

Me detengo ante el altar y deslizo los dedos por la madera lisa. La cruz que se alza sobre nosotros es sencilla y sin adornos. Nada en este lugar grita lujo o poder, y quizá por eso lo he elegido. En el mundo de Maksim, todo tiene un precio o un propósito. Esta capilla parece ajena a todo eso.

—Perdí a alguien —digo por fin—. A alguien que creía conocer.

—La muerte nunca es fácil de aceptar. —El padre Doroshev asiente lentamente, sus ojos oscuros me sostienen la mirada con esa paciencia que dan decenios de escuchar confesiones, y me pregunto a cuántos deudos afligidos habrá dado ánimos—. Háble me de esa persona.

Me hundo en el banco frente a él, con la carta aún aferrada en las manos. —Mi hermano. Damir. Él era… —me detengo, dándome cuenta de que ya no sé cómo terminar esa frase. ¿Qué era? ¿Un protector? ¿Un proveedor? ¿Un mentiroso que construyó toda su vida sobre el engaño?

—Era su familia —dice él con amabilidad.

—Eso creía. —La confesión suena cruda, arrancada de un lugar profundo de mi ser que he estado intentando ignorar—. Cuando nuestro padre desapareció, Damir dio un paso al frente. Él tenía diecisiete años y yo doce, y nuestra madre… no lo llevaba bien. Él nos cuidó. Trabajaba, traía dinero a casa, se aseguró de que tuviera ropa, comida y un techo sobre mi cabeza.

El sacerdote espera, dejándome encontrar las palabras.

—Sabía que el trabajo no era limpio. No soy ingenua. Pero pensaba que hacía lo que tenía que hacer para sobrevivir. Para mantenernos con vida. —Desdoblo la carta, alisándola sobre mi rodilla—. Aquí dice que fue reclutado por alguien muy oscuro, muy peligroso, hace tres años. No forzado, no chantajeado… Reclutado.

—¿Y eso cambia la forma en que lo ve? —El sacerdote inclina la cabeza y me mira con compasión, y por primera vez siento que alguien me comprende. Porque esos hechos realmente cambiaron la

forma en que veía a Damir; cómo lo veo en mi recuerdo ahora. Y lo odio.

—Lo cambió todo. —Las palabras salen a borbotones, derramando años de dudas y miedos reprimidos—. Cada conversación que tuvimos sobre tener cuidado, sobre mantener un perfil bajo, sobre no confiar en nadie… él ya estaba trabajando para la gente que quería destruirnos. Cada vez que me advertía sobre los peligros de esta vida, él era uno de ellos.

El padre Doroshev se inclina hacia delante, con expresión pensativa. —Se siente traicionada.

—Me siento estúpida. —Vuelvo a doblar la carta, marcando los pliegues con movimientos bruscos y furiosos—. Lo defendí. Incluso cuando Maksim… —me detengo, dándome cuenta de que estoy a punto de revelar más de lo que debería—. Lo defendí porque creía que era mi hermano. Creía que la familia significaba algo para él.

—La familia es complicada, hija mía. Las personas que amamos pueden decepcionarnos, herirnos, incluso abandonarnos. Pero eso no borra lo que una vez fueron para nosotros.

—¿Ah, no? —Lo miro, y sé que mis ojos brillan con lágrimas contenidas—. ¿Cómo separo al hermano que me abrazaba cuando lloraba del hombre que me vendió? ¿Cómo lloro por alguien que en realidad nunca existió?

El sacerdote reflexiona sobre ello, sus dedos se mueven sobre su libro de oraciones. —Cuando alguien que amamos muere, no solo lloramos por quien era, sino por quien creíamos que era. La pérdida de la imagen que teníamos de esa persona puede ser tan dolorosa como la pérdida de su presencia.

Quiero decirle que se equivoca, que el engaño es peor que saber que Damir ya no respira, pero no es así. El sacerdote tiene razón. El vacío desgarrador es igual de crudo, por mucho que intente pensar en ello de otra manera.

Me doblo sobre mí misma, apretando la cara contra las manos. El dolor que he estado conteniendo se desata, y sollozo contra mis palmas; sonidos feos y desgarrados que resuenan en los muros de piedra. Lloro por el hermano que creía tener, por la familia que creía

que éramos, por la niña que creía que el amor era suficiente para mantener a la gente honesta.

El padre Dmitri no se mueve de su asiento, no intenta consolarme con tópicos vacíos. Simplemente se sienta conmigo en mi dolor, como un ancla firme en la tormenta de mis emociones.

Cuando las lágrimas por fin cesan, levanto la cabeza y lo encuentro observándome con ojos amables. —No sé cómo dejarlo ir —susurro.

—Quizá no tenga que hacerlo. No del todo. —Abre su libro de oraciones, pasando a una página marcada con una cinta descolorida —. Podemos honrar lo bueno que alguien trajo a nuestras vidas mientras reconocemos el dolor que causó. Podemos amar el recuerdo de quien fue para nosotros mientras aceptamos que eligió un camino diferente.

—Estoy embarazada —digo de repente, las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Llevo un niño dentro y no sé cómo criarlo en un mundo donde la familia puede ser un arma.

La expresión del padre Doroshev se suaviza aún más con reconocimiento. Por supuesto que conoce a Maksim. Por supuesto que entiende quién soy y por qué estoy aquí. Es probable que este lugar sea propiedad de la familia Vetrov. Qué estúpida soy. —Los niños nacen en familias imperfectas, hija mía. Siempre. Pero también llevan consigo la capacidad de amar, de perdonar, de elegir caminos mejores que los de quienes los precedieron.

Pongo una mano sobre mi vientre, sintiendo la ligera curva. —Quiero ser mejor de lo que fue él. Mejor de lo que fue mi madre. Quiero construir algo real.

—Entonces lo hará. —Cierra el libro de oraciones y se levanta, dirigiéndose al altar—. ¿Le gustaría que rezara con usted? Por su hijo, por su futuro, por la fuerza para perdonar lo que necesita ser perdonado.

Asiento, incapaz de hablar. Me hace un gesto para que me una a él y me levanto con piernas temblorosas. En el altar, pone sus manos sobre las mías y siento el calor de sus palmas contra mi piel fría.

—Señor, traemos ante ti un alma que sufre, una mujer que ha perdido mucho y teme perder más. Concédela la fuerza para

sobrellevar su dolor sin ser aplastada por él. Ayúdala a ver que el amor, el amor verdadero, puede existir incluso en los lugares más oscuros, y que la familia que cree puede ser más fuerte que la que perdió.

Su voz me envuelve y cierro los ojos, dejando que las palabras se asienten en mi pecho. Cuando termina, hace la señal de la cruz sobre mí y siento que algo cambia en mi interior; no es una curación, en realidad, sino el comienzo de la aceptación.

—Gracias —susurro.

—Vaya en paz, hija mía. Y recuerde: no está sola en este mundo. Ha encontrado a alguien que la valora, que la protege. Eso no es poca cosa.

Salgo de la capilla mientras los últimos rayos de sol se desvanecen por fin sobre Moscú, con la carta todavía en la mano, pero de alguna manera más ligera. La finca está en silencio mientras regreso a la casa principal, mis pasos amortiguados por las gruesas alfombras del pasillo mientras subo las escaleras hacia nuestro dormitorio.

La habitación está vacía cuando entro, pero puedo oler la colonia de Maksim flotando en el aire. Me siento en el borde de la cama, mirando la carta una última vez antes de doblarla con cuidado y dejarla en la mesilla de noche. No le preguntaré sobre Damir. No exigiré detalles sobre lo que hizo o cómo terminó. Ese conocimiento solo envenenaría lo que estamos tratando de construir.

Me quito la ropa y me meto en la cama, cubriéndome hasta la barbilla. Las sábanas huelen a él: a limpio, a masculino y a seguridad. Cierro los ojos y me permito pensar en mi padre, en cómo solía leerme antes de dormir, en el sonido de su risa resonando en nuestro pequeño apartamento. Pienso en mi madre, en cómo solía trenzarme el pelo y cantar viejas canciones populares mientras cocinaba. Pienso en Damir, en el hermano que me enseñó a contar dinero y me contaba historias sobre días mejores que estaban por venir.

Todos se han ido ya, de una forma u otra. Pero yo sigo aquí. Sigo respirando, sigo luchando, sigo esperando. Y por primera vez en

años, tengo a alguien que no me dejará enfrentarme a la oscuridad sola.

Cuando los pasos de Maksim suenan en el pasillo, no finjo estar dormida. Me giro hacia la puerta, observándolo entrar en la habitación con movimientos cuidadosos y silenciosos. Se detiene al verme mirarlo y algo pasa entre nosotros: comprensión, quizá, o el reconocimiento de la decisión que he tomado.

—¿Qué tal tu día? —pregunta, con la voz cuidadosamente neutra.

—Difícil —digo con sinceridad—. Pero aquí estoy.

Él asiente y veo el alivio en sus ojos color avellana. Empieza a desvestirse y lo observo seguir su rutina nocturna con esa firmeza constante de la que he llegado a depender. Cuando se mete en la cama a mi lado, me giro hacia él, apretando la cara contra su pecho.

—Quiero intentarlo —susurro contra su piel—. Quiero construir algo real contigo.

Sus brazos me rodean. —Lo haremos —dice, y le creo.

Cierro los ojos y me dejo llevar, a salvo en los brazos del hombre que se ha convertido en mi ancla en un mundo de lealtades cambiantes y promesas rotas. Mañana traerá nuevos desafíos, nuevos miedos, nuevas decisiones. Pero esta noche, estoy en casa.

32

MAKSIM

El borde del acantilado se precipita bajo nosotros, rocas escarpadas que se encuentran con el azul infinito del mar Egeo. He elegido este lugar con esmero: aislado, privado, sin ningún equipo de seguridad siguiendo cada uno de nuestros movimientos. Por primera vez en años, estoy a solas con alguien que me importa, y la libertad que siento es extraña en mi pecho.

Zoya está de pie a mi lado con un sencillo vestido blanco que se mece con la brisa del atardecer. La tela es suave, vaporosa, nada elaborado ni caro. Sus pies están descalzos sobre la cálida piedra y su pelo oscuro cae suelto sobre sus hombros, atrapando la luz dorada del sol poniente. No se parece en nada a la mujer que contaba dinero sucio en el hipódromo de Podsolnukh, en nada a la desconocida recelosa que se me acercó por primera vez con los labios llenos de mentiras. Esta versión de ella es abierta, vulnerable y más hermosa de lo que puedo expresar con palabras.

El sacerdote —un hombre del lugar con ojos amables y un inglés esmerado— abre su pequeño libro y empieza a hablar. Sus palabras flotan sobre nosotros, bendiciones y promesas que se sienten diferentes aquí, lejos del frío mármol y el teatro político de nuestra primera ceremonia. Esta vez, no hay más testigos que el sol

hundiéndose en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados en los que nunca antes me había molestado en fijarme.

Cuando pide los anillos, los saco del bolsillo de mi chaqueta. Alianzas sencillas, nada ostentoso. Le deslizo la suya en el dedo y ella hace lo mismo conmigo. El oro está frío contra mi piel y me quedo mirándolo, este pequeño símbolo de algo que nunca pensé que tendría. A ella le tiemblan ligeramente las manos al pasarme el anillo por el nudillo y le cubro los dedos con los míos para tranquilizarla.

—El certificado —dice el sacerdote, ofreciéndome la pluma con una sonrisa amable.

Firmo con letra cuidada y luego pongo la pluma en la mano de Zoya. Ella duda un momento, con la mirada fija en el documento, y le cubro los dedos con los míos, guiándola. Cuando termina, le llevo la mano a los labios y le beso los nudillos, saboreando el aire salado y el leve dulzor de su perfume. Su piel está cálida y siento su pulso revolotear bajo mis labios.

El sacerdote nos declara marido y mujer y me vuelvo hacia mi esposa. Tiene los ojos brillantes por las lágrimas, pero sonríe; es la primera sonrisa de verdad que le veo en semanas. Le ahueco el rostro entre las manos, secándole la humedad de las mejillas con los pulgares, y la beso suavemente mientras el sol desaparece en el mar. Sus labios son cálidos y suaves, y se funde en mí con un suspiro que habla de alivio, de alegría y de algo más profundo.

—Ya está —murmuro contra sus labios, con mi frente pegada a la suya.

—Ya está —repite ella, y hay alivio en su voz, como si por fin se permitiera creer en este momento.

Caminamos despacio por el sendero del acantilado, su mano en la mía. La villa que he alquilado está apartada del borde, de piedra blanca y contraventanas azules que se integran a la perfección en el paisaje. Las buganvillas se derraman por los muros en cascadas de color púrpura y rosa, y el aroma a jazmín flota denso en el aire del atardecer. Pero esta noche, todavía no vamos a entrar. Han preparado una mesa bajo un dosel de lino, rodeada de velas parpadeantes que danzan con la brisa vespertina. La escena parece

casi demasiado perfecta, demasiado sacada de una película, pero la exclamación ahogada de Zoya me dice que es exactamente lo que necesitaba.

—¿Has hecho tú esto? —pregunta, apretando mis dedos mientras nos acercamos a la romántica escena.

—He hecho algunas llamadas. —Le retiro la silla, esperando a que se acomode antes de sentarme yo frente a ella. La mesa es pequeña, íntima, puesta con platos y copas sencillos que reflejan la luz de las velas. Flores frescas del mercado local reposan en un pequeño jarrón entre nosotros, con los pétalos empezando a abrirse ya en el cálido aire—. Pensé que te apetecería algo diferente a lo de siempre.

—¿Diferente de qué? —pregunta ella, mientras sus dedos trazan el borde de un pétalo de rosa.

—De todo lo demás. —Le sirvo agua con gas en su copa y vino en la mía. La botella es de la zona, de un viñedo que se aferra a las laderas volcánicas de la isla—. De la vida que hemos dejado atrás.

Me observa con esos ojos color avellana que han aprendido a leerme demasiado bien, con la cabeza ligeramente ladeada. —¿Y qué vida es esa?

—Esa en la que siempre estábamos actuando para alguien —digo, dejando la botella con cuidado.

Ella lo sopesa, sus dedos recorriendo el borde de su copa. La luz de las velas parpadea en su rostro, resaltando la línea afilada de sus pómulos y la carnosidad de su labio inferior. —¿Eso es lo que hacíamos?

—¿A que sí? —Me recuesto en mi silla, estudiando su rostro a la luz tenue—. Desde el momento en que entraste en mi mundo, estuvimos interpretando papeles. Tú eras la hermana perdida que buscaba a su hermano. Yo era el ejecutor que seguía órdenes. Incluso después de… —me interrumpo, sin querer nombrar las cosas que vinieron después. El embarazo, las revelaciones, las decisiones que ambos tomamos.

—¿Después de qué? —insiste ella, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Después de que dejáramos de mentirnos —termino, con la voz más baja ahora.

Ella asiente lentamente, posando la mano libre sobre su vientre. La curva de su tripa es ahora más pronunciada, visible incluso a través de la tela suelta de su vestido. —Estoy cansada de actuar.

—Pues no lo haremos —digo con sencillez, alargando la mano sobre la mesa para cubrir la suya con la mía.

El camarero aparece con el primer plato: pescado fresco y verduras que encargué en el mercado local. El hombre se mueve en silencio, llenando nuestros platos y retirándose sin perturbar nuestra conversación. Comemos en un silencio cómplice que no necesita llenarse con palabras. El dolor de Zoya sigue siendo una pesada carga de la que no hablamos, pero sé que está ahí.

El pescado está perfectamente preparado, jugoso y sazonado con hierbas que crecen silvestres en la isla. Las velas se consumen, la cera se acumula en los candelabros, y las estrellas empiezan a aparecer en lo alto como diamantes esparcidos.

—Háblame de tu padre —digo cuando casi hemos terminado de comer, dejando mi tenedor en el plato.

Ella levanta la vista, sorprendida por la pregunta. —¿Mi padre?

—Nunca has hablado de él. No de verdad —explico, reclinándome en mi silla—. Quiero saber sobre el hombre que te crio.

Deja su tenedor y se recuesta en la silla, con la expresión ausente. —Era un buen hombre. Tranquilo, afable. Trabajaba en una librería en el centro de la ciudad y solía traernos historias a casa, para mí y para Damir. No libros infantiles; historias de verdad, sobre lugares en los que nunca habíamos estado y gente a la que nunca conoceríamos.

—¿Qué le pasó? —pregunto, aunque sospecho que ya sé la respuesta.

—Desapareció. —Las palabras salen secas, sin emoción, pero veo el dolor en sus ojos—. Un día, fue a trabajar y nunca volvió a casa. La policía dijo que podría haberse fugado, pero… —Se encoge de hombros; el gesto transmite años de preguntas sin respuesta—.

Damir siempre creyó que alguien se lo llevó. Alguien que pensaba que sabía más de la cuenta.

—¿Y tú? —presiono con delicadeza.

—Solía pensar que estaba por ahí, en alguna parte, que volvería cuando fuera seguro. Pero ahora… —Niega con la cabeza y una sonrisa amarga se dibuja en sus labios—. Ahora creo que lleva años muerto y que le he estado guardando luto a un fantasma.

Alargo la mano por encima de la mesa y le cojo la suya, acariciándole los nudillos con el pulgar. —Lo siento.

—No lo sientas. —Gira la mano, con la palma hacia arriba, y entrelaza nuestros dedos—. Me dio doce años en los que me sentí segura, en los que supe que me querían. Eso es más de lo que la mayoría de la gente tiene en este mundo.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Sentirte segura? —pregunto, con genuina curiosidad por su respuesta.

Gira la mano, con la palma hacia arriba, y entrelaza nuestros dedos. —Quiero sentirme en casa.

Hogar. Un concepto tan simple, pero que ha sido ajeno a mí durante tanto tiempo. He tenido casas, apartamentos, lugares donde dormir, comer y llevar a cabo mis negocios. ¿Pero un hogar? Un hogar es algo completamente diferente.

—Nunca he tenido eso —admito, con la voz áspera por una emoción inesperada.

—¿Qué has tenido? —pregunta ella, mientras su pulgar traza círculos en mi palma.

—Un propósito. Órdenes. Un lugar en la estructura. —Miro hacia el mar oscuro, las olas atrapando la luz de la luna como plata esparcida—. Se me daba bien mi trabajo, y eso era suficiente.

—¿Lo era? —me desafía, sin apartar los ojos de mi cara.

Me vuelvo hacia ella y veo comprensión en su mirada. —No. Ya no.

Se lleva mi mano a los labios, besando el dorso de mis dedos con una ternura que me oprime el pecho. —Entonces lo construiremos juntos.

—¿Quieres construir un hogar conmigo? —pregunto, apenas atreviéndome a creerlo.

—Quiero construir una vida contigo —corrige, con la voz firme y llena de convicción—. Una de verdad, donde no tengamos que mirar por encima del hombro ni preguntarnos quién nos vigila. Donde nuestro hijo pueda crecer sabiendo que es amado y está protegido.

—¿Y si eso no es posible? —pregunto, porque necesito saber que entiende los riesgos.

—Entonces haremos que sea posible. —Ahora hay acero en su voz, la misma fuerza que la ayudó a contar dinero sucio y a enfrentarse a hombres armados—. Encontraremos la manera.

Me levanto y rodeo la mesa, ofreciéndole mi mano. —Ven conmigo.

La coge, levantándose con elegancia a pesar de los cambios en su cuerpo. La guío lejos de la mesa, hacia la entrada de la villa. El interior es sencillo pero elegante: paredes blancas, detalles en azul, muebles que hablan de comodidad más que de lujo. La luz de la luna entra a raudales por las ventanas, bañándolo todo en plata y sombras. Subimos las escaleras hasta el dormitorio, donde las cortinas de gasa ondean con la brisa de la tarde.

La cama está cubierta de suaves sábanas blancas que nos invitan a acercarnos. Hay pétalos de rosa esparcidos por la colcha y velas encendidas en cada superficie, que llenan la habitación de una luz cálida y parpadeante. Me vuelvo hacia ella y ya está buscando los botones de mi camisa, sus dedos trabajando lenta y deliberadamente.

—Eres preciosa —le digo, con la voz ronca por el deseo.

—Tú también lo eres —susurra ella, sus dedos extendiéndose por mi pecho mientras me quita la camisa de los hombros.

Dejo que me desnude pieza por pieza, su tacto reverente y sin prisas. Cuando termina, le devuelvo el favor, deslizando los tirantes de su vestido por sus hombros y dejándolo caer a sus pies. Se para ante mí, vestida solo con la luz de la luna y las sombras, y me sorprende lo perfecta que es, lo correcto que parece este momento.

Está preciosa a la luz de la luna, todo curvas y sombras y piel dorada. La hinchazón de su vientre es pronunciada ahora, y poso mis manos allí, sintiendo la vida que crece bajo su piel. El bebé da

una patada contra mi palma y Zoya ríe suavemente, cubriendo mis manos con las suyas.

—Te quiero —le digo, y las palabras suenan extrañas en mi lengua. Nunca las había dicho antes de ella, a nadie.

—Yo también te quiero —susurra ella, con lágrimas brillando en sus ojos, y la creo.

Al principio no me muevo. Solo la miro: desnuda y sin defensas, de pie bajo el parpadeo de las velas con sus manos sobre las mías. Su piel está cálida bajo mis palmas, su respiración es constante a pesar de la emoción que todavía nada en sus ojos. Inclino la cabeza y le beso el vientre, mis labios rozando el lugar donde se mueve nuestro hijo. Ella exhala suavemente, sus dedos deslizándose por mi pelo.

Me levanto y vuelvo a mirarla a los ojos. No se estremece ni aparta la vista. No hay vacilación en ella, ni miedo. Solo una necesidad silenciosa y algo más profundo: confianza.

La levanto con delicadeza, un brazo bajo sus piernas y el otro sujetándole la espalda. Ella me rodea los hombros con los brazos y apoya la cabeza en mi pecho. La llevo a la cama y la bajo sobre las sábanas, yéndome con ella. El colchón se hunde bajo nuestro peso, pero el mundo permanece estable. Por primera vez en meses, quizá más, me siento anclado.

Me busca con las manos y yo presiono mi boca contra la suya. Sus labios son suaves, entreabiertos por la expectación, y saboreo la sal, el vino y a ella. Me atrae hacia sí y yo me dejo llevar.

La beso despacio, tomándome mi tiempo. Ahora no hay prisa, ni ninguna amenaza esperando al otro lado de esta noche. Mi mano se desliza por su muslo, por la curva de su cadera, y ella se arquea hacia mí con un sonido silencioso que es más aliento que voz. Apoyo mi frente en la suya, anclándonos a los dos.

—Dime lo que quieres —murmuro contra su boca.

—A ti —susurra, sus dedos recorriendo mi columna vertebral—. Solo te quiero a ti.

Me acomodo entre sus muslos, apoyándome en un brazo, con cuidado de no presionar donde lleva a nuestro hijo. Mi otra mano le ahueca un pecho y mi pulgar le roza el pezón hasta que jadea

suavemente y levanta las caderas a modo de invitación. Entro en ella despacio, dejando que se adapte, observando cada destello de emoción en su rostro.

Sus manos se aferran a mis hombros, su respiración se entrecorta. —Te quiero —dice de nuevo, con las palabras vacilantes pero seguras.

Bajo la boca a su cuello e inhalo su esencia. —Pasaré el resto de mi vida asegurándome de que nunca te arrepientas de esto.

Ella me rodea con las piernas y me atrae más hacia sí.

—Entonces empieza ahora —dice en voz baja—. Hazme tuya.

Me recibe profundamente, su cuerpo estirándose para adaptarse a mí, y juro en voz baja al sentirla. Está apretada y húmeda y es toda mía. Se arquea bajo mi cuerpo y sus uñas se clavan en mi espalda mientras jadea contra mi boca.

—Joder, Maksim…

—Nadie más tiene esto —gruño, follando dentro de ella con más fuerza ahora—. Nadie te toca. Nadie te ve así. Solo yo.

Sus muslos se cierran alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca, y su cabeza cae hacia atrás en la almohada mientras la embisto de nuevo. Más fuerte esta vez. Ella gime, bajo y ronco, y el sonido me atraviesa por completo.

—¿Te gusta eso? —espeto, mi mano agarrando su mandíbula mientras sostengo su mirada—. ¿Quieres que tu marido te folle como si fuera en serio?

—Sí —jadea—. Más fuerte.

No me contengo. La embisto, profundo y castigador, su cuerpo recibiendo cada estocada como si estuviera hecha para ello. Sus manos arañan mis hombros y sus dientes se hunden en su labio inferior.

—Me casé contigo ante Dios —grazno, inclinándome para morderle el cuello—. Ahora te marcaré para que nadie lo olvide jamás.

Le agarro el muslo y lo levanto más sobre mi cadera, embistiéndola hasta que el cabecero golpea la pared. Ella grita, pero no es de dolor, es de necesidad. Necesidad cruda, frenética, sucia. Le doy exactamente lo que pidió. Lo que suplicó.

Su cuerpo se contrae a mi alrededor, empapado y tembloroso, y la siento deshacerse bajo mi cuerpo. No aflojo. La follo a través de su orgasmo, observándola derrumbarse mientras sus uñas dejan rastros rojos en mi pecho.

—Mírame —gruño, agarrándole el pelo para que vuelva a mirarme—. Quiero ver tu cara cuando te corras para mí.

Ya está ahí: las piernas le tiemblan, la respiración se le quiebra en gemidos entrecortados mientras se corre con fuerza alrededor de mi polla. Observo cada segundo, grabado a fuego en mi memoria.

—Joder, Zoya…

En el segundo en que se aprieta a mi alrededor, pierdo toda esperanza de contenerme. El calor se acumula en la parte baja de mi espalda, agudo e implacable, y mi ritmo se vuelve brutal, impulsado por el instinto, por el hambre, por la forma en que me recibe como si hubiera nacido para ello.

Mis músculos se tensan. Aprieto la mandíbula. La presión estalla tan rápido que veo estrellas.

La embisto una, dos veces, y todo se desata.

Me corro con un sonido gutural, derramándome profundamente dentro de ella mientras mi cuerpo se sacude: un placer tan intenso que roza el dolor. Mi visión se reduce a un túnel, mis manos se aferran a sus caderas como si temiera que desapareciera si no la sujeto. Su nombre se desgarra en mi garganta, salvaje y crudo, y sigo moviéndome incluso mientras me vierto en ella, necesitando sentir hasta el último segundo. Cada espasmo. Cada pulsación.

Me tiemblan los muslos. Mi pecho sube y baja con agitación.

Ella me clava las uñas en la espalda y eso solo lo empeora… lo mejora. Hundo la cara en su cuello, gruñendo a través de las réplicas mientras su cuerpo exprime cada gota de mí.

No es solo liberación. Es posesión. Rendición. Una reclamación que nunca planeé hacer y que no puedo retirar.

Es la forma en que su cuerpo conoce el mío. La forma en que el mío cede.

Me quedo enterrado dentro de ella, respirando con dificultad, con el corazón todavía latiendo como si hubiera pasado por una guerra.

Ella no me suelta. Yo tampoco. Simplemente respiramos, piel con piel, el calor todavía palpitando entre nosotros.

Finalmente, nos cubro con la sábana y me giro sobre mi espalda, manteniéndola cerca, y yacemos enredados bajo las sábanas, su cabeza en mi pecho, mis brazos rodeándola. Las ventanas están abiertas, dejando entrar el sonido de las olas contra las rocas de abajo. Ella traza patrones en mi piel con las yemas de sus dedos y me doy cuenta de que me estoy relajando de una manera que no lo he hecho en años. Las velas se han consumido más, proyectando sombras danzantes en las paredes, y el aroma a jazmín entra desde el jardín.

—¿Maksim? —murmura contra mi pecho, su voz somnolienta por el contento.

—¿Mmm? —respondo, mis dedos peinando su cabello.

—Gracias —dice, presionando un beso en mi esternón.

—¿Por qué? —pregunto, con genuina curiosidad.

—Por traerme aquí. Por darme esto. —Levanta la cabeza para mirarme y sus ojos están suaves de satisfacción—. Por hacerme sentir completa.

Le aparto un mechón de pelo de la cara, colocándolo detrás de su oreja. —Eso lo hiciste tú misma.

—No —dice en voz baja, negando con la cabeza—. He estado rota durante tanto tiempo que había olvidado lo que se sentía al estar completa. ¿Pero esto? —Señala el espacio entre nosotros, la cama, la habitación llena de luz de luna y posibilidades—. Esto es lo que me faltaba.

Le beso la coronilla, aspirando el aroma de su pelo. —Duerme.

—¿Te quedarás despierto? —pregunta, mientras sus dedos trazan los tatuajes de mi brazo.

—Un rato —prometo, con voz suave.

Se acomoda de nuevo contra mí y siento cómo su cuerpo se relaja mientras el sueño se la lleva. Me quedo ahí, escuchando su respiración, el ritmo de los latidos de su corazón contra mis costillas.

El mar afuera continúa su eterna danza con la orilla, y finalmente entiendo lo que es la paz.

Por supuesto, tendremos que volver al mundo, a las complicaciones y peligros que conllevan mi nombre y mi historia. Habrá que tomar decisiones, navegar por territorios, asegurar un futuro para nuestro hijo. Pero esta noche, en esta cama, con esta mujer en mis brazos y nuestro hijo creciendo dentro de ella, estoy exactamente donde debo estar.

Pienso en el hermano que ha perdido, en la familia que le falló, en el padre que se desvaneció en la nada. Pienso en mis propios fracasos, en las órdenes que he seguido, en las cosas que he hecho al servicio de una causa que nunca importó de verdad. Nada de eso parece importante ahora, no en comparación con la mujer que duerme contra mi pecho y el futuro que estamos construyendo juntos.

La luz de la luna se desplaza por la habitación a medida que pasan las horas, dibujando nuevos patrones en las paredes. Zoya se mueve de vez en cuando, murmurando en sueños, y la abrazo con más fuerza, protector incluso en este momento de paz. Esto es lo que quiero proteger, esta intimidad silenciosa, este sentimiento de pertenencia que nunca antes había experimentado.

Cierro los ojos y me dejo llevar, arrullado por el sonido de su respiración y la promesa del mañana. Cuando despierte, será con la luz del sol entrando a raudales por las ventanas y Zoya moviéndose a mi lado, y sabré que estoy en casa.

33

EPÍLOGO

ZOYA

La luz de la mañana se filtra a través de las vidrieras de la capilla, dibujando figuras enjoyadas sobre el suelo de piedra. Estoy de pie frente al altar, acunando a nuestra hija contra mi pecho, sintiendo esa familiar punzada de agotamiento que se ha convertido en mi compañera constante estos últimos tres meses. Elena duerme inquieta en mis brazos, con su diminuto puño agarrado al borde de su faldón de bautizo, una delicada creación de seda marfil y encaje antiguo que perteneció a la abuela de Maksim.

Anya —mi nueva cuñada— se mueve a mi lado con elegancia, ajustando la cola del faldón de Elena con dedos delicados. —Es preciosa, Zoya —murmura, con la voz suave y llena de una calidez genuina—. Absolutamente perfecta.

—Tiene sus ojos —susurro a mi vez, contemplando el rostro de mi hija. Incluso dormida, los rasgos de Elena reflejan los de su padre: la misma mandíbula fuerte, el mismo rictus decidido en su boca. Pero su pelo es oscuro como el mío, y cuando está despierta, su mirada tiene una curiosidad que espero que haya heredado de los dos.

Anya alisa una arruga inexistente de mi vestido, una creación vaporosa de color azul marino que se adapta a mi cuerpo aún cambiante sin perder un ápice de la elegancia apropiada para la

ocasión. —Y tu terquedad, me imagino —dice con una sonrisa que transforma su rostro, habitualmente serio.

—Que Dios nos pille confesados —respondo, y compartimos una risa silenciosa que me reconforta el pecho.

La capilla es pequeña pero exquisita; sus techos abovedados y su ornamentada carpintería hablan de siglos de fe y tradición. Las velas parpadean en cada superficie, su cálida luz se mezcla con los cristales de colores para crear una atmósfera de sagrada intimidad. Flores frescas —rosas blancas y paniculatas— llenan el espacio con su delicada fragancia, dispuestas por las cuidadosas manos de Anya esta misma mañana.

El padre Doroshev está de pie junto al altar, su rostro avejentado es amable y paciente mientras espera a que nos acomodemos. Ha sido el sacerdote de la familia Vetrov durante más de treinta años, lo cual supe solo después de mi agitada noche de duelo con él, y su presencia aquí parece una bendición en sí misma. El hombre que bautizó a Maksim y a sus hermanos, que ofició el funeral de su madre, que ha guardado los secretos de la familia y ofrecido la absolución cuando ha sido necesario.

Detrás de nosotros, Rolan ocupa el primer banco, su enorme cuerpo encaja de alguna manera en el estrecho espacio con una gracia sorprendente. Viste un traje de color carbón que acentúa sus anchos hombros, y su expresión, por lo general severa, se ha suavizado al ver a su hermano prepararse para este momento. Hay orgullo en sus ojos, y algo más; alivio, quizá, de que Maksim haya encontrado esta clase de paz.

Elena se remueve en mis brazos, emitiendo esos suaves quejidos que suelen preceder a una protesta en toda regla. La mezo suavemente, tratando de calmarla antes de que comience la ceremonia, pero se está preparando para una de sus legendarias rabietas. Su cara se arruga, adquiriendo un alarmante tono rojo, y sé que tenemos quizá treinta segundos antes de que desate su considerable capacidad pulmonar.

—Oh, pequeña —murmuro, meciéndola un poco—. Ahora no, por favor.

Anya busca la bolsa de los pañales que hemos colocado estratégicamente en el primer banco. —Puede que haya que cambiarla —sugiere, sacando ya los bártulos con la eficiencia de alguien que ha lidiado antes con bebés irritables.

—¿Podemos hacerlo aquí? —pregunto, mirando el espacio sagrado con incertidumbre.

—Por supuesto —dice el padre Doroshev con una sonrisa amable —. Dios sabe que los niños no siguen nuestros horarios.

Maksim aparece a mi lado con una fluidez que solo él podría poseer. Sus manos fuertes siempre están listas para ayudar y su fuerza es con lo que cuento. Viste un traje negro que realza su esbelta figura, y su pelo está perfectamente peinado a pesar de lo temprano que es. —¿Qué necesita? —pregunta, su voz baja y preocupada.

—Un pañal limpio, probablemente —respondo, avanzando ya hacia el banco donde Anya ha extendido una manta suave.

Trabajamos juntos con gran eficiencia, dos padres primerizos que han aprendido a sortear estos momentos en equipo. Maksim sujeta las piernas de Elena mientras yo desabrocho su faldón, y Anya nos da su opinión y ánimos. El proceso es íntimo y ordinario, un marcado contraste con la grandiosidad de nuestro entorno, pero, de alguna manera, parece exactamente lo correcto.

—Ya está, niña bonita —murmuro mientras le abrocho el pañal limpio—. Mucho mejor.

Las protestas de Elena se reducen a pequeños gemidos, y parpadea mirándonos con esos serios ojos avellana que reflejan los de su padre. Maksim se inclina para acariciarle la mejilla con un dedo, y ella se vuelve hacia su contacto con el reconocimiento instintivo que nunca deja de encogerme el corazón.

—¿Lista? —pregunta, mirándome con una expresión que he aprendido a leer en estos últimos meses. Hay amor en ella, y orgullo, y una profunda satisfacción que a veces todavía me sorprende.

Asiento, volviendo a coger a Elena en brazos y ajustándole el faldón. La seda cae alrededor de su diminuto cuerpo como el agua,

y el encaje antiguo atrapa la luz de las velas. Parece un querubín, y me encuentro tratando de contener las lágrimas ante la imagen.

Ocupamos nuestros lugares ante el altar, y la mano de Maksim encuentra mi hombro. Su contacto es cálido y firme, anclándome en este momento. El padre Doroshev abre su libro de oraciones y la ceremonia comienza.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí para acoger a esta niña en la comunidad de la fe —comienza, su voz resuena con facilidad en el pequeño espacio—. A través del bautismo, celebramos la nueva vida y la promesa del amor de Dios.

Elena parece percibir la solemnidad del momento, y se queda callada y alerta en mis brazos. Sus ojos se mueven entre el sacerdote y su padre, observando el mundo que la rodea con esa intensa curiosidad que caracteriza sus horas de vigilia.

—¿Qué nombre le dan a esta niña? —pregunta el padre Doroshev.

—Elena Maksimovna Vetrova —responde Maksim, con voz firme y orgullosa.

El sacerdote asiente con aprobación. —Un nombre precioso para una niña preciosa. —Moja los dedos en el agua bendita, y Elena observa con fascinación cómo el líquido atrapa la luz—. Elena, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El agua toca su frente, y ella parpadea sorprendida, pero no llora. En su lugar, emite un suave arrullo que podría ser de aprobación o simplemente un comentario infantil sobre el acontecimiento. El padre Doroshev sonríe, claramente encantado con su respuesta.

—Que Dios te bendiga y te proteja, pequeña —continúa, haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza—. Que crezcas en sabiduría y en gracia, rodeada de amor y protegida por la fe.

Siento que la mano de Maksim se aprieta en mi hombro, y sé que está pensando lo mismo que yo: en la protección, en el mundo al que hemos traído a nuestra hija, en las decisiones que hemos tomado para garantizar su seguridad. El peso de nuestra historia ensombrece este momento, pero no disminuye la alegría. Si acaso, la hace más valiosa.

La ceremonia continúa con oraciones y bendiciones, la voz del padre Doroshev teje las antiguas palabras con apasionada devoción. Elena permanece tranquila durante todo el acto, emitiendo de vez en cuando pequeños sonidos que parecen resonar en el espacio abovedado. Cuando termina, el sacerdote se nos acerca con una sonrisa amable.

—Es encantadora —dice, extendiendo la mano para tocar la de Elena—. Que les traiga a ambos una gran alegría.

—Gracias, padre —respondo, con la voz embargada por la emoción.

Rolan se levanta de su banco y se nos acerca con pasos cuidadosos. Su imponente presencia debería resultar abrumadora en este delicado momento, pero, en cambio, hay algo casi tierno en su expresión mientras mira a su sobrina.

—¿Puedo? —pregunta, extendiendo las manos.

Miro a Maksim, que asiente, y con cuidado le paso a Elena a los brazos de su tío. Parece increíblemente pequeña contra su ancho pecho, pero él la sostiene con una sorprendente delicadeza, sus manos llenas de cicatrices la acunan con el mismo cuidado que usaría con el cristal hilado.

—Hola, princesita —murmura, su voz áspera se suaviza—. Bienvenida a la familia.

Elena estudia su rostro con esa expresión seria que ha perfeccionado y, al cabo de un momento, levanta la mano para tocarle la mandíbula con sus diminutos dedos. El rostro de Rolan se transforma, y veo un atisbo del hombre que podría haber sido en otras circunstancias: más tierno, más abierto, capaz de un tipo de amor que no viene con condiciones ni expectativas.

—Va a dar mucha guerra —dice, pero hay afecto en su voz.

—Las mejores mujeres siempre la dan —responde Anya, colocándose junto a su marido. Extiende la mano para acariciar el pelo de Elena, y me sorprende lo natural que resulta este momento de familia, de pertenencia, de paz.

El padre Doroshev empieza a guardar su libro de oraciones, pero se mueve despacio, como si fuera reacio a poner fin a este pacífico

interludio. —Conocí a su madre —le dice a Maksim—. Se habría sentido orgullosa de este momento.

Maksim asiente, con la mandíbula ligeramente tensa. —Eso espero. —Siento una punzada de dolor en el pecho al saber que su padre yace en una cama al otro lado de la ciudad, luchando con su salud, sin poder ver el bautizo de su nieta.

—Estoy seguro de ello —replica el sacerdote con firmeza—. La familia lo es todo, y han construido algo precioso aquí.

Rolan me devuelve a Elena, y ella se acomoda en mi pecho con un suspiro de satisfacción. La ceremonia ha terminado, pero ninguno de nosotros parece ansioso por abandonar este espacio sagrado. Hay algo en la capilla que se siente ajeno al resto del mundo, protegido de las duras realidades que existen más allá de sus muros.

—Nunca sabrá lo que ha costado llegar hasta aquí —digo en voz baja, contemplando el rostro perfecto de mi hija.

La mano de Maksim encuentra la mía, y nuestros dedos se entrelazan. —Por eso sabemos que ha merecido la pena —responde.

Pienso en el viaje que nos ha traído a este momento: las mentiras y las traiciones, la violencia y el miedo, las decisiones que arrancaron pedazos de nuestras almas. Pienso en Damir, en el hermano que perdí y en la familia que se fracturó bajo el peso del engaño. Pienso en mis padres, en el padre que desapareció y en la madre que no pudo sobrevivir a su ausencia.

Pero sobre todo, pienso en el hombre que está a mi lado, en el amor que surgió de las cenizas de nuestros mundos rotos. En la niña que tengo en brazos, que crecerá conociendo la seguridad, la devoción y el tipo de hogar que yo nunca tuve. En el futuro que estamos construyendo juntos, ladrillo a ladrillo, sobre una base de verdad, confianza y compromiso inquebrantable.

Elena bosteza, un sonido diminuto que nos hace sonreír a todos. Sus párpados se agitan, y sé que está luchando contra el sueño con la determinación que ha heredado de ambos padres. Empiezo a mecerla suavemente, tarareando una nana que mi abuela solía cantar, uno de los pocos buenos recuerdos que tengo de la infancia.

—Deberíamos dejarla descansar —dice Anya en voz baja, recogiendo la bolsa de los pañales y alisando la manta que usamos

antes.

—En un momento —respondo, reacia a romper este hechizo de satisfacción.

La capilla parece atemporal bajo la luz de la tarde, como si pudiéramos quedarnos aquí para siempre, congelados en este momento de paz perfecta. La respiración de Elena se acompasa mientras el sueño finalmente la vence, y siento la conocida punzada del agotamiento maternal mezclada con un amor abrumador.

—Nunca imaginé esto —le susurro a Maksim, tan bajo que solo él puede oírme.

—¿El qué? —pregunta, su pulgar trazando círculos en mi mano.

—La felicidad —admito—. La felicidad de verdad. De esa que no viene con condiciones ni fecha de caducidad.

Se lleva nuestras manos unidas a los labios y deposita un suave beso en mis nudillos. —Yo tampoco.

El padre Doroshev se nos acerca por última vez, su expresión cálida con bendición. —Dios bendiga a su familia —dice simplemente —. Que encuentren la paz el uno en el otro y la fuerza en su amor.

—Gracias, padre —responde Maksim, y los dos hombres se dan la mano.

Salimos juntos de la capilla en una pequeña procesión, avanzando lentamente bajo la luz de la tarde. Elena duerme plácidamente en mis brazos mientras su faldón de bautizo se arrastra detrás de nosotros como un río de seda y encaje que danza con el viento. Anya camina a mi lado, su presencia es un consuelo que he aprendido a apreciar en estos últimos meses. Rolan y Maksim nos siguen, hablando de algo que no alcanzo a oír.

Este es mi hogar ahora, este lugar que una vez me pareció extraño y peligroso. He aprendido a moverme por sus pasillos, a encontrar consuelo en sus rutinas, a construir una vida entre sus muros. No es el hogar que imaginé de niña, pero es real y es nuestro, y eso es suficiente.

Elena se remueve en mis brazos, emitiendo esos suaves sonidos que significan que todavía está luchando contra el sueño. Me detengo en el camino, ajustándole el faldón y preparándome para las inevitables exigencias de alimentarla, cambiarla y las

innumerables pequeñas necesidades que definen estos primeros meses de maternidad.

—Es perfecta —murmuro, más para mí que para nadie.

—Lo es —concuerda Maksim, rodeándome los hombros con su brazo—. Y es nuestra.

Las palabras tienen un peso que va más allá de su simple significado. En este mundo que hemos habitado, nada es nunca verdaderamente seguro. Nada está nunca garantizado. Pero esta niña, este amor, esta familia que hemos construido sobre los restos de nuestro pasado… son cosas que nos corresponde proteger, nutrir y apreciar.

Mientras caminamos hacia la casa, veo nuestro reflejo en las ventanas: una familia que avanza bajo la luz dorada, llevando a nuestra hija hacia el futuro que le espere. No es el final que esperaba cuando me acerqué por primera vez a Maksim con los labios llenos de mentiras y el corazón lleno de desesperación. Pero es el final que nos hemos ganado, la paz por la que hemos luchado, el amor que hemos elegido por encima de todo lo demás.

Elena abre los ojos y me mira, y en ese momento, comprendo lo que el padre Doroshev quería decir sobre el amor de Dios. No es condicional ni se gana, simplemente es, como el amor que siento por esta niña, como el amor que me une al hombre que tengo a mi lado. Es el tipo de amor que transforma todo lo que toca, que hace que el pasado sea soportable y el futuro posible.

Y, por primera vez en mi vida, creo de verdad que todo va a salir bien.